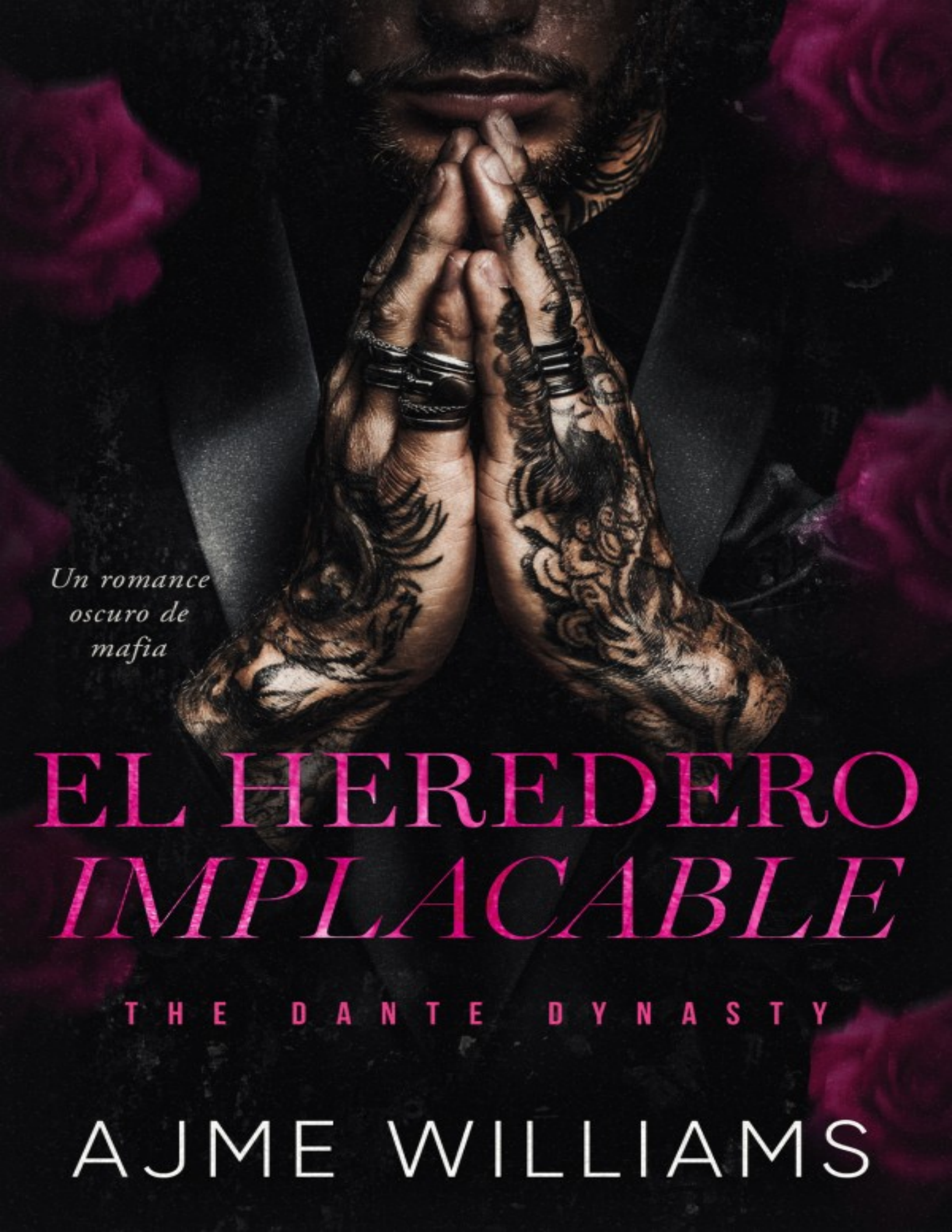


EL HEREDERO *IMPLACABLE*

THE DANTE DYNASTY

AJME WILLIAMS

EL HEREDERO IMPLACABLE

UN ROMANCE OSCURO DE MAFIA

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Descripción
1. Isabella
2. Alessandro
3. Isabella
4. Alessandro
5. Isabella
6. Alessandro
7. Isabella
8. Alessandro
9. Isabella
10. Alessandro
11. Isabella
12. Alessandro
13. Isabella
14. Alessandro
15. Isabella
16. Alessandro
17. Isabella
18. Alessandro
19. Isabella
20. Alessandro
21. Isabella
22. Alessandro
23. Isabella
24. Alessandro
25. Isabella
26. Alessandro
27. Isabella
28. Alessandro
29. Isabella
30. Alessandro
31. Isabella

32. Alessandro
33. Isabella
34. Alessandro
35. Isabella

Epílogo

Copyright © 2026 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Formateado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Se casó conmigo para poner fin a una guerra.
Me arruinó en nuestra luna de miel.
Luego me acusó de traición… y me mandó de vuelta a casa embarazada.

Alessandro Dante debería haber sido mi enemigo.

El despiadado don de la mafia al que mi padre quería destruir.
El rey frío y poderoso al que fui vendida como ofrenda de paz.

Pero Alessandro no me tocó como a un peón.

Me tocó como si fuera suya.
Me besó como si odiara lo mucho que me deseaba.
Me reclamó hasta que olvidé que nuestro matrimonio solo debía ser una tregua.

Entonces su imperio fue atacado.

Sus hombres fueron envenenados.
Su almacén fue destruido.

Y cada traición conducía de nuevo a mi familia.

De nuevo a mí.

Alessandro no vio a su esposa.

Vio a una Vitale.

Así que me mandó a casa.

De vuelta al padre que me vendió.
De vuelta al hermano que lo odiaba.
De vuelta a la familia que descubrió que llevaba en mi vientre al heredero Dante...

Y decidió que mi bebé era su nueva arma.

Ahora estoy encerrada en la oscuridad.
Hambrienta. Magullada. Embarazada.

Pero sé algo que Alessandro ignora.

Mi familia va a por él.
La guerra no ha terminado.
Y el bebé que llevo dentro es el arma que planean usar en su contra.

Debería odiarlo por haberme repudiado.

Pero no puedo.

Porque en algún lugar entre su anillo en mi dedo, sus manos en mi cuerpo y su traición en mi corazón…

Me enamoré del implacable heredero de la dinastía Dante.

1

ISABELLA

Me han educado para ser vista y no oída. Es insultante, salvo en momentos como este, cuando escucho la voz de mi padre filtrándose desde su despacho.

Ha habido mucha tensión por su parte y por la de mi hermano desde que fracasó el plan, fuera cual fuera, que hubieran tramado con la Bratva contra los Dante.

Me detengo ante su despacho, con el oído pegado a la puerta.

—Los Dante son vulnerables —dice mi padre—. Desde la muerte de Lorenzo. Alessandro intenta mantenerlo todo unido, pero tiene demasiados frentes abiertos.

—Fueron capaces de desmantelar a la Bratva y matar a los hermanos Vasiliev —le recuerda mi hermano, Enrico.

—Y perdieron a muchos hombres haciéndolo. Ahora es el momento de atacar. Hemos esperado décadas esta oportunidad.

Soy consciente de que mi padre ha codiciado el territorio de los Dante durante mucho tiempo.

Recuerdo haber oído que Don Lorenzo Dante había sido asesinado, y mi padre lo vio como una señal para pasar a la ofensiva.

Aunque dice que el nuevo Don no es tan capaz como lo fue Lorenzo, ha demostrado ser más difícil de derrotar de lo que mi padre parece querer admitir.

—¿Qué hay de Luca? —pregunta mi hermano refiriéndose al hermano de Don Dante.

—Está en Chicago. Tiene sus propios negocios. Ni siquiera se presentó para ayudar a Alessandro con la Bratva. Todavía tenemos que lidiar con Adriano, pero está distraído con su mujer. No, es en Alessandro en quien debemos centrarnos. Él carga con todo el imperio Dante a sus espaldas.

No entiendo a los hombres y su necesidad obsesiva de poder.

¿Será inseguridad?

No tiene sentido para mí que los hombres se muelan a palos en batallas sangrientas y venganzas violentas que se remontan a generaciones atrás, solo por poder y dinero.

Es medieval.

—Cierto, pero debemos tener cuidado. Su victoria sobre la Bratva lo demuestra. Una derrota que se suponía que debíamos ayudarle a infligir, pero, en lugar de eso, lo traicionamos.

Pego más el oído a la rendija, con la curiosidad despertada. Esto es nuevo para mí.

Mi padre gruñe, admitiéndolo a regañadientes. —El consejo sigue sacándolo a colación en cada reunión. Perdimos a diecisiete hombres esa noche. Quieren que forjemos una tregua.

—Alessandro no olvidará que intentamos formar una alianza con él para luego darle la espalda. No es probable que nos escuche. He

oído que le envió de vuelta a Ivan la cabeza de uno de sus mensajeros cuando este intentó forzarle la mano.

Me tapo la boca para ahogar un grito de asombro. Parece que la reputación de brutalidad de los Dante no es exagerada.

—¿De qué lado estás? —le espeta mi padre a Enrico.

—Del nuestro, por supuesto, pero me gustaría vivir para disfrutar de los frutos de nuestro trabajo. Sería prudente no subestimar a Alessandro.

—Entonces, ¿qué sugieres? —La voz de mi padre tiene un deje peligroso que hace que incluso Enrico camine con pies de plomo.

—El consejo tiene razón —dice Enrico—. Deberíamos proponer una tregua, tal vez incluso una alianza. Alessandro es peligroso, pero también es pragmático. Con la Bratva fracturada, necesita aliados.

Padre emite un sonido despectivo. —¿Quieres que le tienda una rama de olivo a un Dante?

—Quiero que sigamos vivos, padre. Los veteranos están inquietos. Recuerdan la última guerra con los Dante. Saben cómo Alessandro ha desmantelado con éxito a la Bratva. No quieren otra carnicería.

Sigue un largo silencio. Imagino a mi padre bebiendo su whisky, sopesando sus opciones. —Como has dicho, rechazarán cualquier propuesta que hagamos enviándonos de vuelta la cabeza del mensajero.

—¿No sugirieron los veteranos fusionar las familias? Isabella ya tiene dieciocho años.

Se me hiela la sangre.

—Lo hicieron. Odiaría desperdiciarla con alguien tan indigno como un Dante —dice mi padre.

Me gustaría sentir alivio, pero la respuesta de mi padre no ha sido un no.

—Ya es mayor de edad —insiste Enrico—. Es lo bastante hermosa como para atraer todas las miradas. Obediente. Silenciosa cuando hace falta.

Casi me río ante esto último. Si supiera los pensamientos que bullen tras mi sonrisa.

—Un matrimonio los satisfaría, uniría a las familias sin derramamiento de sangre —reflexiona mi padre—. E Isabella hará lo que se le ordene. Quizás podamos controlar a Dante desde dentro de su propia casa.

Tengo ganas de gritar.

Haber nacido mujer en un mundo de hombres poderosos significa que soy suya para hacer lo que les plazca.

Soy un activo, como las acciones o los bonos, y puedo ser intercambiada o usada como moneda de cambio.

He visto durante toda mi vida cómo mi madre se empequeñecía bajo el pulgar de mi padre, con el espíritu aplastado hasta ser la sombra de una persona.

¿Será ese también mi futuro?

—¿Acaso Alessandro quiere una esposa? —se pregunta Enrico.

—Lo que Alessandro quiera es irrelevante. Su consejo reconocerá la ventaja estratégica. Paz sin rendición. Fuerza a través de la unidad.

Mi futuro cobra forma con una claridad aterradora.

Mi cuerpo es la ficha de negociación en la puja de mi familia por el poder.

Me imagino encadenada al infame Alessandro Dante, el hombre conocido por su crueldad y brutalidad.

Pueden venderme, pero no tengo por qué marchitarme bajo su dominio.

Mi madre eligió la sumisión.

Yo no cometeré el mismo error.

Si voy a ser canjeada como ganado, encontraré formas de preservar quién soy.

Me alejo de la puerta, dirigiéndome a las escaleras y subiendo a mi dormitorio antes de que me descubran escuchando a hurtadillas.

Pero ni siquiera en mi habitación puedo escapar de la realidad.

Las palabras de mi padre resuenan en mi mente. Palabras que me ha grabado a fuego desde que era niña, cada vez que intentaba imponer mi propia voluntad.

—El valor de una mujer reside en lo bien que sirve a los hombres que la rodean. Apoya a tu padre y, más tarde, a tu marido. Ten hijos sanos —me dijo cuando cumplí dieciséis años, examinándome la cara como si fuera una yegua de cría—. Tu belleza es un activo para nuestra familia.

Siempre he sabido que llegaría este día.

La fantasía de que podría escapar de algún modo a mi destino no era más que un sueño infantil.

Había sido una ingenua al creer que mi educación podría llevarme a alguna parte.

Más allá de la formación básica de secundaria, me he encargado yo misma de leer y estudiar sobre el mundo, sobre la gente, sobre la vida.

Me imaginaba siendo como otras mujeres de mi edad que van a la universidad, forjan carreras, eligen sus propias vidas.

Pero no se me permite ser mi propia dueña, algo que mi padre me recordó el mes pasado en la boda de mi prima Guilia, cuando me pilló riendo demasiado alto con los padrinos. —Recuerda quién eres. Una mujer Vitale es digna. Recatada. No avergüences a la familia.

Me hundo en el asiento del ventanal de mi dormitorio, contemplando el mundo que deseo explorar con desesperación pero que sé que nunca conoceré.

Todas mis pequeñas rebeliones, las novelas de contrabando escondidas bajo el colchón, las lecciones secretas de italiano con nuestro anciano jardinero que me enseña palabras que mi padre jamás aprobaría, de repente parecen una pérdida de tiempo infantil.

Mi padre pretende casarme con la familia que quiere destruir. Alessandro Dante. El hombre cuyo nombre se pronuncia con una mezcla equitativa de miedo y reverencia.

Suelto un gruñido de frustración ante mi situación. Para mi padre, he sido preparada para este momento.

Culta. Refinada. Obediente.

Él no ve que hay mucho más en mí.

—Isabella Dante. —Pruebo el nombre, y me recorre un escalofrío. ¿Cómo se prepara una para casarse con un monstruo?

Sin embargo, bajo mi miedo arde una llama que se niega a extinguirse.

Puede que hayan orquestado cada aspecto de mi vida, pero no pueden controlar mis pensamientos ni mis rebeliones privadas.

La revelación se asienta sobre mí.

He sido preparada para este papel toda mi vida, pero quizá, en lugar de combatirlo, pueda dominarlo.

Puede que mi camino esté predeterminado, pero cómo lo recorra sigue siendo mi elección.

Alessandro Dante podrá tener una esposa, pero no tendrá la muñeca obediente que mi padre prometió.

Este matrimonio no es el final de mi historia.

Es simplemente el comienzo de una diferente.

Una en la que encontraré la manera de crear una vida que me pertenezca.

2

ALESSANDRO

Observo a Marco Vitale al otro lado de mi escritorio; su expresión no es tan jovial como la última vez que se sentó ahí y cerró un trato que nunca tuvo intención de cumplir.

—Confío en que podamos dejar atrás los malentendidos del pasado —dice Marco, ajustándose la corbata de seda. Su hijo Enrico está sentado a su lado, vestido con ropa de diseño y desprendiendo un olor a prepotencia y ambición.

Roberto, mi consigliere, se mueve ligeramente a mi lado.

Quizá se pregunte si voy a terminar esta reunión ahora mismo con un baño de sangre.

Estaría en todo mi derecho.

Además de traicionarme, tuvo la desfachatez de enviar a un soldado prescindible para proponer una nueva alianza que incluía a la hija de Marco como parte del trato.

La falta de respeto que me ha mostrado Marco me arde en las entrañas.

Mis pensamientos derivan hacia el día en que el mensajero de Marco estuvo ante mí exponiendo los argumentos de su jefe.

—Tu jefe ofrece una alianza mediante matrimonio —le había dicho al hombre—, ¿y ni siquiera se ha molestado en hacerme esta propuesta él mismo?

El soldado se había aclarado la garganta. Estoy seguro de que sabía todo sobre lo de matar al mensajero.

Me eché hacia delante, disfrutando de cómo se removía nervioso. —Dile a Marco que tiene suerte de que yo no sea mi hermano. Estoy seguro de que habrás oído cómo respondió Adriano a un mensaje de la Bratva con la cabeza del mensajero.

Le dejé marchar, y está claro que Marco captó el mensaje, ya que ahora está sentado frente a mí. El hecho de que esté aquí demuestra que me necesita o, al menos, que cree que puede volver a engañarme.

Pero también conoce mi propia situación.

El imperio que construyó mi padre se tambalea al borde del colapso tras el asalto de la Bratva.

Nuestras filas han disminuido.

Adriano sigue siendo mi mano derecha, pero con un nuevo matrimonio y un bebé en camino, tiene distracciones que antes no tenía.

Mi otro hermano, Luca, está en Chicago después de que mi padre lo desterrara.

Podría haber vuelto tras la muerte de mi padre, pero ahora tiene su propia organización.

—¿Recuerdas la última vez que nos sentamos en una habitación como esta, Marco? —Tamborileo con los dedos sobre la mesa, queriendo sugerir aburrimiento por hacerme perder el tiempo—.

Hace apenas unos meses, estabas ahí sentado con propuestas similares de «paz».

La sonrisa de Marco permanece fija, pero es tan falsa como su palabra.

—Pensaste que habías encontrado aliados en la Bratva contra mí. Creíste que tu jueguecito con Ivan me entregaría mi negocio. —Me inclino hacia delante—. ¿Cómo te salió la jugada? —No le había salido bien.

Nos habíamos enterado de lo que Ivan planeaba contra nosotros y estábamos preparados con nuestro propio ataque.

En cuanto Marco se dio cuenta de lo que estaba pasando, se retiró, pero no antes de que yo conociera sus verdaderas intenciones.

Ha estado trabajando contra mí, no conmigo.

La mandíbula de Enrico se tensa, pero no dice nada.

—Historia antigua. —Marco agita la mano con desdén—. Estamos aquí para hablar del futuro. Un frente unido. Mi propuesta es sencilla. —Marco se inclina hacia delante y empieza a recitar su propuesta, la mayor parte de la cual me suena de la última vez que estuvo aquí.

—Ya conoces ese viejo dicho... si me engañas una vez, la culpa es tuya; si me engañas dos, la culpa es mía. ¿Por qué iba a lanzarme a la oportunidad de aliarme con un hombre que ha demostrado que su palabra no vale nada? —Me echo hacia atrás en la silla, manteniendo la apariencia de control incluso mientras fantaseo con matar a estos dos hombres aquí mismo, ahora mismo.

La sonrisa de Marco no llega a sus ojos. —Seamos francos, Alessandro. Puede que la Bratva esté fracturada, pero te han dejado sangrando. La mitad de tus hombres están muertos o dispersos. Tus territorios son vulnerables, tus cargamentos no tienen personal suficiente. Las otras familias están observando.

—¿Es eso una amenaza? —pregunto, con un tono conversacional pero letal.

Marco levanta las manos en señal de falsa rendición. —Una observación. Podría ir contra ti, ambos lo sabemos. En lugar de eso, te ofrezco la paz.

Suelto una carcajada burlona. —La paz. De ti.

Roberto se mueve a mi lado, un sutil recordatorio de lo que los ancianos han estado susurrando.

Otra guerra ahora devastaría lo que queda del imperio de mi padre.

Necesitamos tiempo para reconstruir, para fortalecer nuestra posición.

Pero preferiría cortarme el cuello antes que alinearme con esta víbora.

—Si quiero alianzas, Marco, tengo opciones. Familias con honor. Hombres en cuyas palabras se puede confiar.

Enrico se eriza ante esto, pero Marco pone una mano de contención en el brazo de su hijo. El chico tiene el temperamento de su padre sin nada de su moderación.

—Lo cual es precisamente la razón por la que estoy preparado para ofrecer algo más sustancial que palabras. —Marco se inclina hacia delante—. Una garantía.

—¿Qué podrías tener tú que pudiera interesarme?

—A mi hija —dice con sencillez—. Isabella. En matrimonio.

Mantengo el rostro impasible, aunque internamente estoy recalculando.

Una alianza matrimonial.

Tradicional.

Vinculante.

Los ancianos lo aprobarían, ya que evitaría el derramamiento de sangre inmediato y nos daría tiempo para estabilizar nuestra posición.

—¿Venderías a tu hija para asegurar tu seguridad? —pregunto, poniéndolo a prueba.

Marco se encoge de hombros. —Uniría a nuestras familias para asegurar la paz. Tiene dieciocho años, es culta y ha sido criada para este propósito. Los ancianos de ambos bandos respetarían tal unión. Y es la prueba de mi compromiso con la propuesta de paz. Ambos sabemos que ninguno de los dos puede permitirse una guerra ahora mismo.

Tiene razón, aunque no se lo admitiré. Necesito tiempo, no otro frente que defender.

Pero no puedo confiar en él. Cualquier Don que venda a su hija al hombre al que ha dedicado gran parte de su tiempo y esfuerzo en destruir, no tiene en gran estima a su hija.

Probablemente sea tan prescindible como ese soldado que envió con un mensaje la última vez.

—No.

—¿No? —repite Marco, con su confianza flaqueando—. Quizá no me he explicado con claridad...

—Cristalino. La respuesta es no. —Me inclino hacia delante, con la mirada dura, haciéndole saber que he terminado con sus gilipolleces —. No tengo ningún interés en el matrimonio, Marco. Ni con tu hija, ni con nadie.

El rostro de Enrico se enciende de indignación. —No tienes herederos.

—Si me pasa algo, Adriano tomará el mando. Pronto tendrá hijos, o Luca tiene un hijo. Mi legado está asegurado sin necesidad de engendrar más Dantes.

Marco aprieta los labios en una línea fina. —Estás cometiendo un error, Alessandro. Esta alianza fortalecería a ambas familias.

—Ningún hombre inteligente mete al zorro en el gallinero, que es mi forma de decir que no confío en ti.

Marco se levanta lentamente, alisándose la chaqueta del traje. —Piénsalo. La oferta sigue abierta. Por ahora.

No me levanto cuando se marchan, observando cómo Roberto los acompaña a la salida.

Cuando la puerta se cierra, exhalo lentamente.

Estoy tan harto de estas mierdas.

Disfruto dirigiendo nuestro negocio familiar y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para mantenerlo a salvo y en funcionamiento, pero estoy cansado de las amenazas y las guerras.

Roberto regresa y me sirve una copa en silencio antes de ocupar su propio asiento.

—Has manejado eso bien —dice, pero su tono lo delata. Sus treinta años como mano derecha de mi padre y ahora mía me han dado la capacidad de leer la desaprobación en su voz.

Doy un sorbo lento, dejando que el whisky me queme. —Dime qué tienes en mente, Roberto.

—La propuesta de matrimonio merece ser considerada. Somos vulnerables. Los hombres lo saben. Nuestros enemigos lo huelen.

—Marco Vitale es una serpiente. —Dejo el vaso en la mesa—. Usaría este matrimonio para colarse en nuestra operación y encontrar nuestras debilidades.

—Sin duda. —Roberto asiente—. Al igual que tú lo usarías para identificar las suyas.

Hago una pausa, estudiando el líquido ambarino en mi vaso.

—Funciona en ambos sentidos, Alessandro. —Roberto se inclina hacia delante—. Tu padre lo entendía. Existe ese otro dicho: mantén a tus amigos cerca, y a tus enemigos más cerca aún.

—Mi padre ya le habría metido una bala entre los ojos a Marco.

—Tu padre no se enfrentaba a lo que tú te enfrentas. —Su voz baja —. Los ancianos están inquietos. La mitad de nuestros territorios están faltos de personal. Necesitamos tiempo para reconstruir. Este matrimonio compra ese tiempo.

—¿Y vende a una mujer a qué? ¿A ser mi prisionera?

—A ser tu esposa —corrige Roberto—. La hija podría resultar útil.

—Sí, pero ¿para quién? Si es tan lista como dicen los rumores, Marco la usará contra nosotros. Si no lo es, no es más que un objeto brillante con el que Marco espera distraerme.

—Sigue siendo solo una mujer. Puedes mantenerla alejada de su padre. Quizá usarla contra él.

—Le importará una mierda lo que yo le haga.

—Pero ella tendrá información. Las mujeres suelen ver y comprender más de lo que los hombres les reconocen.

No le falta razón. Mi hermana, Valentina, es observadora e inteligente.

—No tenéis por qué actuar como un matrimonio, aunque he oído que es bastante hermosa...

—Tiene dieciocho años —espeto. Me parece pervertido.

—Eso la convierte en adulta. El caso es que está bajo tu control, sea lo que sea lo que quieras hacer con ella.

Frunzo el ceño. —¿Qué significa eso?

—Significa que no tienes por qué ser un marido si no quieres. Limítate a darle techo y comida. Usa lo que ella sabe contra su padre.

Reconozco la sabiduría de esto, aunque la idea de casarme con alguien, y especialmente con la hija de un hombre en el que no puedo confiar, me revuelve la piel.

—Otra cosa a tener en cuenta es que la alianza da la apariencia de que Don Vitale está en deuda contigo. Ningún hombre entrega a su hija a menos que esté claudicando. Esto te hace parecer más fuerte ante todas las demás familias.

De todos los argumentos, ese es el que más me gusta. —¿Qué sabemos de ella?

Sirve otro dedo de whisky. —Solo que es brillante. Culta. Habla varios idiomas. —Da un sorbo—. Y rara vez se la ve en público.

Está claro que, desde que nació, Marco la vio como una mercancía.

Probablemente le fastidie tener que ofrecérmela a mí en lugar de a alguien que pudiera resultarle más ventajoso.

—Tu padre entendería esta elección —dice Roberto—. Él concertó muchos matrimonios entre las familias para asegurar la paz.

—No el suyo propio —rebato.

—No. Pero él tampoco heredó un imperio al borde del colapso.

La muerte de mi padre a manos de la Bratva dejó un vacío.

Luca ya estaba condenado al ostracismo y construyendo su propio negocio en Chicago, aunque había regresado brevemente a petición

de mi hermana, y en el caos que le siguió, como suele ocurrirle, mató a varios Bratva y redescubrió al amor de su vida.

Una vida que sigue viviendo en Chicago.

Adriano ha sido un segundo al mando perfecto, pero ahora tiene otros compromisos en su vida.

—Está bien —digo finalmente, casi atragantándome con la palabra —. Haz los preparativos. Dile a Marco que acepto su oferta.

Roberto no sonríe, pero veo alivio en sus ojos. —Es el movimiento correcto, Alessandro.

—El necesario. —Termino mi bebida—. Pero deja claros mis términos. Este matrimonio es un negocio, nada más. No permitiré que me manipulen a través de ella. Y si Marco intenta usar esta conexión para socavarme, yo mismo le meteré una bala en el cráneo a ella y se la enviaré de vuelta con la promesa de que él y Enrico serán los siguientes.

—Por supuesto. —Roberto asiente, levantándose ya para irse—. Haré la llamada.

Al quedarme solo, me froto las sienes, sintiendo el comienzo de un dolor de cabeza. El gran Alessandro Dante, soltero convencido, se ve ahora arrastrado al matrimonio.

Joder.

No me malinterpretéis.

Las mujeres me gustan bastante.

Le di a mi hermana un gran protagonismo en los negocios familiares porque respetaba su inteligencia.

Es cierto que lo fastidié todo cuando intenté casarla con Maksim.

Por eso está en Chicago con su marido y su nuevo hijo, trabajando con Luca.

Lo que no necesito es estar unido permanentemente a una mujer.

¿Para qué?

Tengo personal para ocuparse de la casa y organizar cualquier evento social.

Si necesito follar, puedo encontrar a una mujer o me bastará con mi mano. No necesito hijos, ya que está claro que mis hermanos piensan tener camadas.

Pero si esto hace que mis ancianos dejen de presionarme, si me permite vigilar a Marco y me da el tiempo que necesito para reconstruir, me casaré con Isabella Vitale.

3

ISABELLA

La citación llega después del desayuno. Giuseppe, el guardaespaldas de mi padre, aparece en la puerta de mi dormitorio con un mensaje escueto. —Tu padre requiere tu presencia.

Lo sigo por la escalera de caracol hasta el despacho.

El espacio es asfixiante: las pesadas cortinas echadas para que no entre el sol, muebles antiguos traídos del viejo país y el aire denso por el humo de los puros.

Mi padre está sentado en su sillón de cuero, con un vaso de scotch en equilibrio sobre el reposabrazos.

Mi madre permanece de pie a su lado, con las manos entrelazadas frente a ella y la mirada fija en el suelo.

—Isabella. —Mi padre señala el sofá que tiene enfrente—. Siéntate.

Obedezco, alisándome la falda debajo de las piernas.

Mi madre no levanta la vista ni una sola vez.

Parece una estatua con una postura perfecta, un peinado y un maquillaje impecables, y un comportamiento dócil y perfecto.

La mayoría ve a la esposa ideal y no se percata del vacío de sus ojos.

Es la sombra de una persona, y me aterra convertirme en ella.

¿Fue distinta alguna vez? Rebusco en mi memoria rastros de personalidad en su pasado. No encuentro nada. Solo años de —sí, Marco—, —por supuesto, Marco— y —lo que tú creas conveniente, Marco—.

—Se han cerrado los preparativos —anuncia mi padre, haciendo girar el scotch en el vaso—. Te casarás con Alessandro Dante a finales de mes.

Aunque lo esperaba, escucharlo dicho de forma tan directa me produce una fuerte impresión. —¿Don Alessandro ha aceptado?

—Claro que lo ha hecho. —La mueca de mi padre denota un aire de triunfo, como si le hubiera ganado la partida a Don Dante—. Es un acuerdo sensato para ambas familias.

Noto que los dedos de mi madre se tensan de forma casi imperceptible. Es la única señal de que siquiera está escuchando.

—Entiendes lo que se espera de ti. —No es una pregunta, sino una afirmación—. Serás su esposa, pero primero eres mi hija. Tu lealtad pertenece a esta familia.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunto.

—Significa… —Se inclina hacia delante—. Que informarás de todo. Sus negocios, sus socios, sus debilidades. Serás nuestros ojos y oídos en la casa de los Dante.

La rabia y la frustración que crecen en mi interior son cada vez más difíciles de contener. No soy solo moneda de cambio. También voy a ser una espía.

—¿Y si me niego?

Mi madre se estremece visiblemente.

La expresión de mi padre se endurece. —No lo harás. —Apura su vaso—. Eres una Vitale. Este matrimonio asegura nuestro futuro. No te equivoques, Isabella, esto no es una elección.

Miro de nuevo a mi madre y veo a la mujer que rindió su voluntad hace décadas. ¿Es este mi destino?

El corazón me late con fuerza mientras reúno valor. —Padre, por favor. Este acuerdo con Alessandro Dante… ni siquiera lo conozco. Me dobla casi la edad, y sé que preferirías arrebatarle sus negocios antes que aliarte con él.

Las cejas de mi padre se elevan una fracción. Lo he sorprendido al hablar.

—Lo que quiero decir es… ¿Cómo puedo casarme con alguien que ha sido nuestro enemigo? Alguien que preferiría vernos muertos antes que—.

—Basta. —La voz atronadora de mi padre resuena en la habitación.

Sigo adelante, con las manos temblorosas. —Pero, ¿y si descubre por qué estoy allí en realidad? ¿Y si él—.

—He dicho que basta. —Se levanta de la silla, cerniéndose sobre mí —. Esto no es una negociación, Isabella. Los arreglos ya son definitivos.

Mi madre se encoge aún más, volviéndose casi invisible. Ninguna ayuda por su parte. No es que la esperara.

—No me estoy negando —aclaro rápidamente—. Solo quiero entender qué pasa si las cosas salen mal. ¿Y si no puedo ser lo que él quiere? ¿Y si no logro acercarme lo suficiente para averiguar nada útil?

La expresión de mi padre se suaviza en algo que me asusta más que su rabia. Hay una frialdad brutal en su sonrisa.

—Mi hermosa hija. —Se acerca y me pone la mano bajo la barbilla, obligándome a sostenerle la mirada—. Serás todo lo que Alessandro desee. Calentarás su cama, parirás a sus hijos y me susurrarás sus secretos al oído. Ese es tu deber.

Sus dedos se aprietan, hundiéndose en mi mandíbula. —Y si fallas en ese deber, no solo me estarás decepcionando a mí. Estarás traicionando a toda tu familia.

La amenaza es tácita pero cristalina.

—¿Me he explicado bien?

—Sí, padre. —Me odio por rendirme. Sé que así es como mi madre se perdió a sí misma. Una rendición cada vez.

Me suelta, satisfecho. —Buena chica. Ahora, el Don llega en treinta minutos. Ponte presentable.

Lo miro, momentáneamente sin habla. —¿Hoy? ¿Has organizado que lo conozca hoy mismo?

—¿Acaso esperabas un cortejo formal? —Mi padre se ríe, como si le hiciera gracia mi ingenuidad—. Esto no es un cuento de hadas, Isabella. Viene a inspeccionar la mercancía.

Mercancía.

La palabra me hiere, cercenando al ser humano que soy.

Bien podría ser un contenedor de mercancías importadas.

—Vete —susurra mi madre, mirándome por fin. Sus ojos contienen una advertencia: *no luches contra esto*.

Me levanto con toda la dignidad que soy capaz de reunir y salgo sin decir ni una palabra más. En cuanto estoy fuera de su vista, subo las escaleras de dos en dos y cierro de un portazo la puerta de mi habitación.

Suelto un gruñido de frustración mientras me quito los zapatos de una patada.

Uno golpea la pared y tira una foto enmarcada al suelo.

El cristal se hace añicos.

Una metáfora perfecta de mi vida.

Me quedo en medio de mi cuarto, temblando de rabia.

¿Cómo puede ser esta mi vida?

En treinta minutos conoceré al hombre que será mi dueño.

¿Qué opciones tengo?

Podría huir.

La realidad apaga el pensamiento rápidamente.

¿A dónde iría?

El alcance de mi padre se extiende por toda la ciudad.

Y más allá también.

No tengo dinero ni contactos fuera de la familia.

Podría negarme.

Mantenerme firme y decir que no.

Pero no quiero ni imaginar el castigo que me impondría mi padre.

Podría fingir una enfermedad.

Ganar algo de tiempo...

No.

Retrasar lo inevitable solo prolonga la tortura.

No tengo escapatoria.

Tengo que aceptar mi destino y sacar lo mejor de él.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde el espejo del tocador.

Veo a una mujer joven que, en otro mundo, se estaría preparando para ir a la universidad, encontrar un trabajo, conocer a su marido por su cuenta y casarse por amor.

Pero yo no tendré nada de eso porque mi vida no me pertenece.

¿Es esto todo lo que valgo?

¿Un intercambio financiero?

¿Una espía en la cama de Alessandro?

Alessandro tiene fama de ser tan cruel y despiadado como mi padre.

Probablemente me tratará de la misma manera, desgastándome hasta que no sea nada.

Nadie.

La idea de volverme como mi madre me aterra más que la muerte.

Solo puedo imaginar a un hombre no muy distinto de mi padre; embrutecido por el mundo cruel en el que vive, incapaz de sentir empatía o emoción más allá de la codicia y la sed de sangre.

Faltan veinte minutos.

Veinte minutos para decidir quién es realmente Isabella Vitale.

Abro de par en par las puertas de mi armario, contemplando las hileras de ropa de diseño que mi padre ha elegido para mí a lo largo de los años.

Cada prenda representa la imagen que él quiere que proyecte: recatada, elegante, cara.

La princesa perfecta de la mafia.

Esta noche me convertiré exactamente en lo que esperan, pero a mi manera.

Selecciono un vestido de seda de color verde esmeralda que se ciñe a mis curvas sin resultar vulgar.

El color resalta el verde de mis ojos, haciéndolos parecer sobrenaturalmente brillantes.

El escote es lo suficientemente bajo como para insinuar lo que hay debajo sin revelar demasiado.

Me pongo el vestido sintiendo un resentimiento absoluto hacia mi padre, hacia mi madre, hacia Don Dante… hacia el mundo entero, porque me veo obligada a hacer esto.

Frente al tocador, me aplico base de maquillaje, pero no logra ocultar la ira que me arde en el rostro.

Me delineo los ojos con kohl, alargando el trazo en una punta afilada en cada ángulo.

El efecto es felino, depredador.

—Puedes hacerlo —le digo a mi reflejo—. Adáptate. Sobrevive.

Me extiendo un pintalabios de un tono rojo sangre oscuro. El color de mi mundo.

Me abrocho los pendientes de diamantes de mi madre, que le regaló su madre cuando cumplió los dieciocho y se prometió a mi padre.

Ahora pasan a mí.

Otra transacción completada.

Otra mujer vendida.

Pero yo no desapareceré como hizo ella.

Mi pelo cae en ondas sueltas por mi espalda.

Considero recogérmelo, pero luego decido no hacerlo.

Que Alessandro vea lo que se lleva.

Que se pregunte si soy tan indómita como sugiere mi aspecto.

El reloj de pie del pasillo da las campanadas.

Estará aquí en cualquier momento.

Me levanto del tocador, alisándome el vestido por última vez.

La máscara está completa, pero bajo ella, estoy tramando algo.

Puede que me obliguen a este matrimonio, pero no dejaré que Alessandro Dante ni ningún otro hombre se lleve mi alma.

Una última respiración profunda.

Enderezo la espalda y levanto la barbilla. «No te estás rindiendo. Estás sobreviviendo», me recuerdo.

Me alejo del espejo y me dirijo a la puerta de mi habitación, hacia mi futuro.

Alessandro Dante aún no lo sabe, pero no va a tener a la esposa obediente que mi padre le prometió.

Me va a tener a mí.

Bajo las escaleras despacio, como si esperara que ocurriera algo que detuviera esto.

Pero cada escalón hacia abajo sigue al anterior.

Mi mente da vueltas sobre lo que vendrá después.

¿Cómo será Alessandro Dante en realidad?

En mi mente, he conjurado una figura grotesca.

Un hombre melifluo de ojos muertos y pelo engominado que apesta a whisky y mira a las mujeres como si fueran de su propiedad.

Llego al último escalón y cierro los ojos para reunir fuerzas.

Ya está.

El momento de conocer al hombre que será mi dueño.

Giro la esquina hacia el vestíbulo y me quedo de piedra.

El aire sale de mis pulmones de golpe.

Alessandro Dante está de espaldas a la chimenea, con una mano metida despreocupadamente en el bolsillo de unos pantalones que le sientan como si hubieran sido creados por los mismos dioses.

Su traje gris carbón, impecablemente confeccionado, se tensa sobre sus hombros anchos.

Se da la vuelta y su rostro me roba el poco aliento que me queda.

Es devastadoramente guapo, con pómulos y mandíbula marcados.

Su cabello oscuro está peinado hacia atrás, dejando al descubierto unos ojos grises que siguen mi entrada.

Nada de grotesco.

Nada de melifluo.

Nada de lo que me había preparado para afrontar.

No. Es magnético.

Nuestras miradas se cruzan en la habitación y la comisura de su boca se eleva ligeramente.

No llega a ser una sonrisa.

Más bien un reconocimiento.

Mi padre dice algo. Alessandro asiente, pero sus ojos no se apartan de los míos.

Un calor extraño se despliega en mi estómago, en parte terror, en parte algo más que nunca he sentido.

Este hombre es mi enemigo.

Mi futuro esposo.

Y no se parece en nada al monstruo al que estaba dispuesta a enfrentarme.

Me obligo a respirar. A recordar.

Este hombre es mi carcelero, no mi salvador.

La inteligencia que brilla en esos ojos oscuros ha orquestado destrucciones.

La boca que se curva ligeramente en la comisura ha ordenado ejecuciones.

—Isabella. —Mi nombre en su boca suena distinto. Más rico. Envía sensaciones extrañas por mi cuerpo.

Inclino la cabeza con respeto. —Don Dante.

Me estudia, con expresión impasible. ¿Está satisfecho con su compra? ¿Decepcionado? ¿Acaso importa?

Mi padre observa nuestro intercambio.

Reconozco el brillo en sus ojos.

Está calculando beneficios, estimando rendimientos.

No soy más que una transacción para él.

Sin embargo, a pesar de toda mi preparación para no convertirme en una mujer sombra como mi madre, me descubro preguntándome quién es realmente Alessandro Dante bajo su fachada perfecta.

¿Es el monstruo del que he oído hablar?

¿O es algo completamente distinto?

4

ALESSANDRO

En el trayecto en coche hacia la casa de Don Vitale, lo único que sentía era un pavor que crecía a medida que me acercaba a un compromiso que nunca había deseado.

¿Qué voy a hacer yo con una esposa?

Una esposa que ha sido criada por el hombre que quiere destruirme.

He rumiado sobre lo que pensaría mi padre acerca de esta decisión que he tomado.

Lorenzo Dante era muchas cosas —despiadado, implacable—, pero nunca fue un tonto.

Y este acuerdo con los Vitale roza la necedad.

—La chica podría ser igual que su padre —había argumentado yo.

Mi consiglieri había replicado: —O podría ser nuestra mayor baza. La propia hija de Marco Vitale, trayéndonos información desde dentro.

Ambos argumentos tienen peso. Ambos me dejan inquieto.

Al final, este matrimonio no tiene nada que ver con el amor.

Se trata de estrategia.

De mantener a tus enemigos más cerca que a tus amigos.

De evitar otra guerra cuando nuestras filas aún se están recuperando de la carnicería de la Bratva.

Al entrar en casa de Marco, me he recordado a mí mismo que su hija es joven, solo tiene dieciocho años.

Sería fácil de dominar y manipular.

Cielo santo, probablemente podría enviarla a Europa un mes o dos de compras.

Sería mi esposa, pero no estaría estorbando.

No sería alguien con quien tuviera que lidiar día tras día.

Relajando los hombros, he dejado que el mayordomo de Marco me condujera a su despacho.

—Alessandro —ha dicho, extendiendo la mano—. Bienvenido a nuestro hogar.

—Ahórrate las cortesías.

Su sonrisa ha flaqueado. —Mi hija se nos unirá en breve. Primero, deberíamos discutir los detalles del acuerdo.

Le he cortado. —Los detalles son sencillos. Nos casamos. Nuestras familias dejan de matarse entre sí. Cualquier cosa más allá de eso es una complicación innecesaria.

Toda esta puesta en escena —la presentación formal, las negociaciones sobre la dote, las discusiones sobre las fechas de la boda— no era más que puro teatro.

Una pérdida de tiempo cuando debería estar reconstruyendo lo que la Bratva nos arrebató.

—Creo que la tradición dicta que...

—No me importa la tradición —le he interrumpido—. Pon la fecha. Allí estaré. —Si mi destino es casarme con una Vitale, lo haré bajo mis propios términos.

La mandíbula de Marco se ha tensado mientras señalaba a una mujer que permanecía en silencio en un rincón; su esposa, supongo.

No me había fijado en ella al entrar.

Se fundía con el fondo como si se hubiera entrenado para desaparecer.

—Mi esposa, Camilla —la ha presentado Marco sin mirarla.

Ella ha asentido con la mirada baja. —Don Dante.

—Señora Vitale. —He inclinado la cabeza ante ella porque, aunque no me importa ser un capullo con Marco, intento ser más respetuoso con las mujeres.

—Vuestro padre habría comprendido el sentido práctico de este matrimonio —ha dicho Marco, y la mención de mi padre me ha provocado una punzada de ira en el pecho.

—Mi padre habría reducido esta casa a cenizas con vos dentro si le hubierais traicionado de la forma en que me habéis traicionado a mí.

Marco ha sonreído con suficiencia, recordándome que estoy jodido si no llego a un trato con él. —Y sin embargo, aquí estáis, aceptando unir a nuestras familias.

—Los tiempos cambian. Las circunstancias cambian. —Me he acercado un poco más, disfrutando de cómo retrocedía instintivamente—. Pero las personas rara vez lo hacen, Marco. No he olvidado ni una sola transgresión.

La tensión chispeaba entre nosotros hasta que un suave sonido en la puerta nos ha distraído.

Me he girado y, por primera vez desde que entré en esta casa, algo me ha sorprendido de verdad.

Ahora me quedo de pie, observando a la mujer que será mi esposa.

Mi primer pensamiento es que, aunque se esfuerza por parecer obediente, el fuego en sus ojos me dice que no es una mujer sumisa como su madre.

Mi segundo pensamiento es que Isabella Vitale es impresionante.

Su cabello oscuro cae en ondas más allá de sus hombros, enmarcando un rostro propio de una pintura renacentista.

Sus ojos verdes sostienen los míos, evaluándome abiertamente.

—Isabella. —Su nombre suena como una melodía al salir de mis labios.

Ella inclina la cabeza con respeto. —Don Dante.

Cruza la habitación sin vacilar. No me tiene miedo. No es que deba tenérmelo.

Vale, tengo una reputación letal, pero no con las mujeres.

Jamás con las mujeres.

Aun así, tratándose de una mujer joven e inocente enviada al lecho nupcial del rival de su padre, habría esperado ver algo de aprensión.

Todo lo que veo es curiosidad y, tal vez, interés.

Le tiendo la mano, intrigado por cómo responderá.

Su mano se encuentra con la mía; tiene un apretón firme. El contacto envía una corriente inesperada por mi brazo que ignoro de inmediato.

—Tal vez quieras mostrarle los jardines a Don Dante, Isabella —sugiere su padre, aunque es claramente una orden.

—Por supuesto. —Se gira hacia mí—. Don Dante.

—Dadas las circunstancias, puedes llamarme Alessandro.

Señala la puerta con la mano como la azafata de un concurso. —Alessandro.

Oír mi nombre en sus labios envía otra chispa no deseada directa a mi polla.

¿Qué cojones?

Cuando salimos, lejos de los ojos vigilantes de su padre, noto cómo sus hombros se relajan un ápice.

—Te habrán dicho por qué estoy aquí —afirmo en lugar de preguntar.

—Para asegurar una paz que beneficie a nuestras familias. —Me lanza una mirada de reojo—. Y para adquirir un activo.

No puedo evitar que una sonrisa asome a mis labios. —¿Es así como te consideras? ¿Un activo?

—Es como me considera mi padre. —Deja de caminar y se gira para darme la cara por completo—. Lo que yo me considere es irrelevante para este acuerdo, ¿no es así?

No hay autocompasión en su voz.

Solo un pragmatismo que no esperaba, especialmente de una mujer tan joven.

No es una niña ingenua.

Entiende el juego, entiende su lugar en él.

Me descubro intrigado por ella.

—¿Puedo hablar con franqueza, Don Dante? —Isabella sigue caminando y yo la sigo a través de unas puertas acristaladas.

—Alessandro —le recuerdo—. Y sí, por favor, habla con franqueza.

—No me hago ilusiones con este acuerdo. Sé que me están intercambiando como a una mercancía para asegurar la paz entre

nuestras familias. —Señala un banco de piedra y nos sentamos con la distancia socialmente aceptada entre nosotros—. Pero me niego a ser simplemente un trofeo.

Su franqueza es refrescante, aunque potencialmente peligrosa.

La mayoría de las mujeres de nuestro mundo saben sonreír y asentir, interpretar el papel de esposa obediente sin cuestionar nada.

Otros hombres podrían recordarle que ella no tiene voz ni voto en su papel, que hace lo que el Don diga.

Podría ponerla en su sitio con una sola palabra.

Pero no lo hago. —¿Qué quieres tú de este acuerdo, Isabella?

—Una sociedad —responde sin vacilar—. No igualdad, no soy ingenua. Pero sí respeto.

Una brisa agita su cabello, trayéndome su aroma, y el estómago se me encoge por el olor dulce mezclado con especias.

—Eso es razonable.

Sus labios se curvan ligeramente. —Pensé que apreciarías la franqueza por encima de los mimos.

—¿Y cuál imaginas que sería tu papel, si no es decorativo?

—El mismo que el tuyo. La supervivencia. —Sus labios se curvan en una sonrisa, pero no es genuina. Es de esas que su padre o su madre le han enseñado a mostrar—. Fui criada para ser la novia perfecta de la mafia. Hablo cuatro idiomas. Puedo hablar de arte o política con tus socios comerciales. Sé cuándo hablar y cuándo callar. Puedo ser el activo que necesites.

Puedo imaginarla a mi lado en las reuniones familiares, encandilando a nuestros aliados mientras absorbe cada secreto susurrado.

La contraparte perfecta, lo bastante guapa para desarmar pero lo bastante inteligente para recabar información. La idea es atractiva.

—¿Y qué quieres a cambio? —pregunto, porque siempre hay un precio.

—Protección —dice con sencillez—. No solo seguridad física, sino protección para no acabar como mi madre. Te respetaré y te apoyaré, pero no renunciaré a quien soy... no renunciaré a mi alma.

La petición me sorprende. No pide libertad. No pide amor. Pide dignidad.

No debería sentirme atraído por esta mujer. Cada instinto me advierte contra ello.

Y sin embargo, me siento atraído por su mente afilada y su honestidad.

Es una debilidad que no puedo permitirme, particularmente con una Vitale.

Espanto la bruma de su magnetismo de mi cerebro. —Seguiré adelante con este matrimonio, pero comprende que no confío en nadie de tu familia. Incluida tú.

—Lo comprendo. —Se pone en pie, alisándose la falda del vestido. No puedo evitar preguntarme si lo hace a propósito para atraer mi mirada hacia sus caderas. Tiene un cuerpo hecho para sueños eróticos, y sin duda lo sabe. ¿Va a usarlo para distraerme?

Me levanto, alzándome sobre ella, un recordatorio para mí más que para ella de quién ostenta el poder.

Ella me dedica una sonrisa de complicidad. —La confianza se gana, Don Dante. Tendremos toda una vida para eso.

Toda una vida.

Las palabras se asientan con pesadez en mi pecho.

Esta mujer será mi esposa, la madre de mis hijos, potencialmente.

Mi mayor vulnerabilidad o mi mayor fortaleza.

Posiblemente ambas cosas.

—Entonces tenemos un acuerdo —digo.

—Lo tenemos. —Me tiende la mano para sellar nuestro pacto, tan formal como cualquier contrato comercial.

La tomo, notando lo perfectamente que encaja su mano en la mía.

Caminamos de vuelta a la casa, manteniendo una distancia prudencial que desmiente nuestro futuro como marido y mujer.

Observo el perfil de Isabella mientras se mueve a mi lado.

¿Qué se oculta bajo su exterior pulido?

¿Es realmente solo un peón en un juego de vida o muerte que juego con su padre?

¿O su padre me la ofrece como espía?

Ella ladea la mirada hacia mí, con una sonrisa grabada en los labios que me hace sentir algo extraño en el pecho.

Eso me envía una nueva preocupación.

¿Es una mujer capaz de hacerme olvidar quién soy y lo que debo proteger?

Así no era como imaginaba que se desarrollaría mi vida.

El matrimonio siempre fue un concepto lejano, algo para más adelante, después de haber consolidado el legado Dante.

Ahora se precipita hacia mí como un tren a toda velocidad.

Al mismo tiempo, me descubro aceptando extrañamente esta situación.

Isabella Vitale no es lo que esperaba.

Es audaz donde yo esperaba sumisión.

Inteligente donde esperaba insustancialidad.

Eso la convertirá en una aliada valiosa, a menos que la envíen para socavarme.

5

ISABELLA

Mi padre dijo una vez que mi valor reside en saber cuándo hablar, lo que en realidad significaba saber cuándo callarme.

Durante dieciocho años me he mordido la lengua y he mantenido el rostro agradablemente inexpresivo mientras mi mente se llenaba de pensamientos no dichos.

Ya sea por mi situación o por Alessandro Dante, esa moderación flaquea.

Pero hay algo en Alessandro Dante que desbarata mi cuidadosamente cultivada contención.

Si mi padre supiera que le he exigido respeto a Alessandro, le estallaría la cabeza.

Es una sorpresa y un alivio que Alessandro no me haya recordado cuál es mi lugar.

—Las flores están preciosas en esta época del año —comenta mientras regresamos a la casa.

—Casi tan preciosas como la conversación que fingimos tener —me quedo helada, horrorizada.

Me llevo la mano a la boca, pero es demasiado tarde.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros.

En lugar de enfadarse, la boca de Alessandro se tuerce ligeramente. —¿Qué preferirías exactamente? ¿Una discusión sobre las disputas territoriales?

—Al menos no sería tan artificial como comentar sobre horticultura —el filtro entre mi cerebro y mi boca parece haber dejado de funcionar.

Se detiene y me estudia como si fuera un rompecabezas. —La mayoría de las mujeres en tu posición serían más cautelosas.

—La mayoría de los hombres en su posición no tolerarían esta conversación —debería dejar de hablar. No puedo dejar de hablar.

Con la diversión aún en sus ojos, dice: —Tienes razón. Quizá la honestidad y la audacia me resulten refrescantes. Normalmente solo las recibo de mis hermanos.

Su confesión me pilla desprevenida. —¿Al que desterrasteis? —Dios mío, soy masoquista.

—Mi padre exilió a Luca, no yo.

—Y aun así, lleva tiempo siendo el Don y él sigue fuera —estoy a punto de arruinar este acuerdo, lo cual no es necesariamente malo. Quiero decir, por muy guapo que sea Alessandro, preferiría ir a la universidad antes que casarme.

Pero si fastidio esto, mi padre me matará... y no estoy segura de estar exagerando.

—Luca se ha labrado su propio camino en Chicago. Está bastante satisfecho.

Yo también he oído eso. Aun así, no estoy segura de que ser sincera con él sea prudente. —Dudo que de verdad quiera conocer mis pensamientos y opiniones, Don Dante.

—Alessandro —me corrige, suavizando la voz—. Y me gustaría oír lo que piensas de verdad, no lo que te han entrenado para decir.

Busco engaño en su rostro y no encuentro ninguno. Solo curiosidad.

—Es una petición peligrosa —le digo—. Mis pensamientos no siempre son aptos para la buena sociedad.

Su risa es inesperada. —Entonces es una suerte que nunca me haya considerado particularmente educado.

Por primera vez desde que empezó este acuerdo, siento que el nudo en mi estómago se afloja.

No es que esto vaya a ser nunca una unión por amor, pero quizá sea una amistad basada en el respeto.

—Me pregunto qué otras suposiciones habré hecho sobre usted que podrían estar equivocadas —digo.

—Probablemente todas —la voz de Alessandro no transmite arrogancia, solo certeza—. La gente ve lo que yo necesito que vea.

—¿Qué es?

—Un líder intransigente —se encoge de hombros—. ¿Y tú? ¿Qué suposiciones he hecho yo?

Lo considero. —Que soy un peón dócil en el juego de mi padre.

—Dócil está claro que no eres —su mirada sostiene la mía—. Calculadora, tal vez. Estratégica, definitivamente.

La forma en que lo dice, no como una acusación sino como una apreciación, hace que algo cambie en mi interior. Es como si me vieran de verdad por primera vez.

—Sí, bueno, no se lo diga a mi padre.

—Pronto, lo que tu padre espere no será un problema. Tendrás que lidiar conmigo.

Me detengo y le miro. —¿Cuáles son sus expectativas sobre mí?

Frunce el ceño. —Creo que hemos llegado a un acuerdo sobre eso. Cumplirás con las expectativas de una esposa y yo te proporcionaré seguridad... y respeto.

Expectativas de una esposa. Seguramente eso es algo más que sonreír en las cenas. —¿Qué otras expectativas?

—Tendrás que ser más específica, Isabella.

—Herederos. Hijos. Supongo que eso es parte de por qué aceptó este acuerdo. Para asegurar su legado.

La expresión de Alessandro cambia. —¿Eso es lo que te ha dicho tu padre? ¿Que tu propósito principal es darme hijos?

El calor me inunda las mejillas. —Estaba implícito.

—Permíteme ser claro —dice, acercándose—. No tengo interés en forzarte a la maternidad. El linaje Dante continuará a través de mis hermanos. Mi legado es el imperio que construyo, no los hijos que engendro. De hecho, no estoy interesado en ser padre.

Parpadeo. No era la respuesta que esperaba de él. —Así que no... —me cuesta encontrar las palabras adecuadas—. ¿No tiene intención de que nosotros...?

—¿De que durmamos juntos? —termina Alessandro sin rodeos—. No, a menos que sea algo que ambos queramos. Este matrimonio es un acuerdo de negocios.

El alivio debería invadirme.

Después de todo, ¿no es esto lo que quería?

¿Evitar convertirme en una yegua de cría?

Y sin embargo, pensar que no me desea crea una inesperada sensación de vacío.

—Ya veo.

—¿Eso te decepciona? —su voz baja de tono y, de repente, soy dolorosamente consciente de lo cerca que estamos.

—No. Es que... —mis ojos se desvían a su boca contra mi voluntad —. Supuse que se esperarían ciertas cosas.

Sus ojos captan los míos y por un momento imagino lo que sería ser deseada por él.

No solo ser útil políticamente, sino ser deseada.

Pero eso no es lo que él quiere.

Quiere una esposa para lucirla, no para amarla.

No me tocará, pero como él es el Don y yo le perteneceré, ningún otro hombre lo hará tampoco.

Seré virgen para siempre.

Había aceptado la idea de un matrimonio sin amor, pero pensaba que soportaría su contacto y tendría hijos a los que querer.

En cambio, estaré ligada a este hombre fascinante y nunca experimentaré la intimidad que debería acompañar a nuestra unión.

—Entonces, ¿qué seremos? ¿Compañeros de piso? —pregunto.

Alessandro me observa y veo un destello de ardor en sus ojos. —La única expectativa que tengo es que haya honestidad entre nosotros.

Asiento, luchando contra el confuso impulso de acortar la distancia entre nosotros. ¿Cuándo empecé a desear su contacto? — Honestidad. Puedo con eso.

—Bien.

Se da la vuelta para seguir el camino hacia la casa.

—¿Está diciendo que no me encuentra atractiva? —suelto como una idiota.

Se detiene y se vuelve lentamente hacia mí. Veo ese ardor en sus ojos de nuevo. —Eso no es lo que he dicho.

—Lo ha dado a entender —levanto la barbilla, queriendo parecer fuerte, aunque me siento como una niña tonta—. Nuestro matrimonio es un acuerdo de negocios.

—No pongas palabras en mi boca, Isabella.

Frunzo el ceño, porque estoy bastante segura de que ha dicho que no quería hijos y que nuestro matrimonio era por negocios.

Su mandíbula se tensa. —He dicho que no te obligaría. Nunca he dicho que no te deseara.

El aire entre nosotros chisporrotea de tensión.

Me acerco un paso más, viendo cómo se dilatan sus pupilas. —Entonces, ¿me desea? —estoy jugando con fuego, pero parece que no puedo parar.

—¿A qué juego estás jugando?

—A ninguno. Solo quiero saber las reglas. Los límites —me encojo de hombros con una indiferencia que no siento—. Nada de sexo, entonces. Me parece bien.

—Me estás malinterpretando a propósito.

—Y usted está siendo vago a propósito —sonrío con dulzura—. Para ser un hombre que valora la honestidad, desde luego se anda con muchos rodeos.

La mano de Alessandro me agarra la muñeca, sin hacerme daño pero con la firmeza suficiente para que sienta mi pulso martilleando contra sus dedos.

—Permíteme ser claro, entonces. Me pareces atractiva. Más de lo que esperaba... más de lo que quiero. Pero no haré nada al respecto a menos que tú quieras que lo haga. ¿Entendido?

Trago saliva con dificultad. —Perfectamente.

Su mirada baja hacia mi boca y mis entrañas se vuelven lava líquida al anticipar que me bese. Contengo el aliento mientras espero.

Me suelta la muñeca y retrocede mientras se aclara la garganta. —Creo que ya hemos cubierto suficiente de este acuerdo por ahora —se da la vuelta y camina a grandes zancadas hacia la casa.

Más tarde, después de que Alessandro se marche, me convocan al despacho de mi padre.

Sus ojos se entrecierran cuando entro. —¿Y bien? ¿Has conseguido no avergonzar a esta familia?

Me encojo de hombros. —Nos hemos llevado bien.

—Bien no es suficiente —su voz se vuelve afilada—. ¿Estaba complacido contigo?

La pregunta hace que se me erice la piel, pero mantengo la fachada. —Creo que sí.

La expresión de mi padre pasa de la sospecha a una aprobación cautelosa. —Bien. Los planes de boda seguirán adelante. No le des ninguna razón para que se lo replantee.

—Por supuesto que no. Si eso es todo... —no tengo interés en contarle a mi padre los detalles de mi encuentro con Alessandro.

—Sí, eso es todo —me hace un gesto con la mano para que me retire.

Una vez a salvo, encerrada en mi dormitorio, me desplomo sobre la cama, reviviendo mi encuentro con Alessandro.

Una sonrisa asoma a mis labios al recordar nuestro duelo verbal en el jardín.

La forma en que arqueó la ceja cuando le desafié.

El destello de aprobación en sus ojos cuando me negué a retroceder.

La mayoría de los hombres quieren docilidad.

Alessandro parece ansiar mi fuego.

Me pareces atractiva. Más de lo que esperaba... más de lo que quiero.

El recuerdo de su mano en mi muñeca envía ráfagas de calor por todo mi cuerpo. Algo eléctrico pasó entre nosotros en ese jardín.

Cierro los ojos y el calor aumenta en mi interior mientras todos los recuerdos regresan.

Nunca me he sentido así antes.

Esta necesidad desesperada y dolorosa que empieza en lo más profundo de mi ser y se irradia hacia fuera es aterradora y embriagadora al mismo tiempo.

Aprieto una almohada contra mi pecho mientras me pregunto cómo sería tenerlo aquí, en mi cama. ¿Sería dulce o exigente?

De repente, está aquí conmigo en mi imaginación.

Sus labios se presionan contra los míos, no de forma tentativa, sino segura.

Reclamándome.

En mi mente, sus manos acunan mi rostro antes de deslizarse por mi cuello, recorriendo la curva de mi hombro, bajando más...

Se me corta la respiración. Nunca me han besado, pero de alguna manera sé que Alessandro me besaría como si lo sintiera de verdad.

Como si quisiera devorarme entera.

Mi mano se desplaza hacia mi cuello, trazando el camino que imagino que seguirían sus labios.

Bajando por mi garganta, cruzando la clavícula. Más abajo aún.

No debería estar pensando así.

No debería estar tocándome así, imaginando que es él.

Pero no puedo parar.

No quiero parar.

Mis dedos recorren la redondez de mi pecho a través de la tela de mi vestido y jadeo ante la sensación.

¿Es esto lo que sentiría si él me tocara?

¿Mejor?

¿Peor?

Nuestra noche de bodas se cierne en mi mente, y ya no es algo que temer, sino algo que anticipar.

¿Será tan controlado en la cama como lo es en la vida?

¿O dejará finalmente que su cuidada moderación se desvanezca?

Aprieto los muslos, tratando de aliviar el deseo creciente entre ellos mientras mi exploración continúa, guiada por el instinto y el placer.

Mis dedos bajan más, trazando la curva de mi cadera, vacilantes al principio pero volviéndose más audaces a medida que el anhelo crece. En mi mente, la voz de Alessandro me susurra palabras de ánimo al oído.

—Déjate llevar —diría él—. Enséñame lo que quieres.

Deslizo la mano bajo mi vestido, conteniendo el aliento mientras imagino su tacto en lugar del mío.

La fantasía se vuelve más vívida.

El peso de Alessandro presionándome contra el colchón, sus manos sujetando mis muñecas por encima de mi cabeza, sus labios dejando un rastro de fuego por mi cuello.

La forma en que sus ojos se oscurecerían mientras me observa.

Mis dedos encuentran una humedad resbaladiza entre mis muslos y jadeo ante el contacto.

Con su rostro en mi mente, acaricio en círculos el sensible nudo de nervios, arqueando la espalda sobre la cama mientras el placer se acumula en mi interior.

—Alessandro.

Mis movimientos se vuelven más frenéticos, persiguiendo algo que no alcanzo a nombrar.

En mi mente, Alessandro me observa con esos ojos penetrantes, su expresión hambrienta y posesiva.

Mía, parece decir su mirada. Y en este momento, quiero ser suya.

La tensión se enrosca con más fuerza, mi respiración sale en breves jadeos hasta que, finalmente, estalla.

Oleada tras oleada de placer rompe sobre mí, y el nombre de Alessandro brota en un gemido mientras mi cuerpo tiembla.

A medida que las réplicas se desvanecen, la realidad vuelve de golpe. Me quedo sin aliento, mirando al techo con los ojos muy abiertos.

¿Qué he hecho?

Presiono las palmas de las manos contra mis mejillas calientes, con la mortificación y la euforia luchando en mi interior.

Acabo de darme placer fantaseando con un hombre al que apenas conozco.

Un hombre con el que me obligan a casarme.

Un hombre que me hace sentir más vista, más viva de lo que me he sentido nunca.

Se suponía que esto no debía pasar.

Estaba preparada para soportar este matrimonio como una necesidad política, no para ansiar su contacto.

Estos sentimientos lo complican todo.

Si le entrego mi cuerpo voluntariamente, ¿le seguirá mi corazón? Y si lo hace, ¿lo tratará con cuidado o lo aplastará?

Respiro hondo y miro al techo.

Sea cual sea el camino que me espere con Alessandro, lo recorreré con los ojos abiertos.

Él fue claro al decir que este matrimonio es un negocio y que su atracción por mí, aunque sea algo a lo que cederá si yo quiero, no es algo que él desee de por sí.

Él no busca amor ni una familia.

Así que tendré que tener cuidado de mantener mi corazón fuera de este acuerdo, porque si me enamoro de él, solo conseguiré que me lo rompan.

6

ALESSANDRO

Mi coche serpentea entre el tráfico de Long Island y lo único en lo que puedo pensar es en lo demente que resulta todo esto.

Tengo a los restos de la Bratva todavía causando problemas, tres centros de distribución que necesitan una reestructuración y una reunión con la familia Albini en dos días.

Y, sin embargo, aquí estoy, de camino a inspeccionar un puto lugar para una boda.

Desde luego, no me importaría volver a ver a Isabella, lo cual es irritante de por sí.

Las mujeres me gustan bastante, pero no me gusta cómo me siento cuando estoy cerca de ella.

La intriga y el deseo por una mujer son una distracción, y no puedo permitirme distracciones.

Lo cierto es que no he podido dejar de pensar en Isabella desde nuestro encuentro.

Esos ojos verde mar.

Esa lengua afilada que tanto se esfuerza por controlar.

La forma en que perdió la compostura lo justo para revelar algo ardiente bajo la superficie.

Algo que el hombre que hay en mí quiere explorar.

El coche aminora la marcha a medida que nos acercamos a nuestro destino. Por supuesto, Marco elegiría algo tan ostentoso. Tan público.

Salgo a la acera, escudriñando la entrada en busca de un atisbo de ella.

El pulso se me acelera cuando la veo de pie junto a las puertas giratorias, envuelta en un vestido color crema que la hace parecer a la vez inocente y lasciva.

Y, por un momento, olvido la verdadera razón por la que estoy aquí.

Aparto la mirada de Isabella y hago una señal a mis hombres.

Cuatro de ellos se dispersan de inmediato, desapareciendo en el interior del hotel, mientras otros tres se posicionan en puntos estratégicos en el exterior.

—Benito, quiero cada salida mapeada, cada ángulo muerto identificado —le murmuro a mi jefe de seguridad—. Comprueba los puntos de acceso secundarios, los ascensores de servicio, cualquier cosa que los Vitale puedan usar.

—Ya estoy en ello, Don Dante —responde él, con los ojos escaneando constantemente nuestro entorno.

Esto es lo que importa. No la curva de los labios de Isabella cuando me ve, ni la forma en que su postura se yergue. *Concéntrate, Dante. Seguridad. Estrategia. Supervivencia*.

Me acerco a ella, conteniendo el aliento mientras la beso en la mejilla.

Me separo, continuando en guardia contra su encanto.

Sin embargo, de alguna manera, me encuentro caminando por un salón de recepciones hortera, fingiendo considerar los ángulos de seguridad mientras en realidad le robo miradas a Isabella.

—El balcón tiene vistas al puerto —dice el coordinador del lugar con un gesto grandioso—. Perfecto para las fotos al atardecer.

Asiento con la cabeza distraídamente, calculando líneas de visión y rutas de evacuación por necesidad profesional. Eso es lo que me digo a mí mismo.

—¿Qué te parece? —pregunta Isabella, volviendo hacia mí esos ojos verde mar con expectación.

¿Qué me parece? Me parece que estoy perdiendo la puta cabeza.

He rechazado docenas de llamadas sobre sabores de pasteles y arreglos florales, delegándolo todo en mi personal.

Este matrimonio es una transacción comercial, nada más.

Entonces, ¿por qué estoy aquí, inspeccionando personalmente este sitio?

—Las ventanas de la zona este son una vulnerabilidad —digo con voz plana—. Demasiado expuestas.

Isabella inclina la cabeza, estudiándome. —¿Eso es lo que te preocupa? ¿No si es lo bastante hermoso para nuestro gran día?

Su sarcasmo atraviesa mi agitación. Me encuentro luchando por contener una sonrisa. —La seguridad va antes que la estética.

—Por supuesto que sí —suspira ella—. Podríamos probar en una prisión.

—¿Crees que puedes meter a tu padre en una prisión?

Ella niega con la cabeza. —No. Así que tendremos que conformarnos con lo que la gente normal usa para casarse.

—La gente normal no tiene un futuro suegro al que nada le gustaría más que meterme una bala en la cabeza durante la ceremonia.

—Si eso sucede, me aseguraré de elogiar las flores de tu funeral.

Una carcajada casi se me escapa antes de que logre frenarla. —Es tu gran día, Princesa. Tú decides.

Ella entrecierra los ojos. —No me llames así.

—¿Cómo debería llamarte?

Juro que puedo ver los engranajes girando en su cerebro mientras maquina una réplica. —Reina estaría bien.

—Es tu día, mi Reina. Tú decides.

—Oh… eso me gusta. —Sus ojos se iluminan con deleite. No puedo evitar que la imagen de ella mostrándose tan animada bajo mi cuerpo, mientras la follo duro y rápido, aparezca en mi mente.

Me sacudo la imagen de la cabeza y me apoyo contra una columna de mármol, observándola examinar el espacio.

—Sabes, no tienes por qué venir a estas cosas —dice ella, con la mirada perdida en las vistas del puerto.

—Necesitaba comprobar las medidas de seguridad personalmente.

—¿Es ese el único motivo?

Joder. ¿Acaso puede verme por dentro? —¿Qué otro motivo podría haber?

—Ninguno en absoluto —dice ella con frialdad—. Después de todo, solo son negocios.

Solo negocios. Exactamente lo que me he estado diciendo a mí mismo.

Ella se encamina hacia una terraza ajardinada y yo la sigo como un puto cachorro.

—¿Por qué este lugar? —pregunto—. De todos los lugares de Nueva York, has elegido el más predecible.

Ella desliza un dedo por la barandilla de piedra. —Mi padre quería algo que gritara «dinero viejo» para impresionar a todo el mundo. Yo simplemente asentí y estuve de acuerdo.

La forma en que pronuncia la frase, plana, pero con un trasfondo de burla, me hace detenerme.

—¿Y qué habrías elegido tú? Si la decisión fuera realmente tuya.

Los ojos de Isabella se encuentran con los míos; la sorpresa parpadea en sus rasgos antes de que su máscara vuelva a colocarse en su sitio. —¿Acaso importa lo que yo quiera?

—Sígueme la corriente.

Duda un instante y luego se vuelve totalmente hacia mí. —Algún lugar sin doscientos invitados fingiendo que no se odian entre sí. Quizá un viñedo en el norte del estado, o una pequeña ceremonia en una propiedad privada. —Sus labios se curvan—. Algún lugar sin una decoración dorada que grite «estoy compensando algo».

Esta vez, no puedo evitar la risa. El sonido parece sobresaltarnos a ambos.

—No eres lo que esperaba —admito.

—Una decepción, estoy segura.

—Todo lo contrario, en realidad. —Me acerco más, atraído por el desafío de sus ojos—. La mayoría de las mujeres en tu posición estarían adulándome para obtener mi aprobación.

—No soy como la mayoría de las mujeres, para decepción de mi padre.

Ahí está, un vislumbre bajo el barniz. Me encuentro deseando más. —¿Cómo fue crecer como la hija de Marco?

Ella me estudia, tratando claramente de discernir mis intenciones. —¿Por qué te importa?

—Tal vez quiero saber con quién me voy a casar realmente.

—Te casas con una Vitale —dice ella—. ¿No es eso lo único que importa?

—Eso pensaba. Ahora, no estoy tan seguro.

Ella se da la vuelta, fingiendo observar las flores del árbol.

Esta vez está diferente, pero no estoy seguro de si está tratando de controlar su lengua o de levantar un muro entre nosotros.

¿Acaso he dicho o hecho algo que la haya asustado de ser ella misma?

—Aprender sobre mí no hará que este acuerdo sea más fácil —dice ella.

—Tal vez no. —Doy un paso más hasta que apenas unos centímetros nos separan—. Pero podría hacerlo más interesante.

A pesar de todos mis intentos por evitar que me atrape, asimilo su aroma.

Es encantador, a juego con su vestido; a la vez inocente y lascivo. Me sorprendo a mí mismo inclinándome más cerca.

—Lo «interesante» no es lo que ninguno de los dos aceptó —murmura Isabella, pero no retrocede.

Mi mano se mueve por voluntad propia, y mis yemas rozan un mechón de pelo de su cara. El contacto envía electricidad por mis venas.

—Los planes cambian.

Sus pupilas se dilatan.

Sigo la línea de su mandíbula, envalentonado por el fuego que veo en sus ojos.

—Esto es un error —digo, incluso mientras mi cuerpo me traiciona al acercarse más.

—Entonces detente —me desafía ella.

Mi pulgar roza su labio inferior y observo, fascinado, cómo ella inhala bruscamente. El impulso de probar su boca es abrumador.

He pasado mi vida manteniendo un control perfecto.

He mirado fijamente a la boca de los cañones sin parpadear, he negociado con asesinos sin sudar una gota.

Sin embargo, Isabella hace que me tiemblen las manos por la necesidad de poseerla.

—¿Don Dante? —La voz de Benito interrumpe el momento.

Me alejo de Isabella al instante, dejando caer la mano a mi costado. La pérdida de contacto se siente como si me hubieran rociado con agua helada.

—¿Todo asegurado? —pregunto.

—La cocina está despejada. La entrada del personal necesita cobertura adicional durante el evento. —Presenta su informe con profesionalidad, pero hay algo de complicidad en su expresión que podría meterme en problemas.

Adriano se burlaría de mí, pero Marco podría castrarme por desear abiertamente a su hija.

—La señorita Vitale y yo estábamos discutiendo la lista de invitados —miento con fluidez—. Tendremos que limitar los puntos de acceso.

Isabella se vuelve, con el rostro perfectamente sereno. —Hablaré con mi padre sobre la reducción de nuestros números, si eso ayuda con los problemas de seguridad.

—Eso sería de ayuda.

Benito consulta su reloj. —Deberíamos irnos. Tiene esa llamada con Stephano en una hora.

Asiento con curtida brevedad, agradecido por la excusa. —Señorita Vitale, haré que mi asistente coordine con la suya los siguientes pasos.

—Por supuesto, Don Dante. —No llega a mirarme a los ojos—. Gracias por dedicar tiempo de su agenda a esto.

La cortesía resulta extraña después de lo que casi acaba de suceder.

Pero tiene razón al volver a las normas sociales.

Se consideraría que estoy tomando algo que aún no es mío si la tocara.

Inclino ligeramente la cabeza antes de darme la vuelta.

—La entrada oeste necesita al menos cuatro hombres —dice Benito mientras nuestro coche atraviesa el tráfico—. Y los pasillos de servicio podrían ser un problema si…

Su voz se desvanece en un ruido de fondo mientras mi mente reproduce los momentos con Isabella.

La forma en que sus pupilas se dilataron cuando toqué su cara. El suave desafío en su voz.

La electricidad entre nosotros parecía cargar el aire mismo.

¿En qué demonios estaba pensando?

No es lo que esperaba. Me anticipaba a una princesa mimada.

En su lugar, he encontrado a alguien con fuego tras los ojos y una lengua afilada.

Alguien que me mira no con miedo o reverencia, sino con evaluación.

Como si estuviera tratando de descifrarme tanto como yo trato de entenderla a ella.

Es exasperante. Embriagador.

—…¿estás escuchando algo de lo que digo? —La pregunta de Benito me devuelve a la realidad.

—Cuatro hombres en la entrada oeste —repito automáticamente—. Los pasillos de servicio necesitan vigilancia.

Él se recuesta, poco convencido. —Sé que no me corresponde, Don Dante, y le reconozco que es una mujer hermosa, pero debe recordar quién es su padre.

Normalmente me ofendería que me hablara con tanta libertad, pero no le falta razón.

Al hermano de Benito lo mataron en nuestra última pelea con la Bratva, aquella en la que se suponía que Marco Vitale estaba de nuestro lado pero, claramente, había estado trabajando también con la Bratva, jugando a dos bandas con ambos.

—No lo olvidaré. —Me giro para mirar por la ventana, lidiando con la ironía de la situación.

No puedo olvidar quién es ella y, sin embargo, sigo viendo destellos de quién podría ser bajo el apellido Vitale.

Cada comentario revela una pieza del rompecabezas de quién es.

Y, a pesar de todo, quiero resolverla.

Entender qué es lo que la hace diferente del resto de su familia, ese nido de víboras.

Esta fascinación es peligrosa.

Me hace vulnerable de formas que no puedo permitirme.

Sin embargo, mientras trato de concentrarme en el trato con los colombianos, lo único en lo que puedo pensar es en unos ojos verde mar y en el sabor de las palabras que quedaron sin decir entre nosotros.

Más tarde esa noche, en mi despacho de casa, me aflojo la corbata y me dejo caer en mi silla, pasándome una mano por la cara.

Los contratos para la reunión de mañana descansan intactos sobre mi escritorio.

Necesitan mi atención, pero en lo único que puedo concentrarme es en Isabella.

Me sirvo dos dedos de whisky mientras mi mente reproduce cada segundo del momento en la terraza.

Su aroma.

La forma en que su pulso saltó bajo su piel cuando la toqué.

Cómo estaría dispuesto a renunciar a mi próximo aliento con tal de probarla.

Joder.

Me bebo el trago de golpe y dejo el vaso.

No puedo dejar que Isabella Vitale se me meta bajo la piel.

Ella es un medio para un fin, una forma de traer la paz o, al menos, de mantener cerca a mi enemigo.

Diablos, hasta podría convertirse en una ventaja contra Marco.

Doy por terminado el trabajo y subo las escaleras.

Para cuando llego a mi dormitorio, el agotamiento ha calado hondo.

Me desnudo y me deslizo entre las sábanas frescas, obligando a mi mente a callar.

El sueño llega, pero ella me sigue hasta allí.

En mi sueño, ella me espera en mi cama.

La luz de la luna se derrama sobre su piel desnuda, iluminando sus curvas.

Su cabello oscuro se despliega sobre mis almohadas.

—Me has hecho esperar —murmura la Isabella de mis sueños, con voz más ronca.

Me muevo hacia ella como un hombre poseído, atraído por alguna fuerza primaria que no puedo resistir.

Estoy tan jodidamente duro que podría correrme solo con mirarla.

Me subo sobre ella, con las manos deslizándose por una piel increíblemente suave que sé que nunca ha sido tocada.

Ella se arquea bajo mi cuerpo, envolviendo sus piernas alrededor de mis caderas.

Capturo su boca con la mía, probando finalmente aquello con lo que he estado soñando. Es dulce y picante a la vez.

Como miel impregnada de whisky.

Mis manos exploran cada centímetro de ella.

La curva de sus tetas, las puntas duras y erizadas de sus pezones.

Me inclino, succionando uno en mi boca.

Ella gime, se arquea hacia mí.

Mis manos bajan por su cuerpo, entre sus muslos.

—Alessandro —jadea ella cuando mis dedos se deslizan dentro de su coño húmedo.

El sonido de mi nombre en sus labios hace que mi polla pegue un salto.

Le separo los muslos y, de una sola embestida fuerte, me hundo en su cuerpo.

Me despierto sobresaltado, con el corazón acelerado y la polla dura.

—Joder —gruño, apartando las sábanas con frustración.

Mi miembro late, exigiendo una atención que me niego a darle.

No soy un adolescente salido teniendo un sueño húmedo. Si algo soy es controlado, incluso cuando se trata de sexo.

Me quedo mirando al techo, tratando de pensar en cualquier otra cosa.

Cifras de distribución, protocolos de seguridad, el trato con los colombianos.

Pero su rostro no deja de volver a enfocarse, sus ojos verdes encendidos de deleite, sus carnosos labios rojos suplicando ser probados.

Isabella, puta Vitale.

Me he acostado con innumerables mujeres sin pensarlo dos veces.

¿Por qué la hija de mi enemigo me persigue así?

Pasan cinco minutos.

Diez.

El dolor no remite.

Mi polla está tan dura y palpitante como cuando desperté del sueño. Traidora.

—Maldita sea —murmuro, envolviéndola finalmente con la mano.

Cierro los ojos y me rindo a la fantasía.

Los labios carnosos de Isabella entreabriéndose, esos ojos astutos mirándome mientras me toma en su boca.

Me la imagino remolineando la lengua alrededor del glande, con sus manos apretando mis muslos.

¿Sería vacilante o audaz?

¿Gemiría cuando la agarrara del pelo?

Mis movimientos se aceleran. En mi mente, ella me acoge más profundamente, con sus ojos verdes sin apartarse de los míos, desafiándome incluso en la sumisión.

Observo cómo mi polla desaparece entre esos labios carnosos.

Juro que puedo sentir la succión de su boca mientras mi mano se aprieta alrededor de mi miembro, más fuerte, más rápido.

Mi orgasmo golpea como un puto tren de mercancías.

Mi semen sale disparado, cubriéndome el pecho, chorro tras chorro mientras prolongo el placer.

Cuando la realidad vuelve a golpearme, me doy cuenta de que, cuando se trata de Isabella, estoy completa y absolutamente jodido.

7

ISABELLA

Estoy de pie frente al espejo, analizando cada detalle de mi reflejo. El vestido esmeralda que mi madre ha seleccionado realza mis curvas, con un escote lo bastante pronunciado para resultar provocativo sin llegar a ser escandaloso. Joyas de oro adornan mi cuello y mis muñecas, reliquias de la familia Vitale destinadas a exhibir nuestra riqueza.

—Estás preciosa, Isabella. —Mi madre se sitúa tras de mí, con su voz suave de siempre—. Alessandro no podrá apartar los ojos de ti.

Me encuentro con su mirada en el espejo. —¿De eso se trata, no? De exhibirme como a una yegua de premio en una subasta, aunque el trato ya esté cerrado.

Ella se amilana. —Esta es una noche importante para nuestra familia.

—Para los intereses comerciales de Padre, querrás decir.

No debería ser tan dura con ella.

Está desgastada por años de opresión.

Y no puedo negar la curiosidad que siento por saber si Alessandro será capaz de apartar sus ojos de mí.

Había intentado mantener cierta distancia entre nosotros en el lugar de la boda y, sin embargo, casi nos besamos.

O eso creo.

Desde luego lo pareció cuando se acercó tanto, con la mirada clavada en mi boca con hambre.

Momentos después, me encuentro abajo, en el salón de baile que bulle con la élite de Nueva York.

Políticos, empresarios y criminales se mezclan con sus mejores galas, bebiendo champán y estableciendo contactos.

Alessandro está junto a la barra, con un vaso de whisky en la mano.

Incluso desde el otro lado de la sala, puedo ver la tensión en sus hombros, la distancia que mantiene mientras habla con dos concejales de la ciudad.

Su traje a medida le sienta a la perfección, resaltando unos hombros anchos y una cintura estrecha.

A pesar de mis esfuerzos por controlar la atracción, el pulso se me acelera.

Resulta que soy yo la que no puede apartar los ojos de él.

Me localiza, y algo cruza su rostro antes de que su expresión vuelva a tornarse distante.

—Ahí estás. —Mi padre se materializa a mi lado, agarrándome por el codo—. Recuerda lo que hemos hablado. Sonríe. Sé encantadora.

—Por supuesto, Padre. —Muestro mi sonrisa más convincente—. Seré el perfecto títere.

Aprieta más los dedos. —No me pongas a prueba esta noche, Isabella.

Intento ocultar la mueca de dolor que me provoca mi padre.

Alessandro se acerca y el comportamiento de mi padre se transforma al instante en calidez y cordialidad. —¡Alessandro! Aquí la tienes, tu futura esposa.

Los ojos de Alessandro no se apartan de los míos mientras toma mi mano y presiona sus labios contra mis nudillos.

El contacto envía una descarga eléctrica por todo mi brazo.

—Estás deslumbrante —dice en voz baja.

—Y tú pareces preferir estar en cualquier otro lugar. —Las palabras se me escapan antes de que pueda frenarlas.

Para mi sorpresa, la comisura de su boca se curva hacia arriba. —En eso somos dos.

Mi padre se aclara la garganta. —La fotógrafa está esperando. Necesitamos fotos para los periódicos de mañana.

Mientras Alessandro me guía hacia la fotógrafa, su mano descansa con ligereza en mi zona lumbar. Se inclina cerca, con su aliento cálido contra mi oreja.

—Te ha hecho daño.

Le miro, sorprendida de que se haya dado cuenta y un poco preocupada por no haberlo ocultado lo suficientemente bien. —Está ansioso por que esta noche salga bien.

Alessandro no dice nada, pero por primera vez en mi vida, me pregunto si habré encontrado a alguien que me valore lo suficiente como para protegerme de mi padre o de otros que puedan intentar lastimarme.

La fotógrafa nos coloca en una serie de poses artificiales.

El brazo de Alessandro rodea mi cintura, mi mano está en su pecho; nuestras caras tan juntas que puedo oler su colonia.

Hago todo lo posible por no inhalar profundamente y desmayarme.

—La última —promete la fotógrafa—. Dadme algo romántico.

Los ojos de Alessandro se encuentran con los míos, inquisitivos. Asiento sutilmente. Más vale que resulte convincente. Me toma el rostro con delicadeza, rozando mi mejilla con el pulgar. Por un momento, la sala desaparece y solo somos nosotros. Vuelvo a estar en el lugar de la boda, anticipando sus labios presionando contra los míos.

—¡Perfecto! —La fotógrafa rompe el hechizo—. Una pareja preciosa.

Alessandro retrocede, aclarándose la garganta. —Mi hermano acaba de llegar. ¿Te gustaría conocerlo?

—¿Tu hermano? —Parpadeo, desconcertada por el cambio tan repentino—. Por supuesto.

Me guía a través de la multitud hacia la entrada, donde un hombre que podría ser el gemelo más joven de Alessandro escanea la sala con intensos ojos grises.

Puedo ver por qué la gente le temería, pero con una niña en brazos, no parece feroz en absoluto.

A su lado se encuentra una mujer menuda de cabello castaño y un vientre claramente redondeado.

—Adriano —llama Alessandro. Los hermanos se abrazan con el afecto natural de hombres que confían plenamente el uno en el otro.

—Isabella, conoce a mi hermano menor, Adriano, a su esposa, Eva, y a su hija, Mirabella.

El apretón de manos de Adriano es firme. —Así que eres la mujer lo bastante valiente para enfrentarse a Alessandro.

—O lo bastante tonta —respondo.

Sus cejas se elevan con sorpresa y luego se ríe. —Ya me cae bien.

Eva me abraza y su vientre de embarazada presiona contra mí. —Bienvenida a la familia. No te preocupes, ladran más de lo que muerden.

—La mayoría de las veces —añade Adriano, deslizando su brazo sobre los hombros de Eva con una posesividad natural.

La mira como si ella fuera la causa de que brillen la luna y las estrellas, y eso hace que algo se retuerza en mi interior.

No es envidia exactamente, sino el anhelo por algo que sé que no puedo tener.

—¿Para cuándo esperas? —le pregunto a Eva, señalando su vientre.

Su rostro se ilumina. —Tres meses más.

—Voy a tener un hermano —dice Mirabella—. ¿A que sí, papi?

—Eso es, ángel.

Me impresiona el amor que emana de Adriano hacia su familia, y de su familia hacia él.

Creo que mis padres me quieren, pero no así. No con esta intensidad y asombro.

—Espero que no importe que la hayamos traído —dice Eva—. Todavía le cuesta estar sin uno de nosotros.

Me pregunto a qué se debe. ¿Es normal o pasó algo? —Por supuesto. De todos modos, probablemente esté más cerca de su edad que de la suya. —Señalo a Alessandro, que me mira horrorizado.

Adriano suelta una risita. —Asaltacunas.

—¿Qué es un asaltacunas? —pregunta Mirabella.

—Es tu tío Alessandro.

Alessandro no dice nada, pero juraría que, por dentro, le está diciendo a su hermano que se vaya a la mierda.

La conversación fluye con facilidad mientras observo interactuar a Adriano, Eva y Mirabella.

Los toques casuales, las sonrisas privadas, la forma en que terminan las frases del otro.

Este no es un matrimonio frío y por deber.

Es una unión por amor.

—Conocerás a Luca y Katerina en la boda —dice Alessandro—. Viven en Chicago, igual que mi hermana y su marido.

—Valentina te hablará hasta por los codos —añade Adriano con afecto.

—Tengo muchas ganas de conocerlos a todos —digo, y lo digo de corazón. Odio la idea de ser vendida como ganado, pero me atrae la idea de formar parte de una familia que irradia amor y afecto genuinos.

Eva me sonríe con calidez. —La familia lo es todo para los Dante. Una vez que eres una de los nuestros, lo eres para siempre.

Miro a Alessandro y descubro que me observa con una expresión ilegible.

—Eso suena... bien —admito—. Diferente a lo que estoy acostumbrada.

A medida que avanza la noche, no puedo dejar de pensar en Adriano y Eva, en lo real que parece su amor.

Por primera vez desde que mi padre anunció mi compromiso, me permito preguntarme si, después de todo, mi matrimonio podría convertirse en algo más que un simple acuerdo de negocios.

La recepción se alarga, convirtiéndose en un borrón de sonrisas falsas y conversaciones superficiales.

Alessandro y yo nos separamos para alternar con los invitados.

Cada pocos minutos, noto su mirada sobre mí desde el otro lado de la sala.

Cuando le devuelvo la mirada, su expresión parece molesta, casi irritada, como si yo hubiera hecho algo malo.

Debo de haber imaginado ese momento de conexión entre nosotros.

La sesión de fotos, la calidez en sus ojos.

Todo fue puro teatro.

O tal vez no me ve formando parte de la familia del modo en que lo hace Eva.

—Estás causando una gran impresión —murmura mi padre al pasar, señalando con la cabeza a un círculo de hombres mayores que me observan—. Sigue así.

Bebo un sorbo de champán para evitar responder.

Las burbujas me hacen cosquillas en la garganta.

Técnicamente, todavía soy demasiado joven para beber, lo cual es irónico teniendo en cuenta que soy lo bastante mayor para casarme.

Por supuesto, a nadie en esta sala le importa que no tenga la edad legal para beber.

Los crímenes cometidos por los hombres en esta estancia pesan mucho más que servirme champán.

—Este es un buen enlace —dice mi padre con autosuficiencia. No es el único que lo piensa. Tres hombres distintos ya han comentado los hijos tan fuertes que le daré a Alessandro. Como si mi útero fuera lo único valioso que aporto a este acuerdo. Por supuesto, Alessandro

dejó claro que no quiere hijos. Me pregunto cómo sentará eso entre esta gente.

Veo a Adriano guiar a Eva hacia una silla, con su mano descansando protectora en su espalda baja.

La ternura entre ellos es innegable.

Él se casó por amor.

Tengo que recordarme a mí misma que eso no es lo que estamos haciendo Alessandro y yo.

Estamos formando una fusión empresarial, nada más.

De repente, el salón se vuelve sofocante.

Demasiados cuerpos, demasiado perfume, demasiadas expectativas.

Me escabullo mientras mi padre está inmerso en una conversación con un juez.

Nadie se da cuenta cuando salgo por las puertas acristaladas hacia la terraza.

El aire nocturno es fresco, reconfortante.

Me acerco al muro de piedra, contemplando el océano.

Las estrellas brillan en el cielo.

Inhalo y luego exhalo, liberando el estrés, un truco que aprendí en una clase de yoga.

El aire cambia, siento una energía chispeando a mi alrededor. Sé sin mirar que es Alessandro.

—Tu familia parece feliz —digo sin darme la vuelta—. No me lo esperaba.

—Las apariencias pueden engañar.

Miro por encima del hombro, intrigada. —No siempre. Tu hermano Adriano mira a Eva como si ella fuera todo su mundo. Es reconfortante. No se ve eso a menudo en nuestro entorno.

Se coloca a mi lado, con cuidado de mantener las distancias. —Se ganaron su felicidad.

—¿Sobreviviéndote, quieres decir? —No puedo evitar mi franqueza —. Me han contado que amenazaste con matar a tu cuñada.

Una pequeña sonrisa asoma a sus labios y no puedo evitar preguntarme qué significa. —En aquel momento no era mi cuñada. —Su mirada me estudia y sé que se ha dado cuenta de que lo estoy tanteando—. Has estado recopilando información.

—¿No lo harías tú? —Me giro totalmente para enfrentarme a él—. Me voy a casar con uno de los hombres más peligrosos de Nueva York. Sería una estúpida si no aprendiera todo lo que pudiera.

Su actitud cambia ligeramente y la tensión se relaja por un momento. —No deberías subestimarme, pero tampoco deberías temerme. Puedo ser tu héroe tanto como puedo ser tu villano.

—No necesito un héroe.

Él asiente, como si comprendiera que no quiero que me trate con condescendencia ni que me regale los oídos. Solo quiero ser yo misma.

Veo a mi hermano dentro del salón y sé que no le gustará que esté a solas con Alessandro. —Camina conmigo. —Tomo el brazo de Alessandro y lo alejo de las puertas abiertas—. A algún lugar donde mi hermano no pueda vernos.

Siento la emoción de hacer algo tan prohibido, especialmente sabiendo que el decoro dicta que no deberíamos estar a solas hasta después de nuestra noche de bodas.

—¿Debería preocuparme por si me estás tendiendo una emboscada? —Su voz es burlona pero cautelosa.

—Si te quisiera muerto, Alessandro, no desperdiciaría un vestido de Valentino tan perfecto para hacerlo. —Le lanzo una sonrisa pícara.

Llegamos a un banco de piedra parcialmente oculto por enredaderas en flor. Me siento, alisando mi vestido mientras cruzo los tobillos.

—¿Saben tu padre y tu hermano que estamos aquí solos? —pregunta él, con la voz teñida de preocupación.

—Ellos no son mis dueños. —Doy unas palmaditas en el espacio a mi lado, invitándolo a acercarse—. Tú tampoco lo serás.

—¿Es eso lo que te preocupa de nuestro pacto? ¿Que te trate como a una propiedad?

—¿No es eso lo que soy? ¿Un pago en vuestra alianza?

—Ya hemos pasado por esto, ¿no? —La intensidad de su mirada me hace dudar.

—Nuestro acuerdo no cambia el hecho de que soy una mercancía. —Miro hacia los jardines cuando él no responde—. Dime algo real. Una sola cosa que no sea estrategia u obligación.

Se queda en silencio tanto tiempo que pienso que está ignorando mi pregunta. Pero entonces suspira. —Echo de menos a mi padre todos los días, pero me aterra convertirme en él.

Su confesión me deja impactada. Le miro a la cara y puedo ver que está siendo honesto.

—Eva dijo que no te pareces en nada a él —respondo—. Dijo que eres mejor. Más difícil de leer, pero con más humanidad bajo la superficie.

—Eva está siendo amable. Probablemente para evitar que te asustes demasiado.

—No te tengo miedo, aunque supongo que debería. —Me acerco más, atraída por él.

—Entonces, ¿a qué viene tanto interrogatorio?

—No viene mal conocer el terreno. Lo que he aprendido esta noche es que tu hermano y su familia te adoran. Los he observado. Te admiran y te respetan.

—Soy el Don.

Niego con la cabeza. —A los Dones se les suele respetar por miedo. A ti se te respeta por amor. Hay una diferencia. Aunque diré que imagino que Adriano fuerza los límites.

Alessandro se ríe y eso rompe parte de la tensión. —Vaya si lo hace. Y seré honesto, si se viera obligado a elegir entre Eva o yo, sospecho que yo perdería.

Me encojo de hombros. —Así es como debería ser. Un hombre debería estar dispuesto a quemar el mundo por su mujer.

—Tanto Adriano como Luca harían eso.

—Yo quiero lo que ellos tienen —digo en voz baja, sabiendo que es una idea tonta considerando que Alessandro y yo no nos queremos. En otra vida, él y yo nunca seríamos pareja—. No solo seguridad o estatus. Quiero lo que encontraron tus hermanos.

—¿Amor? —Su voz se vuelve plana, como si la idea le repugnara. Se me encoge el corazón y sé que no puedo pedir amor.

—Conexión. —Busco su mano, sintiendo una oleada de calor al envolver mis dedos con los suyos—. Me han criado para ser la esposa de alguien toda mi vida. Pero soy más que eso.

Me mira con intensidad y puedo ver el reconocimiento de mi verdad reflejado en su mirada. —Creo que lo eres.

Sus palabras hacen que mi corazón se acelere y esbozo una pequeña sonrisa. —Solo espero no ser demasiado para ti.

—Supongo que lo descubriremos. —Su mirada baja a mis labios, igual que en el lugar de la boda el otro día. El aire entre nosotros se

espesa, encendiendo un ansia que apenas empiezo a comprender.

Me inclino hacia delante, con el corazón galopando por mi audacia. Él cierra los ojos...

—¿Isabella? —La voz de mi hermano rompe el momento—. ¿Qué demonios es esto?

Me aparto de un salto, sabiendo que parezco culpable.

—Padre te está buscando —dice, con los ojos entrecerrados hacia Alessandro—. Se ha notado vuestra ausencia.

La amenaza tras sus palabras es inconfundible. Me levanto rápidamente, alisando mi vestido. —Necesitaba aire. Alessandro ha tenido la amabilidad de asegurarse de que no estuviera sola aquí fuera.

Enrico se acerca, con una postura rígida. —Qué considerado por parte del Don ofrecer su protección.

Alessandro se levanta a mi lado, impasible. La temperatura entre ellos baja varios grados. Todo el sentido de esta boda es apaciguar momentos como este.

—Volveré de inmediato —digo, poniéndome entre ellos—. Por favor, Enrico.

Los dedos de mi hermano se agitan a sus costados. No estoy segura de si quiere moler a palos a Alessandro o echar mano a su pistola y dispararle. Un movimiento en falso, una palabra malinterpretada, y este jardín podría convertirse en una carnicería.

Toco brevemente el brazo de Alessandro. —Gracias por la compañía.

Al pasar deprisa junto a Enrico, le susurro con fiereza: —No hagas ninguna estupidez.

8

ALESSANDRO

Me quedo completamente inmóvil mientras Isabella desaparece por las puertas del jardín, dejándome a solas con su hermano. El aire nocturno chisporrotea de hostilidad.

—Ahorrémonos fingimientos —digo, manteniendo mi posición—. Di lo que has venido a decir.

Enrico se acerca un paso, la ira emana de él en oleadas. —He visto cómo la mirabas.

—Tu hermana es mi prometida. —Mantengo la voz serena, aunque la irritación crece bajo mi calmada apariencia.

—Es una Vitale antes que ser nada tuyo. —Tensa la mandíbula—. Y mantendrás las manos lejos de ella hasta después de la boda.

Arqueo una ceja. —¿Me estás dando órdenes, muchacho?

—Te estoy dando una advertencia. —Da un último paso hacia mi espacio personal, envalentonado por la estupidez o la arrogancia—. Tócala antes de la noche de bodas y te mataré yo mismo.

Se me escapa una carcajada. —Sobreestimas tus capacidades.

—Y tú subestimas cuánto me importa mi hermana.

La ironía no me pasa desapercibida. —Ahórratelo. No te importa una mierda mientras no sea por su valor como aval comercial.

Sus fosas nasales se dilatan. —¿Y a ti sí?

—Acabas de acusarme de mirarla como algo más que una propiedad. —Esta vez, soy yo quien se inclina hacia él—. Esto es un trato de negocios, Enrico, pero al menos yo veo su verdadero valor. Tu hermana es inteligente, perceptiva y capaz de tomar sus propias decisiones. Si de verdad te importara, lo reconocerías.

Los labios de Enrico se curvan en una sonrisa burlona. —No me digas que el sangre fría de Alessandro Dante está empezando a sentir algo por mi hermanita. —Se ríe, y el sonido me chirría en los nervios—. ¿Qué sigue? ¿Tienes pensado ser su caballero de brillante armadura?

Me tiemblan los dedos por el impulso de rodearle el cuello, pero mantengo el control.

Este no es el momento ni el lugar.

—Me malinterpretas —digo, acercándome a él hasta que casi estamos pecho contra pecho—. Respeto su inteligencia. Su fuerza. Algo que tú claramente no has sabido hacer.

—Tú no sabes nada sobre...

—¿Sobre qué? ¿Sobre tu familia? —le corto—. He visto suficiente. Tu padre la utiliza. Tu madre la abandona. ¿Y tú? —Entrecierro los ojos —. Tú finges protegerla mientras te aseguras de que se quede exactamente donde tu padre quiere.

El rostro de Enrico se ensombrece, pero continúo antes de que pueda hablar.

—Déjame dejarte algo muy claro. —Mi voz baja hasta convertirse en un susurro peligroso—. El hecho de que me case con tu hermana no

te otorga inmunidad. En todo caso, te pone directamente en mi punto de mira.

Veo el destello de incertidumbre en sus ojos, la comprensión de que se ha extralimitado.

—Probablemente tu padre te ha dicho que soy débil. Quizás te ha prometido mi negocio cuando cree erróneamente que me matará. Piensa que eso te llevará a la ruina. Sigo siendo más poderoso que tú y que tu padre. —Le aliso la solapa de la chaqueta solo para demostrarle que puedo tocarlo y que no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

—Cuando esta boda se celebre, aprenderás cuál es tu lugar, o te lo enseñaré yo.

Intenta mantener el desafío, el gesto desafiante, pero veo cómo traga saliva con nerviosismo.

—Lo único que hago es proteger a mi hermana. Es ingenua. No entiende a los hombres como tú.

—¿A hombres como yo? —mi paciencia se agota—. Me das la razón. Ella sabe exactamente cómo son los hombres como nosotros. Se muestra condescendiente con nosotros, ¿sabes? Especialmente contigo.

—Mi hermana...

—Será mi esposa —termino por él—. Y sea cual sea nuestro acuerdo, es cosa nuestra. No tuya. Ni de tu padre. Nuestra.

—No le faltes al respeto a mi hermana, Dante. Lo pagarás si lo haces.

Sonrío con frialdad. —Ten cuidado con cualquier amenaza que lances. Podría ser un error fatal.

Doy un paso atrás y me ajusto mi propia chaqueta. —Ahora, creo que deberíamos volver a la fiesta antes de que alguien note que

faltamos los dos. Al fin y al cabo —digo con una leve sonrisa—, estamos celebrando una unión, no empezando una guerra.

Observo a Enrico retirarse, y mis dedos se cierran en puños. Siento el impulso de agarrarlo por sus caras solapas y arrastrarlo de vuelta. Un movimiento brusco sería suficiente. Una lección de respeto que no olvidaría jamás.

¿Este niñato, este crío consentido se cree que puede hablarme así? En cualquier otra circunstancia, su sangre ya se estaría enfriando sobre la piedra bajo nuestros pies.

Enrico se detiene en la puerta y mira atrás con una sonrisa burlona. —Recuerda lo que he dicho, Dante. Puede que mi hermana esté deslumbrada contigo ahora, pero sabe dónde reside su verdadera lealtad.

El bufido que le sigue mientras desaparece en el interior me provoca una oleada de pura rabia. Doy un paso adelante antes de obligarme a parar.

Aquí no. Ahora no.

Respiro profundamente, dejando que la brisa fresca bañe mi piel acalorada. La fiesta continúa dentro, ajena a la amenaza de violencia.

El rostro de Isabella aparece en mi mente. Sea lo que sea lo que está naciendo entre nosotros, merece algo más que verse ensombrecido por la sangre de su hermano en mis manos.

Por ahora, esperaré. La paciencia siempre ha sido mi fuerte.

Como también lo ha sido mi absoluto control emocional. Así que, ¿qué cojones es esta atracción que Isabella ejerce sobre mí?

Hace tres semanas, Isabella Vitale no significaba nada para mí. Ahora estoy dispuesto a derramar sangre por la falta de respeto de su hermano hacia ella.

Esto no formaba parte del plan.

El aire fresco de la noche no hace nada para mitigar el calor de mi ira. He forjado mi reputación basándome en ser implacable pero controlado. Calculador. Frío. Los hombres me temen porque no pueden leerme ni manipularme. No tengo debilidades que puedan explotar.

Hasta ahora.

Me paso la mano por la cara, asqueado conmigo mismo. Marco Vitale es más inteligente de lo que le reconocía. Quizás sabía que su hija se me metería bajo la piel, creando una vulnerabilidad donde antes no existía nada. Cada instinto protector, cada momento de placer genuino en su compañía es munición para su familia y para otros.

Si se dan cuenta de que empiezo a preocuparme por ella, lo usarán en mi contra. Los Vitale la utilizarán para socavar mi autoridad, extraer concesiones, tal vez incluso desafiar mi posición.

No puedo permitir que eso ocurra.

Sea lo que sea esto entre Isabella y yo, tengo que controlarlo antes de que me controle a mí.

Las semanas previas a nuestra boda transcurren con una lentitud exasperante.

Cada vez que veo a Isabella, está flanqueada por perros guardianes, normalmente Enrico, que parece decidido a permanecer pegado a ella; su cara de suficiencia es un recordatorio constante de nuestro enfrentamiento.

A decir verdad, se lo agradezco. Me ayuda a mantener las distancias.

Por la noche es peor. Me quedo despierto en mi cama vacía, preguntándome qué estará pensando Isabella, si sentirá esta misma atracción enloquecedora.

Cuando por fin llega el sueño, ella también está ahí.

Sus labios sobre los míos, su cuerpo apretado contra el mío; escenas que me hacen despertar con una erección, frustrado y furioso por mi falta de control.

Yo no soy así. No me obsesiono con las mujeres. No pierdo el tiempo en fantasías románticas.

Soy el puto Alessandro Dante.

He forjado mi reputación con negocios despiadados, letal si es necesario para proteger lo que es mío.

Y aquí estoy, contando los días para volver a verla como un adolescente enamorado.

He terminado de jugar a este juego.

La familia Vitale cree que puede controlar nuestros encuentros, manipulando este acuerdo en su beneficio mientras me mantienen alejado de mi propia prometida.

Es hora de recuperar el control, sobre mí mismo y sobre la situación.

Es hora de empezar a poner a Enrico en su sitio.

Mañana por la noche es la última cena antes de la boda, un evento más grande en un hotel de Manhattan que Marco cree que es territorio neutral... pero no lo es. Es mío, y tengo la intención de usar esa ventaja.

Adriano entra en mi despacho con noticias sobre el trato colombiano.

Después de escucharlo, asiento, indicando que todo suena como debería. —Escucha, mañana necesito que quites a Enrico de mi camino.

Adriano levanta una ceja. —No está en tu camino. Siempre está entre tú y su hermana.

—Necesito que hagas algo al respecto.

Aparece una sonrisa letal. —Podría arruinar la boda si me deshago de él.

Niego con la cabeza. —No te deshagas de él, a menos que, por supuesto, te amenace primero. Solo quiero que sepa que no puede mantenerme alejado de ella.

—¿Planeas desaparecer con la futura novia?

—Planeo tener una conversación privada con mi prometida sin que sus perros guardianes ronden por ahí.

—Juego peligroso, hermano. —La voz de Adriano tiene un rastro de diversión—. ¿Te estás encariñando con la chica Vitale?

—Me estoy cansando de que me manipulen —respondo, esforzándome por contener la irritación ante el hecho de que él pueda ver la locura que ella me provoca—. Aceptaron este matrimonio, pero me tratan como si no pudieran confiarme su seguridad. Es una falta de respeto.

—Y tú solo quieres devolvérsela comprometiéndola...

—Limítate a encargarte de ello.

Le hago un gesto para que se marche, dando por finalizada la conversación.

La verdad es más complicada de lo que estoy dispuesto a admitir, incluso ante mí mismo. Sí, el comportamiento de los Vitale es un insulto a mi posición. Sí, su interferencia constante es un juego de poder que no puede quedar sin respuesta. Pero bajo esas justificaciones racionales arde algo más primitivo. Quiero ver a Isabella. A solas.

Me sirvo una copa y me la bebo de un trago.

Mañana pondré fin a este teatro.

Le dejaré claro a Isabella y, a través de ella, a su familia, que no me dejaré controlar ni manipular.

9

ISABELLA

Observo mi reflejo en el espejo mientras Maria me peina, retorciendo mechones oscuros en un elegante recogido apto para la gala benéfica de esta noche. Mi rostro parece tranquilo. Por dentro, estoy furiosa.

—Está inquieta otra vez, señorita Isabella —me reprende Maria con suavidad.

—Lo siento —obligo a mis manos a quedarse quietas en el regazo.

Desde que Enrico nos interrumpió a Alessandro y a mí en la fiesta de compromiso, mi familia ha orquestado un elaborado juego de alejamiento. Cada vez que Alessandro está cerca, tengo a Enrico a mi lado como si fuera un guardia de prisiones.

Creen que no me doy cuenta de su estrategia. Pero lo hago. Me doy cuenta de todo.

—¿Las rosas o las perlas para esta noche, señorita? —Maria sostiene dos accesorios para el pelo.

—Las perlas, por favor.

Es una sola elección en un mar de decisiones que no he podido tomar por mí misma. No he elegido mi propio vestido de novia, ni las flores, ni siquiera la comida que se servirá.

Mi madre insiste en que es tradición que la familia se encargue de los preparativos, pero reconozco la mentira.

Todo esto es una farsa.

Una exhibición de riqueza.

Una exhibición de fuerza.

Una exhibición de poder.

Y no es solo para el mundo exterior, sino para el propio Alessandro.

Mi padre y mi hermano me están usando para demostrarle que no tiene poder sobre ellos.

En mi opinión, es un juego peligroso.

Uno que perderán.

Especialmente si creen que seré su infiltrada para espiar o manipular a Alessandro.

No es esa la clase de esposa que quiero ser.

Cierro los ojos, recordando la mirada de Alessandro en la terraza, la sensación de sus dedos rozando mi mejilla. El casi beso se repite en mis sueños, terminando siempre de la misma manera. Con la interrupción de Enrico, con los ojos de Alessandro endureciéndose, pasando del cálido deseo al desprecio frío.

—Ya está terminado —anuncia Maria, dando un paso atrás.

Examino a la mujer del espejo. Maquillaje perfecto, peinado perfecto, vestido perfecto. La hija ideal de los Vitale, lista para ser entregada como parte de un tratado de paz.

—Gracias —murmuro mientras ella se marcha.

Siete días para la boda. El pensamiento hace que un torbellino de emociones contradictorias me recorra. Miedo y anticipación, pavor y esperanza.

La gala benéfica de esta noche es el último gran evento antes de la ceremonia, y asistirá todo aquel que importe en Nueva York.

Un golpe en la puerta revela a Enrico, apuesto con su esmoquin y con su habitual expresión de suficiencia.

—Es hora de irnos. Padre dice que no podemos llegar tarde.

—Cielo santo, no permitamos que Alessandro tenga que esperar —respondo dulcemente, cogiendo mi bolso de mano—. Después de todo, has sido tan diligente asegurándote de que pasemos tiempo de calidad juntos.

Su sonrisa flaquea ante mi sarcasmo. —Este acuerdo no tiene nada que ver con el romance.

—No —asiento, pasando por su lado hacia el pasillo.

Pero mientras nuestro coche se aleja hacia Manhattan, no puedo evitar preguntarme si esta atracción entre Alessandro y yo podría convertirse en algo más que un simple acuerdo de negocios.

Él ha dejado claro que no es un hombre sentimental. No quiere hijos. Pero no se muestra frío conmigo. Ha aceptado respetarme.

Y hay momentos en los que veo algo más en sus ojos que hace que se me corte la respiración.

El coche se detiene ante el hotel. Los fotógrafos rondan cerca de la entrada, hambrientos por captar un vislumbre de la élite de Nueva York. Mi padre sale primero, ayudando a mi madre, y luego Enrico me ofrece la mano para asistirme.

—Recuerda a quién representas esta noche —susurra, apretándome los dedos de forma dolorosa.

—¿Cómo podría olvidarlo?

El gran salón rebosa riqueza y poder. El alcalde, comprado y pagado por familias como la nuestra, saluda a todo el mundo con el mismo entusiasmo superficial que mi padre muestra también hacia los asistentes.

Mis padres se dirigen de inmediato hacia su círculo de aliados, seguidos de cerca por Enrico tras lanzarme una mirada de advertencia.

La multitud se mueve y lo veo.

Alessandro está cerca de la pared del fondo, sumido en una conversación con el comisionado de policía.

El esmoquin se ajusta perfectamente a sus anchos hombros, y el marcado contraste del blanco y negro resalta el trasfondo oliváceo de su piel.

Su cabello oscuro está peinado hacia atrás, revelando las facciones afiladas de su rostro.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

Como si presintiera mi mirada, levanta la vista. Al otro lado del salón abarrotado, nuestros ojos se encuentran.

El aire entre nosotros chisporrotea con electricidad. Mis pulmones olvidan cómo funcionar. La sala a nuestro alrededor se desdibuja hasta volverse insignificante, desvaneciéndose hasta que solo queda él y la fuerza magnética que me empuja hacia su encuentro.

Alessandro se disculpa y abandona su conversación, sin romper nuestro contacto visual mientras empieza a avanzar en mi dirección. Su expresión permanece neutral, pero sus ojos arden con una intensidad que hace que me sonroje.

Llega hasta mí y, antes de que mi hermano pueda materializarse para intervenir, Alessandro extiende la mano.

—Isabella. ¿Me concedes este baile?

Pongo mi mano en la suya y una descarga eléctrica me recorre el brazo ante el contacto. —Empezaba a pensar que habías olvidado qué aspecto tenía.

Sus labios se curvan apenas. —Imposible.

Mi hermano se dirige hacia nosotros, pero mi padre pone una mano en el hombro de Enrico y niega con la cabeza.

Mi padre sabe que parte de la farsa de esta noche es la unión de dos familias poderosas.

Quiere que el mundo vea cómo me ha entregado a Alessandro Dante.

Alessandro me guía hacia la pista de baile, su mano se posa en mi cintura mientras me atrae hacia él, no de forma inapropiada, pero lo suficiente para que sienta su firme calidez.

—Tu hermano ha sido un acompañante de lo más dedicado —murmura mientras empezamos a movernos—. Estaba considerando ponerle un dispositivo de seguimiento para poder evitarlo con mayor eficacia.

Se me escapa una risa antes de que pueda evitarlo. —Ha estado insufrible. Casi esperaba que instalara barrotes en las ventanas de mi dormitorio.

—¿Te habrías escapado de todas formas? —Sus ojos bailan con picardía mientras me hace girar con elegancia.

—¿Para huir de él? Sin duda.

—¿Y para verme a mí? —La voz de Alessandro baja de tono.

Alzo la vista hacia esos ojos oscuros. —Sí.

La palabra queda suspendida entre nosotros mientras nos deslizamos por la pista; las demás parejas nos dejan un espacio respetuoso. Soy intensamente consciente de cada punto de contacto

entre nuestros cuerpos. Su mano en mi cintura, mi palma contra su hombro, nuestros dedos entrelazados.

—He echado de menos nuestras conversaciones —confieso—. Todos los demás me tratan como a una mascota o un trofeo.

—¿Y cómo te trato yo, Isabella?

—Como a una igual. —Sostengo su mirada—. Como a alguien a quien vale la pena escuchar. —Solo espero que no sea una farsa para mi padre. Que continúe así después de que nos casemos.

Sus dedos se aprietan alrededor de los míos. —Porque lo eres.

La música crece a nuestro alrededor y Alessandro me atrae más cerca, con su mejilla casi rozando mi sien.

—Siete días más. —Su aliento es cálido contra mi oreja—. Y entonces nadie, ni tu hermano ni tu padre, se interpondrá entre nosotros.

La promesa en sus palabras me provoca un escalofrío; el miedo y la anticipación se mezclan en algo nuevo.

—¿Eso es una amenaza o una promesa? —pregunto.

La sonrisa de Alessandro es peligrosa y hermosa. —Ambas cosas.

—Cuando termine el baile, debería devolverte a tu familia —dice Alessandro, aunque sus ojos comunican algo totalmente distinto—. Al fin y al cabo, no quiero tener que matar a tu hermano.

—Claro que no —respondo, sabiendo que no bromea del todo pero reaccionando como si lo hiciera—. El escándalo sería terrible.

Alessandro se inclina más, con los labios cerca de mi oreja. —Creo que el tocador de señoras está al final del pasillo. Si te excusaras en unos cinco minutos, dudo que a alguien le pareciera sospechoso. —Su voz baja aún más—. Y si yo, por casualidad, me perdiera buscando la barra por esa misma hora...

Se me corta el aliento. —Eso sería una gran coincidencia.

—En efecto. —Sus ojos se oscurecen con una promesa—. Las coincidencias ocurren constantemente en lugares como este.

Mientras me guía de vuelta hacia mis padres, la mano de Alessandro se demora en la parte baja de mi espalda. —Cinco minutos —murmura antes de apartarse con un respetuoso asentimiento hacia mi padre.

Cuento cada segundo mientras mantengo una conversación cortés con mi madre y sus amigas, mientras la anticipación crece en mi interior.

La idea de robar unos momentos privados con Alessandro, lejos de miradas vigilantes, hace que me hormiguee la piel de emoción. Quizá esta vez me bese.

Sinceramente, nunca entendí qué tenía de especial lo de besarse... o el sexo, ya puestos.

Pero ahora, con Alessandro, es como si él fuera una droga y yo necesitara una dosis.

Cuando llega el momento, me excuso con elegancia, alegando la necesidad de retocarme. Estoy casi en el pasillo cuando Enrico se materializa frente a mí.

—¿A dónde vas? —Su voz gotea sospecha.

Arqueo una ceja. —A comprobar si se me ha corrido el pintalabios. ¿Quieres acompañarme al baño de señoras? Estoy segura de que daría pie a cotilleos muy interesantes.

Su mandíbula se tensa. —Te crees muy lista.

—Y tú eres un pesado. Sinceramente, Enrico, ¿no deberías estar persiguiendo tus propios intereses esta noche en lugar de vigilar los míos? ¿Como a esa rubia junto a la fuente de champán que lleva veinte minutos mirándote, por ejemplo?

Él mira hacia allí por instinto, con la atención desviada momentáneamente.

—Es la hija del juez Harrington, ¿sabes? —añado, aprovechando mi oportunidad—. Padre estaría encantado si hicieras ese contacto.

Enrico vacila, dividido entre su deber de vigilarme y la oportunidad de impresionar a Padre.

—No me esperes despierto —digo con un guiño, escabulléndome antes de que pueda protestar.

Desaparezco por el pasillo, con el corazón latiendo con fuerza ante la emoción de la rebeldía y la promesa de los brazos de Alessandro esperándome.

Justo cuando estoy a punto de llegar al baño, Alessandro aparece desde la dirección opuesta.

—Has venido —digo.

—¿Pensabas que no lo haría? —Los ojos de Alessandro se oscurecen mientras se acerca, y yo doy un paso hacia él instintivamente, anticipando la presión de sus labios contra los míos.

En su lugar, me coge de la mano; su contacto enciende chispas por mi piel. —Aquí no. Sígueme.

La decepción me invade, pero dejo que me guíe mientras pasamos de largo el salón de baile.

—¿A dónde vamos? —pregunto cuando llegamos a los ascensores del hotel.

Alessandro pulsa el botón, con el rostro inexpresivo. —A algún lugar donde no nos interrumpan.

Las puertas se deslizan con un suave timbre. Me hace un gesto para que entre y me sigue de cerca. Mientras subimos pisos, estudio su reflejo en las puertas pulidas. Tiene la mandíbula tensa y la mirada al frente. Se mantiene a distancia a pesar del espacio reducido.

¿Acaso no siente nada? La duda se cuela en mi mente. Quizá lo he malinterpretado todo.

Su interés, la tensión entre nosotros, el casi beso en la terraza.

Tal vez este encuentro sea puramente estratégico, otra discusión de negocios sobre nuestro acuerdo.

El ascensor aminora la marcha y Alessandro finalmente me mira. —Estás callada.

—Me pregunto si soy idiota —admito.

Él frunce el ceño con genuina perplejidad. —¿Por qué?

—Porque estoy a solas en un ascensor con el hombre con el que se supone que me casaré en siete días y sigo sin saber qué es lo que quieres.

Su expresión se suaviza. —¿Tienes miedo, Isabella?

—Sí. —Luego enderezo los hombros—. Y no. Tengo miedo a cometer un error. No te tengo miedo a ti.

Algo cambia en su mirada. —¿Un error por estar a solas conmigo o por el matrimonio?

—En el matrimonio no tengo elección. Si es un error, lo está cometiendo mi padre.

—Entonces, ¿qué error?

No puedo hablarle de todas estas emociones y sensaciones nuevas y maravillosas que siento cuando estoy con él. No cuando él ha dejado claro que no quiere una unión por amor.

Me encojo de hombros. —Nada.

El ascensor se detiene y las puertas se abren, pero él no hace ademán de salir. En su lugar, apoya las manos contra la pared, encerrándome.

—No me ocultes nunca nada. ¿Quieres mi respeto, Isabella? Sé honesta. Nada de tonterías.

Siento un fugaz aleteo de miedo hasta que veo una mezcla de frustración y confusión en sus ojos. Sugiere que él está tan descolocado como yo por la chispa inesperada que no deja de saltar entre nosotros.

Recupero el valor. —Mi error podría ser pensar que este matrimonio quizá no sea tan malo, después de todo.

—No tan malo. Siento que debería sentirme ofendido. —Pero no parece ofendido.

—No has sido bruto, ni posesivo...

—Ese es tu error, porque una vez que estemos casados, eres mía. Sería sabio por tu parte no olvidarlo.

Sé que debería encontrar ofensivas esas palabras, pero algo en el fuego de sus ojos hace que el mensaje inunde mi cuerpo de calor. Como si quisiera ser poseída.

—Dijiste que me respetarías —encuentro las palabras para recordárselo.

Él asiente. —Te respetaré. No te oprimiré hasta convertirte en la sombra de una mujer.

Claramente, ha conocido a mi madre.

—Pero no olvides el mundo en el que vives.

Suelto una risa burlona y salgo del ascensor. —¿Cómo voy a olvidarlo cuando mi padre, mi hermano y ahora tú estáis siempre ahí para recordármelo?

Al observar la zona fuera del ascensor, me doy cuenta de que estamos en la azotea, donde un precioso jardín y luces parpadeantes crean una atmósfera romántica.

Me detengo en seco. —¿Has hecho tú esto?

—Sí.

Cuando me giro hacia él, parece incómodo. Como si lo hubieran pillado haciendo algo amable y se sintiera avergonzado por ello.

Le sonrío mientras entrelazo mi brazo con el suyo. —Tu forma de posesión es mucho más agradable que la de mi padre.

—Tu hermano me mataría por esto.

Suspiro, dándome cuenta de que esto no es más que una lucha de egos. Una que Alessandro está ganando en este momento porque me tiene a solas en una posición comprometedora.

Retiro mi brazo, camino hacia el muro y contemplo las luces brillantes de la ciudad. —Eso sería una lástima. ¿Quizá debería salvarte volviendo con él? O tal vez quieras bajarme de nuevo y regodearte.

—¿Es eso lo que quieres?

Me vuelvo hacia él. —Si solo estoy aquí para que puedas darle a mi hermano una lección de respeto, entonces sí. Quiero volver abajo. Si, por el contrario, estoy aquí porque quieres estar conmigo, bueno, entonces... —Contengo el aliento mientras me pregunto si yo también soy un peón a sus ojos. Si todo este esfuerzo por quedarse a solas conmigo es su forma de decirles a mi padre y a mi hermano que no tienen poder sobre él.

10

ALESSANDRO

Soy un hombre que asume riesgos calculados, pero traer a Isabella aquí arriba no es un cálculo.

Es una idiotez.

Pero en este peligroso juego que me traigo con los Vitale, mi plan es ganar.

Me han ofrecido a Isabella y, aunque sí, el decoro dicta que no la toque hasta nuestra noche de bodas, para mí, ella ya es mía. El trato está cerrado.

—Si solo estoy aquí para que puedas darle a mi hermano una lección de respeto, entonces sí. Quiero volver abajo. Si, por el contrario, estoy aquí porque quieres estar conmigo, bueno, entonces…

La franqueza de su pregunta no debería sorprenderme. Es lo que me atrae de ella.

Lo que me sorprende es lo imbécil que me hace sentir.

Tiene razón.

Cuando he organizado este espacio hoy mismo, mis motivaciones habían sido mezquinas.

Una demostración de poder para recordarle a Enrico que su hermana es mía. Lo que no había considerado era cómo esta maniobra le faltaría el respeto a Isabella.

No le respondo a pesar de que la verdad es que sí quiero estar aquí con ella.

Lo que me falta es la capacidad de decírselo.

Me maravillo ante mi nueva prometida, pero hay un límite en lo que estoy dispuesto a revelarle.

Dejarle saber que me afecta le otorga poder sobre mí.

Un poder que no puedo permitir que tenga.

No cuando es una Vitale.

—Sígueme —digo, ofreciéndole la mano.

Vacila antes de posar sus dedos en los míos. Su mano es pequeña pero su agarre es firme, una metáfora perfecta de la propia Isabella.

La guío por los parterres de jazmín nocturno y rosas blancas.

Llegamos a un pequeño estanque en el centro del jardín.

El agua refleja las luces de la ciudad y las estrellas de arriba.

Seguimos caminando, todavía con las manos unidas. La guío hacia el borde de la terraza, donde la ciudad se despliega bajo nosotros.

—He vivido en New York toda mi vida y nunca la había visto así. — Su expresión está llena de asombro.

Me hace darme cuenta de que yo también he vivido en New York toda mi vida y he visto esta vista cientos de veces, pero verla a través de sus ojos se siente como algo nuevo.

Observo su perfil mientras echa la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo nocturno. Las estrellas son tenues frente al resplandor de la ciudad.

—No eres lo que esperaba —le digo.

Se vuelve hacia mí. —¿Qué esperabas?

—A alguien maleable. Pasiva.

Frunce los labios ante mi respuesta. —Por supuesto que sí. ¿Y en su lugar?

—En su lugar, te tengo a ti.

Se ríe. —¿Es eso una queja, Don Dante?

—Una observación.

Isabella se acerca más, su cuerpo a escasos centímetros del mío. Algo primario se enciende en mi interior. Es una advertencia a la que, ahora mismo, no quiero hacer caso.

—¿Y qué observas?

—A una mujer con intelecto y fuerza. —Mi mirada desciende hasta sus labios, y vuelve el recuerdo del día en el lugar de la boda, cuando estuve a punto de besarla.

—Qué gran elogio.

—No pretendía ser un elogio.

—¿Ah, no? —Se acerca aún más, y me pregunto si es consciente de lo que está haciendo. ¿Sabe el efecto que tiene en mí y lo está usando? —Entonces, ¿qué pretendía ser?

Mi mano se eleva por voluntad propia, los dedos recorriendo la curva de su mejilla. Su piel es cálida y suave.

—Una advertencia —murmuro—. Para mí mismo.

Se le corta el aliento. —¿Sobre qué?

—Sobre lo peligrosa que podrías ser.

Isabella me mira con esos ojos inteligentes. Ojos que ven demasiado, que ya han visto demasiado de mí.

—¿Me tienes miedo, Don Dante? —Hay diversión en su voz, pero también curiosidad. Me doy cuenta de que le estoy dando exactamente lo que quería retener… poder.

Nunca he tenido miedo a nada. Ni a la violencia, ni a la muerte, ni a las consecuencias de la vida que he elegido. Pero estando aquí con Isabella Vitale, siento algo que se inclina peligrosamente hacia el miedo.

—No —miento.

Sus labios se curvan en una sonrisa de complicidad. —Mentiroso.

Por primera vez en mi vida, tengo el impulso de huir. Bueno, quizá no de huir, sino de poner fin a esta situación. La confusión, los sentimientos… todo me inquieta.

—¿Ibas a besarme el otro día en el lugar de la boda?

Su pregunta descarrila mis pensamientos sobre la huida. —¿Querías que lo hiciera?

Niega con la cabeza. —No has respondido a mi pregunta.

—Tú no has respondido a la mía.

—No estoy segura.

—Mentirosa —bromeo mientras mi atención vuelve a centrarse en sus labios.

—Nunca me han besado. ¿Cómo puedo querer algo que nunca he tenido antes?

Doy un paso hacia ella, veo cómo su pulso en el cuello se acelera al hacerlo. —Oh, lo quieres. Puedes sentirlo en tu sangre. Está caliente, ¿verdad?

Me mira como si estuviera hipnotizada y asiente levemente.

—Tu corazón late con fuerza por la anticipación, ¿me equivoco?

Traga saliva y vuelve a asentir.

Llevo su mano a mi pecho, presionando su palma contra mi corazón.

Mira su mano y luego a mí. —El tuyo también.

—Así es. Podría dejarme llevar si no fuera porque… bueno… no estás segura de quererlo. —La estoy tentando y me pregunto qué demonios me está pasando. Soy un hombre serio. No suelo bromear ni tontear.

—Creo que me gustaría probar…

—Crees.

Frunce el ceño. —Quizá seas tú quien no quiere…

La interrumpo capturando sus labios con los míos. Hago lo posible por ser suave, pero cuando sus manos se deslizan por mi pecho y rodean mi cuello, la contención se vuelve imposible.

Mi brazo rodea su cintura, estrechándola contra mí mientras profundizo el beso.

Emite un pequeño sonido de sorpresa cuando paso mi lengua por la comisura de su boca, incitándola a abrirse para mí.

Cuando lo hace, su sabor explota sobre mi lengua, arrancándome un gruñido feroz desde lo más profundo del pecho.

Es inexperta y, sin embargo, puedo saborear su deseo.

Lo siento en el latido acelerado del corazón allí donde mi mano descansa contra el costado de su cuello.

En un instante, el beso se vuelve desesperado y absorbente.

Sus dedos se enredan en mi pelo mientras los míos se deslizan por su espalda, sobre su sublime trasero, y la presionan contra mí para que sienta lo que me provoca.

Jadea cuando mi miembro entra en contacto con su vientre.

Pero no aflojo. Quiero más. Lo quiero todo de ella.

Y lo quiero ahora.

Las campanas de advertencia resuenan en mi cabeza.

Estoy perdiendo el control, algo que no puedo permitirme hacer.

Ni en los negocios.

Ni en la violencia.

Y ciertamente ni en el sexo ni en los asuntos del corazón.

Con un esfuerzo hercúleo, separo mis labios de los suyos y doy un paso atrás.

Su pecho sube y baja rápidamente, con las mejillas encendidas por el calor.

Yo no estoy más estable, y me cabrea tener que luchar por la compostura, luchar contra el impulso de levantarle el vestido y hundir mi polla en su coño virgen.

—Deberíamos volver —digo, sin moverme ni un centímetro.

—¿Deberíamos? —Sus manos descansan contra mi pecho, sus ojos nublados por una necesidad que claramente quiere ver saciada.

—Sí. —Atrapo sus dedos inquietos—. Antes de que haga algo por lo que tu hermano definitivamente me mataría.

Una sonrisa florece en su rostro, transformándola de hermosa en impresionante. —¿Le tienes miedo a Enrico?

—Tengo miedo de lo que quiero hacerte —la corrijo.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —La inocencia y la audacia de la pregunta casi acaban conmigo.

Con la esperanza de asustarla lo suficiente como para romper la niebla sexual, digo: —Quiero follarte duro y rápido, Isabella.

Jadea, pero no es miedo ni sorpresa lo que veo. Maldita sea, se ha excitado aún más.

Se pone de puntillas y vuelve a presionar sus labios contra los míos. Debería apartarla. En su lugar, la estrecho contra mi cuerpo, profundizo el beso y froto mi polla contra ella. Saboreo su gusto, su calidez, la forma en que emite suaves gemidos mientras mis manos amasan su trasero.

Empieza a perderse, sus dedos se dirigen a mi corbata, aflojándola. Sus manos forcejean con los botones de mi camisa.

Las campanas de advertencia vuelven a sonar, pero las ignoro mientras mis manos recorren su cuerpo, volviéndose más audaces con cada caricia.

Mis manos resbalan por sus caderas y bajan, luego suben de nuevo, subiendo la falda de su vestido para dejar al descubierto sus muslos.

Sé que ningún hombre la ha tocado antes y no puedo negar que eso añade emoción al momento.

Si su hermano o su padre, o cualquiera de sus hombres suben aquí y me encuentran con los dedos en su coño, me matarán en el acto.

Pero mientras eso no ocurra, ¿cómo lo sabrán?

No imagino a Isabella contándoselo, ya que a ella también la castigarían.

Mis dedos se deslizan por sus bragas, descubriendo que está empapada. Todo lo que quiero es caer de rodillas y darme un festín con ella.

—Oh… eso es… oh…

—¿Eso es qué, Isabella? —Mis dedos trabajan contra sus pliegues húmedos, y ella echa la cabeza hacia atrás, exponiendo la delicada línea de su garganta.

Quiero marcarla ahí, reclamarla como mía, pero me contengo.

En su lugar, rodeo su clítoris, aplicando una presión que la hace gemir.

—Bien… eso es bueno. —Tiembla en mis brazos.

Sus caderas se agitan salvajemente contra mi contacto, buscando más presión, más fricción.

Le doy lo que necesita, deslizando un dedo dentro de su calor apretado mientras mi pulgar continúa el asalto a su clítoris.

—¡Alessandro! —Grita mi nombre mientras las paredes de su vagina se cierran alrededor de mi dedo. Mi polla late con envidia mientras todo su cuerpo se estremece. Capturo su boca con la mía para tragarme sus gemidos.

Sigo acariciándola durante su clímax, ayudándola a bajar suavemente mientras las réplicas ondulan a través de ella.

Cuando finalmente se aquieta, retiro la mano, llevándome los dedos a la boca y succionándolos.

Santo cielo, sabe deliciosa.

—Estás preciosa cuando te corres —le digo.

Sus mejillas se tiñen de rojo. Paso el pulgar por su labio inferior, todavía hinchado por mis besos.

—Se nota que eres virgen —digo, haciendo lo posible para no bajarme los pantalones y follármela allí mismo—. Estás tan estrecha. Eres tan receptiva.

Su sonrojo se intensifica y asiente, incapaz de mirarme a los ojos. —¿Te molesta?

—En absoluto. —La idea de que ningún hombre la ha tocado, de que seré el único en conocer su cuerpo de esta manera, hace que mi polla palpite con más dolor si cabe—. Saber que mi polla será la primera… la única dentro de ese coño caliente y húmedo tuyo, me pone a cien.

Me mira entonces, con los ojos escudriñando los míos. —¿De verdad?

—De verdad. No puedo esperar a estar dentro de ti. —Sin poder evitarlo, mis dedos vuelven a encontrar su sexo.

Se le corta la respiración cuando encuentro su clítoris, todavía sensible por el orgasmo. —No tenemos por qué esperar.

La sugerencia envía una sacudida de lujuria directa a mi entrepierna. Me aparto un poco para mirarla a la cara.

—Isabella…

—Los contratos están firmados. Los arreglos están hechos. —Sus manos se deslizan por mi pecho y, con audacia, rodea mi polla.

No puedo detener la reacción de frotar mi bulto contra su mano. Es un milagro que no me haya corrido aún en los pantalones, de lo jodidamente duro que estoy.

Los hombres de la mafia no tienen una moral elevada.

Pero hay un código de honor.

Hay un respeto que se espera que mantengamos hacia los Dones.

Follarme a Isabella antes de nuestra boda sería la falta de respeto definitiva hacia Don Vitale.

—Deberías tener algo mejor que un polvo rápido…

—Estamos bajo las estrellas. No se me ocurre un lugar mejor.

Jesús, ella va a ser mi perdición.

—Solo quiero… —Vacila, la vulnerabilidad brilla en sus ojos—. Quiero poder elegir en esto. Todo se ha decidido por mí. Con quién me caso, cuándo me caso, qué me pongo. Déjame elegir cuándo me entrego a ti.

11

ISABELLA

Su expresión se suaviza y luego se endurece mientras sopesa mi petición. Puedo ver la batalla que se libra en sus ojos oscuros.

Es una sensación embriagadora ver cuánto me desea, aunque al mismo tiempo resulta descorazonador saber que es capaz de resistirse a mí.

Por supuesto, entiendo su vacilación. Aunque no hay precisamente amor entre mi familia y la suya, cruzar esta línea conmigo ahora se consideraría un acto de falta de respeto tan grande que podría desencadenar una guerra.

El hecho de que yo le haya pedido que cruce esa línea me deja atónita.

He pasado toda mi vida recibiendo órdenes sobre qué hacer, cómo comportarme o qué ponerme, y ahora he tirado la precaución por la ventana, pidiéndole a este hombre peligroso que me quite la virginidad en una azotea una semana antes de nuestra boda.

Mi padre me mataría, y no es una hipérbole.

Sin embargo, no me arrepiento de haberlo pedido. Por una vez, quiero que algo sea decisión mía.

—Sé lo que estoy pidiendo. Sé lo que significa si alguien se entera —presiono mi palma con más firmeza contra él, envalentonada por su gemido apenas contenido—. Pero ¿qué pasa con lo que yo quiero?

La mirada de Alessandro se oscurece y veo que empieza a perder el control. Lleva su mano a mi rostro y roza mi labio inferior con el pulgar con una ternura exquisita. —Lo que quieres no está en duda. Lo que se cuestiona es el cuándo.

Tengo ganas de desafiarlo, de burlarme de él diciendo que le tiene miedo a mi familia. Pero eso sería una actitud infantil.

Y, por supuesto, hay demasiado en juego en nuestro matrimonio; la vida de muchos hombres depende de que esta paz funcione.

Su respiración cambia cuando acaricio con más audacia la dura longitud tras sus pantalones. Estoy desesperada por verlo. Por ver qué efecto provoco en él. Por saber que arde de necesidad igual que yo. Incluso después de que ya me ha tocado de formas que nadie ha hecho antes, quiero más. Lo quiero todo.

—Isabella… —empieza él, con la voz tensa.

—Si no vas a tomarme por completo esta noche, al menos enséñame cómo complacerte —aprieto mi mano alrededor de él.

Sus ojos relampaguean.

Mis manos revolotean en su cinturón, desesperadas por sentirlo. —Enséñame, Alessandro. Muéstrame qué te gusta.

—Tu padre…

—No está aquí —doy un paso más, presionando mi cuerpo contra el suyo.

Por un instante, creo que se negará. Que me apartará. Que será el responsable. Pero entonces su mano cubre la mía en su cinturón,

guiándome.

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo —murmura, pero hay fuego tras sus palabras.

—Entonces muéstramelo —levanto la barbilla, sosteniéndole la mirada—. Puede que no tenga experiencia, pero no tengo miedo. Ni de esto, ni de ti.

Su expresión cambia. En sus ojos, veo cómo toma una decisión.

Y sé que he ganado.

Su mano envuelve la mía, cálida y firme, mientras me guía hacia una lujosa tumbona situada entre plantas con flores. Las luces de la ciudad centellean abajo, las estrellas brillan arriba, pero mi atención se reduce a este hombre, a este momento.

—Última oportunidad para marcharte —dice con voz ronca por la contención.

Le respondo buscando su cremallera.

—Esto no va a ser romántico, Isabella. Va a ser rápido, incluso brusco. Tu primera vez debería tener más atenciones de las que puedo darte en este momento.

—No me harás cambiar de opinión.

Sus dedos encuentran el dobladillo de mi vestido, recogiendo lentamente la tela hacia arriba. Me quedo perfectamente quieta; mi corazón se acelera mientras sus manos suben más, rozando el encaje de mi ropa interior.

—¿Estás segura? —pregunta por última vez.

—Nunca he estado más segura de nada.

Engancha sus dedos en la delicada tela, tirando hacia abajo con una lentitud exasperante. Salgo de mis bragas, sintiéndome totalmente expuesta a pesar de llevar aún el vestido.

—Túmbate.

Hago lo que me dice, observando mientras se desabrocha el cinturón y los pantalones, empujándolos hacia abajo junto con sus calzoncillos. Se libera y, por un momento, dudo de esta decisión. Es tan largo, tan grueso, que no me imagino que entre en mí sin hacerme daño.

Se tumba sobre mí y sus dedos vuelven a encontrarme. —Estás mojada, pero también estás temblando.

—No es de miedo.

Sonríe con malicia mientras se guía hacia mi entrada. —Mentirosa.

Apoyo mis manos en sus hombros. Nuestras miradas se entrelazan y algo en el ambiente cambia. Sigue habiendo electricidad por el deseo, pero hay algo más. Una ternura en su mirada que no habría esperado del feroz Don.

Presiona contra mí y contengo el aliento anticipando la sensación. La resistencia inicial da paso a un pinchazo agudo que me hace hacer una mueca. Alessandro se queda inmóvil, pero niego con la cabeza, decidida a seguir.

—No pares —jadeo.

—Joder… —gruñe mientras continúa, con el rostro contraído como si estuviera luchando contra sí mismo.

—Hazlo…

Empuja. El impacto me saca el aire de los pulmones. Se queda quieto, con la respiración pesada en mi oído. —Respira, Isabella…

Me siento reclamada de la forma más instintiva. No como una propiedad, sino como una mujer que elige su propio camino.

Tomo aire y el dolor se suaviza. Él se retira y temo que se detenga, pero entonces vuelve a empujar. El dolor disminuye aún más, transformándose en un tipo de presión diferente. Hay un latido

creciente e insistente que exige movimiento. Instintivamente, me balanceo contra él, jadeando ante la sensación.

Sus manos se aprietan en mis caderas. —Joder, joder, joder… — retrocede y vuelve a arremeter. Hacen falta unos cuantos intentos, pero pronto me muevo con él en un ritmo que crece lentamente.

—Te sientes… —empieza, pero parece que las palabras le fallan.

En este momento, nunca me he sentido más poderosa, más viva.

La respiración de Alessandro se vuelve entrecortada. Sus manos sujetan mis caderas con más fuerza, hincando los dedos en mi carne. Observo fascinada cómo el Don, siempre compuesto y calculador, lucha contra sus instintos más básicos.

Se mueve, empuja, rozándose contra mí. El movimiento intensifica la necesidad que se enrosca en mi interior.

Sus ojos brillan, oscuros y peligrosos. Desliza su mano por mi muslo, elevándolo sobre su cadera mientras vuelve a empujar. El movimiento hace que entre más profundo.

—¡Oh! —jadeo mientras me empuja más y más cerca de lo que parece un abismo.

Algo estalla. Las caderas de Alessandro arremeten hacia delante, robándome el aliento. Sus movimientos se vuelven urgentes, poderosos; cada embestida envía sacudidas de electricidad a mi centro. Parece que se ha perdido a sí mismo. Que ha perdido el control. Todo por mi culpa.

Estoy borracha con el poder de saber que este hombre peligroso se está desmoronando por mí.

—Mírame —me ordena.

Abro los ojos para encontrarlo observándome con una intensidad que me asustaría si no me emocionara tan profundamente. En su mirada veo asombro y posesividad.

—Córrete, Isabella. Córrete en mi polla. Eso es lo que quieres, ¿verdad?

—Sí —la presión crece de nuevo en mi interior, diferente a la de antes. Es más fuerte, más absorbente. Mi cuerpo se tensa a su alrededor, arrancándole un gemido profundo del pecho. El sonido de su placer me empuja al vacío y me rompo por segunda vez mientras oleadas de éxtasis me recorren.

Alessandro pierde el control. Empuja con fuerza, con más fuerza… rápido, más rápido. —¡Jodeeeeer! —Se hunde en mí, estremeciéndose en mi interior. La sensación de que se derrama profundamente dentro de mi cuerpo desencadena otra ola de placer.

Permanecemos unidos, con nuestros cuerpos aún conectados mientras nuestra respiración vuelve lentamente a la normalidad. Siento su peso, el calor de su piel contra la mía, y algo se asienta en mi interior. Una profunda sensación de que todo está donde debe estar.

Por primera vez en mi vida, he tomado una decisión que no ha sido dictada por mi padre o mi hermano. Mi cuerpo, por una vez, es mío. He elegido este momento. He elegido a este hombre. He elegido cuándo y cómo me entregaría. Quién sabe qué pasará después, pero nunca me arrepentiré de este momento.

—¿Estás bien? —Alessandro me observa con atención.

—Sí —me siento como la reina del mundo.

Él frunce el ceño. —¿En qué piensas?

—En que por fin entiendo lo que significa tener poder.

Él hace un gesto de retroceso y, un momento después, se aparta de mí. Inmediatamente, echo de menos su calor.

—Deberíamos volver abajo antes de que envíen a un grupo de búsqueda por ti —hay algo en su tono que me inquieta. Es frío. Distante.

Me muevo ligeramente, sintiendo el agradable escozor entre mis muslos.

Me tiende su pañuelo. —Toma. Límpiate.

Cojo la tela y hago lo que dice, sorprendida por la cantidad de su esencia. Cuando termino, no estoy muy segura de qué hacer con ella.

Me lo quita de las manos y me entrega mis bragas. —Cuando lleguemos abajo, querrás refrescarte antes de ver a tu padre y a tu hermano.

Me pongo las bragas preguntándome si algo ha cambiado en mí. ¿Llevo escrito en la frente que acabo de perder la virginidad?

—¿Tú estás bien? —pregunto, extrañada por su cambio de actitud.

—Esto no ha pasado, Isabella —su voz es sombría, una orden como la que daría a cualquiera de sus hombres.

Me sobresalta, pero no impide que diga lo que pienso. —No se lo diré a nadie, si es eso lo que te preocupa. Pero ha pasado, Alessandro. ¡Cómo te atreves a intentar quitarme este momento!

Hago amago de irme, pero me agarra de la muñeca, tirando de mí hasta que me giro para mirarlo. —No sé a qué juegas, pero no olvides quién soy —suelta mi muñeca y se encamina hacia el ascensor.

—¿Por qué estás enfadado? —le grito a su espalda—. No es como si te hubiera obligado. Podrías haber dicho que no.

Pulsa el botón del ascensor. —No tienes ni puta idea.

12

ALESSANDRO

Guío a Isabella por los pasillos del hotel, con la mano apoyada en la parte baja de su espalda. Cada paso nos acerca más a la realidad y nos aleja del santuario que hemos creado sobre la ciudad. Mi cuerpo aún vibra con las réplicas del placer, pero mi mente ya ha empezado su retirada. Acostarme con ella ha sido un error garrafal. Posiblemente el mayor de mi vida.

Compruebo el pasillo y luego le hago una señal para que me siga. El baño está justo delante. Cuando llegamos a la puerta, ella se detiene y me mira con esos ojos verde mar que ven demasiado. Tiene el pelo ligeramente revuelto y los labios hinchados por mis besos. Para cualquiera que tenga ojos, lo que hemos hecho resulta obvio.

He roto mis propias reglas. He comprometido las negociaciones con una familia en la que no confío al tomar a su hija antes de nuestra boda. Si Marco o Enrico descubren lo que ha pasado en esa azotea...

Y, aun así, no soy capaz de arrepentirme. No del todo, al menos.

—¿Te veré antes de la boda? —pregunta ella.

Debería decir algo. Palabras de tranquilidad o una promesa. En su lugar, acaricio su mejilla con el pulgar, un gesto tan natural que me sobresalta hasta a mí.

Retiro la mano. —Vete.

Ella se escabulle dentro del baño y me quedo inmóvil durante varios segundos, mirando la puerta cerrada, antes de obligarme a marcharme.

Recorro el hotel, evitando por completo el salón de baile. La idea de entablar charlas triviales, de dar la mano a hombres que me pegarían un tiro en la espalda a la menor oportunidad, me resulta insoportable después de lo que acaba de suceder.

Envío un mensaje a mi chófer para que traiga el coche. Mientras nos alejamos del hotel, observo cómo el edificio retrocede. Allí dentro se queda la mujer que, de alguna manera, ha vulnerado mis defensas.

Esto no debía ser complicado. Un acuerdo de negocios. Una alianza estratégica. No esta hambre que me roe las entrañas, este deseo peligroso de reclamar algo más que su cuerpo.

Cierro los ojos, reclinándome en el asiento. Quedan seis días para que sea mi esposa. Seis días para reconstruir los muros que ella ha derribado.

Pero mientras avanzamos por la ciudad, noto que su aroma aún perdura en mi piel. Todavía puedo sentir el calor de su cuerpo contra el mío, oír sus suaves jadeos mientras se deshacía bajo mi peso.

Joder.

He tenido mujeres antes. Incontables rostros sin nombre. El desahogo sexual siempre ha sido solo eso, una respuesta física.

Esto ha sido diferente.

Me hundo los talones de las manos en las cuencas de los ojos mientras intento dar sentido a lo que acaba de ocurrir. ¿Ha sido su

inocencia? ¿La confianza en sus ojos mientras se ofrecía a mí? ¿Esa resistencia inicial de su cuerpo mientras yo reclamaba lo que ningún hombre había tomado antes?

No. Ha sido algo más que la novedad de su virginidad. Había algo en su forma de mirarme. Como si viera en mí rincones que he enterrado por necesidad.

Pienso en Luca y en cómo casi se pierde a sí mismo cuando se llevaron a Katerina. Tenía esa mirada salvaje y desquiciada de un hombre que ha encontrado su límite.

Luego está Adriano, que una vez juró que nunca volvería a amar tras perder a Eva. Ahora camina por ahí con esa sonrisa de bobo, con la mano tocando constantemente el vientre de Eva, como si se asegurara a sí mismo de que su felicidad es real. La transformación resultaría cómica si no fuera tan aterradora.

Incluso Valentina, mi feroz hermana pequeña que solía escupir a la cara de cualquier emoción, ahora cede ante la voluntad de Cristian.

Son felices, no puedo negarlo. ¿Pero a qué precio? Cada uno de ellos se rompió antes de poder reconstruirse. Cada uno sufrió agonías que presencié de primera mano cuando sus parejas fueron amenazadas, heridas, casi perdidas.

La idea de sentir ese tipo de miedo... de tener a alguien que pueda ser usado en mi contra, que pueda arrebatarme...

No. Me niego a seguir su camino.

El amor es un lujo que no puedo permitirme. No con la historia de la familia Vitale, no con la paz tan tensa que estamos construyendo. No con el futuro del imperio Dante sobre mis hombros.

¿Pero puedo detenerlo?

Una sensación peligrosa me oprime el pecho, una que no sentía desde que era niño. Antes de que mi padre me enseñara que la

emoción era debilidad. Antes de que aprendiera que la vulnerabilidad trae la destrucción.

Miedo.

Miedo puro y primario. No a la muerte ni al fracaso. Me he enfrentado a eso incontables veces. Es el miedo a perder el control, a que me importe algo que me pueden arrebatar. A tener una debilidad que puedan explotar.

¿Y si este es su plan? ¿Y si Isabella es el cebo de una elaborada trampa? Marco Vitale ha codiciado el imperio Dante durante décadas. ¿Qué mejor manera de derribar a un rey que a través de su corazón? Los Vitale podrían usarla para desmantelarnos desde dentro.

Aprieto la mandíbula mientras observo las luces de la ciudad al pasar. Si me permito enamorarme de ella, arriesgo todo lo que mi padre construyó, todo lo que he sacrificado para mantener.

No puedo dejar que eso ocurra. No puedo permitirme estar comprometido.

La próxima vez que la vea, tendré cuidado de mantener las distancias. Sea lo que sea esta atracción peligrosa y embriagadora, tengo que dominarla antes de que ella me domine a mí. Antes de que lo destruya todo.

Cuando por fin cruzamos las puertas de mi finca, ya he tomado una decisión. Isabella será mi esposa solo de nombre. La trataré con respeto, le proporcionaré seguridad y comodidad. Pero lo que sea que se haya encendido entre nosotros esta noche no puede continuar.

Soy el jefe de la familia Dante. Me condenaré antes de dejar que una chica de ojos verdes y lengua afilada cambie eso.

Me sirvo una copa en cuanto cruzo la puerta, terminándome el primer vaso de whisky de un trago antes de volver a llenarlo. Sigo

sintiéndome inquieto, preocupado por no ser lo bastante fuerte para resistir la atracción que ella ejerce sobre mí.

¿Podría echarme atrás todavía? La boda es en menos de una semana. Las invitaciones se han enviado, la seguridad se ha organizado, las alianzas dependen de un hilo.

Si la cancelara ahora, parecería débil. Indeciso. Las otras familias olerían sangre en el agua. Marco se lo tomaría como el insulto definitivo, especialmente si descubriera que he tomado lo único que considera valioso en ella. La guerra sería inevitable.

Y aun así...

Cierro los ojos y veo el rostro de Isabella en el momento en que entré en ella por primera vez. Esa mezcla de dolor y asombro, de vulnerabilidad y fuerza. La forma en que su cuerpo se rindió al mío, confiando en mí a pesar de todo.

Joder. ¿Y si se queda embarazada?

El vaso casi se me resbala de la mano cuando el pensamiento me golpea. No había usado protección, ni siquiera lo había considerado en el calor del momento. Un hijo. Un hijo mío, creciendo dentro de ella en este mismo instante.

La posibilidad me aterra. Un heredero Dante con sus ojos, con su mente aguda.

Sacudo la cabeza violentamente, disipando la imagen. No. Pondré el límite ahí. Aun así, tampoco puedo abandonar a Isabella. A menos que ella me dé una razón para hacerlo.

Dejo el vaso, obligándome a recuperar la compostura. La boda seguirá adelante según lo previsto. La alianza se mantendrá. Seré un marido de nombre, en público, en todos los sentidos necesarios para mantener las apariencias.

Pero mantendré la distancia emocional. Recordaré quién es ella. Una Vitale. La hija del hombre que con gusto me pegaría un tiro en la

cabeza si eso significara quedarse con mi trono.

Tengo que compartimentar, mantener nuestra relación física separada de mis muros emocionales. Puedo darle mi cuerpo sin entregar mi alma. Lo he hecho incontables veces antes.

Me sirvo otra copa, mirando el líquido ámbar con determinación. Dentro de siete días será mi esposa, pero nunca será mía para amarla. Ese es el límite que no puedo cruzar.

Me termino la copa y subo a mi habitación.

Tiro la chaqueta sobre la silla y me aflojo la corbata. Mis dedos rozan algo suave en mi bolsillo. Saco el pañuelo, manchado con la evidencia de lo que hemos compartido. El cuadrado de seda lleva la tenue marca carmesí de su inocencia.

—Dios —murmuro, pasando el pulgar por la tela.

Debería deshacerme de esto. Quemarlo. Es la prueba de mi debilidad.

En su lugar, me lo acerco a la cara e inspiro profundamente.

Su olor me embarga. Los recuerdos arrollan mis muros recién construidos. Estaba tan jodidamente estrecha. Se había movido conmigo, contra mí, con una perfección tal que parecía que Dios la hubiera hecho para mí.

Mi cuerpo responde de inmediato, endureciéndose con una necesidad tan intensa que roza el dolor.

—¡Joder! —lanzo el pañuelo al otro lado de la habitación, asqueado por mi falta de control. Revolotea hasta el suelo como una bandera blanca de rendición.

Me aprieto las palmas contra los ojos, intentando borrar las imágenes grabadas a fuego en mi cerebro. Esto es un acuerdo de negocios estratégico. No un hambre que amenaza con consumirme desde dentro.

Es una Vitale. La hija de un hombre que me cortaría el cuello mientras duermo si tuviera la menor oportunidad.

Y aun así.

Bajo las manos y me quedo mirando el pañuelo desechado. En ese momento, por fin llega la claridad. Comprendo el verdadero peligro que representa Isabella. No es solo el apellido Vitale ni las ambiciones de su familia.

Es ella. La mujer en sí. La forma en que me mira. La forma en que hace que me sienta visto.

Si la dejo, Isabella podría destruirme por completo. Dejarme expuesto, vulnerable.

Me desnudo y me meto en la cama. Al cerrar los ojos, me hago una promesa a mí mismo. Nunca le daré ese poder.

Aunque para ello tenga que destruirla a ella primero.

13

ISABELLA

Observo mi reflejo en el espejo del baño del hotel, buscando cambios visibles. ¿No debería haber algo diferente en mí ahora? ¿Alguna señal reveladora de que ya no soy quien era hace una hora?

Pero la mujer que me devuelve la mirada tiene los mismos ojos color espuma de mar, las mismas mejillas sonrosadas. Mi barra de labios está emborronada en las comisuras por los besos de Alessandro, pero, por lo demás, parezco la misma. Me doy unos toques en las comisuras con la yema del dedo, borrando la evidencia.

Mi cuerpo, sin embargo, conoce la verdad. Entre mis muslos, una deliciosa molestia me recuerda con cada movimiento que he sido reclamada. Tomada. Poseída. El recuerdo de Alessandro dentro de mí envía un calor nuevo que recorre en espiral mi centro. Ha sido más increíble de lo que había imaginado. Sí, algo de dolor al principio, pero después, solo un maravilloso y tortuoso aumento del placer.

Me ajusto el vestido, diciéndome a mí misma que he crecido con esto. No por haber perdido la virginidad, sino por haber decidido cuándo y dónde. Por haber convencido a un hombre fuerte y controlado como Alessandro de que respetara mi voluntad.

Tal vez sea por eso por lo que ha cambiado después.

La brusca partida de Alessandro podría haber herido a otra mujer. La forma en que me ha escoltado escaleras abajo sin mediar palabra… Pero yo lo conozco mejor. He sentido cómo su control se hacía añicos en mis brazos.

Los hombres como Alessandro no se rinden fácilmente, si es que lo hacen alguna vez. Su retirada no me preocupa. Simplemente confirma lo que ya sospechaba. Le afecto mucho más profundamente de lo que quiere admitir.

Paso los dedos por mi cabello, domando los mechones rebeldes para que vuelvan a formar ondas elegantes. Sean cuales sean los demonios con los que Alessandro esté luchando esta noche, es él quien debe conquistarlos. En una semana, seré su esposa. Tendremos toda una vida para navegar por esta química que hay entre nosotros.

Con una última mirada a mi reflejo, recupero la compostura y me preparo para volver a la gala. Mi familia me estará buscando. Enrico sospechará.

Que se pregunten lo que quieran. Que hagan sus conjeturas.

Por primera vez en mi vida, he tomado una decisión que ha sido enteramente mía. Y ni siquiera la repentina frialdad de Alessandro puede arrebatarme esa victoria.

Salgo del baño y entro en el salón de baile, abriéndome paso entre la multitud con mi sonrisa de alta sociedad puesta.

—¿Dónde demonios has estado? —Enrico aparece a mi lado, hincándome los dedos en el brazo mientras me arrastra hacia un extremo de la sala.

—En el baño —digo con frialdad.

—¿Durante una hora? —Su voz baja de tono—. ¿Te crees que soy idiota?

—No he estado en el baño una hora. —La mentira me sale con facilidad—. Estaba hablando con la esposa del senador Mitchell sobre su fundación benéfica. Le interesa que la familia Vitale haga una donación.

—Mentira. —Su agarre se aprieta y ya noto cómo se me forman los moratones—. ¿Dónde estabas? ¿Y dónde está Dante? Me he dado cuenta de que él también está convenientemente ausente.

Me zafo del brazo de un tirón, sorprendiéndolo con la fuerza de mi movimiento. —Tienes que aprender a dejar de zarandearme, Enrico. No soy de tu propiedad.

—Eres mi hermana...

—Estaba haciendo exactamente lo que el padre me pidió. Ser encantadora con los invitados y representar a nuestra familia. Si tienes algún problema con eso, discútele a él. —Yergo la espalda, sintiéndome maravillosamente poderosa—. Ahora, si me disculpas, veo a los Rizzo. Hace una eternidad que no hablo con Julietta.

Los días se desdibujan en un torbellino de pruebas finales y listas de tareas. Apenas duermo; mi mente reproduce constantemente aquella noche en la azotea. La forma en que a Alessandro se le cortó la respiración cuando entró en mí, cómo su control se desmoronó por completo.

Me planto frente al espejo para la última prueba de mi vestido de novia. Toco la tela, preguntándome si Alessandro me mirará con deseo cuando camine hacia el altar o si solo veré la frialdad que se apoderó de él tras nuestra noche juntos.

—Ponte más recta —me instruye mi madre, tirando de mis hombros mientras la costurera prende el dobladillo—. Una novia Dante debe ser perfecta.

Me dan ganas de reír. Si supiera lo imperfecta que soy ya a los ojos de la tradición.

Cada noche, me quedo despierta imaginando nuestro futuro. ¿Volverá a tocarme con ese mismo hambre? ¿Construiremos algo real a partir de este acuerdo o simplemente me convertiré en otro peón en los juegos entre nuestras familias?

Para cuando llega la víspera de la boda, la anticipación se ha vuelto casi insoportable. Mañana me convertiré en la esposa de un Dante, para bien o para mal.

La cena de ensayo parece el ensayo de una obra de teatro, con todo el mundo interpretando su papel. Yo también sigo la corriente.

Alessandro está al otro lado de la sala, enfrascado en una conversación con uno de los ancianos. Su postura es rígida, su expresión guardada. Nada en él sugiere que sea el mismo hombre que me tocó con hambre y pasión en la terraza de la azotea.

—Isabella, querida, ven a ponerte al lado de tu prometido. —La organizadora de la boda me hace señas para que me acerque.

Me acerco a Alessandro no con miedo, pero sí a la defensiva. Cuando nuestros ojos se encuentran, su mirada me atraviesa.

—¿Aquí? —pregunto, situándome a su lado.

—Perfecto. —La organizadora sonríe radiante—. Ahora, tras los votos, Alessandro te pondrá el anillo en el dedo de esta manera...

Observo su demostración, negándome a estremecerme cuando Alessandro me toma la mano. Su toque es impersonal ahora, profesional. Los movimientos de un hombre que cumple con una obligación.

Mis fantasías de un matrimonio que crece en el amor se están disipando rápidamente. Una cosa era que se distanciara justo después de nuestro encuentro en la azotea. Entiendo que a un hombre como él le desconcierte perder el control. Pero ha pasado una semana. Quizá así es como quiere que sea nuestro matrimonio. Frío. Distante. Reservado.

No es lo que quiero, pero no voy a suplicar por su amor. Oh, exigiré respeto, pero nunca suplicaré por amor.

Dos pueden jugar al juego de la distancia emocional. He tenido dieciocho años de práctica ocultando mis verdaderos sentimientos a mi padre.

Devuelvo su frialdad, manteniendo mi expresión neutral aunque por dentro me queme la rabia y el dolor.

—Mañana caminaréis de aquí a aquí —instruye la organizadora, sacándome de mis pensamientos.

Asiento, interpretando mi papel. La perfecta princesa de la mafia. La novia dócil. Había pensado que Alessandro veía más allá de esa fachada, pero tal vez yo solo fuera una forma de demostrar a mi hermano y a mi padre que, después de todo, no pueden controlarlo, al tener relaciones conmigo, suponiendo la falta de respeto definitiva hacia mi familia. Y yo lo permití. Consiguió lo que quería y ahora ya ha terminado conmigo.

Bueno, si Alessandro Dante quiere fingir que no pasó nada entre nosotros, sé jugar a ese juego mejor que nadie. Si Alessandro quiere una esposa que sea meramente un adorno para su imperio, puedo serlo. Si me quiere solo en su cama pero nunca en su confianza, también puedo adaptarme a eso. He pasado toda mi vida aprendiendo a sobrevivir a la sombra de hombres poderosos.

—Serás una hermosa novia Dante —me dice la esposa de un anciano, dándome palmaditas en la mano.

Sonrío, pero la expresión no me llega a los ojos—. Gracias. Es un honor unirme a una familia tan respetada.

Mi padre me mira desde el otro lado de la sala, y su brusco asentimiento me recuerda mi deber. Sé encantadora. Sé perfecta. Asegura la alianza.

Enderezo los hombros, decepcionada conmigo misma por haberme recluido en mi papel de princesa dócil de la mafia utilizada para asegurar una alianza. Mi breve momento de rebelión en aquella azotea fue solo eso, un momento. Mi realidad es un matrimonio concertado con un hombre que ahora me ignora.

Mañana caminaré por ese pasillo con la cabeza bien alta. Pronunciaré mis votos con convicción. Quizá, con el tiempo, Alessandro y yo encontremos alguna forma de coexistir sin destruirnos el uno al otro. O quizá sigamos siendo extraños. Lo que no seré es una sombra de mujer como mi madre. Venga lo que venga, lo soportaré. Soy Isabella Vitale y no me doblegaré, ni siquiera por él.

14

ALESSANDRO

Me ahogo en una sala llena de gente a la que odio, viendo cómo la mujer que he reclamado los maneja a todos con elegancia.

Isabella se mueve entre la multitud de la cena de ensayo como si hubiera nacido para ello, lo cual, supongo, así fue. De no saberlo, jamás sospecharía el fuego que ardía bajo su piel hace apenas unos días.

Pero lo sé. Ese es el problema.

Me pilla mirándola y levanta una sola ceja. Aparto la vista primero, odiándome por ello.

—Desde luego, ya tenéis dominado el papel de «matrimonio feliz» —bromea Marco, apareciendo a mi lado—. Fríos como el hielo en público. Muy tradicional.

Doy un sorbo lento al whisky. —La tradición es importante en nuestro mundo, ¿no es cierto?

—En efecto. —Su sonrisa no llega a sus ojos—. Solo ten en cuenta que, aunque las mujeres Vitale son la personificación de la gracia y

la sofisticación en público, también saben cómo comportarse en privado.

Aprieto el vaso mientras me pregunto si está hablando de la cena familiar o de la cama. —No tengo preocupaciones, Marco. —Por supuesto, es mentira. Tengo muchas preocupaciones respecto a Isabella, pero ninguna sobre si se comportará en la cena o en mi cama.

Él se ríe. —Por supuesto, por supuesto. Solo era una forma de hablar.

Cuando finalmente se marcha, capto a Isabella observándonos; la curiosidad asoma a su rostro antes de que la enmascare.

Me obligo a apartar la mirada. No puedo alimentar su curiosidad por mí, al igual que no puedo alimentar la mía por ella. No puedo permitir que piense que hay algo real entre nosotros más allá del contrato que firmaremos mañana. La distancia es la clave.

Esto es un negocio. Política. Nada más.

¿Entonces por qué no puedo dejar de mirarla?

Se acerca a mí con paso despreocupado. —El ensayo ha ido bien.

Gruño como respuesta, manteniendo los ojos fijos en cualquier lugar menos en ella. Lo que quiero decir es que creo que toda esta pompa y circunstancia es pura mierda. No necesito ensayar el estar frente al altar. No necesito una cena para conmemorarlo. Solo necesito decir «sí, quiero» y firmar la puta licencia.

El camarero nos hace una señal para que nos sentemos, pues la comida ya está lista. Me limito a guiar a Isabella a su asiento con lo mínimo indispensable, con cuidado de no tocarla.

Marco levanta su copa. —¡Por los futuros Don y Donna Dante!

Las copas chocan.

Me siento a su lado, con el codo casi rozando el suyo. Me aparto con la excusa de ajustar mi silla.

—Estaba pensando —comienza ella en voz baja mientras los demás charlan a nuestro alrededor—, sobre la organización de nuestra convivencia después de...

—Ya está todo organizado —la interrumpo—. Mi ama de llaves ha preparado el ala este.

Sus dedos se tensan alrededor del tenedor. —¿El ala este? No en tu...

—Lo mejor serán alojamientos separados. —Doy un sorbo deliberado al vino, negándome a sostenerle la mirada.

Alguien pregunta por los planes de la luna de miel. Respondo antes de que ella pueda hablar. —Pasaremos una semana en Capri.

—No estaba al corriente. —Isabella mantiene un tono de voz cortante.

Hago una señal al camarero para que me sirva más vino. —Todo se reduce a la tradición y a la apariencia.

Durante la cena, ella vuelve a intentarlo. Comentarios sobre la comida. Preguntas sobre la ceremonia. En cada ocasión, respondo con frases cortantes o la esquivo entablando conversación con otros en la mesa. Sé que me estoy portando como un gilipollas, pero cuanto antes entienda que no va a tener conmigo una relación como la que tienen mis hermanos con sus mujeres, mejor.

Para el postre, ella ha dejado de intentarlo. El brillo de sus ojos se ha apagado, sustituido por algo más duro. Bien. Que aprenda ahora lo que es este matrimonio en realidad.

Sin embargo, con cada desplante, algo se retuerce en mi estómago que se parece demasiado a la culpa. Es necesario, me recuerdo a mí mismo. Es protección.

Después de cenar, el grupo de la boda continúa charlando y mezclándose en la sala. Por el amor de Dios, solo quiero irme a casa.

—¿Deberíamos empezar a apostar sobre cuánto tardarás en quebrar ese personaje de reina del hielo? —Adriano se acerca a mi lado mientras observo a Isabella al otro lado de la sala, charlando con Eva—. ¿O es que te han entrado dudas sobre todo este asunto del matrimonio y la has congelado tú primero?

Me acabo el whisky. —Cállate.

—Ah, ahí está el cálido amor fraternal que tanto echaba de menos. —Adriano hace una señal al barman para pedir dos copas más—. En serio, ¿a qué viene ese numerito del Polo Norte? La chica parece estar esperando a que anuncies la fecha de su ejecución.

—No es un numerito. Es claridad.

Adriano arquea una ceja. —¿Claridad?

—Necesita entender lo que es esto. Un acuerdo de negocios. —Acepto la nueva copa—. Apenas tiene dieciocho años. Tiene la cabeza llena de cuentos de hadas sobre el amor y el «fueron felices para siempre». —Omito a propósito que mis hermanos y hermanas son la fuente de sus fantasías matrimoniales.

—Y Dios no quiera que nadie crea en esas cosas —murmura Adriano.

—¿En nuestro mundo? Sí, ni hablar, que Dios no lo quiera. —Bajo la voz—. Es la hija de Marco Vitale. ¿Crees que puedo simplemente olvidar eso, confiar en ella?

Adriano sigue mi mirada hacia donde Isabella se ríe por algo que dice Eva. Su sonrisa transforma todo su rostro, haciéndola parecer aún más joven, y haciéndome sentir aún más pervertido por haber tomado su virginidad.

—Es solo una cría —continúo—. No entiende en qué se está metiendo.

—Tal vez —concede Adriano—. O tal vez eres tú el que no lo entiende.

Suelto un resoplido. —Por favor, ilumíname con tu infinita sabiduría.

—Míralos. —Señala con la cabeza hacia Eva, cuya mano descansa protectora sobre su vientre hinchado mientras habla con Isabella—. Hace cuatro años, le habría pegado un tiro en la cabeza a Eva si hubiera sabido quién era realmente. Ahora es la madre de mi hijo y está esperando otro.

Algo incómodo se retuerce en mi pecho. —Eso es diferente.

Adriano se ríe de mí. —¿Lo es? ¿O es que simplemente tienes miedo?

Le lanzo una mirada fulminante. —No tengo miedo de nada.

—Mentira. —Los ojos de Adriano se endurecen—. Estás aterrorizado por la posibilidad de enamorarte de ella. Estoy deseando contárselo a Luca. —Su mirada recorre la sala buscando a mi otro hermano, que está inmerso en una conversación con mi hermana, Valentina, y su marido, ahora el subcapo de Luca, Cristian.

Me tenso. —No sabes de qué estás hablando.

—¿Ah, no? —Se inclina más cerca—. ¿Crees que no lo veo? ¿La forma en que la miras cuando crees que nadie observa?

—La miro como lo que es: una amenaza potencial.

Adriano se ríe. —Claro. Por eso no puedes dejar de mirarla.

Al otro lado de la sala, Isabella capta mi mirada. Por una fracción de segundo, algo vulnerable brilla en sus ojos antes de que desvíe la vista.

—Lo único que digo —continúa Adriano— es que tal vez dejar entrar a alguien no sería lo peor del mundo. No te vuelve débil.

—Te vuelve vulnerable —rebato—. Y no puedo permitirme eso. No cuando los Vitale están de por medio. ¿Cómo es que no lo ves?

Me da una palmada en el hombro. —Piénsalo. La vida es demasiado corta para pasarla solo porque tienes miedo de lo que podría pasar.

—No tengo miedo —repito, pero sueno como un niño petulante.

Adriano se encoge de hombros y se reúne con Eva, rodeando su cintura con el brazo; todo su semblante se suaviza al tocarla. Ella se inclina hacia él por instinto, como si ese fuera su lugar.

Como si fueran dos piezas del mismo puzle.

Aparto la mirada, esperando detener esa sensación incómoda que amenaza con extenderse por mi pecho.

Isabella sigue observándome, ahora con una expresión cuidadosamente inexpresiva. La hija del enemigo. Mi futura esposa. Una debilidad potencial que no puedo permitirme.

¿Entonces por qué mantener las distancias parece la batalla más difícil que he librado jamás?

La noche se desvanece y los invitados van saliendo del restaurante con buenos deseos. Por fin, yo también puedo irme.

Isabella está cerca del guardarropa, hablando con Eva. Mi cuñada la abraza con calidez antes de que Adriano la guíe hacia la salida con una mano protectora en su espalda. Isabella se queda sola en un mar de invitados que se marchan.

Debería irme sin decir palabra. Mantener la distancia que tanto me ha costado establecer esta noche. En cambio, me sorprendo cruzando la sala, atraído hacia ella como una polilla a la llama.

—Haré que mi chófer te lleve a casa —digo, deteniéndome a su lado.

Ella no levanta la vista, concentrada en recoger su bolso de mano y su fular. —No hace falta. El coche de mi padre está esperando.

—Es tarde. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía.

—Soy consciente de la hora. —Su voz es fría, perfectamente modulada. Ni rastro de la pasión que nos había consumido a ambos en aquella azotea.

Me aclaro la garganta. —Que duermas bien, entonces.

Finalmente, se gira, y espero ver enfado, dolor, algo que encaje con la irritación que me recorre la piel. En su lugar, sus ojos pasan sobre mí como si fuera un extraño que apenas merece ser reconocido.

—Buenas noches, Alessandro.

Pasa por mi lado, rozando apenas mi hombro con el suyo mientras se desliza hacia la salida. Sin una mirada persistente. Sin una última palabra.

Me quedo paralizado, con una opresión desconocida en el pecho. Esto era exactamente lo que quería. Qué conveniente que solo le haya llevado unas horas aprender bien la lección.

Demasiado bien.

Ya en casa, me dirijo a mi despacho y sirvo tres dedos de scotch para mis hermanos y para mí. Adriano y Luca se ponen cómodos, aflojando sus corbatas y desabrochando sus cuellos ahora que las formalidades de la cena de ensayo han quedado atrás.

—Por mañana. —Luca levanta su vaso—. Para que el imperio Dante se fortalezca.

Bebemos en silencio; el ardor del alcohol hace poco por aliviar la tensión dentro de mí.

—Tu prometida parece encantadora —dice Luca, rompiendo el silencio—. A Katerina también le cae bien. Así que, ¿por qué exactamente te estás portando como un gilipollas?

Le lanzo una mirada de advertencia. —Ocúpate de tu propio matrimonio.

—A Alessandro le gusta en secreto. —Adriano sonríe con sorna, repantingándose más en su silla—. Por eso se porta como un gilipollas. Nuestro hermano no sabe cómo manejar los sentimientos reales.

—Podéis iros los dos a la mierda —murmuro, rellenando mi vaso.

Luca se inclina hacia delante, volviéndose serio. —Mira, Isabella es joven...

—No necesito que me lo recuerdes —le corto bruscamente.

—¿Te estás poniendo sensible con la diferencia de edad? —La sonrisa de Adriano se ensancha—. ¿Te sientes viejo a su lado, hermano?

—Tengo treinta y tres años, no estoy muerto —gruño.

Luca sacude la cabeza. —No me refiero a eso. Es joven, lo que significa que aún está formando lealtades. Si juegas bien tus cartas, podría convertirse en una pieza valiosa contra los Vitale.

Fijo la vista en mi bebida, considerando sus palabras. —Eso funciona en ambos sentidos. Ella podría ser los ojos y oídos de Marco en nuestra operación.

—Aparte del hecho de que Marco es un padre de mierda —rebate Adriano.

Luca asiente. —Si eres un buen marido, si te ganas su confianza y su afecto, podría compartir información que asegure que los Vitale nunca logren afianzarse en nuestro negocio.

—Tiene razón. He visto cómo te mira cuando no te das cuenta. Hay potencial ahí —coincide Adriano.

—Potencial para el desastre —murmuro, pero la certeza en mi interior flaquea.

La verdad es que ya he demostrado que pierdo el control a su alrededor. Una sola noche en aquella azotea fue suficiente para

hacerme quebrar. Para perder el control sobre mis actos.

—Ser un imbécil tampoco es la solución —sostiene Luca.

Adriano se ríe entre dientes. —Ignorarla o hacer que te tenga miedo no va a funcionar con ella, creo yo. Está hecha de una pasta más resistente. Igual que Valentina.

—No quiero que me tenga miedo —protesto.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —pregunta Luca.

Esa es la cuestión, ¿no? La verdad es que quiero tener conversaciones animadas y quiero follar con ella. Pero no puedo arriesgarme a perder el control sobre mí mismo. No estando en juego la supervivencia de la familia.

Me bebo el vaso de un trago en lugar de responder. —Es tarde. Deberíamos descansar algo antes de mañana.

Mis hermanos intercambian una mirada que ignoro.

—Solo es una idea —dice Luca, poniéndose en pie—. Tal vez intentes no tratar a tu mujer como al enemigo hasta que ella demuestre realmente serlo.

—O al menos espera hasta después de la luna de miel —añade Adriano con un guiño.

—Fuera de mi despacho, joder.

Me sonríen con suficiencia mientras me dejan a solas con mis pensamientos, los cuales vuelven invariablemente a Isabella. A su compostura perfecta de esta noche. Al destello de dolor que vislumbré antes de que lo ocultara. A la forma en que se alejó de mí sin mirar atrás.

Me encamino a mi habitación, me quito la ropa y me meto entre las sábanas. Pero no puedo dormir. En su lugar, permanezco despierto pensando en que mañana me caso con Isabella Vitale.

El pensamiento debería repelerme. En cambio, me sorprendo imaginando su rostro. No el que lucía esta noche, sino el aspecto que tenía en aquella azotea, sin aliento y deseosa. La forma en que se rió cuando la besé por primera vez. El modo en que su cuerpo encajaba con el mío, como si hubiera sido diseñado específicamente para mí.

Será mía. Mi esposa. Por el resto de mi vida. La magnitud de esa realidad se asienta sobre mí.

El sueño me vence poco antes del amanecer, concediéndome solo unas pocas horas inquietas antes de que suene la alarma. Antes de darme cuenta, estoy de pie ante el altar, vigilando las puertas esperando la llegada de mi novia.

Cuando se abren, un silencio sepulcral cae sobre la multitud. Isabella aparece del brazo de su padre, una visión de encaje blanco que me corta la respiración. Está hermosa. Impresionantemente hermosa. Pero mientras realizan su lenta procesión hacia mí, puedo ver la tensión en sus hombros, la indiferencia en sus ojos.

Cuando Marco pone su mano sobre la mía, siento la gélida rigidez de sus dedos, la forma en que apenas me toca incluso cuando me coge del brazo.

Yo he provocado esto. Con cada palabra fría, con cada mirada desdeñosa, he construido esta barrera entre nosotros. Ella me está dando lo que quiero, pero darme cuenta de ello no me aporta alivio. Resalta lo mal que va a ir este matrimonio.

Este no va a ser un matrimonio de pasión y deseo como brevemente me permití imaginar. Va a ser una prisión para ambos, llena de distancia y desconfianza.

Tal vez Luca tenga razón. Tal vez mi mejor defensa no sea alejarla, sino atraerla. Hacer que su lealtad sea mía en lugar de su padre. Cuanto más lo pienso, más creo que podría funcionar. Era arcilla en

mis manos en aquella azotea. No solo su cuerpo, sino también su corazón.

Si juego bien mis cartas, ella puede ser mi peón en lugar del de Marco.

15

ISABELLA

Este debería ser el día más feliz de mi vida. En cambio, siento que me conducen a una sentencia de cadena perpetua.

Pienso en cuando conocí a Alessandro por primera vez. Cómo se me dio un vuelco el estómago al verlo. No por el pavor que esperaba, sino por algo totalmente distinto. No era el monstruo viejo y cruel que yo había imaginado. Era magnético e inteligente, y aunque no habría dicho que fuera emocionalmente abierto, ofrecía lo suficiente como para hacerme pensar que podríamos tener un matrimonio basado en el respeto y la pasión, si no en el amor.

Luego llegó aquella noche en la terraza. Las estrellas sobre nosotros. Sus manos sobre mi piel. Su cuerpo moviéndose dentro del mío. Se lo había entregado todo, creyendo estúpidamente que significaba algo.

Apenas habíamos terminado cuando se retiró emocionalmente. Desde el momento en que dejamos la azotea, ha hecho todo lo posible por evitarme y desvincularse de mí. En el ensayo, miraba a través de mí en lugar de a mí; cada palabra era cortante, cada gesto despreciativo.

¿Qué ha cambiado? ¿Ha sido algo que he hecho yo? ¿Le ha dado asco mi inexperiencia? ¿O ha sido simplemente que, una vez que me ha tenido, la caza ha terminado? O quizá algo peor: le ha faltado al respeto a mi padre, a mi familia. ¿Ha sido ese su objetivo?

Ahora no importa. Los motivos son irrelevantes cuando el resultado es el mismo. Alessandro Dante ha decidido que no valgo su tiempo ni su atención, y me niego a malgastar un solo momento más preguntándome por qué. Si quiere que esto sea solo un acuerdo de negocios, que así sea. Sigo sin estar dispuesta a permitir que me convierta en mi madre, pero me mantendré fuera de su camino si eso es lo que desea.

Camino junto a mi padre mientras cientos de miembros de la élite poderosa de Nueva York me observan avanzar hacia mi futuro como una Dante.

—Sonríe —sisea mi padre, apretando dolorosamente el brazo—. Que parezca que quieres estar aquí.

Consigo esbozar algo que probablemente se parece más a una mueca que a una sonrisa. Alzo la mirada hacia mi prometido.

Alessandro espera en el altar, con su alta figura vestida con un esmoquin de corte perfecto que acentúa la anchura de sus hombros. Su cabello oscuro está engominado hacia atrás, revelando los ángulos marcados de su rostro. Incluso desde aquí, puedo ver la intensidad de su mirada mientras se clava en la mía.

Mi corazón da un vuelco doloroso en el pecho. Qué cruel que se vea tan hermoso el día que me condena a toda una vida de fría indiferencia.

El recuerdo de nuestra noche en la azotea vuelve para burlarse de mí. Para decirme lo tonta que he sido. Para recordarme que no debo creer en cuentos de hadas.

Cuanto más me acerco, más puedo ver la dureza en su expresión. Tiene la mandíbula apretada y los ojos resultan ilegibles. Parece un

hombre que también va camino de su propia sentencia de prisión.

Mi padre pone mi mano en la de Alessandro y me sorprende lo calientes que están sus dedos. Como si el calor pudiera habitar en un hombre tan frío. Busco en su rostro cualquier indicio del hombre que me abrazó bajo las estrellas, pero solo encuentro una gélida indiferencia.

—Estás hermosa —dice; palabras destinadas a mi padre y al sacerdote, no una verdad que le diga a su novia.

Quiero gritar, exigir respuestas sobre qué ha cambiado, preguntar por qué está tirando por la borda la conexión que compartimos. En lugar de eso, enderezo la espalda y le sostengo la mirada con la misma frialdad.

—Acabemos con esto de una vez —le susurro.

Él arquea ligeramente una ceja, pero acto seguido dirige su atención al sacerdote.

La voz del cura se desvanece y regresa mientras habla de unión santa y votos sagrados. No le presto atención. Solo son para aparentar. No hay amor ni honor en este matrimonio.

El pulgar de Alessandro traza pequeños círculos en el dorso de mi mano, enviando chispas de electricidad no deseadas por mi brazo.

¿Es este otro juego? ¿Otra forma de confundirme? ¿Quizá una advertencia?

Le lanzo una mirada furtiva, encontrando su expresión más suave, las líneas duras alrededor de su boca relajadas, sus ojos más cálidos. La transformación es sutil, pero está ahí.

No me fío ni un segundo.

Todo el submundo de Nueva York nos está observando. Los Rossi, los Romanos, incluso representantes de la fragmentada Bratva.

Alessandro necesita que esto parezca convincente. Al fin y al cabo, él es el Don. Las apariencias importan más que la verdad.

Cuando intercambiamos los anillos, sus dedos se demoran contra los míos más de lo necesario. La alianza de platino no se siente como un símbolo de amor. Es un grillete que me ata a un hombre que solo sabe jugar. ¿Será así con sus hermanos? Después de todo, Luca no volvió a casa para quedarse tras la muerte de su padre. Y su hermana y su marido trabajan ahora para Luca en Chicago.

—Con este anillo, me desposo contigo —recita Alessandro.

Repito mis frases, pero sin ninguna emoción detrás de ellas. Hay un límite para lo que puedo actuar.

Mi hermano observa desde el primer banco, con una sonrisa tensa. Mi padre parece triunfante. Mi madre simplemente parece resignada.

—Ahora puedes besar a la novia.

Me estremezco, habiendo olvidado esta parte de la ceremonia. Quizá no me bese. O será un pico en la mejilla.

La mano de Alessandro sube para acunar mi mejilla; su tacto es suave y me confunde aún más. Me preparo, decidida a no inmutarme.

Se inclina lentamente. Nuestros labios se encuentran; su boca es suave y delicada contra la mía. A pesar de mi resolución, mi cuerpo me traiciona. Su beso es justo lo suficiente para cumplir con la costumbre sin cruzar la línea de lo impropio. Pero el efecto es de todo menos decoroso. Un calor florece en mi pecho, extendiéndose hacia fuera hasta que mis dedos hormiguean. Mis labios se parten ligeramente por la sorpresa y oigo cómo él toma aire bruscamente.

Dura solo unos segundos, pero cuando se aparta, la cabeza me da vueltas como si hubiéramos estado besándonos durante horas.

Sus ojos grises brillan con ardor.

—Respira, Isabella.

Exhalo con voz temblorosa, odiando la facilidad con la que me afecta. Odiando que él lo sepa.

—¡Os presento al Don y a la Donna Alessandro Dante! ¡Felicidades! —El anuncio del sacerdote rompe el hechizo. Los aplausos estallan a nuestro alrededor.

La mano de Alessandro se posa en la parte baja de mi espalda mientras nos giramos para mirar a nuestra audiencia. Su contacto me envía nuevos estremecimientos de calor. ¿Qué está pasando?

Esbozo mi sonrisa más convincente mientras avanzamos por el pasillo, pasando junto a filas de asesinos y criminales, líderes políticos y titanes de los negocios, todos aplaudiendo y felicitándonos.

Alessandro se inclina cerca de mí cuando nos aproximamos a las puertas. —Lo has hecho bien, mujer.

Mantengo mi sonrisa fija, negándome a mirarlo. —Simplemente estoy cumpliendo con mi parte de nuestro acuerdo.

Su mano se aprieta de forma casi imperceptible en mi cintura. —Entonces nos entendemos perfectamente.

Viajamos en silencio hasta el lugar de la recepción. Está decorado con cristal y oro, lo cual me parece de mal gusto y chillón, para nada lo que yo hubiera querido. Pero claro, nunca se ha tratado de mí. Mi vida nunca ha consistido en lo que yo quiero.

La mano de Alessandro descansa contra la parte baja de mi espalda mientras saludamos a cada invitado que hace fila para presentar sus respetos a la recién formada alianza Dante-Vitale.

Sonrío hasta que me duelen las mejillas: una actuación perfecta de la novia perfecta de la Mafia. Por dentro, ya me estoy vaciando, convirtiéndome en el cascarón vacío que mi madre ha sido durante décadas.

—Lo estás haciendo de maravilla —murmura Alessandro mientras nos movemos entre las mesas, con su aliento cálido contra mi oreja.

No acuso recibo del cumplido. ¿Para qué? Estos breves momentos de calidez no tienen sentido cuando sé que el frío regresará. He visto lo rápido que puede transformarse del hombre que me abrazó bajo las estrellas en un extraño desalmado que apenas me reconoce.

La orquesta empieza a tocar nuestro vals de boda. Alessandro me guía al centro de la pista de baile; una mano sujeta la mía, la otra se asienta en mi cintura.

—Todo el mundo está mirando —dice, guiándome en los primeros pasos.

—Siempre lo están. —Mi voz es plana. Como si toda la vida se hubiera escapado de mí. Llevo casada menos de una hora y ya me estoy perdiendo a mí misma.

Pienso en nuestro primer baile en la gala. Cómo sus ojos se habían clavado en los míos, cómo la electricidad chisporroteaba entre nosotros. Pero no era real.

Nos movemos por la pista en perfecta sincronía. Somos una hermosa ilusión. La pareja perfecta.

—Pareces infeliz, mujer —dice, con la voz suficientemente baja para que solo yo pueda oírlo.

Le sostengo la mirada, permitiéndole ver, solo por un momento, el daño que hay tras mi máscara. —Tengo un nombre. ¿Y qué esperabas?

Su ritmo flaquea ligeramente. —Esperaba...

—No importa lo que esperaras —lo corto—. El contrato está firmado. Hemos pronunciado nuestros votos. Cumpliré con mi deber de cara a la galería.

La música crece a nuestro alrededor y Alessandro me acerca más de lo que exige la propiedad. Por un latido, me permito recordar cómo se sentía estar en sus brazos en aquella azotea. Cómo se sentía ser querida, deseada.

Pero aquella mujer era una tonta. No volveré a ser ella. Lucho contra el calor y la esperanza.

La recepción se arrastra durante lo que parece una eternidad. Para cuando nos hacen pasar por un túnel de bengalas hacia el Bentley que nos espera, estoy agotada de fingir felicidad.

Alessandro se desliza a mi lado, con su muslo presionado contra el mío. El coche se aleja, dejando atrás el fingimiento de nuestra celebración de boda.

—Bueno, ya se ha terminado —digo, apartándome de él.

Se afloja la pajarita con una mano. —En efecto. Nuestras familias parecen complacidas.

—Mi padre consiguió lo que quería. Estoy segura de que está eufórico. —Me giro para mirar por la ventanilla sin ver realmente lo que pasa por delante—. Solo quiero ir a casa y...

—Nos dirigimos al aeropuerto —dice Alessandro—. El avión está listo para ir a Capri.

Giro la cabeza bruscamente. —¿Capri? ¿De verdad vamos a ir de luna de miel? —Había pensado que solo lo dijo la otra noche para que nuestra unión pareciera real.

Su expresión permanece neutral. —Parecería sospechoso si no lo hiciéramos.

—Claro. Las apariencias. —Me río con amargura—. Capri. El paraíso de los amantes. Qué irónico.

—Podríamos ser amantes.

Me quedo boquiabierta. —Ah... no... no podemos.

Él sonríe con suficiencia. —¿No crees que es un poco tarde? Ya te he follado, así que, por definición, ya somos amantes.

Durante un momento solo lo observo, preguntándome quién es en realidad. Está claro que nunca he conocido al verdadero Alessandro, y sospecho que toda una vida de matrimonio no cambiará eso.

En el aeródromo privado, los hombres de Alessandro se encargan de nuestro equipaje mientras nosotros subimos al lujoso Gulfstream.

Me hundo en uno de los asientos de felpa, de repente consciente de lo agotada que estoy.

Alessandro se sirve un whisky y se sienta frente a mí. —Es un vuelo de nueve horas. Deberías descansar.

—Estoy bien aquí.

—Isabella. —Señala hacia la parte trasera del avión—. Hay una cama...

—He dicho que estoy bien.

Él aprieta la mandíbula. —No seas testaruda. Prácticamente te estás quedando dormida.

—No quiero usar la cama. —Le sostengo la mirada directamente—. No querría que confundieras mi necesidad de dormir con una invitación para repetir lo de la azotea.

La expresión de Alessandro se ensombrece. —Eso no es...

—Dejemos algo claro —lo interrumpo—. Lo que pasó entre nosotros fue un error, tal como tú también crees claramente. Yo, por mi parte, no voy a repetirlo. Esto es un acuerdo de negocios. Es todo lo que quieres, así que es todo lo que tendrás.

Sus ojos se entrecierran. —Nunca dije que fuera un error.

—Tu comportamiento de una de cal y otra de arena indica lo contrario. —Cruzo los brazos y miro por la ventanilla, observando

cómo la tierra retrocede mientras el avión se eleva en el aire.

—¿Mi comportamiento? —Deja el vaso—. Tú eres igual de fría.

Mi mirada vuelve a clavarse en la suya. —¡Solo después de que me trataras como si fuera invisible! ¿Qué esperabas?

—Esperaba... —Se detiene, pasándose una mano por el pelo—. No importa lo que esperara.

—No, no importa. Porque esto no es real. —Hago un gesto entre nosotros—. Este matrimonio es un tratado de paz, nada más.

Alessandro me observa durante un largo instante, con su expresión ilegible.

—Descansa un poco, Isabella —dice finalmente, con voz más suave —. La cama es tuya. No te molestaré.

—Dormiré aquí mismo, gracias. —Me acurruco en el asiento.

Él suspira, recostándose en su asiento. —Como desees, mujer.

—Tengo un nombre, imbécil —murmuro entre dientes.

—Para ti soy Don Dante.

Tengo ganas de hacerle una peineta. En lugar de eso, cierro los ojos, decidida a demostrar que puedo manejar este matrimonio. De hecho, quizá su deseo de mantener las distancias entre nosotros sea algo bueno. Prefiero que me ignore y me deje a mi aire que ser continuamente humillada como lo es mi madre. Todo lo que tengo que hacer es superar este simulacro de luna de miel y después podré librarme de tener que pasar tiempo con mi marido.

16

ALESSANDRO

No tengo más ganas de estar en este avión que ella. Tengo un negocio que dirigir. Una familia que proteger.

Sí, me he casado con la hija de Marco y tengo una tregua con él, pero no confío en que eso le impida intentar sacar provecho mientras estoy en esta supuesta luna de miel. Pero ahora que he decidido cortejar a Isabella para que sea mi peón, esta luna de miel es una buena oportunidad para hacerlo.

Además, Luca y Cristian se quedan en Nueva York para ayudar a proteger mis territorios mientras estoy fuera. Luca asusta a la gente incluso más que yo, así que no estoy demasiado preocupado.

Frente a mí, Isabella finalmente se ha rendido al agotamiento; su cuerpo está acurrucado con torpeza en el asiento de cuero. Dios, parece tan joven e inocente. Una punzada de culpa se instala en mi estómago. Debería estar viviendo su propia vida, no ser utilizada por mí y por su padre en un violento juego de poder.

En lugar de eso, está casada conmigo.

Maldita sea, estoy casado. Bajo la mirada hacia la alianza de platino en mi dedo. Debería sentirla como una cadena que me ata a una

situación que nunca quise. Curiosamente, aunque he temido que llegara este día, en este momento, estar casado no es tan aterrador como pensaba que sería. Quizá porque el matrimonio ya es un hecho. Isabella es mi esposa, para bien o para mal.

Doy otro sorbo al whisky, dejando que el ardor baje por mi garganta mientras la observo dormir encogida en el asiento cuando podría estar tumbada. Su terquedad sería admirable si no fuera tan frustrante. Preferiría sufrir un sueño incómodo antes que aceptar la comodidad de la cama, todo por dejar clara su postura.

Supongo que es culpa mía, una respuesta a mi frialdad hacia ella después de que folláramos en la azotea. La alejé, y ella ha respondido de la misma manera.

El recuerdo de ella en aquella azotea regresa de golpe. Sus ojos brillantes contemplando las luces de la ciudad. Su audacia al insistir en que la tocara. La sensación de su cuerpo cediendo ante el mío. Si juego bien mis cartas, la tendré de nuevo. Y no se equivoquen, cuando se trata de cartas, siempre gano. No solo le ganaré a ella en este juego, sino que también ganaré a su padre.

Su padre lleva años rondando nuestro territorio. En cierto modo, este matrimonio es una idiotez sabiendo que me la jugó al cerrar un trato con la Bratva después de haber hecho un pacto similar conmigo. Pero el viejo dicho dice que mantengas a tus enemigos cerca. Y aunque es probable que Isabella no conozca los detalles de los negocios de su padre, es observadora e inteligente. Tendrá información que necesitaré cuando finalmente acabe con él.

Y si intenta traicionarme como su padre, bueno...

Me inclino hacia delante, tomando con cuidado a Isabella en mis brazos. Se agita ligeramente pero no se despierta mientras la llevo al dormitorio en la parte trasera del avión. Tras tumbarla en la cama, no regreso de inmediato a la cabina principal. Me quedo al pie de la cama, observándola dormir. Sus pestañas oscuras descansan contra

sus mejillas; tiene los labios entreabiertos. Incluso sin intentarlo, me cautiva. No me gusta este poder que parece tener sobre mí.

Por un momento, siento el impulso de unirme a ella. De hacer que sucumba ante mí. De demostrarle que soy yo quien tiene todo el poder aquí.

Pero prometí que no lo haría, al menos no en el avión.

No, no puedo forzarla a rendirse ante mí. Tengo que cortejarla, hacer que se enamore de mí.

Es un cálculo frío, convertir mi matrimonio en espionaje. Y sin embargo, ¿no es eso exactamente lo que temo que ella me esté haciendo a mí? Normalmente, no pensaría que algo así fuera posible. Pero esa noche en la azotea demostró que tiene poder sobre mí. Podría ponerme de rodillas si no tengo cuidado.

Cada instinto que poseo me dice que mantenga mis muros en alto, que nunca revele debilidad, que vea a todo el mundo como una amenaza potencial hasta que se demuestre lo contrario. Así es como he sobrevivido. Así es como los Dante han prosperado.

El recuerdo del cuerpo de Isabella contra el mío, la forma en que me miró aquella noche en la azotea, tira de algo en mi pecho. Es aterrador y, aun así, me pregunto cómo sería dejar entrar a alguien. Mis hermanos lo han hecho, y siguen siendo tan letales como siempre. Más incluso, tal vez.

Sacudo la cabeza. Hay demasiado en juego.

Regreso a la cabina. Busco un asiento y, tras revisar unos cuantos archivos de negocios, reclino el respaldo y cierro los ojos. Mañana comienza el primer día para seducir a Isabella y lograr que sea leal a mí y solo a mí.

Nueve horas más tarde, el avión desciende hacia Nápoles, atravesando la capa de nubes para revelar las aguas azules del Mediterráneo. Isabella ha estado en silencio desde que se despertó

hace una hora, al encontrarse en la cama sin recordar cómo llegó allí. Su escueto —gracias— cuando se lo expliqué ha sido toda nuestra conversación.

Al aterrizar, roto los hombros, preparado para poner en marcha mi plan y darle a Isabella una luna de miel con la que cualquier novia soñaría. Sí, es un plan estratégico para usarla contra su padre, pero no puedo negar que la tarea no me resulta pesada. Disfruto de la compañía de Isabella.

—El coche está esperando —le digo mientras desembarcamos en la pista—. Cogeremos el transbordador de Nápoles a Capri.

Ella asiente, manteniendo su distancia emocional.

—¿Has estado aquí? ¿Te resulta algo ya visto? —la provoco, queriendo ver el fuego en sus ojos en lugar de esa apariencia apagada y retraída.

—No he estado en ningún sitio fuera de Nueva York.

—Bueno, entonces te espera una aventura.

Viajamos hasta el puerto en silencio, pero en cuanto subimos al ferry, algo en Isabella cambia. Se acerca a la barandilla, atraída por las vistas mientras nos alejamos de la orilla. El viento le agita el pelo, soltando mechones de su peinado recogido. No hace ningún movimiento para arreglarlo.

La bahía de Nápoles se abre ante nosotros, con el Vesubio asomando al fondo y la línea de la costa curvándose en un arco perfecto. Cuando Isabella orienta el rostro hacia el sol, capto una sonrisa genuina jugando en la comisura de sus labios. Es la primera sonrisa que le veo desde aquella noche en la azotea.

—Es precioso —dice, casi para sí misma.

Me coloco a su lado, manteniendo una distancia prudencial—. —Espera a ver la Gruta Azul.

Sus ojos se encuentran con los míos, brillantes de interés a pesar de su evidente intento de permanecer distante—. —He leído sobre ella. El agua brilla con un azul intenso por la luz del sol que pasa a través de cavernas submarinas.

—Como nada que hayas visto antes —confirmo, cautivado por lo asombrosamente hermosa que está cuando se ilumina. Hay algo fascinante en verla descubrir este lugar.

A medida que nos acercamos a la isla, Isabella se inclina hacia delante, bebiéndose cada detalle. La postura rígida que ha mantenido todo el día se suaviza. Sus ojos siguen los edificios coloridos agrupados a lo largo de Marina Grande.

Me doy cuenta de que me he quedado mirándola y desvío la vista. Este aprecio es peligroso, precisamente la debilidad que he jurado evitar. Pero cuando el ferry se acerca al muelle, no puedo evitar mirarla de nuevo, fijándome en el destello de asombro genuino en sus ojos.

Al bajar del ferry, los ojos de Isabella continúan absorbiéndolo todo.

—Nos registraremos en la villa más tarde —decido de forma impulsiva—. Exploremos primero.

La sorpresa cruza su rostro—. —¿Ahora? ¿Con mi ropa de viaje?

—Estás perfecta.

La guío por calles estrechas donde las buganvillas caen en cascada sobre los muros de piedra. Cada vez que su expresión se abre con deleite ante algún nuevo descubrimiento, me quedo prendado de ella. Tengo que seguir recordándome mi misión. Ganarme su confianza. Hacer que me sea leal a mí, no a su padre.

Sin embargo, cuando nos detenemos ante una vista panorámica que domina los Faraglioni, esas enormes formaciones rocosas que surgen del mar, y veo el asombro en sus ojos, mi misión pasa a un segundo plano.

—Parece un cuadro —dice con veneración.

—Capri tiene ese efecto. —Me sitúo lo suficientemente cerca para percibir su perfume mezclándose con el aire salino—. Hay una razón por la que los emperadores construyeron palacios aquí.

Paseamos hasta la Piazzetta, la plaza central de la isla, donde la dirijo hacia una joyería metida entre cafeterías.

—¿Para su novia? —pregunta el joyero en italiano, mirando a Isabella con actitud apreciativa.

—Solo lo mejor que tenga —respondo.

Isabella levanta la guardia—. —Alessandro, esto no es necesario...

—Hazme el favor. —Le sostengo la mirada con fijeza—. Considéralo una ofrenda de paz.

Su expresión solo se vuelve más cautelosa.

El joyero presenta varias piezas, pero una capta mi atención: una delicada pulsera de oro con zafiros del color exacto del Mediterráneo que acabamos de cruzar. Cuando los dedos de Isabella se posan sobre ella, sé que ella también aprecia su belleza.

—Esta —le digo al joyero, observando el rostro de Isabella.

—Es preciosa, pero... —vacila ella.

—Sin "peros". —Cojo la pulsera y se la abrocho en la muñeca—. Un recordatorio de nuestro primer día aquí... Nuestro primer día como marido y mujer.

Sus ojos escudriñan los míos, y me cuesta no inquietarme ante la incómoda sensación de que me está mirando el alma.

—Gracias.

—De nada. —Durante un momento peligroso, olvido todo excepto lo espectacularmente hermosa que es. Pertenece a este lugar que

rebosa vitalidad y vida.

Más tarde, por la tarde, nos instalamos en nuestra villa, descansando un poco antes de cambiarnos para cenar. Ella lleva un elegante vestido negro que se ciñe a sus curvas, con el pelo recogido para exponer la línea elegante de su cuello.

Está impresionante.

Y completamente inalcanzable.

A pesar de mi ofrenda de paz, a pesar del día explorando Capri juntos, mantiene una distancia prudencial. Sus palabras son educadas pero comedidas, sus sonrisas nunca llegan a sus ojos a menos que sea ante una maravilla natural de la isla. Cada intento de conversación es recibido con el mismo desapego frío.

—La reserva es para las ocho —digo, consultando mi reloj—. El restaurante tiene las mejores vistas de la isla.

—Seguro que es encantador. —Su voz es plana, sin interés.

La frustración burbujea en mi interior. He intentado el enfoque caballeroso, mostrándole la belleza de la isla, comprándole regalos, y aun así sigue tratándome con frialdad.

Por otra parte, ¿qué esperaba? ¿Que una isla mágica y una pulsera cara hicieran que olvidara cómo la traté? Con cualquier otra mujer, habría funcionado. Pero Isabella no es cualquier otra mujer. Es astuta y conoce su valor, sabe que le falté al respeto y, por lo tanto, he perdido el suyo.

Me acerco, apoyándome en la balaustrada junto a ella—. —Sigues enfadada.

—No estoy enfadada, Alessandro. —No me mira—. Soy realista. Has dejado claro lo que es este matrimonio. Me estoy adaptando.

—¿Lo que es este matrimonio? He sido un caballero desviviéndome por su esposa todo el día.

Ahora se gira, con el escepticismo escrito en sus facciones—. Solo intentas manipularme.

No le falta razón, y sin embargo, me sorprende que me haya calado.

Aun así, de pie aquí, mirando sus ojos desafiantes, no recuerdo por qué me pareció tan crucial mantenerla a distancia.

—Tal vez lo esté intentando —admito—. O tal vez esté tratando de entender esto tanto como tú.

Ella me estudia. La tensión entre nosotros se espesa, eléctrica y peligrosa, tal como ha sido desde el momento en que nos conocimos. Estoy progresando.

—No soy una pieza de ajedrez —declara—. Ni tuya, ni de mi padre.

Independientemente de mis intenciones, una cosa es segura. Tenemos una química innegable. Está chisporroteando entre nosotros ahora mismo, incluso mientras ella intenta levantar un muro para dejarla fuera.

Me acerco más, lo suficiente para ver cómo se dilatan sus pupilas—. No, eres mi esposa.

Mis dedos rozan su hombro desnudo y ella se estremece, enviándome un escalofrío de victoria. Una parte de mí quiere tomarla aquí y ahora, demostrar que tengo razón sobre la atracción que fluye entre nosotros. Pero ya la conozco lo suficiente para saber que presionar demasiado y muy rápido será contraproducente.

—Vámonos a cenar.

El restaurante hace honor a su reputación en cuanto a ambiente y calidad de la comida. Isabella come con moderación, bebiendo su vino como si quisiera mantener la lucidez. Su compostura es impecable, cada centímetro la serena princesa de la mafia que su padre crió.

Pero veo las señales delatoras de mi impacto. El ligero rubor cuando nuestros dedos se rozan mientras le sirvo el vino, la forma en que se le corta la respiración cuando me inclino cerca para hablar por encima de la música ambiental.

—Hay un sitio cerca —le digo cuando terminamos el postre—. Música en directo. Baile.

Arquea ligeramente una ceja—. —¿Tú bailas?

Yo arqueo la mía—. —Sabes que bailo. Ya lo hemos hecho.

—Me refería a un club.

Me encojo de hombros. No soy muy de clubes, pero sé que un baile me permite tocarla, recordarle lo bien que estamos juntos.

Pago la cuenta sin mirarla—. Tenemos toda una vida para aprender todo tipo de cosas nuevas el uno del otro.

Ella baja la mirada y, por dentro, me maldigo por decir algo que le recuerda que está atrapada conmigo el resto de su vida. O de la mía. Quizá me desee la muerte, quizá incluso que sea su padre quien apriete el gatillo.

El club es íntimo, ubicado en un edificio de piedra reformado con una terraza con vistas al mar. En el interior, las parejas se balancean al ritmo de las seductoras notas de un cuarteto de jazz. La iluminación es tenue, el ambiente sensual.

—Me recuerda a la noche que bailamos en la gala —susurro, guiándola hacia la pista sin darle tiempo a negarse.

Su cuerpo se tensa cuando mi mano encuentra el hueco de su espalda, pero permite que la guíe en el baile—. —Te refieres a cuando mostraste tu verdadero yo.

La atraigo más cerca de lo que exige la propiedad, lo suficiente para que sienta lo que me provoca—. ¿Y qué yo es ese?

—Un hombre que toma lo que quiere y luego lo desecha cuando ha tenido suficiente.

Las palabras escuecen, pero sé que me las merezco.

—¿Eso es lo que piensas? —Mis labios rozan su oreja mientras hablo —. ¿Que te he desechado?

Se aparta lo justo para encontrar mis ojos, con el desafío ardiendo —. Tu seducción no funcionará, Alessandro. Ya no soy la virgen ingenua de la azotea.

No puedo evitar la sonrisa que curva mis labios—. No, no lo eres. Eres mi esposa. Y ambos sabemos exactamente qué pasa cuando te toco.

Para demostrar mi punto, deslizo la mano un poco más abajo en su espalda, atrayendo sus caderas contra las mías. Su brusca toma de aire es una victoria.

—Puedes mentirte a ti misma —susurro contra su cuello—, pero tu cuerpo no puede mentirme a mí.

Algo dentro de mí cambia. Esto ya no es solo cuestión de estrategia. Se trata de reclamar lo que es mío.

Sus ojos brillan con desafío, pero siento cómo su cuerpo la traiciona. Se derrite contra mí. Sus caderas se presionan contra las mías mientras nos balanceamos al son de la música.

—Estás luchando contra ti misma más de lo que luchas contra mí. — Disfruto del escalofrío que la recorre—. ¿Por qué negar lo que ambos sabemos que es inevitable?

Cuando no responde, me retiro lo justo para mirarla a los ojos. Veo el deseo luchando contra el orgullo.

—Tus muros se están desmoronando, Isabella. —Mi pulgar roza la parte expuesta de su espalda—. Puedo sentirlo.

—Eres un engreído. —Pero su tono me dice que sabe que está perdiendo esta batalla.

La atraigo más, con mi polla dura contra su vientre—. Esto siempre iba a pasar —le digo—. Desde el momento en que te vi, esto era inevitable.

17

ISABELLA

Me aparto del abrazo de Alessandro mientras la música se desvanece. Su confianza me enfurece, sobre todo porque tiene razón. Mi cuerpo me traiciona a cada paso, respondiendo a su tacto como si hubiera sido creado para él.

—Se está haciendo tarde —me esfuerzo por mantener un tono desinteresado, a pesar del deseo que me recorre.

El camino de vuelta a nuestra villa transcurre en silencio. Mantengo una distancia prudencial entre nosotros, temerosa de lo que podría pasar si permito que vuelva a hechizarme.

Me demoro en la terraza, reacia a enfrentarme a lo que me espera en el dormitorio. No soy virgen, así que no es eso lo que me asusta. Lo que me inquieta es el escaso control que tengo cuando él se muestra atento.

El día me ha dejado confundida. Alessandro ha sido generoso. Amable. Humano. Sumado a sus caricias suaves y a la forma en que me ha sujetado mientras bailábamos, me he sentido como en la azotea. Como si estuviera hambriento por poseerme. Pero no quiero que me vuelvan a tomar por tonta.

—¿En qué estás pensando? —la voz de Alessandro me sobresalta. Está de pie en el umbral, sin la chaqueta, con las mangas de la camisa remangadas revelando unos antebrazos fuertes.

—En que esto no tiene sentido —admito—. En un momento eres frío como el hielo y al siguiente...

Se coloca a mi lado, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su calor—. ¿Y al siguiente?

—Al siguiente, haces que olvide todas las razones por las que no debería confiar en ti.

Sus dedos rozan los míos sobre la barandilla—. Quizá haya menos razones de las que crees.

Quiero creerle. Que Dios me ayude, quiero dejarme llevar por lo que sea que hay entre nosotros. Pero la hija de Marco Vitale sabe que no debe confiar en las cosas hermosas que se ofrecen sin la promesa de algo a cambio. ¿Qué quiere de mí?

Su mano cubre la mía sobre la barandilla—. Isabella...

—Creo que me voy a retirar —aparto la mano—. Ha sido un día largo.

Alessandro asiente una vez, con un músculo de la mandíbula tenso —. Te acompañaré en un momento.

Se me revuelve el estómago por las implicaciones. El dormitorio. Nuestra noche de bodas. La cama que debemos compartir como marido y mujer.

Cojo mi maleta y entro en el gran cuarto de baño. Cierro la puerta y respiro hondo. Apenas es el primer día de este matrimonio y ya siento que me estoy perdiendo.

Abro la maleta y busco algo desaliñado para dormir. Al poco rato, estoy sacando cada prenda al darme cuenta de que mi criada no ha

metido ningún pijama. En su lugar, solo hay telas transparentes y encajes delicados en varias tonalidades de blanco nupcial.

—Tiene que ser una broma —murmuro, sosteniendo una camiseta de tirantes casi transparente que apenas cubriría lo esencial.

Cuanto más rebusco en el bolso, más lencería encuentro.

Considero la posibilidad de dormir con el vestido puesto, pero descarto la idea rápidamente por poco práctica. Con un suspiro de derrota, selecciono la opción menos reveladora: un camisón de seda blanca con tirantes finos y un dobladillo que llega a mitad del muslo. Sigue enseñando más de lo que me gustaría, pero al menos cubre las partes importantes.

Cuando salgo del baño, Alessandro ya está esperando junto a la cama, de espaldas a mí. Cruzo la habitación a toda prisa y me deslizo bajo las sábanas, subiéndolas hasta la barbilla.

—Espero que no te importe el lado derecho —digo con rigidez. Me doy la vuelta dándole la espalda y cierro los ojos, obligándome a dormir.

No sucede. En su lugar, mi oído se vuelve hipersensible a cada sonido de la habitación. El roce de Alessandro al moverse. El sonido de la ropa al caer al suelo.

Mi imaginación rellena lo que me niego a mirar. Sus hombros anchos y su pecho emergiendo de la camisa. Sus manos grandes y fuertes desabrochando el cinturón.

—¿De verdad estás fingiendo que duermes? —su voz atraviesa mis pensamientos.

Mantengo los ojos firmemente cerrados—. Lo intento. Haces mucho ruido.

—Y tú eres una cobarde.

Indignada, abro los ojos y me giro. Gran error. Alessandro está de pie junto a la cama, completamente desnudo. La luna brilla a través de la ventana, proyectando su luz sobre cada músculo esculpido. Es como un maldito Adonis.

Se me seca la boca. —¿Qué estás haciendo? —agarro las sábanas con más fuerza, no para dejarlo fuera, sino para evitar lanzarme hacia él.

—Prepararme para dormir —su sonrisa es exasperantemente engreída—. Así es como duermo yo.

Suelto un bufido, apartando la vista de su cuerpo—. Pues busca algo que ponerte. Esto no es tu piso de soltero.

—Es mi suite de luna de miel —se desliza bajo las mantas a mi lado, y yo me pego al borde del colchón—. Con mi esposa.

—Una esposa con la que apenas has hablado en días —le espeto—. Una esposa a la que has tratado como a una desconocida.

Alessandro se gira hacia mí, apoyándose en un codo—. No he sido más que atento durante todo el día.

Uf. Qué desfachatez la suya—. No puedes ignorarme y luego esperar que te caliente la cama.

—¿Y qué hay de cuando no te ignoro? —su voz baja a un tono profundo y sexy—. ¿Como esta noche?

Trago saliva con dificultad—. Tampoco quiero manipulaciones. Ni que uses esta química que hay entre nosotros cuando te conviene.

—¿Eso es lo que crees que estoy haciendo? —sus dedos rozan mi hombro desnudo y lucho por no estremecerme.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Quizá simplemente deseo a mi mujer.

Es difícil luchar contra esas palabras. ¿Qué mujer no querría ser deseada, especialmente por un hombre como Alessandro?

Pero hago lo que puedo y me doy la vuelta—. Estoy intentando dormir. Si estás tan desesperado por sexo, ahí tienes la puerta. Seguro que puedes encontrar a alguien dispuesta.

En cuanto digo las palabras, me arrepiento. La infidelidad campa a sus anchas en mi mundo. Acabo de darle permiso para empezar en nuestra propia noche de bodas.

—¿Eso es lo que quieres? —su voz es tranquila, como si fuera una solución que consideraría si eso es lo que deseo—. ¿Que busque a otra mujer en nuestra noche de bodas?

Aprieto la mandíbula, negándome a responder.

Sus yemas recorren mi hombro, enviando escalofríos por mi columna —. Porque creo que ambos sabemos que eso no es lo que ninguno de los dos quiere.

Odio cómo responde mi cuerpo a su tacto. Odio aún más que sí lo deseo—. Lo que quiero es que no jueguen conmigo. Te portas bien cuando quieres algo, pero en cuanto lo tienes, eres frío y cruel.

Sus labios rozan mi hombro, y me cuesta horrores no gemir. Lucho contra el instinto de derretirme bajo su contacto, negándole la satisfacción de una respuesta.

—Para.

Alessandro se detiene, su aliento cálido contra mi piel—. ¿De verdad quieres que pare?

—Lo que yo quiera no importa. Esto no es más que otro juego para ti.

La mano de Alessandro me agarra la barbilla, girando mi rostro hacia él con autoridad. Su toque no es doloroso, pero es lo

suficientemente firme como para que no pueda apartar la vista. Una oscuridad brilla en sus ojos.

—Puedo tomar lo que quiera de ti —gruñe Alessandro—. Ahora eres mía.

La posesividad de sus palabras debería resultarme repulsiva, pero algo primario en mi interior responde a ella. Aun así, me niego a ceder. Lo que mi cuerpo quiere y lo que es mejor para mi cordura en este matrimonio son dos cosas muy distintas.

—Tú no eres mi dueño.

Su pulgar recorre mi labio inferior—. El certificado dice que eres mi esposa. La ley dice que eres mía. Tu padre te entregó a mí como si fueses una propiedad.

Intento apartar la cara de un tirón, pero él la sujeta con firmeza—. Entonces no eres mejor que él.

Algo brilla en sus ojos que creo que podría ser arrepentimiento. Su agarre se afloja ligeramente, pero no me suelta—. No. Soy mucho peor. No aceptaré un no por respuesta, Isabella.

Se me corta la respiración. El miedo me eriza la piel. ¿Se forzaría si me negara? El pensamiento me envía oleadas contradictorias de terror y excitación. Me doy cuenta de que me he acorralado con este hombre peligroso, un hombre que es mi marido.

—Está bien —me recuesto contra las almohadas—. Haz lo que quieras. De eso trata este matrimonio, ¿no? De tomar lo que quieres.

Miro fijamente al techo, intentando desvincularme de lo que está a punto de suceder. Mi cuerpo se queda rígido, con los brazos pegados a los costados.

La expresión de Alessandro se ensombrece. Se aparta, con algo parecido al asco cruzando sus facciones.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —su voz se vuelve un susurro—. ¿Que me forzaría contra una mujer que no quiere?

—Tú mismo has dicho que no aceptarías un no.

Él niega con la cabeza—. No necesito forzarte, Isabella —sus dedos trazan la curva de mi clavícula, dejando fuego a su paso—. ¿Recuerdas cómo fue en la azotea? ¿Cómo temblabas bajo mis manos? ¿Cómo me suplicaste que te tomara?

El recuerdo me inunda y mi cuerpo me traiciona: mis pezones se endurecen, mi respiración se entrecorta.

—Podría hacer que volvieses a sentirte así —su mano planea sobre mi vientre, sin tocarme pero lo suficientemente cerca como para que sienta el calor que irradia su palma—. Incluso mejor.

Trago saliva, el deseo se acumula entre mis muslos incluso mientras obligo a mi mente a resistirse a él.

—Tengo la intención de tocarte esta noche, esposa —dice Alessandro —. Y para cuando haya terminado, estarás suplicándome que te folle, igual que hiciste en aquella azotea.

Mi traicionero cuerpo responde con un escalofrío de anticipación, y me odio a mí misma por desearlo.

—Apenas te toqué antes de que ya estuvieras mojada por mí —sus palabras son deliberadamente crudas, y funcionan. Estoy empapada y caliente, mi cuerpo vibra de necesidad.

—Tú ya estabas duro... eso no prueba...

—Prueba que somos buenos juntos en la cama —su mano baja más —. Dime que pare y lo haré.

El calor que late entre mis piernas me impide pensar con claridad.

—¿Nada que decir? Entonces quizá quieres que continúe —la mano de Alessandro desaparece bajo las sábanas. Debería detenerlo. Debería gritar o luchar. En lugar de eso, yazgo paralizada entre una

necesidad creciente que no puedo controlar y el odio hacia mí misma por mi debilidad.

—¿Confías en mí? —pregunta, sin dejar de mirarme a los ojos, mientras sus dedos juguetean con la carne suave y sensible de la parte interna de mi muslo.

La pregunta me pilla desprevenida—. No.

Una lenta sonrisa curva sus labios—. Bien. No deberías.

Antes de que pueda procesar sus palabras, echa mano de su cinturón que había dejado a un lado. Con un movimiento fluido, apresa mis dos muñecas y las sube por encima de mi cabeza.

—¿Qué estás...?—

—Mostrándote quién tiene el control —rodea mis muñecas con el cuero y las asegura al ornamentado cabecero.

El pánico estalla en mi interior. Tiro contra la atadura—. Alessandro...

—Chitón —me calma, mientras su palma se desliza por mi brazo, sobre mi hombro, cruzando mi clavícula—. No te haré daño, Isabella.

Sus dedos trazan el escote de mi camisón. Luego engancha un dedo bajo el tirante, deslizándolo por mi hombro.

—Tienes dos opciones. Dime que pare y te desataré. Dormiremos en lados opuestos de esta cama como extraños. Si esa es tu elección, recuerda que eres tú la que me está dando de lado.

Su dedo recorre el otro tirante, deslizándolo también hacia abajo—. O ríndete a mí esta noche, y te haré sentir cosas que solo has imaginado.

Con un movimiento brusco, rasga la delicada tela por la mitad. Mi camisón se abre, dejándome expuesta y vulnerable.

Debería estar indignada, pero en su lugar, un calor líquido se acumula entre mis muslos y mis pezones se endurecen aún más.

—¿Qué va a ser, esposa? —pregunta Alessandro, con la palma de la mano flotando a escasa distancia de mi pecho desnudo, sin llegar a tocarlo.

La palabra *Para* está en la punta de mi lengua. Sin embargo, me niego a pronunciarla.

En su lugar, mi cuerpo se arquea, queriendo sentir su palma sobre mis pechos—. Yo... —¿Cómo puedo desear a este hombre que no me ha mostrado más que indiferencia hasta esta noche?

Los ojos de Alessandro se oscurecen—. Ahí está —su voz es triunfante—. Mi esposa. Mía.

18

ALESSANDRO

Recompenso su sumisión frotando la palma de mi mano sobre su pezón. Ella jadea, con los ojos llenos de deseo y desafío. Es jodidamente erótico y mi polla está dura como una piedra.

—Odias desear esto —le digo, pellizcándole el pezón—. Odias que tu cuerpo te traicione.

Se sacude contra las ataduras y mi sangre arde con más fuerza.

—Te odio —dice, pero su cuerpo se arquea hacia mi mano mientras le acaricio el pecho.

—No. —Rozo con el pulgar la punta sensible—. Odias que fuera frío contigo. Odias que te hiciera sentir no deseada.

Bajo la cabeza, dejando que mi aliento roce su pezón. Ella tiembla bajo mi cuerpo.

—Pero nunca has dejado de ser deseada, Isabella.

—Me engañaste...

Cuando mis labios se cierran alrededor de su pezón, ella gime y su espalda se arquea despegándose de la cama. Saboreo su gusto. Mi

mano se desliza más abajo, por su vientre, sintiendo cómo se contraen sus músculos.

—Dime que pare —la desafío, mientras mis dedos descienden más.

Sus ojos se encuentran con los míos, brillando con un calor que es a la vez pasión y rabia. Por un momento, creo que realmente podría rechazarme.

En cambio, separa ligeramente las piernas. Una invitación. Otra rendición.

El poder me recorre cuando la toco y la encuentro empapada de necesidad. Su cabeza cae hacia atrás, exponiendo la grácil columna de su cuello, y me invade el impulso de marcarla allí mismo.

Me tomo mi tiempo, algo que no tuve en la terraza de la azotea. Observo cada curva, cada suavidad de su piel. Mis labios la saborean, mis dedos acarician su carne y, en cada ocasión, registro qué la hace jadear, qué la hace gemir, qué la hace retorcerse.

—Alessandro. —Se le corta la voz cuando arrastro los dientes por la tierna piel de la parte interna de su muslo—. ¿Qué estás...?

—Estoy dándole placer a mi mujer. —La miro desde entre sus piernas, disfrutando del rubor que se extiende por sus mejillas, de la forma en que sus ojos se han nublado por el deseo.

—Sigo odiándote —consigue decir, pero su cuerpo la traiciona cuando mi lengua encuentra su centro y sus caderas se elevan, suplicando por mi boca.

Su sabor es embriagador. Me pierdo en su calor húmedo, rodeándola y provocándola hasta que sus caderas arremeten contra mi boca. Cuando deslizo un dedo en su interior, ella se aferra a mí y un grito ahogado escapa de sus labios.

—Pero no odias esto, ¿verdad? —susurro contra su carne sensible.

Responde con un gemido. Provoco su dulce coño con mi boca, mi lengua y mis dedos hasta que está al borde del abismo. Y entonces me detengo.

Su gemido de frustración llena la habitación.

—Dímelo. No odias que te toque, ¿a que no?

Su cuerpo vibra, suplicándome más. Paso la punta de la lengua por su clítoris, sintiendo cómo late. Su cuerpo tiembla bajo el mío.

Su lucha es exquisita, la forma en que pelea contra su propio placer incluso mientras lo persigue. Cada vez que se acerca al borde, me retiro, negándole el orgasmo, viendo cómo su frustración aumenta al compás de su necesidad creciente. Estoy torturándonos a ambos, alargando esta agonía, negándome a dejar que ninguno de los dos se rinda por completo.

Mi polla está dura como el acero y es muy posible que me corra incluso antes de entrar en ella. Supongo que ese sería mi castigo por atormentarla de esta manera.

La follo con los dedos mientras la observo. Quiero ver su rendición total. Su cuerpo. Su lealtad. Su alma. Quiero que reconozca mi control.

Pero mientras la miro arquearse y tensarse contra sus ataduras, mientras la veo morderse el exuberante labio inferior al intentar alcanzar el clímax, mientras observo el rubor de sus mejillas, siento que mi poder se me escapa. La he atado para afirmar mi dominio y, sin embargo, soy yo quien está sucumbiendo a su sabor, a su aroma, a los sonidos que emite cuando la toco.

Estoy perdiendo la batalla que yo mismo empecé, y darme cuenta de ello me aterroriza.

Sus muslos temblorosos presionan contra mi cara mientras la acerco más al precipicio. La respiración de Isabella es entrecortada y

jadeante. Se fuerza contra la atadura, pero no por resistencia. No, ahora está perdida en la pura necesidad.

—Por favor —gime, con la palabra apenas inteligible.

Levanto un poco la cabeza, sustituyendo la lengua por el pulgar y rodeando su clítoris lentamente—. ¿Por favor qué?

Sus ojos se abren de golpe, ardiendo de furia y deseo—. No pares.

—¿Qué no pare qué? —Ralentizo mis movimientos aún más, viendo crecer su frustración. El poder que ejerzo sobre ella en este momento es embriagador y es lo que necesito para ahuyentar los sentimientos inquietantes que intentan echar raíces en mi pecho. Es mía, total y completamente mía—. Dime qué quieres.

—Alessandro.

Es curioso, oír mi nombre en sus labios hace que quiera recompensarla más que si me dijera que la follara. Deslizo mis dedos en su interior de nuevo, curvándolos para encontrar ese punto que hace que todo su cuerpo se estremezca. Sus paredes se contraen a mi alrededor, tan cerca del orgasmo pero incapaces de cruzar ese último umbral hasta que yo lo decida. Hasta que la empuje al otro lado.

—Que te den —jadea ella. Las palabras son impactantes y eróticas, y casi me corro.

Sonrío contra la parte interna de su muslo—. Esa es la idea, Isabella. Pero antes...

Incorporándome, me sitúo sobre ella, con mi carne desnuda presionando contra la suya. Mi polla roza su humedad y ahora me estoy torturando a mí mismo tanto como a ella.

Su cuerpo se arquea hacia arriba, desesperado por recibirme.

—Puedo darte lo que quieres. —Mis labios rozan su oreja—. Puedo darte un orgasmo tan potente que verás las estrellas.

Mi mano se desliza entre nosotros, mis dedos encontrándola de nuevo, provocándola con toques ligeros que la hacen estremecerse.

—Todo lo que tienes que hacer es admitir cuánto me deseas. —Mi voz se vuelve más baja, más ronca—. Dilo, Isabella. Di que quieres tenerme dentro de ti. Di que no has pensado en otra cosa desde aquella noche en la azotea.

Se le corta la respiración cuando mi pulgar vuelve a rodearla. Tiembla bajo mi cuerpo, tan cerca de rendirse.

—El trato es sencillo. —Froto mi miembro sobre su clítoris—. Tu rendición a cambio de tu placer.

No puedo aguantar mucho más y es posible que pierda esta batalla, que ella no sucumba del todo.

—Suplícame, Isabella. Suplícame y te daré todo lo que necesitas.

El forcejeo entre el deseo y el orgullo se refleja en su rostro, pero veo que el orgullo empieza a perder. Su cuerpo, que exige el clímax, es más poderoso que su mente. Está magnífica en su resistencia.

—¿Así es como va a ser entre nosotros? —pregunto, bajando la cabeza para succionar su pezón—. ¿Vas a luchar contra lo que ambos sabemos que quieres?

Se le escapa un pequeño sonido, algo entre un sollozo y un gemido. Envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo mientras anticipo su rendición final.

—No voy a... —Sus palabras se disuelven cuando presiono mi polla contra su coño, aplicando la presión justa para que gima con una necesidad desesperada, pero no la suficiente como para empujarla al límite.

—Puedes hacerlo. —Mi voz suena ronca de necesidad, una necesidad que ella seguramente percibe—. Déjate llevar, Isabella. Sé que quieres. Y quiero hacerte sentir un placer que no has conocido jamás.

Cuando retiro mi contacto por completo, ella casi solloza. Sus muñecas se fuerzan contra el cinturón.

—Alessandro —suplica, con los ojos salvajes y desesperados.

Sacudo la cabeza lentamente—. No es suficiente.

Bajando de nuevo, rozo con mis labios la parte interna de su muslo, tan cerca de su dulce y húmedo coño, que late con necesidad—. Dime qué necesitas, Isabella. Dímelo y será tuyo.

La presa finalmente se rompe.

—¡Por favor! —grita ella, retorciéndose—. Necesito... necesito correrme. Déjame correrme. ¡Por favor!

Una sonrisa perversa curva mis labios mientras el triunfo me recorre —. Eso no ha sido tan difícil, ¿verdad?

Sin previo aviso, hundo dos dedos en su interior, curvándolos hacia su punto dulce mientras mi boca se cierra sobre su clítoris.

Su espalda se arquea despegándose de la cama mientras un lamento agudo brota de su garganta. La trabajo sin descanso, follándola con los dedos, succionando su clítoris, llevándola más y más alto hasta que está sollozando de necesidad. Su orgasmo detona como una bomba atómica, con una onda expansiva tras otra recorriendo todo su ser.

—Dime que quieres que te folle. Dilo, Isabella. Quiero oír las palabras.

La observo esforzarse por recuperar el aliento, con los labios entreabiertos y la piel encendida. En este momento, nunca ha estado más hermosa. Nunca ha sido más mía.

—Sí.

—¿Sí qué? —insisto, necesitando su rendición absoluta.

Sus ojos encuentran los míos, ya no fríos ni distantes, sino ardiendo con el mismo fuego que me está consumiendo—. Sí, Alessandro. Quiero que me folles.

Me lanzo hacia delante, reclamando su boca en un beso abrasador mientras introduzco mi miembro en ella de una poderosa estocada. Ella grita contra mis labios, con su cuerpo entregándose al mío por completo.

Se siente jodidamente bien. Tan estrecha. Su coño late alrededor de mi polla y estoy tambaleándome al borde de un orgasmo demoledor.

Finalmente he ganado.

Pero mientras ella envuelve mi cintura con las piernas, atrayéndome más al fondo, llevando mi necesidad a profundidades mayores, me doy cuenta de que mi victoria no es tan completa como pensaba.

Se ha rendido, pero en su rendición, me ha arrebatado el poder y ahora lo ejerce ella sobre mí.

19

ISABELLA

Odio la manera en que mi cuerpo me traiciona bajo su tacto. Odio que sepa exactamente qué hacer para que me desmorone. Sobre todo, odio haber suplicado. Realmente le he suplicado a Alessandro Dante que me follara.

Sin embargo, mientras él embiste dentro de mí, con mis muñecas forzándose contra su cinturón, el placer que aumenta de nuevo en mi interior no es algo que pueda negar. Cada estocada envía chispas que recorren mi cuerpo, y no puedo evitar que se me escapen los gemidos de los labios.

—Eso es —gruñe contra mi cuello—. Déjate llevar por mí. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mi polla.

Ojalá pudiera resistirme a él. Desearía yacer inmóvil y fría bajo su cuerpo solo por fastidiarlo. Pero mis caderas se elevan para encontrarse con las suyas por voluntad propia, mi cuerpo persigue el placer que el suyo le promete.

¿Es esto lo que sentía mi madre antes de que mi padre la doblegara? ¿Esta necesidad abrumadora y consumidora que te hace olvidar tus propios principios, que te hace olvidarte de ti misma?

—Sigo odiándote —digo, queriendo mantener algo de poder, sin querer que piense que me ha sometido por completo a su voluntad.

—Ódiame todo lo que quieras —dice él, cambiando ligeramente el ángulo para golpear un punto que me hace ver las estrellas—. Tu cuerpo no lo hace.

La verdad es que no le odio, y eso es lo que no tiene sentido. ¿Es porque todavía espero estar casada con el hombre que preparó una hermosa y romántica velada en la azotea? ¿El que me hizo sentir valorada? ¿El que dijo que me respetaría?

No he vuelto a ver a ese hombre desde la gala. Incluso hoy, aunque se ha mostrado generoso y definitivamente amoroso, se siente como una actuación. Como si estuviera intentando cortejarme para poder manipularme.

Ahora, mientras el placer se enrosca con más fuerza en mi vientre, no puedo reconciliar todas sus contradicciones.

—Tienes un coño increíble, joder —gruñe—. Y es mío. Solo mío.

Me gustaría poner los ojos en blanco, pero la electricidad que azota mi cuerpo hace que me resulte difícil hacer otra cosa que no sea moverme con él mientras buscamos el éxtasis.

—Déjate llevar —sus dedos se entrelazan con los míos por encima de mi cabeza, y eso me provoca un inesperado sentimiento de intimidad emocional—. Solo siente. ¿No lo sientes? ¿El poder que tenemos juntos?

Dios me ayude, lo siento.

A medida que Alessandro penetra más hondo, lanzo un grito, y mi cuerpo se rinde por completo al placer aun cuando mi mente se rebela. No soy un objeto de su propiedad. Y, sin embargo, hay algo poderoso en pertenecer a Alessandro.

—Mírame —ordena, con voz ronca.

Obligo a mis ojos a abrirse para encontrarme con su mirada oscura. La intensidad me quita el aliento. Me está observando, pero no está en guardia. No está enfadado ni es exigente. No, lo que veo en sus ojos se parece casi a la reverencia.

—Ahora eres mía —pero esta vez, las palabras no me hacen querer retroceder. Esta vez, siento que soy un tesoro. Que pertenezco a algún lugar. Nunca he pertenecido a nadie antes. Yo era un activo de mi padre, pero no tenía más valor que cualquier otra cosa que él poseyera.

Otro orgasmo se gesta en mi interior mientras el ritmo de Alessandro se vuelve más urgente. Me arqueo contra él, con mis muñecas atadas tironeando.

Por primera vez desde que empezó esta noche, quiero tocarlo. Quiero aferrarme a él mientras volamos juntos en el placer.

—Alessandro —jadeo.

—Dilo otra vez —gruñe él, hundiendo su cuerpo implacablemente en el mío. Mientras lo observo, vuelvo a ver al hombre que perdió el control en la terraza de la azotea, y me doy cuenta de que, aunque él exige mi rendición, exige poseerme, no soy completamente impotente.

—Alessandro.

Cuando me empuja de nuevo al abismo, dejo de luchar. Quizá pueda pertenecer a Alessandro sin perderme a mí misma por completo.

—¡Joder! —me embiste con fuerza, y el calor inunda mi cuerpo. Lo hace una y otra vez hasta que, finalmente, se desploma sobre mí. Toma aire unas cuantas veces antes de estirar el brazo para desatar el cinturón. Sus dedos son suaves mientras me frota las muñecas.

Por un minuto, pienso que quizá algo ha vuelto a cambiar. Pero luego se tumba de espaldas y se frota la cara con las manos. Eso

activa el recuerdo de la noche en la terraza. Después de la dulzura, se había distanciado de mí.

Ante la necesidad de protegerme de su frialdad una vez más, me doy la vuelta, envolviendo mi cuerpo desnudo con la sábana.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz es baja, suena casi confundido.

Me quedo mirando la pared, incapaz de mirarlo. —Ya tienes lo que querías. Ahora puedes volver a ser un imbécil frío de nuevo.

La cama se hunde cuando él se mueve detrás de mí. Su calor me envuelve y, por supuesto, mi cuerpo, incluso mi corazón, se ablanda ante él.

Sus dedos recorren mi columna vertebral. —¿Eso es lo que piensas? ¿Que solo necesitaba follarte para cumplir con alguna obligación de la noche de bodas?

Me encojo de hombros. —O porque eres un hombre con necesidades primarias.

Su risa es suave. —¿Primarias? Me lo tomo como un cumplido. —Su mano se desliza por mi espalda, sobre mi cadera, y de nuevo entre mis muslos—. En cuanto a conseguir lo que quería... todavía no he conseguido ni de cerca lo que quería.

Giro la cabeza para mirarlo, impactada. ¿Quiere hacerlo otra vez?

Sus ojos se oscurecen mientras me recorren. —Y tú tampoco.

—Ya he tenido más que suficiente —miento. Después de todo, mi cuerpo ya está respondiendo.

—¿Ah, sí? —desafía él, con una ceja levantada—. Vamos a comprobarlo.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, tira de la sábana y me separa los muslos. Empiezo a protestar, pero las palabras mueren en mi garganta cuando su boca desciende sobre mí.

—¡Alessandro! —jadeo. La primera vez que lo hizo, me quedé atónita. No es que no hubiera oído hablar de esas cosas, pero pensaba que era solo entre amantes, no entre maridos y mujeres.

Su lengua rodea mi carne sensible, todavía hinchada por nuestras actividades anteriores, y casi levito sobre la cama. Mis manos vuelan a su cabello, sin saber si estoy tratando de apartarlo o de acercarlo más.

—Oh, Dios —gimo mientras me lame como si fuera un postre. La sensación es abrumadora, demasiado fuerte y, sin embargo, no es suficiente.

Sus fuertes manos sujetan mis muslos, manteniéndome abierta para su asalto. Siento la reverberación de su tarareo de satisfacción mientras me retuerzo bajo él.

—Sabe a nosotros —murmura contra mi piel, y la sucia intimidad de sus palabras me envía otra oleada de calor. —Podría hacer esto toda la noche.

El sonido obsceno de su boca sobre mí llena la habitación, mezclándose con mis gemidos desesperados. Debería sentirme avergonzada, pero estoy demasiado perdida en la sensación para que me importe.

El orgasmo me golpea. Todo mi cuerpo convulsiona mientras grito su nombre, aferrándome a su cabeza como si fuera un ancla que me impide salir volando hacia el olvido.

Cada parte de mí tiembla. Alessandro se alza sobre mí, con su pecho musculoso brillando de sudor y sus ojos oscuros ardiendo con intensidad. —Ahora es mi turno.

Mis ojos se agrandan al imaginar mi boca sobre él. El pensamiento me aterra y me intriga a la vez. ¿Sabría siquiera qué hacer? ¿Y si se me da fatal?

Me lamo los labios con nerviosismo. —¿Quieres que yo...?—

Alessandro sacude la cabeza. —Algún día, pero no ahora. Esta vez, quiero que tú te montes sobre mí.

Se tumba de espaldas con un movimiento fluido, tirando de mí para colocarme encima. Sus manos agarran mi cintura, posicionándome sobre él. Su dureza presiona contra mí y, de repente, entiendo lo que quiere decir.

—No sé cómo —admito, sintiéndome avergonzada.

Su sonrisa se suaviza ligeramente. —Solo introdúceme y haz lo que te parezca natural. Controla el ritmo. Toma lo que quieras.

Durante un momento, me limito a mirarlo a la cara porque no puedo creer que esté haciendo esto. Me está entregando el control. Me está dando poder.

Me hundo lentamente, jadeando mientras él me llena en esta nueva posición. Es más profundo de algún modo, más intenso. Mis manos se apoyan en su pecho para sostenerme mientras me adapto a la sensación.

—Eso es —anima Alessandro, con sus dedos clavándose en mis caderas—. Ahora muévete.

Con tiento, me elevo y luego vuelvo a bajar. La fricción envía chispas por mi cuerpo, haciéndome gemir. Lo hago de nuevo, esta vez más rápido, encontrando un ritmo que hace que se me encojan los dedos de los pies.

—Joder, Isabella —gruñe él, observándome con el deseo calentando sus ojos—. Qué bien... qué jodidamente bien...

Sus palabras me envalentonan. Experimento con diferentes ángulos, diferentes velocidades, descubriendo qué hace que me sujete con más fuerza y qué hace que gruña mi nombre. Hay algo embriagador en tener a este hombre poderoso a mi merced, en ver cómo pierde el control.

Me inclino hacia delante, cambiando el ángulo para que golpee ese punto dentro de mí que hace que estallen estrellas tras mis párpados. Mi pelo cae a nuestro alrededor.

—Mírate. —Alessandro aparta mi pelo—. Tomando lo que quieres.

Y lo estoy haciendo. Por primera vez en mi vida, quizá, estoy tomando exactamente lo que quiero. Mientras cabalgo sobre él con más fuerza, me siento empoderada.

Él se incorpora, y sus labios envuelven mi pezón y succionan, enviando sensaciones directamente a mi vientre.

—¡Oh! —Empiezo a agitarme salvajemente.

—Eso es. Fóllame, Isabella.

Echo la cabeza hacia atrás mientras el placer me recorre de nuevo. Es como un tsunami, poderoso, inundando cada célula de mi cuerpo.

Me desplomo contra el pecho de Alessandro, con nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor, mis extremidades temblando por mi cuarto, o quizá quinto, clímax de la noche.

—Creo que no puedo moverme.

Su corazón truena bajo mi oído. —Sí, bueno, yo no he terminado.

Antes de que pueda procesar sus palabras, me da la vuelta para ponerme boca abajo, levantando mis caderas mientras mantiene mi pecho pegado al colchón. La posición es sorprendentemente vulnerable, animal de una manera que debería hacerme rechazarla. En cambio, me encuentro arqueando la espalda, ofreciéndome a él.

¿Qué me está pasando? Hace unas horas, estaba decidida a ignorarlo, a convertir este matrimonio en un frío acuerdo de negocios. Ahora estoy abriendo más las piernas mientras él se coloca detrás de mí, necesitando desesperadamente que llene el vacío de mi interior.

—Pídelo —ordena él, con la voz ronca de deseo mientras roza mi entrada.

—¿Por qué no lo pides tú?

Me da un azote en el culo que me sorprende y hace que mi cuerpo vibre. —Yo ya lo pedí. Ahora es tu turno.

Mi trasero escuece un poco, y no puedo creer que no esté indignada. —Por favor. Te necesito dentro de mí.

Cuando empuja para entrar, grito ante el delicioso estiramiento; el ligero escozor de la hipersensibilidad solo aumenta mi placer. Sus manos sujetan mis caderas mientras marca un ritmo castigador que me hace aferrarme a las sábanas.

Odio cuánto me gusta esto, odio la facilidad con la que me ha hecho rendirme. Odio que bajo el resentimiento y la ira se esconda algo más peligroso. Estoy empezando a desear a este hombre que un minuto puede ser encantador y al siguiente frío y cruel.

Quiero permanecer distante y, sin embargo, me encuentro ansiando no solo su cuerpo, sino su aprobación, su atención, su... todo.

Las horas se desdibujan, en una bruma de placer y necesidad que supera cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Para cuando finalmente caemos rendidos por el agotamiento, mi cuerpo está deliciosamente dolorido. Paso los dedos por un moretón que se está formando en mi cadera. Hay algo casi hermoso en esta manifestación física de la pasión. Nadie me había deseado nunca con una intensidad tan feroz.

Alessandro se agita ligeramente a mi lado, apretando su brazo alrededor de mi cintura. Incluso dormido, busca poseerme. El gesto debería irritarme. En lugar de eso, me acurruco en su calor.

Suenan las alarmas. Ceder ante él físicamente es una cosa. Pero permitirme pensar que esto podría ser algo más es peligroso.

Estaba preparada para soportar un matrimonio sin amor. No estaba preparada para esta atracción que me hace querer buscar placer y seguridad en sus brazos, aunque hacerlo requiera que me entregue a mí misma.

¿Qué pasará cuando termine la luna de miel? ¿Cuando volvamos a Nueva York y a la vida real? ¿Volverá a ser el hombre frío y distante de la última semana, excepto cuando necesite un desahogo físico?

La tristeza me pilla por sorpresa. Ahora mismo, me siento viva y, sin embargo, también estoy perdida, confundida y, aun en brazos de Alessandro, me siento sola.

20

ALESSANDRO

Me despierto con otro cuerpo pegado al mío. Por un momento, me siento desorientado hasta que los sucesos de anoche regresan en tromba.

Isabella.

Mi esposa.

Está acurrucada contra mí. El sueño ha suavizado sus rasgos, borrando la expresión precavida que suele llevar. Parece tan joven. Tan vulnerable. Siento que me invade la culpa, pero también una protección feroz.

Mía.

La sábana se ha deslizado, revelando la curva de su hombro, bajando por su costado hasta la cadera. Pequeños hematomas de mis dedos aparecen en su piel. Las rojeces de donde mis labios succionaron muestran dónde la he marcado como mía. Los recuerdos de la noche anterior se filtran en mi mente al despertar y comienzan a avivar la necesidad de tenerla de nuevo.

Recorro su hombro con el dedo, saboreando la suavidad de su piel. Se agita ligeramente, pero no se despierta mientras se aprieta más contra mí.

Se suponía que esto no debía pasar. Ella debía ser una transacción comercial, no una necesidad absorbente que destroza mi control.

Me inclino hacia abajo, incapaz de resistirme a presionar mis labios contra su hombro. Mi mano se desliza sobre la curva de su cadera, recordando cómo se sentía al agarrarla de ahí mientras me hundía en ella.

Se le entrecorta la respiración, aunque mantiene los ojos cerrados. Sé que está al borde del despertar y que debería parar. Dejar que descanse. Estará dolorida después de lo de anoche.

En cambio, mi boca viaja hasta su cuello, y luego al punto sensible detrás de su oreja que la hizo gemir anoche. Mi moderación se desmorona cuando mi mano se mueve para rodearle un pecho, sintiendo el pezón endurecerse contra mi palma.

¿Qué tiene ella que destruye mi autocontrol? He tenido mujeres hermosas antes. He tenido noches apasionadas que me dejaron satisfecho. Pero esta necesidad que roza la desesperación es una locura. Aterradora. Eléctrica.

Le doy la vuelta para que quede boca arriba, observando cómo sus ojos se abren con languidez, la confusión dando paso al reconocimiento y después al ardor. Esta mujer que me desafía, que se me resiste, que se me entrega... se está convirtiendo en mi debilidad. Es un motivo más para parar.

Le separo los muslos, dejando un rastro de besos por su vientre. Su piel está caliente bajo mis labios. Se mueve debajo de mí, medio dormida, pero su cuerpo sabe lo que viene. Cuando mi boca encuentra finalmente su clítoris, arquea ligeramente la espalda separándola de la cama.

—Alessandro... —Mi nombre escapa de sus labios, aunque sigue con los ojos cerrados.

Me tomo mi tiempo explorándola con la lengua, saboreando su gusto, la forma en que sus muslos tiemblan contra mis hombros. Sus gemidos silenciosos llenan la habitación mientras trabajo su cuerpo.

Hay algo embriagador en extraer placer de su cuerpo semiconsciente. ¿Pensará que está soñando? ¿O simplemente se está entregando de nuevo?

Cuando le introduzco dos dedos, está empapada y lista, con sus músculos internos apretándose a mi alrededor. Curvo los dedos hacia arriba, encontrando ese punto que la hace jadear, y aumento la presión de mi lengua contra su clítoris.

Su orgasmo llega, una ola intensa que la hace gritar, con el cuerpo estremeciéndose. El sabor de sus jugos es divino, y sigo dándome un festín, prolongando su placer hasta que se queda temblando.

Abre los ojos de golpe. Su mirada se cruza con la mía mientras sigo trabajando en ella durante las sacudidas posteriores, con el rostro aún entre sus muslos.

—No pares —gime.

Me elevo sobre ella, situándome a su entrada. Sus ojos no se apartan de los míos mientras empujo dentro de ella en una estocada larga y lenta. La sensación es abrumadora; un calor estrecho y húmedo me envuelve por completo.

—Joder —apoyo mi frente contra la suya—. Qué jodidamente bien.

Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundamente, y suelto el poco control que me queda. La tomo con fuerza y rapidez, impulsado por una necesidad salvaje e incontrolable.

—Sí —repite ella cada vez que me hundo en su interior.

Me vuelve loco. No tengo suficiente. No es lo bastante profundo. No es lo bastante rápido.

Sé que debería ir más despacio. Ser más cuidadoso. Su cuerpo debe de estar resentido después de lo de anoche.

Pero ella me agarra las caderas, se mueve conmigo, y me siento impotente para hacer otra cosa que no sea buscar el clímax.

—Dime si te hago daño —logro decir.

—No lo harás —dice ella, elevando las caderas para encontrarse con las mías.

Envalentonado, engancho mi brazo bajo una de sus rodillas, cambiando el ángulo y penetrando más hondo.

Su jadeo me indica que he encontrado el punto exacto. Me concentro ahí, observando su rostro mientras el placer se apodera de ella, la forma en que entreabre los labios, el rubor que se extiende por sus mejillas.

—Alessandro —suspira, y algo en la forma en que pronuncia mi nombre me descoloca. Esto no es como el reclamo frenético de anoche. Esto es intenso, pero más profundo. Peligroso. La conexión se siente demasiado íntima, demasiado real.

Quiero apartar la mirada, romper el hechizo. Pero no puedo.

Sus dedos se entrelazan en mi pelo, tirando de mí hacia abajo hasta que nuestras frentes se tocan.

Su cuerpo se tensa alrededor del mío, atrayéndome más hacia su interior, empujándome al abismo, enviándome a una bruma de dicha. Bombeo dentro de ella, deseando que las sensaciones duren para siempre, sin querer parar nunca.

Pero, al final, el agotamiento me vence y me desplomo sobre ella. Durante un momento, permanecemos conectados, con mi peso apoyado en los codos. Sin pensarlo, presiono mis labios contra los

suyos, no con pasión, sino con algo más profundo que me aterra. La ternura es una debilidad. Una debilidad que no puedo mostrar ante la hija de mi enemigo.

Me bombardean impulsos duales: uno de estrecharla entre mis brazos y otro de salir huyendo. Cuando suena mi teléfono, el alivio me recorre. Tengo una excusa para desentenderme.

—Ignóralo —murmura Isabella, anidándose más cerca de mí.

Pero es el tono de llamada de Adriano, y nada, ni siquiera una luna de miel o un sexo alucinante, puede tener prioridad.

—No puedo. —Me alejo de ella, odiando lo que se siente al perder su calor contra mí.

Cojo el teléfono de la mesita de noche. Más vale que sea importante.

Isabella me observa desde la cama, con la sábana cubriéndola ligeramente, su expresión aún es de satisfacción. Verla así hace que me cueste concentrarme en la voz de Adriano.

—Nos han dado —dice Adriano—. Ataques coordinados en tres operaciones distintas.

Así, sin más, el hechizo se rompe. La rabia surge. Los planes de represalia llenan mi mente. ¿Bajas?

—Dos de nuestros hombres en los muelles. Por lo demás, daños mínimos. Luca y Cristian han conseguido contener la mayor parte. No creo que esperasen a Luca, y ya sabes cómo es él.

Lo sé. Luca no tiene suficiente instinto de supervivencia y le sobra confianza y sed de sangre. Fue eso lo que hizo que lo exiliaran de la familia. Pero lo hacía eficiente cuando se necesitaba violencia. Y aterrorizaba a otras familias.

—¿Cómo cojones ha pasado esto? —Ya me estoy poniendo la ropa con una mano—. ¿Quién sabía lo de las tres operaciones?

Hay una pausa en la línea. Esa es la cuestión. El único cambio reciente en nuestros protocolos de seguridad fue...

—La alianza con los Vitale. —Mis ojos se clavan en Isabella, que se endereza al oír mi tono. Una oscura sospecha florece en mi pecho. El momento es demasiado perfecto. Estoy en la otra punta del mundo en mi luna de miel, distraído con mi nueva esposa.

—La información ha tenido que salir de dentro —confirma Adriano—. Y las únicas personas que han tenido acceso reciente a nuestro círculo íntimo...

—Son los Vitale. Hijo de puta. Niego con la cabeza ante mi estupidez. Si mi padre estuviera aquí, me pegaría un tiro él mismo por haber bajado la guardia. Voy a volver. Mira cuánto tiempo pueden quedarse Luca y Cristian.

Cuelgo, mirando de hito en hito a Isabella. Se ha subido más la sábana, cubriéndose como si presintiera el cambio en mi actitud.

—¿Qué pasa?

No quiero creer que ella pueda estar implicada en esta traición. Pero no me criaron para confiar. Me criaron para sobrevivir.

—¿Tú lo sabías? —Mi ira resuena en la habitación—. ¿Sabías lo que planeaba tu padre?

Isabella se amilana. Sus ojos se agrandan con una confusión que parece genuina—. ¿De qué estás hablando?

—No te hagas la tonta —gruño, luchando contra el impulso de creer que realmente no sabe nada—. Tu familia acaba de atacar tres de mis operaciones simultáneamente. El momento es perfecto, ¿verdad? Sacarme de Nueva York, distraerme con... —La señalo a ella entre las sábanas revueltas.

Su rostro pierde el color, y por sus ojos pasan el asombro, el dolor y, luego, la rabia—. ¿Crees que me acosté contigo como algún tipo de distracción?

—Dime por qué no debería pensar eso.

Se levanta de la cama, arrastrando la sábana con ella—. Porque esta luna de miel fue idea tuya, Alessandro. *Tú* me trajiste aquí. *Tú* elegiste Capri. —Su voz se vuelve más fuerte, más airada—. Y, si mal no recuerdo, yo no quería que me tocaras.

Tiene razón. Tuve que esforzarme mucho para seducirla, pero eso no significa que no estuviera al tanto de las acciones de su padre.

—Y, por último, porque mi padre nunca ha compartido sus negocios conmigo. Jamás. Me criaron para estar guapa y mantener la boca cerrada. Mi único trabajo es ser la novia perfecta de la Mafia.

La amargura de su tono me hace dudar.

—Por lo que yo sé —continúa ella—, esto podría ser un montaje elaborado tuyo para justificar el asesinato de mi familia.

Me paso una mano por el pelo, con el conflicto interno destrozándome. Pero pronto recuerdo que este tipo de indecisión es exactamente lo que va a arruinarme, lo que hará que nos maten a mi familia y a mí.

—Vístete —digo con frialdad—. La luna de miel se ha acabado.

Ella levanta la barbilla con aire desafiante—. ¿No me crees?

—Que te crea o no es irrelevante. Mis negocios han sido atacados. Tengo que ocuparme de ello.

La observo recoger su ropa, esforzándose por mantener la dignidad, aceptando una vez más que tiene poca capacidad de decisión en nuestro mundo. Una vez más, me pregunto si estoy siendo irracional. Marco no le habría contado su plan, aunque solo fuera para asegurarse de que ella no me lo dijera. Pero sé que Marco solo la ve exactamente como ella ha dicho: como un activo. Él no la consideraría digna de conocer sus negocios.

Tomo una decisión que podría salvarme o destruirlo todo. Elijo creerte, Isabella. Por ahora. No hagas que me arrepienta.

—No necesito que me creas —dice Isabella con voz tensa—. Pero merezco tu respeto.

La observo un momento, preguntándome cómo me perdí en ella anoche y cómo ahora, hoy, hemos vuelto al punto en el que estábamos cuando pronunciamos nuestros votos. Distantes. Fríos.

Por un instante, considero atraerla hacia mí, saborear esos labios una vez más antes de tener que volver por completo a la realidad.

En lugar de eso, digo: Cuando lleguemos a Nueva York, las cosas se complicarán. La gente cuestionará tu lealtad. Te vigilarán.

Ella levanta la barbilla—. Estoy acostumbrada a que me vigilen.

—Esto es diferente. Si mis hombres encuentran el más mínimo indicio de que nos has traicionado...

—No lo encontrarán —me interrumpe ella—, porque no lo he hecho.

Busco en su rostro algún engaño. Todo lo que veo es dolor y rabia—. Te creo. No hagas que me arrepienta.

21

ISABELLA

La cabina del jet privado vuelve a resultarme fría. Estoy sentada, rígida, observando a Alessandro hablar con su equipo de seguridad en la parte delantera. Mi marido desde hace apenas dos días. El hombre que hace solo unas horas me hacía gritar su nombre con el placer más exquisito que he experimentado jamás. El hombre que, después, me ha acusado de conspirar contra él.

Anoche, tuve la insensata esperanza de que este acuerdo pudiera convertirse en algo real. Quizás no en un cuento de hadas, pero sí en algo con confianza, respeto y afecto.

Le doy vueltas a mi nueva alianza de boda. Se supone que es un símbolo de amor. En cambio, es una cadena que me ata a un hombre que nunca confiará en mí.

¿Qué ha hecho mi padre? ¿Por qué ahora?

Suelto un suspiro al comprender por qué mi padre atacaría en este momento. Alessandro tenía razón. Él estaba fuera del país. Era el momento perfecto para golpear. Aun así, hay algo en todo esto que no me cuadra.

Alessandro termina su conversación y se sienta frente a mí. Me observa, no con lujuria, sino con sospecha.

—Deberías intentar dormir —dice—. Es un vuelo largo.

—No estoy cansada.

Tensa la mandíbula. —Isabella—

—¿Confiarás en mí alguna vez? —La pregunta brota de mí de golpe —. ¿O vas a estar siempre esperando a que te traicione?

Me estudia con expresión indescifrable. —La confianza se gana en nuestro mundo.

—¿Y cómo se supone que voy a ganármela si crees que mi familia es culpable?

—Tu familia es culpable. Tú, por otro lado, eso está por ver; pero estoy intentando darte el beneficio de la duda.

—Claro, para poder follarme otra vez, apuesto. —Me sorprendo a mí misma con esas palabras.

—Siento si lo de anoche fue tan desagradable—

—No sigas. —Me doy la vuelta, mirando por la ventanilla el infinito cielo azul—. Lo único que te pido es respeto. No retuerzas mis palabras. No me manipules.

—¿Crees que te estaba manipulando?—

—¿Acaso no lo hacías? Y has ganado, como sabías que harías. No soy idiota, Alessandro, pero sé que soy joven y que me falta experiencia en el mundo. Te has aprovechado de eso. Sabes que me gustaría tener un matrimonio más parecido al de tus hermanos y lo has usado en mi contra. Igual que mi padre, al parecer, me usó a mí contra ti. —Dios, quiero gritar—. Ojalá me hubieras dejado en Capri. Libre de esta vida. Pero, por supuesto, no lo harás. Me usarás contra mi padre de vuelta.

Cierro la boca de golpe, preguntándome por qué me molesto en expresar mis sentimientos y mi verdad. A Alessandro no le importará.

Él no dice nada, ¿pero qué podría decir? ¿Que tengo razón? Eso ya lo sé.

Un momento después, se levanta de su asiento y se dirige a la mesa, donde empieza a trabajar. Claro. También lo sé todo sobre esto. Los negocios primero. Siempre. ¿Esposas e hijos? Son distracciones.

Suspiro y me acomodo para el vuelo, preparándome para el regreso al mundo real, lleno de soledad e impotencia.

El avión aterriza. Tras horas de silencio con Alessandro sumergido en documentos, y yo fingiendo que leía o durmiendo la siesta, finalmente estamos de vuelta en Nueva York.

El teléfono de Alessandro empieza a sonar antes incluso de que terminemos de rodar hasta detenernos. Responde de inmediato, y su voz adquiere un tono frío y autoritario.

—Estaré allí en treinta. —Corta la comunicación sin despedirse. A mí, solo me dedica un: —El coche nos espera. Tengo que encargarme de esto.

—¿Y yo? —pregunto, odiando lo pequeña que me siento.

—Mi chófer te llevará a la casa. —No me mira a los ojos mientras recoge sus cosas y se dirige a la puerta del avión.

Sale sin mirar atrás, bajando las escaleras del avión hacia un todoterreno negro que espera flanqueado por dos robustos hombres de seguridad. Observo desde la ventanilla cómo se alejan, dejándome con mi escolta asignada y un sentimiento de abandono.

El trayecto hasta la mansión de Alessandro transcurre como un borrón. Cuando llegamos, una ama de llaves me saluda y me muestra el interior de lo que ahora es mi hogar.

—Sus cosas están en la suite principal, señora Dante.

Señora Dante. No estoy segura de que llegue a acostumbrarme nunca a eso. —Pensaba que iba a vivir en un ala—.

—Don Dante ha hecho nuevos preparativos. —Me dedica una sonrisa cómplice—. ¿Parece que la luna de miel ha ido bien?

¿Cuándo ha hecho nuevos preparativos? Quizás en Capri, antes de la llamada de Adriano. Por un momento, considero pedir que volvamos al plan anterior, pero estoy segura de que su personal no iría en contra de lo que él les haya ordenado.

—Don Dante me ha pedido que le haga un recorrido y le presente al personal. La casa funciona bien, pero, por supuesto, ahora usted es la señora de la casa, así que si hay cosas que le gustaría cambiar, Don Dante nos ha dicho que hagamos los preparativos necesarios.

—No tengo necesidad de hacer cambios en una casa que funciona bien.

La sigo de habitación en habitación. Un gran vestíbulo con suelos de mármol, un comedor formal donde cabría un pequeño ejército, una biblioteca con estanterías de suelo a techo. Todo es elegante y, sin embargo, totalmente impersonal. Me pregunto si es un requisito de la Mafia. Casas frías e impersonales diseñadas solo para dar una impresión de riqueza.

—¿Volverá pronto Don Dante? —pregunto cuando termina el recorrido.

—No lo ha dicho, señora. ¿Le apetecería comer algo?

Niego con la cabeza. —No, gracias. Me gustaría descansar.

Sola en la suite principal, encuentro mi equipaje cuidadosamente deshecho, con la ropa colgada en un vestidor más grande que mi dormitorio de la infancia.

Me siento en la cama, recordando lo diferentes que se sentían las cosas esta mañana en Capri. Me acerco a la ventana y miro hacia los jardines traseros. La casa está en silencio, salvo por algún paso ocasional del personal moviéndose por los pasillos.

¿Va a ser esta mi vida a partir de ahora? ¿Estar sentada a solas hasta que mi marido vuelva a casa? ¿Me mirará siempre como si fuera una traidora?

Vuelvo a la cama y me acurruco en ella, todavía con la ropa de viaje. ¿Llegará este lugar a sentirse alguna vez como un hogar?

Me despierto sobresaltada, desorientada. Me incorporo y me doy cuenta de que sigo con la ropa de viaje. Al mirar la cama, noto que soy la única que ha dormido en ella. ¿Habrá decidido Alessandro que no soportaba estar a mi lado y ha dormido en otra parte? ¿Había vuelto siquiera a casa?

Me ducho y me pongo ropa limpia. Más vale que me instale. Este es mi nuevo hogar y estoy decidida a formar parte de él.

La casa parece aún más grande que ayer. Es un laberinto de pasillos y habitaciones. Deambulo sin rumbo, sintiéndome como una intrusa.

Al doblar una esquina, casi choco con alguien.

—Oh, lo siento—

—Isabella. Bienvenida a casa. —Eva me rodea con sus brazos en un cálido abrazo.

—Eva. Hola.

—Qué pena que hayáis tenido que acortar el viaje. Estaba llevando a Mirabella al jardín ahora mismo. —Eva señala a la niña medio escondida tras sus piernas—. ¿Quieres acompañarnos?

Miro a la pequeña, que tiene algunos rasgos de Eva, pero también reconozco en ella el ADN de los Dante. —Me encantaría.

Caminamos juntas hacia el jardín del patio y Eva saca un tema de conversación trivial. Me hace preguntarme si sabrá de las sospechas que Alessandro tiene sobre mí.

—Hoy estamos cazando hadas —dice Eva cuando llegamos a un precioso jardín de mariposas.

—¿Hadas?

—Yo soy un hada —dice Mirabella—. Mi papá me hizo un dormitorio de hadas.

—Eso suena de maravilla. Ojalá yo pudiera ser un hada. —Entonces podría irme volando y vivir dondequiera que las hadas vivan felices para siempre.

Mirabella coge una flor de un amarillo intenso del jardín. —Para ti. —Me ofrece la flor.

El sencillo gesto me conmueve el corazón. —Gracias. Es preciosa.

Mirabella sonríe radiante y luego se adelanta saltando para examinar una mariposa en un arbusto cercano.

—Es adorable. Y tan dulce. —Huelo la flor.

—Lo es. Cuesta creer que gente como Adriano y yo hayamos podido crear algo tan adorable y dulce. —Se ríe—. Adriano especialmente puede ser implacable, pero con ella, es como plastilina.

Hay algo tierno en pensar en un hombre duro que lleva una vida brutal siendo ablandado por una niña. Me pregunto si Alessandro sería así con sus hijos. Pero entonces recuerdo que no quiere tener hijos.

—También es así contigo —digo, recordando las veces que los he visto juntos.

Su sonrisa es encantadora. —Sí, bueno, hemos sido afortunados.

Miro mi flor, sintiendo envidia.

—Tú también tienes suerte.

Suelto un resoplido de incredulidad. —No la tengo. —Me doy cuenta de lo que estoy insinuando sobre Alessandro, y me replanteo si debería ser tan franca sobre lo frío que es. Al fin y al cabo, Eva está casada con Adriano, el segundo al mando de Alessandro. No hay duda de que le contará todo lo que yo diga.

Corrijo el rumbo. —No es lo mismo para nosotros.

—Podría serlo. He visto cómo te mira Alessandro.

—Lujuria, tal vez, pero… —.

—Bueno, así es como empieza con los hombres. Pero Alessandro nunca ha mirado a una mujer, y mucho menos como te mira a ti. Al principio, les molesta la atracción que sienten por una mujer. Luego les desconcierta. Y, finalmente, reconocen y aceptan que están enamorados.

Niego con la cabeza. —No creo que eso sea lo que le pasa a él. —Me encojo de hombros—. Sinceramente, no sé en qué punto estoy con él.

—Él tampoco lo sabe todavía. Pero lo sabrá.

—Lo dudo. Quiero decir, a veces es dulce. A veces creo que me ve, que incluso le gusto, pero entonces, como Jekyll y Hyde, se vuelve frío. Me mira con desconfianza. Como si fuera una amenaza. —Una vez más, me preocupa estar hablando de más. Por otra parte, no es nada que no le haya dicho ya a Alessandro.

Eva asiente. —Los hombres Dante no son precisamente conocidos por su transparencia emocional.

—Eso es quedarse corta.

Ella ríe suavemente. —Cuando conocí a Adriano por primera vez, pensaba que era aterrador. Y luego resultó ser un héroe de novela romántica hecho realidad. —Baja la mirada—. Yo traicioné eso. No

quería hacerlo, pero no vi otra opción. Y cuando volvió a mi vida, hubo momentos de frialdad y de pasión por parte de los dos. Pero lo hemos superado. Esto es nuevo para Alessandro. Necesita tiempo.

—¿Cómo puedo acercarme a alguien que está constantemente esperando a que le traicione?

—Alessandro lleva el peso de toda la familia sobre sus hombros. —Eva me da unas palmaditas en la mano—. Su padre era un hombre difícil. Alessandro interiorizó mucho de lo que su padre le decía, incluyendo que la vulnerabilidad es una debilidad, y por alguna razón, el amor los hace vulnerables. La confianza también.

Una oleada de desesperación se instala en mí al imaginar que mi vida con Alessandro estará llena de nada más que desconfianza y soledad. Ni siquiera tendré hijos para ocupar mi tiempo y llenar mi corazón. —Entonces, ¿qué esperanza hay para nosotros?

Eva se gira hacia mí. —Lo que pasa con Alessandro, con todos los Dante en realidad, es que su lealtad, una vez ganada, es absoluta. Incendiarían el mundo para proteger lo que es suyo.

Sus palabras despiertan recuerdos de Capri, de cuando dijo: «Mía». De cuando me sentí poseída, no en el sentido de propiedad, sino valorada. Pero luego aquello desapareció.

—¿Y cómo llega una a ser «suya»?

—Demostrando tu propia lealtad. Escogiéndolos incluso cuando es difícil. —Sonríe con tristeza—. Créeme, sé lo difícil que puede ser ese camino.

Intuyo que hay más en su historia, pero antes de que pueda preguntar, Mirabella vuelve corriendo, con las manos juntas protegiendo algo.

—¡Mirad, mirad! —Abre las manos para revelar una mariquita que camina por su palma.

Mientras admiramos su descubrimiento, pienso en las palabras de Eva. En cómo se sintió estar en los brazos de Alessandro. No era solo pasión, era pertenencia.

Quizás pueda construir algo verdadero aquí. Quizás pueda demostrar que soy digna de ser una de las personas de Alessandro.

Empiezo a sentir un sentido de propósito. Si la confianza de Alessandro Dante debe ganarse, entonces me la ganaré. Si su corazón está protegido, encontraré la forma de atravesar sus defensas. Me convertiré en alguien en quien no pueda evitar creer, en alguien a quien no pueda evitar amar.

22

ALESSANDRO

Me froto las sienes, con la mirada fija en la pila de informes que documentan el ataque coordinado contra nuestras operaciones. Tres a la vez. Dos buenos soldados muertos. Todo mientras yo me follaba a mi flamante esposa en Capri.

—Necesitas dormir —dice Adriano desde el sillón de cuero frente a mi escritorio; tiene los ojos inyectados en sangre tras nuestra sesión de trabajo de veinte horas.

—Lo que necesito es encontrar al responsable. —Tiene que ser Marco Vitale, pero no puedo probarlo.

Hojeo otro informe; las palabras se emborronan ante mis ojos. Amanecerá pronto, lo que marcará nuestra segunda noche consecutiva aquí.

—Luca piensa que deberías echar un vistazo a los Marchini —dice Adriano.

—Luca piensa demasiadas cosas. —Examino un informe financiero que muestra las pérdidas estimadas—. Agradezco que él y Cristian se quedaran un poco más, pero ninguno de los dos está tan familiarizado con el negocio como antes. —Luca y Cristian se

quedaron hasta que llegué a casa, ayudaron a recopilar información, pero han tenido que irse esta mañana temprano... ¿o ha sido ayer? No puedo culparlos. Luca tiene su propio negocio que sacar adelante.

—Eso no significa que esté equivocado.

—Tú también crees que ha sido Marco, ¿no?

Adriano se encoge de hombros. —Tendría más sentido, pero, por otro lado, Marco no es tan ostentoso. Además, es demasiado obvio.

—Es inteligente y conveniente golpearme mientras estoy fuera.

—Sí, pero no era el único que sabía que estabas fuera.

Me paso las manos por la cara con cansancio. —Deberíamos ver con quién más se está codeando Marco. Quizá esté detrás de esto pero intente mantener sus manos limpias.

—Lo descubriremos. Pero joder, Alessandro, estamos agotados. Necesitamos dormir algo.

Le dirijo una sonrisa burlona. —Tú lo que pasa es que echas de menos a tu mujer.

—Pensaría que, como recién casado, tú también echarías de menos a la tuya, ¿o es que no consumasteis—?

—Cierra la puta boca. Si quieres irte con tu mujer, vete.

Adriano pone los ojos en blanco. Es el único que puede permitirse esas libertades conmigo. —Eva ha dicho que Isabella preguntaba por ti.

Mantengo la vista en los papeles. —¿Y?

—Y nada. Solo pensaba que querrías saberlo.

Gruño sin comprometerme, pero mi mente vuela hacia Isabella. Llevo tres días en casa y apenas la he visto. Una parte de mí quiere

creer que ella no ha tenido nada que ver con esto, que el momento elegido es casualidad. Especialmente porque no puedo demostrar que su padre haya participado. Pero otra parte me recuerda que las casualidades no existen en nuestro mundo.

—¿Crees que ella lo sabía? —pregunta Adriano.

—No lo sé. —Es la incertidumbre lo que me inquieta—. Su sorpresa parecía genuina, pero—.

—Pero Marco Vitale es una serpiente.

Asiento, recordando las advertencias de mi padre sobre no dejar que nadie se acerque demasiado. Especialmente ahora, cuando somos vulnerables. Mi padre era el hombre más fuerte que he conocido, un Don al que todos temían, pero la Bratva demostró que no era invencible cuando lograron matarlo. No puedo confiar en nadie.

Y, aun así, todavía puedo sentir la piel de Isabella contra la mía. La forma en que me miró, como si tal vez pudiéramos ser algo más que un simple acuerdo de negocios. Me hace sentir cosas que no puedo nombrar y que no quiero sentir, porque temo que sean precisamente las cosas contra las que mi padre me advirtió. Cariño. Amor. Confianza.

—Si los Vitale están detrás de esto, lo averiguaremos —dice Adriano con confianza—. Y si es así, nos encargaremos de ellos.

Asiento de acuerdo, aun sabiendo que eso podría significar destruir a la mujer por la que temo estar sintiendo algo.

Despido a Adriano, diciéndole que descanse un poco.

Se levanta para irse pero duda en la puerta. —Deberías hablar con ella. Pase lo que pase—.

—Yo me encargaré de mi mujer —le espeto, sin ganas de discutir mi vida personal con él.

Estoy bastante seguro de que murmura «calzonazos» mientras se marcha, pero al menos se ha ido.

Solo en mi despacho, me sirvo una copa, no estoy preparado para rendirme al cansancio cuando no sé quién ha atacado mi negocio.

Recuerdo mi reunión con Marco, cuando me enfrenté a él.

—¿Te atreves a convocarme como si fuera un vulgar soldado? —El rostro de Marco estaba encendido de indignación al irrumpir en mi despacho.

Yo me había quedado sentado, obligándole a estar de pie ante mí como un niño reprendido. —Tres de mis almacenes han sido atacados. Dos hombres muertos. Todo a los pocos días de la unión de nuestras familias, y yo estaba convenientemente fuera del país. Comprenderás mi preocupación.

—¿Y crees que yo soy el responsable? —El ultraje de Marco parecía genuino, pero he visto actuaciones mejores.

—Creo que es una coincidencia muy llamativa.

Había golpeado mi escritorio con la mano. —No me culpes a mí de tu puta incompetencia. No es mi culpa que no sepas mantener tu casa en orden. Quizá si no estuvieras por ahí follando con mi hija—.

Me puse en pie y le agarré la garganta con tanta rapidez que no lo vio venir. —Vuelve a faltarle al respeto a mi mujer y esas serán las últimas palabras que salgan de tu boca.

Adriano permaneció en silencio, con cuidado de no socavar mi autoridad, pero podía sentir la preocupación que emanaba de él. Especialmente cuando el hijo de Marco echó mano a su arma.

Marco le hizo un gesto para que se calmara mientras se soltaba de mi agarre. —Parece que has caído ante los encantos de mi hija.

—La respeté mientras era tuya. —Lo cual no era del todo cierto si contaba el follármela antes del matrimonio como un acto de falta de

respeto—. Ahora la respetarás tú mientras sea mía. Es una Dante, y si tienes alguna duda sobre su lealtad hacia mí por encima de la tuya—.

—Vamos, vamos, Alessandro. No tengo ningún interés en mi hija. —Marco entrecerró los ojos como si me estuviera evaluando—. Tienes preocupaciones mayores. El imperio Dante se desmorona. Tu padre se avergonzaría.

—Lárgate de aquí.

—Esta alianza debía fortalecer a nuestras familias —había dicho él, ajustándose el cuello de la camisa—. Pero tu incompetencia nos ha costado cara a ambos. Arregla este desastre o me replantearé nuestro acuerdo.

—¿Es una amenaza?

—Es una dosis de realidad. Tú me necesitas más a mí de lo que yo te necesito a ti.

El recuerdo hace que me hierva la sangre de nuevo porque no le falta razón del todo. Me bebo el whisky de un trago.

Mis instintos me gritan que Marco está detrás de los ataques. Es demasiado conveniente. Los almacenes golpeados eran los que tenían menos conexiones con los Vitale. El momento oportuno, justo después de casarme con su hija, cuando yo estaría distraído. Apesta a manipulación suya.

Pero no tengo pruebas. Nada concreto para justificar una represalia. Y con nuestras operaciones ya debilitadas, no puedo arriesgarme a una guerra abierta con los Vitale a menos que esté seguro.

Mi padre habría sabido exactamente qué hacer. Pero yo no soy mi padre, un hecho que todo el mundo parece ansioso por recordarme últimamente.

Debería haber sido más inteligente. Más fuerte. Debería haber previsto esto en lugar de dejarme distraer por la belleza de Isabella,

su ingenio, su cuerpo...

Joder.

Lo peor es que todavía no logro discernir si ella es parte de esto. Cuando la miro a los ojos, quiero creer que es inocente. ¿Por qué cojones me importa tanto eso? Nunca antes me ha importado lo que pensara nadie, excepto mi padre. Y tal vez Adriano.

Me sirvo otra copa, esta vez más generosa. Por ahora, necesito dejar que Marco crea que lleva la voz cantante. Necesito reconstruir lo perdido mientras vigilo su próximo movimiento. Necesito determinar si la mujer que duerme en mi cama me llevará a la ruina.

Me quedo mirando los últimos informes hasta que los números se mezclan entre sí y Antonio, uno de mis subcapos, entra con café y una bolsa de dónuts.

—¿Ha dormido algo, jefe?

—No. ¿Alguna novedad? —Acepto el café, preguntándome cuánto tardaré en tener una úlcera viviendo a base de alcohol, café solo y dónuts.

—Bueno, hemos asegurado los almacenes restantes y hemos movido la mercancía por canales alternativos.

—Bien.

—Leo se ha dejado las pestañas revisando las grabaciones de seguridad. Nada que vincule a los Vitale, pero sí captamos a dos tipos de bajo nivel de la familia Marchini.

Como pensaba Luca. —¿Alguna posibilidad de que Marchini esté trabajando con Vitale?

Se encoge de hombros. —Quizá. Parece poco probable, a menos que el hijo lo esté. Ese cabrón se lo tiene cada vez más creído.

Enrico. Me gustaría borrarlo de la faz de la tierra junto con Marco.

—¿Alguna inquietud entre los hombres?

Antonio niega con la cabeza. —Todos quieren encontrar a esos cabrones tanto como usted.

Puede que no sea tan fuerte como lo fue mi padre, pero he limpiado mi casa de espías y ahora tengo una tripulación que trabaja duro sin quejas, sin flaquear.

Estos hombres han permanecido a mi lado tras la muerte de mi padre, durante la guerra con la Bratva y ahora con este último ataque. Han jurado sus vidas al nombre Dante. A mí.

Les debo una muestra de gratitud.

—Haz saber a los capitanes y a sus lugartenientes que organizaré una reunión esta noche. Nada formal. Comida y bebida. Mi agradecimiento por un trabajo bien hecho.

Antonio arquea una ceja. —¿Esta noche, jefe?

—Esta noche. Estos hombres se lo han ganado.

—Gracias, señor. Se lo comunicaré.

Cuando se marcha, llamo a Isabella. No la he visto ni hablado con ella en días. Probablemente piense que la estoy evitando.

—¿Diga? —dice ella con cautela al descolgar.

—Necesito tu ayuda —digo sin preámbulos, y luego me lamento por no haber saludado ni preguntado cómo está.

—¿Con qué?

Le explico lo de la reunión. —Estos hombres han sido leales. Quiero mostrar mi aprecio.

—Por supuesto —dice ella, sonando más como una esposa obediente que como una mujer ansiosa por complacer a su marido y a sus hombres—. Me encargaré de todo.

—Gracias.

Se queda callada un momento. —Pareces cansado.

—No me vendría mal cerrar los ojos un rato.

—¿Podrás hacerlo pronto? —Por primera vez desde que contestó, oigo la preocupación en su voz.

—Quizá esta noche.

—¿Entonces dormirás en tu propia cama?

Mi mente evoca de inmediato una imagen de ella en mi cama. —Si todo va bien. —Se me ocurre que, si junto a Marco e Isabella, podrían hacer o decir algo que revele su implicación en el ataque—. Voy a invitar a tu familia.

—¿Por qué? —No puedo decidir si está sorprendida o preocupada.

—Para ofrecer una rama de olivo —miento—. Para que todo vuelva a la normalidad.

—Haré los preparativos.

Cuando termino la llamada con ella, llamo a Marco. Se muestra sorprendido y receloso, pero le digo que sería prudente que mostráramos un frente unido.

—Es una idea inteligente, pero esta noche no puedo. Tengo compromisos previos.

—Cancélalos.

—Eso no será posible. Pero agradezco la invitación. —Su tono sugiere lo contrario.

Su negativa no me sorprende. Yo tampoco vendría. Al mismo tiempo, sé que Marco considerará cambiar sus planes aunque solo sea para acercarse a mis hombres. Para ver qué puede sonsacar sobre mi organización.

Cuando llego a casa, me retiro a mi despacho y encuentro en mi escritorio una costosa botella de Macallan 25 con una nota de Marco lamentando no poder asistir a la cena.

—Señor.

Levanto la vista y veo a mi mayordomo en el umbral.

—¿Está todo listo? —le pregunto mientras cojo la botella.

—Sí, señor. La señora Dante lo espera en el comedor.

Le muestro la botella.

—Creo que eso ha sido entregado para la señora Dante.

—Gracias. —Con la botella en la mano, me dirijo al comedor.

Observo desde la puerta cómo Isabella dirige al personal. Ha transformado el comedor formal en unas pocas horas en algo cálido y acogedor. Hay un bufet de comida dispuesto y el bar está completamente surtido, con uno de los empleados listo para preparar combinados.

Su cabello castaño cae en suaves ondas por su espalda, y recuerdo lo que se sentía al pasar mis dedos por él. El sencillo vestido negro que lleva se ciñe a sus curvas. Ver cada vez más cómo asume el papel de mi esposa, no solo en mi cama, sino en mi casa, con mi personal, despierta esos sentimientos que sigo intentando suprimir. A pesar de no confiar plenamente en ella, la deseo.

Isabella se gira y finalmente me ve. —¿Pasa algo malo?

—No. Todo parece perfecto. —Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla, aunque lo que me apetece es cargarla al hombro, llevarla a mi cama y hundirme en su cuerpo hasta estar demasiado agotado para hacer otra cosa que no sea dormir.

La tensión entre nosotros se transforma, pasando del deber distante al chispazo de la atracción. Abandono la idea de subirla a la

habitación y, en su lugar, pienso en despedir al servicio, tumbarla sobre la mesa puesta y volver a perderme en ella.

Esta noche, tal vez. Después de la cena. Después de haber mostrado fuerza y aprecio a mis hombres y haber dejado claro que el imperio Dante se mantiene firme, entonces podré llevarla a nuestra cama.

Mis hombres empiezan a llegar y aparto mi atención de mi nueva esposa.

Levanto la botella de Macallan 25; el líquido ambarino capta la luz. —Un regalo de mi suegro —anuncio a los hombres que me han servido lealmente contra viento y marea.

—¿Vas a compartir eso? —pregunta Adriano, impresionado—. Si fuera yo, lo acapararía.

—Por eso yo soy el Don. —Arqueo una ceja. Es lo más parecido que tengo a bromear con él.

Sirvo copas para cada uno de mis hombres, así como para Adriano y para mí. Isabella permanece a mi lado con su actitud de diligente esposa de la mafia.

—Por la familia Dante —digo, alzando mi copa—. Y por todos vosotros, que hacéis fuerte a esta familia.

—¡Por los Dante!

Antes de que pueda beber, Isabella me toca el brazo. —¿Se me necesita para algo más?

La miro. —Me gustaría que te quedaras a mi lado.

Ella me dedica una sonrisa que me irrita por ser más fruto del deber que del cariño. —Por supuesto.

Vuelvo a prestar atención a la sala, donde mis hombres ríen y charlan. Adriano está consultando su teléfono, sin duda enviándose mensajes con Eva o Mirabella.

Entonces Paulie, uno de mis capitanes, se queda petrificado en mitad de una carcajada. La copa se le resbala de los dedos y se hace añicos en el suelo de madera.

—¿Paulie? —La voz de Antonio se carga de preocupación.

Paulie se agarra la garganta, con el rostro contorsionado y tornándose púrpura. Se desploma sobre la mesa. Acto seguido, Antonio sufre una convulsión, con el cuerpo rígido y los ojos en blanco.

—Vaya bromistas. —Adriano se lleva su copa a los labios.

—¡NO BEBAS! —Le arrebato la copa de un golpe de la mano, enviando el whisky por los aires sobre el suelo.

A nuestro alrededor, los hombres caen. Se asfixian. Burbujas de espuma surgen de sus labios mientras se convulsionan y caen al suelo. Muriendo.

Mi mente vuela. El whisky. El regalo de Marco. Ese cabrón engreído ha enviado veneno directamente a mi puerta, y yo se lo he servido a mis hombres más leales como una puta ofrenda.

El grito de Isabella rasga el caos. Su rostro está pálido de horror mientras retrocede, con las manos apretadas contra la boca.

—¡Trae al médico! —le grito, pero ella se queda paralizada, mirando los cuerpos—. ¡ISABELLA!

Sus ojos se clavan en los míos, muy abiertos por la conmoción o tal vez por la culpa.

—¡Trae al doctor YA! —rujo, sabiendo ya que para la mayoría es demasiado tarde.

Debería haber matado a Marco Vitale cuando tuve la oportunidad. Lo tenía por la garganta. Un solo apretón, y los Vitale se habrían quedado sin cabeza.

En su lugar, jugué a ser diplomático.

—Antonio, no me dejes —le pido, arrodillándome junto a mi subcapo, que se retuerce en el suelo con los ojos desorbitados por el terror mientras lucha por respirar. Me agarra la manga, intentando hablar, pero de sus labios solo brota espuma ensangrentada.

Este hombre ha estado conmigo desde que era un niño. Ha guardado mis secretos. Ha protegido a mi familia. Ahora está muriendo en el suelo de mi comedor porque subestimé a mi enemigo.

Porque estaba jodidamente distraído.

Observo impotente cómo la vida abandona sus ojos y su mano suelta mi manga. Estos hombres confiaban en que yo los protegería. Que los guiaría. Les he fallado a todos.

—Jefe —grita uno de los lugartenientes supervivientes con la voz quebrada—. Cinco muertos ya. Otros tres no lo contarán.

Ocho hombres. Ocho soldados leales aniquilados en minutos.

Isabella regresa con el médico. Se queda en el umbral, contemplando la carnicería con ojos desorbitados y horrorizados.

¿O es una actuación?

Es una Vitale.

Ocho hombres han muerto ante mis ojos y lo único en lo que puedo pensar es... ¿lo sabía ella?

23

ISABELLA

Me quedo paralizada, incapaz de respirar mientras observo los cuerpos tendidos por el suelo del comedor de Alessandro. Hombres que hace apenas unos instantes reían y charlaban, ahora yacen inmóviles, con los rostros contraídos por la agonía de sus últimos momentos.

He crecido en este mundo, he oído susurros de violencia desde que era una niña, pero nada me ha preparado para esto. La brutalidad. La irrevocabilidad.

Alessandro ladra órdenes mientras comprueba el pulso de los caídos. La rabia aumenta con cada hombre muerto que encuentra.

Es solo entonces cuando me doy cuenta de que todos han bebido de la botella de whisky que envió mi padre. Siento que las náuseas me revuelven el estómago al recordar la botella que llegó con una nota de disculpa de mi progenitor. Yo llevé esa botella al despacho de Alessandro y la dejé sobre su mesa. Es como si le hubiera entregado el veneno directamente.

Él se gira hacia mí y la mirada de sus ojos me hace retroceder. No es solo ira. Es culpabilidad.

—Tu padre acaba de intentar asesinarme en mi propia casa.

No puedo negarlo. Aunque no tiene sentido. No se puede confiar en mi padre, pero no es tan estúpido como para hacer algo así. Además, si estuviera intentando matar a Alessandro, estaría presente. Querría ver el resultado de su trabajo sucio.

Y, sin embargo, las pruebas que me rodean sugieren que me equivoco.

—Alessandro...

—No. No. Digas. Ni. Una. Palabra. —Recorre la sala con la mirada y se detiene en uno de sus hombres—. Llevadla arriba. Aseguraos de que no salga. Quitadle el teléfono para que no pueda contactar con nadie.

—Alessandro, yo no he tenido nada que ver...

Pero él ya se estaba dando la vuelta. Ignorándome.

Su soldado me agarra del brazo, pero me zafo de un tirón. —Puedo subir yo sola a mi habitación. —Le entrego el teléfono. ¿A quién iba a llamar, de todos modos?

Una vez en nuestro dormitorio, camino de un lado a otro, con un torrente de emociones chocando en mi interior. Rabia contra mi padre por haber hecho esto. Rabia contra Alessandro por desconfiar de mí. Y miedo. Miedo de que, antes de que acabe la noche, esté muerta.

Nuestro matrimonio no ha sido más que un constante vaivén. En un momento, Alessandro me mira con una pasión desatada y, al siguiente, me trata como al enemigo.

Me hundo en el borde de nuestra cama pensando en la luna de miel y en lo segura que estaba de que empezábamos a construir algo juntos. ¿Fueron reales esos momentos? ¿O simplemente se estaba asegurando mi lealtad, usando el placer y el afecto fingido para

manipularme? Se me oprime el pecho ante la idea de que me ha utilizado tanto como mi padre.

Fuera, oigo portazos y voces alzadas. Corro a la ventana para ver a hombres armados patrullando los terrenos. Este es el mundo en el que crecí, el mundo en el que me casaron. Muerte servida junto a la cena. Guardias armados en lugar de vecinos amigables. Y Alessandro está en el centro de todo ello; un hombre del que no sé nada, a pesar de haberle entregado mi cuerpo y mi confianza.

Me doy cuenta de lo completamente sola que estoy. Y de cuánto peligro corro. Estoy esperando a un hombre que podría regresar a mí convertido en mi verdugo.

La puerta del dormitorio se abre de golpe con fuerza. Me sobresalto y tropiezo hacia atrás contra la cama. Alessandro llena el umbral, sombrío y furioso. Su aspecto, habitualmente impecable, está desaliñado; el pelo le cae sobre la frente, tiene la corbata floja y las mangas remangadas.

No dice nada. Se limita a mirarme con unos ojos tan fríos que queman. Nunca lo he visto así. Este no es el marido gélido y distante del día de nuestra boda, ni el amante apasionado de nuestra luna de miel. Es alguien completamente distinto. Alguien peligroso.

Cierra la puerta tras de sí, sin apartar sus ojos oscuros de mí. El miedo aumenta e instintivamente busco una forma de escapar, sabiendo que no la hay.

—Ocho hombres —dice finalmente, con voz grave y sombría—. Tres de ellos me protegían desde que era un niño. Todos han muerto esta noche a mi mesa.

Trago saliva con dificultad. —Yo no sabía...

—¿Ah, no? —Se acerca. Intento retroceder, pero no tengo a dónde ir.

—Tu padre envía un regalo envenenado, entregado por tus manos, en una noche organizada por ti.

El corazón me late con fuerza. —Yo no he tenido nada que ver en esto.

Su risa es amarga, carente de humor. —Eres buena. Ese papel de princesa inocente me tenía engañado. —Se lanza hacia mí de repente y mi instinto de protección hace que intente soltarme. Pero es inútil. Sus manos se cierran alrededor de la parte superior de mis brazos, no con dolor, pero sí con la presión suficiente para dejar clara su fuerza. Esas manos que me acariciaron con tanta ternura hace solo unos días ahora me sujetan como si quisiera estrangularme.

—Por favor...

—Mírame a los ojos y dime que no has tenido nada que ver con esto —exige.

—No he tenido nada que ver con esto. —Le sostengo la mirada directamente, con voz firme, esperando que vea la verdad en mis ojos—. Te lo juro por mi vida, Alessandro. Yo no lo sabía.

—¡Joder! —Alessandro me suelta los brazos de repente, como si el contacto le quemara. Se da la vuelta, pasándose una mano por el pelo oscuro—. Debería haberlo sabido. ¿Una ofrenda de paz de Marco Vitale? Llevo demasiado tiempo en esta vida para cometer un error tan básico.

Golpea la pared con el puño y yo pego un brinco por el ruido. La violencia del gesto, aunque dirigida a un objeto inanimado, me recuerda lo peligroso que es en realidad.

—No es culpa tuya —digo en voz baja, dando un paso vacilante hacia él—. Mi padre...

Alessandro gira en redondo, con los ojos echando chispas. —Tu padre envió una botella envenenada destinada a matarme. Como un

puto idiota, la serví. La única pregunta ahora es hasta qué punto estás tú implicada.

—Yo nunca te traicionaría de esa manera.

Él niega con la cabeza.

—Y... —tengo miedo de decir lo siguiente, pero es importante— tampoco estoy convencida de que lo hiciera mi padre.

El fuego en los ojos de Alessandro me hace encogerme, temiendo que pueda arremeter físicamente a pesar de que nunca antes me ha puesto la mano encima.

—La prueba de que eres parte de esto. ¿Lo estás defendiendo?

—No. —Niego con la cabeza con vehemencia—. No lo estoy defendiendo. Me cuestiono si realmente lo hizo él porque de verdad no creo que te matara de esta forma.

—¿Esperas que crea que a Marco Vitale le ha surgido de repente una conciencia sobre cómo asesina a la gente? —La risa de Alessandro es amarga, hiriente.

—No. Espero que creas que un hombre obsesionado con el poder y la reputación no te mataría así. —Me acerco más, deseando que lo comprenda—. Mi padre valora la reputación por encima de todo. Querría que todo el mundo supiera que fue él quien acabó contigo. Esto —gesticulo vagamente hacia el piso de abajo, donde se llevaron los cuerpos—, esto es demasiado silencioso, demasiado oculto para él. Él querría mirar. Querría verte a los ojos mientras la vida abandona tu cuerpo, sabiendo que tú sabías que fue él quien te la arrebató.

Alessandro entrecierra los ojos, estudiándome con una intensidad sospechosa. —¿Entonces quién?

Vacilo porque no estoy segura. —Mi hermano, tal vez.

—¿Enrico? ¿Crees que Enrico está detrás de esto?

—Él siempre ha sido diferente a mi padre. Más calculador. Menos preocupado por las viejas costumbres. —A medida que lo explico, cobra más sentido—. Y siempre te ha odiado.

Alessandro se aleja de mí. —¿Es tu hermano realmente tan estúpido? ¿Hacer algo así sin el consentimiento de tu padre?

—Es así de ambicioso —respondo—. Mi padre le ha prometido tu negocio. Tu poder. Está cansado de esperar.

—¿Y tú qué crees, Isabella? —Alessandro se acerca, con su mirada atravesándome—. ¿Dónde reside tu lealtad? ¿Con la familia que te vendió o con el hombre al que te vendieron?

Hace dos semanas, podría haber dudado. Ahora, de pie en una casa donde acaban de morir hombres, frente a un marido que aún podría decidir que soy su enemiga, descubro que mi respuesta surge con facilidad.

—Ahora soy Isabella Dante —digo—. Hicieran lo que hicieran mi padre o mi hermano, sus acciones no son las mías. Yo no elegí ser una Vitale, pero elegí aceptar ser tu esposa.

Por una fracción de segundo, creo ver sorpresa, incluso alivio en su expresión, pero luego se ríe. —No tuviste elección. Ambos lo sabemos.

—Si crees que te he traicionado, entonces mi familia ha ganado. Han conseguido que dudes de mí. Él me ha convertido en sospechosa en mi propio hogar. Quizá esperan que me mates. Entonces tendrían un motivo justificado para ir a por ti.

—Tu familia ha intentado matarme en mi propia casa —dice con los dientes apretados—. La botella que portaba su veneno pasó por tus manos.

—Sí. Y los odio por ello. Odio que el nombre de mi padre esté en esa botella. Odio estar aquí parada con mi marido mirándome como si

fuera una traidora. —Se me quiebra la voz mientras el dolor y el miedo empiezan a abrumarme.

—Eres una traidora.

—No lo soy. Yo nunca...

—¿Nunca qué? —me interrumpe, con la cara a centímetros de la mía —. ¿Nunca me traicionarías? Eres una Vitale, Isabella. La traición corre por tu sangre.

Las palabras me golpean como una bofetada. Lo miro, viendo de repente la verdad. —Da igual lo que pase entre nosotros, da igual cuántas veces comparta tu cama o esté a tu lado, nunca confiarás en mí.

Su silencio lo confirma.

—Pensé... —Sollozo conteniendo las lágrimas que me prometo no dejar caer—. Realmente pensé que podríamos construir algo real. Que tras este acuerdo, podría haber respeto. Quizá incluso afecto.

Él suelta un bufido de desprecio.

—Pero tú ya has decidido quién soy —continúo, incapaz de detenerme—. Lo decidiste en el momento en que oíste mi apellido. Siempre seré una Vitale para ti primero y tu mujer después.

La verdad me pone enferma. Cada caricia entre nosotros no significó nada, excepto un intento de aplacarme o manipularme.

—¿Por qué aceptaste el acuerdo si creías que estabas metiendo al enemigo en tu casa? Esa parte no tiene sentido. *A menos que*... A menos que quieras usarme contra ellos. Dime, ¿planeas enviarme con una botella envenenada a ver a mi padre?

—No me jodas, Isabella. No estoy de humor. —La expresión de Alessandro se endurece—. No puedo permitirme confiar en ti. No cuando el precio de equivocarme es mi vida y la vida de todos los que me son leales.

La firmeza de su voz aplasta cualquier esperanza a la que tontamente me hubiera aferrado.

—¿Entonces qué estoy haciendo aquí? Si nunca seré más que una amenaza potencial, ¿cuál es el sentido de este matrimonio? Porque deberías saber que a mi padre no le importará lo que me hagas. Amenaza con enviarle mi cabeza en una bandeja y te dirá que la envíes.

Alessandro se estremece, con el asombro reflejado en su rostro. —Yo no mato mujeres.

—Vale. Pues amenaza con violarme, o cortarme, o encerrarme; le dará igual. Así que no tienes ninguna ventaja sobre él por haberte casado conmigo. —Mis labios tiemblan ante el dolor de ser considerada un cero a la izquierda por todos los que deberían amarme.

—Sabes por qué existe este matrimonio, pero está claro que tu padre nunca planeó respetarlo. Solo lo usó para acercarse a mí... para destruirme.

—¿Y tú no? —Me cuesta creer que Alessandro no tuviera un plan para derrotar a mi padre.

Tensa la mandíbula, confirmándome que tengo razón.

De repente, estoy agotada. Me dejo caer en la cama. —Creo que seré más feliz cuando esté muerta.

—¿Pero qué cojones dices, Isabella? —Me mira boquiabierto.

Me encojo de hombros. —Esta vida... ser usada como una herramienta de muerte y destrucción... no tener voz ni voto sobre lo que quiero... —Niego con la cabeza—. Tengo dieciocho años. Mi futuro no es más que esto. —Señalo con la mano el espacio entre nosotros—. Ser usada. Ser manipulada. Ser odiada... Me aterra una vida entera así.

—Te dije cuando nos casamos lo que podía y lo que no podía hacer.

—Dijiste que me respetarías.

—Y luego mis negocios fueron atacados y mis hombres envenenados.

Entonces me río.

Sus ojos arden de ira. —¿Te parece divertido?

—En absoluto. Solo me río de lo ingenua que fui. De lo crédula. Pero tú lo sabías, ¿verdad? Dijiste que no me amarías ni tendrías hijos, pero luego te superaste en Capri. Agasajándome con cenas y vino. Seduciéndome. Dejándome creer que tal vez podría haber algo más entre nosotros.

—No me jodas. Actúas como si quisieras más, pero estaba claro que no era así. Follamos. Eso es todo.

—Eso es todo... —Estoy segura de que no se da cuenta de lo dolorosas que resultan esas palabras.

Él se queda de pie frente a mí, con las manos en las caderas. Me mira como si lo tuviera confundido. —¿Sientes algo por mí?

Busco en su rostro algún indicio de sus intenciones tras la pregunta. ¿Es una prueba? ¿Una forma de medir mi lealtad? ¿O lo pregunta de verdad porque él... porque le importo?

No. No le importo. Lo dejó claro.

—Yo... —Las palabras se me atascan en la garganta. ¿Cómo puedo decirle la verdad cuando es tan difícil de creer? Cuando no quiero que sea verdad. Quiero odiarlo. Pero mi estúpido corazón tiene otra idea.

¿Pero de qué serviría confesar la verdad? Ha dejado claro que nunca confiará en mí. Siempre seré una Vitale antes que nada a sus ojos. Peligrosa, poco fiable, potencialmente mortal.

—¿Acaso importa? —digo finalmente—. Ya has decidido quién soy.

Sus ojos se oscurecen y veo frustración. —Responde a la pregunta, Isabella.

La orden en su tono me hace estremecer, pero también enciende una chispa de desafío. Yergo la espalda, sosteniéndole la mirada directamente.

—¿Me creerías si dijera que sí? ¿O asumirías que es parte de algún plan elaborado? —Se me quiebra ligeramente la voz—. Quiero decir, te conoces bien el manual, ¿no? Lo usaste aquella noche en la terraza para faltarle al respeto a mi padre. Lo usaste en Capri, manipulándome para que sintiera algo por ti. Bueno, enhorabuena. Lo conseguiste.

Hago todo lo posible por mantenerle la mirada a pesar de lo vulnerable que me siento ahora mismo. No quiero darle la satisfacción de pensar que me ha herido. Que me ha destrozado.

—He intentado no sentir nada por ti. Dios sabe que sería más fácil si pudiera ser fría como tú.

Sus ojos oscuros no revelan nada de sus pensamientos.

Estoy cansada de esta discusión. Preferiría que acabara con lo que sea que planee hacerme. —Imagino que sentirás una satisfacción mayor cuando me castigues sabiendo que puedes doblegarme.

—Tú no sabes una mierda.

24

ALESSANDRO

Que el cielo me ayude, quiero creerla. A pesar de que ocho líderes de mi organización han muerto y su familia es la culpable, quiero creer que ella no está implicada. Quiero creer que siente algo por mí.

Joder.

Me paso la mano por el pelo, con la mente yendo a mil para intentar dar sentido a todo. El whisky envenenado. Los cuidadosos planes de Marco, ¿o son de Enrico? Todas las pruebas apuntan a los Vitale. Un complot que podría haberme matado a mí, a mi hermano y a todos los que me importan.

Y sin embargo, ante mí tengo a una Vitale que parece absolutamente destrozada por lo que ha hecho su familia y por el hecho de que yo la acuse de formar parte de ello.

—¿De verdad no lo sabías? —pregunto, odiando mi debilidad por ella, que probablemente será mi ruina.

—No. Jamás formaría parte de algo así.

Estudio su rostro, buscando los gestos del engaño. No hay ninguno. Solo dolor.

Creo que seré más feliz cuando esté muerta.

Esas palabras se han sentido como un cuchillo en el pecho. ¿Cree que será más feliz muerta? Lo peor es que soy parte de la ecuación que da como resultado que se sienta una nulidad y que piense que su vida no será más que dolor.

Me ha acusado de seducirla para manipularla, y no se equivoca. Lo he hecho. Lo que no había previsto es quedar atrapado en mi propia trampa.

He intentado no sentir nada por ti.

Siente algo más allá del desprecio y el miedo.

—Sé que no me crees —responde ella a mi comentario—. Sé que no sientes nada excepto odio...

—Odio no. Por ti no —admito.

Se encoge de hombros. —El caso es que podría quererte, Alessandro...

—No deberías. Quererme, quiero decir. No es seguro.

—¿Crees que yo he elegido esto? —Un destello de ese desafío que he empezado a admirar brilla en sus ojos—. No quería sentir nada por ti. Ahora mismo, de verdad desearía no sentirlo. Pero lo siento.

Algo cambia en mi interior. He estado tan centrado en lo que ella representa como hija de Marco Vitale que me he negado a ver quién es en realidad. Una mujer atrapada entre lealtades, intentando navegar por una situación imposible. Y lo está haciendo con dignidad y coraje.

Doy un paso hacia ella, luego otro, hasta que estoy lo bastante cerca para percibir el sutil aroma de su perfume. Mi mano se levanta por voluntad propia, apartando suavemente una lágrima de su mejilla.

Ella me mira, con los ojos cautelosos, pero no se aparta.

—He sido injusto contigo. Te he culpado por los pecados de tu padre. Quizá he estado buscando pruebas de que eres como él.

—No soy como él.

—Necesito empezar a verte por quien eres realmente. —Las alarmas vuelven a sonar. No debería creerla, no debería confiar en ella. Pero al mirar sus hermosos ojos, no veo astucia. Veo a una mujer que quiere pertenecer a algún lugar. Una mujer fuerte e inteligente que podría ser un activo para mi familia si le diera una oportunidad. Maldita sea, quizá tenga razón y podríamos forjar algo más allá de un matrimonio de conveniencia.

Y sin embargo...

He pasado toda mi vida centrado en los negocios y evitando las emociones, especialmente las que implican a mujeres. Estos sentimientos que se agitan en mi pecho me aterran.

Isabella me observa con los ojos llenos de esperanza. —¿Puedes hacer eso?

La miro fijamente, incapaz de responder. La esperanza en sus ojos empieza a atenuarse.

—¿Alessandro?

Me doy la vuelta, caminando hacia la ventana para poner distancia entre nosotros. ¿Cuándo he empezado a preocuparme por lo que esta mujer piense de mí? ¿Cuándo se ha convertido su dolor en el mío?

—No puedo darte lo que quieres —digo finalmente, con las palabras saliendo más bruscas de lo que pretendía—. No sé cómo hacerlo.

—¿No puedes verme por quien soy?

—No puedo confiar en ti. —Muevo los hombros, pero eso no libera la tensión—. La única persona en la que he confiado de verdad desde

que murió mi padre es en Adriano.

Me giro de nuevo para mirarla, necesitando que lo entienda. —Esta familia, su supervivencia, es lo único que importa.

—Ahora soy una Dante. ¿No soy de la familia?

—Por tu sangre corre el ADN de los Vitale.

Creo que podría haberla golpeado y el dolor que vería en sus ojos no sería tan intenso como el de las palabras que acabo de pronunciar.

—Así que nada ha cambiado. ¿Todavía vas a hacerme responsable de mi padre y de mi hermano? —Isabella da un paso hacia mí—. Yo no soy ellos.

—Lo sé —espeto—. Lógicamente, lo sé. Pero esta vida no permite la confianza. En el momento en que lo olvido, muere gente.

La miro y veo a alguien que está atrapado en la misma trampa que yo. Nacidos en un mundo que ninguno de los dos eligió, intentando encontrar algo real.

Ella baja la mirada. —¿Puedes al menos decirme que no me estabas utilizando en Capri? ¿Fue todo solo... follar?

Debería decirle que sí. Eso le dolería, pero entonces podría cortar este vínculo que sigue arrastrándome hacia ella.

—No mentiré diciendo que no quería ganarme tu lealtad.

—Oh. —Empieza a darse la vuelta.

Alargo la mano y la cojo del brazo, desafiando lo que mi mente me dicta que debería hacer. —Pero no, no fue solo follar. Siento algo por ti. —La confesión me cuesta más de lo que ella sabrá jamás—. Pero no puedo ser lo que necesitas. No puedo darte lo que un hombre normal te daría.

Ella me sostiene la mirada, sin vacilar. —No me casé con un hombre normal. Me casé contigo.

Mis manos acunan su rostro, mientras mi mente grita precaución, y seco los restos de lágrimas de sus mejillas.

Ella sube las manos para agarrarme las muñecas, no para apartarme, sino como si se estuviera anclando a mí. El contacto envía una descarga eléctrica por mis brazos.

—Nunca pedí nacer siendo una Vitale —dice ella, sin que sus ojos dejen los míos—. Al igual que tú nunca pediste nacer siendo un Dante. Somos más que nuestros apellidos.

—¿Y qué eres tú?

—Soy Isabella Dante, esposa del Don Dante. —Cierra los ojos mientras la tristeza inunda su rostro.

—¿Qué?

Abre los ojos. —Eso es todo lo que soy. Ni pintora ni escritora. Ni una mujer de negocios ni siquiera una estudiante universitaria. Soy lo que tú me digas que sea.

¿Por qué me siento como una mierda?

—¿Qué quieres ser tú?

Me dedica una sonrisa lánguida. —No lo sé. Nadie me ha preguntado eso nunca.

Un deseo loco de ayudarla a encontrarse a sí misma me embarga.

—Pero puedo decirte que no soy tu enemiga. No estoy intentando boicotearte ni ayudar a mi padre. Si se me diera la oportunidad, podría ser una buena esposa. Una esposa que te quiera.

Se desata una guerra en mi interior. Protegerme o arriesgarme. Dejarla entrar. Dar a lo que sea que hay entre nosotros la oportunidad de convertirse en algo real.

La quiero. No solo su cuerpo, aunque Dios sabe que también lo ansío. Quiero su mente, su corazón, su confianza. Quiero ser el

hombre que merezca lo que ella me ofrece.

Pero querer no es tener, y el miedo a la traición me paraliza.

Sus dedos se aprietan alrededor de mis muñecas. —Dime algo.

Las únicas palabras que me vienen a la mente solo la disgustarán. Crearán distancia. Lo último que quiero es que se aleje.

Así que no le doy las palabras que revelan mi tormento, mi miedo a confiar en ella. En su lugar, la atraigo contra mí, incapaz de resistirme por más tiempo.

Cuando nuestros labios se encuentran, no es como nuestros besos anteriores. No hay juegos de poder, ni dominio ni sumisión. Solo una necesidad aterradora de creerla, de confiar en que ella puede ayudarme a ser el hombre que necesito ser para proteger a mi familia.

Ella emite un suave sonido contra mi boca, con su cuerpo fundiéndose con el mío. Me sorprende, considerando las acusaciones que le he lanzado y mi incapacidad para ofrecerle mi confianza. Ella me está ofreciendo lo que yo soy incapaz de darle, y su fe en mí me resulta abrumadora.

Deslizo una mano por su pelo, acunando la parte posterior de su cabeza mientras mi otro brazo rodea su cintura, eliminando cualquier espacio entre nosotros.

Sus dedos se entrelazan en mi cabello, tirando lo justo para enviar electricidad por mi columna. La suave agresión de su toque despierta una necesidad incandescente.

La levanto, y sus piernas se envuelven en mi cintura mientras la llevo a nuestra cama. Esta vez, cuando la acuesto, no hay restricciones, ni batalla de voluntades. Solo nosotros.

La desnudo, tomándome mi tiempo para revelar cada centímetro de piel. Presiono besos en la parte interna de su muñeca, en el hueco del codo, en la suave curva de su garganta. No puedo darle lo que

quiere con palabras, pero puedo mostrarle lo que desearía poder darle.

Cuando está desnuda bajo mi cuerpo, me detengo para mirarla. Es jodidamente hermosa. Y confía en mí. Y se entrega. Y yo soy un puto gilipollas.

Sus manos buscan las mías, tirando de mi ropa. La ayudo hasta que no queda nada entre nosotros.

El primer roce de piel contra piel me arranca un gemido desde lo más profundo del pecho. Está suave y cálida mientras su cuerpo se arquea hacia el mío.

Nuestros labios se encuentran de nuevo mientras me posiciono sobre ella. Sus piernas se abren, rodeando mis caderas. Froto mi polla contra su coño, encontrándolo lubricado. Me inclino y le succiono un pezón.

—¡Oh! —Sus caderas se elevan y aprovecho el movimiento para penetrarla. La sensación es tan abrumadora que tengo que apretar los dientes para no correrme.

Sus piernas se aprietan a mi alrededor, hundiéndome más profundamente, y empiezo a moverme. Me contengo, queriendo prolongar este momento. Permanecer sumergido dentro de su dulce cuerpo todo el tiempo que pueda.

Los ojos de Isabella permanecen abiertos, fijos en los míos. En ellos veo deseo, pero también confianza y esperanza. Joder, ojalá pudiera darle todo lo que quiere de mí, de nosotros.

Incapaz de sostenerle la mirada, la beso profundamente y sigo moviéndome, lento, rítmico, profundo.

Su respiración se entrecorta y sé que está cerca, así que me detengo. Ella gime de frustración. Mi rabo late, tampoco está contento. Pero ahora mismo, me siento bien. Casi feliz, incluso. No solo físicamente. Mi pecho está lleno. Mi mente está en calma. Me

siento completo. Conectado. Ella me provoca eso. Y aún no estoy listo para que termine.

—Alessandro —su voz es un gemido mientras su coño pulsa alrededor de mi miembro y sus caderas se agitan contra mí.

—No hay prisa. —Deslizo hacia fuera y hacia dentro de nuevo, luego hago una pausa—. ¿Me sientes, Isabella? ¿Sientes lo que me haces?

—Sí. —Echa la cabeza hacia atrás y se inclina para mordisquearme el cuello.

—Me desarmas. —Las palabras escapan sin mi permiso y odio el poder que pueden darle sobre mí.

Abre los ojos de golpe, pero no veo que reconozca la ventaja que acabo de darle. En su lugar, veo más de su confianza. Su... joder... *¿Es amor?*

Incapaz de lidiar con eso, me muevo, y mis embestidas se vuelven más rápidas, más duras, llevándonos a ambos cada vez más arriba.

Su orgasmo la inunda en oleadas que recorren todo su cuerpo. La visión de ella deshaciéndose bajo mi cuerpo me empuja al límite. Suelto las riendas del control y me hundo en sus profundidades. Mi orgasmo me golpea, sacude mi cuerpo hasta que juraría sentirlo en cada terminación nerviosa. Mi polla late, mi cuerpo se estremece.

Navegamos juntos la tormenta hasta que nos desplomamos exhaustos. Mientras mi respiración se estabiliza, me golpea la certeza de que algo ha cambiado entre nosotros. Por mucho que intenté protegerme de ella, he cruzado a un territorio en el que juré que nunca entraría.

Lo que es de locos es que no estoy tan aterrado como debería. Ella tiene el poder de ponerme de rodillas. Si mis enemigos se enteran, se convertirá en una vulnerabilidad que explotarán.

Mi padre me llamaría idiota. Lorenzo Dante nunca se permitió amar a mi madre lo suficiente como para que su pérdida lo destruyera.

Cumplió con el protocolo cuando ella murió, pero estaba follándose a su amante horas después del funeral.

—Debes mostrar respeto a las mujeres, pero nunca preocuparte demasiado. Tu amor por alguien es el arma que tus enemigos usarán para destruirte —me había explicado.

A mis hermanos claramente no les importó. Y sé sin ninguna duda que, si sus parejas murieran, ellos nunca sobrevivirían a ello. ¿Por qué arriesgarse a tanto dolor?

Quizá no tuvieron elección. Quizá, como a mí, el amor se filtró por sí solo y fueron incapaces de detenerlo.

—¿Estás bien?

Miro a Isabella; sus ojos vuelven a mostrar cautela.

Presiono mis labios contra su frente. —Descansa.

No es lo que quiere oír, pero es todo lo que puedo darle. Me aparto de ella pero la mantengo cerca, queriendo darle algo de seguridad, aun sabiendo que esto entre nosotros o me hará más fuerte o será mi perdición.

Enamorarme de mi mujer no impedirá que su padre intente matarme. No traerá de vuelta a los hombres que he perdido esta noche. No garantizará la victoria de mi familia.

—¿Alessandro?

—¿Mmm?

—No tienes por qué amarme.

La miro y se me encoge el pecho al darme cuenta de que deseo poder amarla.

—¿Pero puedes respetarme? ¿Puedes encontrar la manera de confiar en que estoy contigo, pase lo que pase?

Beso su sien como respuesta porque no puedo darle eso. No del todo. Todavía no.

25

ISABELLA

No estoy a punto de que me maten ni de que me envíen de vuelta con mi padre, así que eso es un punto a favor. Y aunque Alessandro ha vuelto a ser más atento, sigue reservándose una parte de sí mismo. Aunque entiendo por qué, me duele que no sea capaz de ver la aliada que tiene en mí.

Ahora mismo, ha convocado a mi padre y a mi hermano para reunirse con él. No puedo creer que mi padre y mi hermano hayan entrado en la finca Dante. Eso ha reforzado mi convicción de que mi padre no estaba detrás del envenenamiento, y la única forma de demostrar que no lo hizo es presentándose. O espera que, al aparecer, Alessandro crea que no tuvo nada que ver.

Merodeo fuera del despacho de Alessandro con ganas de oír la conversación. Sé que no debería, pero tengo que saber quién ha logrado envenenar a hombres de los Dante en mi propia casa.

—¿Crees que soy idiota, Marco? —la voz de Alessandro llega hasta el pasillo.

—¿Has enviado whisky envenenado a mi casa y quieres que me crea que ha sido un error? Mi mujer podría haberlo bebido. Estaría muerta. ¿Acaso te importa?

Me pego contra la pared.

—Era un regalo. —La voz de mi padre suena distinta, tensa. Casi como si estuviera nervioso, lo cual es extraño, ya que nunca he visto a mi padre nervioso. Es otra señal de que probablemente no envenenó el whisky—. Si alguien lo manipuló...

—¿Quién?

Cierro los ojos, sabiendo que la mente de Alessandro pensaría en mí.

—Podría haber sido cualquier persona. Quizá de tu propia organización. Es bien sabido que has tenido problemas con traidores entre los tuyos —dice mi hermano de una forma que hace que me lo imagine con una mueca de desprecio condescendiente en la cara.

—Tú eres uno de ellos —espeta Alessandro.

Hay una larga pausa. —Estás viendo sombras donde no las hay, Alessandro, y yo ya he tenido suficiente con tus acusaciones. No ataqué tus almacenes ni intenté envenenarte. ¿Por qué iba a hacerlo? Tenemos una alianza —dice mi padre.

—Tu palabra no vale mucho después de la que liaste con la Bratva.

—Te entregué a mi hija. Sin duda, eso demuestra mi compromiso. ¿No te hace feliz, Don Dante? Puedo hablar con ella...

—Te mantendrás alejado de mi mujer. —La voz de Alessandro baja a un tono de advertencia—. Con quien tienes que hablar es con Enrico. Si no has sido tú, ha sido él. Tú y él podéis pensar que perder a varios de mis hombres de alto rango me ha dejado sin poder, pero yo os advertiría que no me subestiméis.

—Hablas mucho, Dante, pero yo podría matarte...

Oigo un movimiento y lo único que puedo pensar es que alguien está sacando un arma. Cerrando los ojos, rezo para que no apunte a Alessandro.

—Ya has dejado claro tu punto, Alessandro. Baja el arma —dice mi padre.

Suelto un suspiro de alivio y ojalá hubiera podido ver la cara de mi hermano cuando Alessandro ha demostrado que es más rápido y más listo.

—Lo que no has probado es que yo o mi hijo hayamos estado involucrados en ninguno de tus problemas actuales. No hay necesidad de que mates a mi gente en el puerto.

Frunzo el ceño. ¿Ha tomado represalias Alessandro?

—Oh, no voy a matarlos a ellos, Marco. Voy a matar a Enrico aquí mismo, les entregaré su cabeza y entonces sabrán que trabajan para mí.

—No eres más que un cobarde. Otro Don ya los habría matado...

—¡Enrico! —ladra mi padre.

—Solo necesito una cerilla. Ellos y tu almacén arderán en llamas. Todo lo que tengo que hacer es llamar a Adriano. Pero mira, por eso siempre te ganaré, Enrico. No piensas las cosas. Eres demasiado impulsivo. Cuando mueras, cosa que estoy dispuesto a apostar que será pronto, será por tu propia estupidez, ¿no estás de acuerdo, Marco?

Mi padre emite un sonido que no es de asentimiento, pero tampoco es una negación.

—Vas de duro, Dante, pero todo el mundo sabe que tu organización está a punto de caer. —Seguro que mi hermano está fanfarroneando por encima de sus posibilidades.

Sigue un silencio. Se alarga tanto que no puedo aguantar más. Me arriesgo a echar un vistazo por la rendija de la puerta.

Alessandro está de pie frente a su escritorio, alto e imponente en su traje negro a medida. Mi padre y Enrico están sentados frente a él,

pero bien podrían estar de rodillas. La dinámica de poder es inconfundible. En esta habitación solo hay un rey, y no es mi padre.

—Ignora a Enrico. Sigue en pie que no tienes pruebas de que hayamos hecho ningún movimiento contra ti.

—No necesito pruebas ni esta alianza. Solo necesito una sospecha para justificar el borrar a toda tu familia del mapa.

—Podrías intentarlo...

—Cierra la puta boca, Enrico —le espeta mi padre.

—Dejamos que violara a Isabella, ¿y para qué?...

—Ni se te ocurra. —La expresión de Alessandro se endurece—. No te atrevas a pronunciar su nombre. No eres digno ni de mirarla.

Un calor repentino me llena el pecho. En toda mi vida, nadie me ha defendido nunca de mi familia.

—La única razón por la que sigues respirando —continúa Alessandro — es porque te estoy dando una oportunidad para convencerme de que no estabas detrás de esto.

Mi hermano intenta mantener la compostura, pero su pierna se mueve con nerviosismo. Eso demuestra lo eficaz que es Alessandro intimidando y marcando territorio. Sé que su organización se ha visto afectada por la pérdida de esos hombres. Que ya estaba al límite tras las prolongadas batallas con la Bratva. Pero su bravuconería es tan convincente que mi hermano y mi padre están preocupados por si se han pasado de la raya.

—¿Nos estás amenazando?

Alessandro se ríe. —No, Enrico. Te lo estoy prometiendo. Si descubro que cualquiera de los dos tuvo algo que ver con esas muertes, me aseguraré personalmente de que el nombre Vitale sea borrado de la tierra.

—¿Tú y qué ejército?...

—Jesucristo, Enrico. —Mi padre parece que quisiera disparar él mismo a mi hermano.

—No necesito un ejército. —Alessandro se señala la cabeza con un dedo—. Soy más listo que tú.

—No más listo que la persona que intentó envenenarte...

Alessandro se mueve más rápido de lo que he visto nunca, presionando su pistola contra la sien de mi hermano. —¿Es eso una confesión?

Se me corta la respiración ante el poder de mi marido. Este es Don Dante. ¿Es raro que me sienta atraída por este lado letal suyo? Hay algo embriagador en ese poder puro, en el control absoluto. En la forma en que mi padre y mi hermano, hombres que me han hecho sentir pequeña toda mi vida, se encogen bajo su dominio.

—Maldita sea, Alessandro. Mátalo si vas a hacerlo o déjanos ir. Puede que tenga algunas ideas sobre quién intentó envenenarte.

—Tienes una semana —dice Alessandro, bajando su arma—. Tráeme pruebas de que otro ha atacado a mis hombres o prepárate para la guerra.

Me alejo sigilosamente antes de que me descubran. Pero no puedo quitarme de encima los sentimientos de admiración y deseo al ver a mi marido trabajar. El hombre de esa habitación es peligroso, letal y, por Dios, tan sexy. Quiero sentir esas manos poderosas sobre mi cuerpo, ser arrollada por su intensidad.

Pasan de las nueve cuando mi padre y mi hermano se marchan. Subo queriendo aprovechar toda esta energía sexual que fluye por mí. Doy gracias por toda la lencería que metieron en mi maleta de la luna de miel y que ahora está guardada en mi cómoda. Saco un atrevido teddy rojo. Me lo pongo, mirándome en el espejo. Me siento escandalosa y tonta. Dios, ¿y si piensa que estoy siendo ridícula?

La verdad es que Alessandro todavía no confía en mí, pero no actúa con recelo conmigo. No ha dirigido su rabia hacia mí ni una sola vez desde aquella noche. La noche en que le dije que me estaba enamorando de él. La noche en que él no lo dijo, pero me mostró con su cuerpo lo que no podía con palabras. Todo entre nosotros se siente frágil pero real. Así que espero que me encuentre atractiva y que sea una distracción de los problemas de sus negocios.

Me pongo un camisón y bajo a la cocina, donde cojo una botella de vino y una copa, junto con un cupcake, sobras de una tanda que el cocinero hizo para la guardería de Mirabella.

Llamo a la puerta.

—Adelante.

Me siento excitada y nerviosa al entrar.

—El servicio puede hacer eso —dice cuando dejo el vino y el cupcake ante él.

—Lo sé, pero quiero hacerlo yo.

Coge el vino y lo sirve en la copa. —Esto es un detalle. ¿No has traído una copa para ti?

Niego con la cabeza. —No estaba segura de si te tomarías un descanso. Solo quería que supieras que estaba pensando en ti.

Inclina la cabeza, casi como si mis palabras le confundieran. Confundido de que alguien se preocupe por él.

—Gracias.

Asiento, sintiéndome nerviosa por enseñarle lo que hay bajo mi camisón. —Deberías dormir —sugiero, posándome en el borde de su escritorio. En el fondo, espero poder atraerle a la cama, calmarle con mi tacto.

—Ya dormiré cuando esté muerto.

—No hables así. —Le toco la mejilla tras vacilar solo un instante—. No tienes por qué estar solo en esto, lo sabes.

—¿Ah, no?

—No —digo, odiando el recordatorio de que no confía en mí—. No tienes por qué.

Alessandro deja el vino y me sienta en su regazo. Voy de buena gana, acurrucándome contra él, fingiendo una vez más que esto es real. Sus brazos me rodean.

—Vendrán a por nosotros otra vez —advierte.

—Lo sé.

—Y cuando lo hagan...

—Estarás listo. —No tengo ninguna duda de ello. Me muevo en su regazo y él suelta un suave gemido.

—Cuidado.

Rodeo su cuello con mis brazos. —¿Por qué?

Sus ojos se desvían de mi cara para contemplar el camisón, que se ha abierto dejando al descubierto mis piernas. El cansancio se disuelve en hambre.

—Porque estoy trabajando. —Las palabras carecen de convicción, especialmente cuando su mano se desliza por mi muslo.

—Siempre estás trabajando. Pero hasta el gran Alessandro Dante necesita descansar.

Una sonrisa asoma en la comisura de su boca. —¿Es eso lo que me ofreces? ¿Descanso?

La insinuación de su tono me provoca un escalofrío por la espalda. Desato el camisón y dejo que caiga de mis hombros.

Su brusca aspiración de aire es exactamente la reacción que buscaba. —Eso depende. ¿Qué preferirías tú?

Pasa el dorso de sus dedos por mi clavícula. —Tengo hambre. —Se estira hacia el cupcake y no puedo ocultar mi decepción.

—Oh… sí, claro. ¿Quieres que te prepare un sándwich?

Él niega con la cabeza, bajando los tirantes del teddy hasta que mis pechos quedan al descubierto. —No. Quiero el postre. —Frota el glaseado del cupcake en mis pezones. La sensación envía pulsos eléctricos por todo mi cuerpo y gimo, y el sonido llena la habitación.

Él se ríe. —Espero que hayas cerrado la puerta con llave.

Inmediatamente, la bruma del deseo desaparece. —No. No lo hice. Pensé que subiríamos...

—Has pensado mal, esposa. Voy a follarte aquí mismo, sobre mi escritorio.

—Pero alguien podría interrumpirnos.

—Sí. —Lame el glaseado de mi pezón y mis pensamientos se dispersan—. Alguien podría.

La idea de que nos pillen me provoca nuevas sensaciones. No todas son de vergüenza.

Pasa el glaseado por mis labios y luego su boca reclama la mía en un beso que es todo hambre y necesidad. Es como si se rompiera una atadura; se levanta, me sienta en el escritorio y su brazo barre la superficie, enviando papeles y bolígrafos al suelo.

Me quita el teddy de un tirón y me quedo sentada desnuda en el escritorio del Don. Sus ojos están oscuros mientras hacen un inventario de mi cuerpo.

Coge el cupcake, trazando una línea entre mis pechos y más abajo. —Mmm… pareces deliciosa.

Se pone de rodillas, con los dedos agarrando mis caderas mientras su boca se sumerge y se da un festín. Me asaltan las sensaciones, retorciéndome mientras el placer aumenta hasta alcanzar una presión casi insoportable.

—¡Alessandro! —Mis dedos se enredan en su pelo, agarrándose como si pudiera salir volando.

—Vente, Isabella. Quiero saborear tu dulce néctar. —Introduce tres dedos mientras sus labios envuelven mi clítoris y succiona.

Todo mi cuerpo detona. Me siento como si me hubieran disparado desde un cañón.

—Joder, sí… me encanta tu corrida. —Sigue lamiéndome y disfrutándome hasta que vuelvo a correrme, o quizá solo esté prolongando el primer orgasmo. No lo sé. No importa. Solo sé que el placer inunda mi torrente sanguíneo.

Él se pone en pie, se desabrocha los pantalones y se los baja junto con los bóxers. Su polla sobresale y, cuando la veo, quiero devolverle el favor. Quiero saborearlo allí, aprender a darle placer con mi boca.

Cojo el cupcake y unto el glaseado por toda su longitud.

—Oh, joder… Isabella. —Su voz es ronca.

Levanto la vista, preguntándome si he cometido un error.

—Tendrás que quitar eso chupando antes de que pueda follarte.

Sonrío de una forma que espero que sea coqueta. —Yo también tengo hambre. —Le empujo de nuevo hacia su silla y me pongo de rodillas. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Lame el glaseado, cariño —dice como si supiera que no estoy segura—. Luego chupa, como si fuera un chupa-chups. —Me aparta el pelo de la cara—. Joder, no puedo esperar a ver tu boca en mi polla.

Acabo de correrme con mucha fuerza, pero sus palabras hacen que vuelva a desearlo. Paso la lengua por toda su longitud, saboreando el glaseado junto con algo salado. Su polla está dura, pero la piel que la recubre es aterciopelada y suave. Rodeo la punta con mis labios y succiono como me ha indicado.

—Oh… sí… joder, qué bien.

Sus palabras me envalentonan. Esto es lo que quería. Que se rindiera ante mí.

No me hago ilusiones de que esto vaya a hacer que todo sea perfecto. Pero hay que dar pequeños pasos, ¿verdad? Ahora me está entregando su placer, y tal vez dentro de poco, su confianza… su amor.

26

ALESSANDRO

Joder. No puedo creer lo increíblemente erótico que resulta ver mi polla desaparecer en la boca de Isabella. No es que no me hayan hecho nunca una mamada. Pero joder… mi polla está ardiendo.

—Eso es… umm… qué bien… ¿te gusta chuparme la polla?

—Mmmhmm —su voz vibra alrededor de mi miembro y, maldita sea, casi me corro en ese mismo instante.

La agarro de su sedoso cabello con más fuerza, como si eso fuera lo único que me mantiene anclado. Mientras observo a mi inocente esposa chupar y lamer y llevarme al borde del olvido, una presión brota en mi pecho. Se siente como un anhelo y resulta incómodo.

No se suponía que esto sucediera. No lo del sexo, siempre supe que tendríamos eso, sino estos sentimientos en mi pecho que aparecen con más frecuencia solo porque ella entra en una habitación o cuando me desafía con esa lengua afilada que tiene.

Se está volviendo demasiado difícil de negar. Me estoy involucrando. Emocionalmente comprometido.

Sus dedos rozan mis huevos y casi salto de mi piel. —Joder —la empujo hacia atrás.

Ella cae sobre sus talones, mirándome con preocupación. —¿Lo he hecho mal—?

La agarro por los brazos y la subo a mi escritorio. —No. Lo has hecho bien. Ahora voy a follarte.

Ella todavía parece insegura.

Le acuno el rostro con las manos. —Me has chupado la polla perfectamente. Pero quiero correrme dentro de ese dulce coño tuyo.

Su sonrisa es dulce, como si le hubiera dado un regalo.

—Ahora ábrete para mí —le separo las piernas para poder ver bien su coño. Está mojado y esperando solo por mí.

Tomo mi polla con la mano y froto la punta con su flujo.

—¡Ah! —jadea ella, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Te gusta eso? —observo su rostro mientras provoco su coño con mi polla.

—Sí… más.

—¿Más qué? Dime qué quieres.

—Quiero que estés dentro de mí.

Introduzco solo la punta y me detengo. —¿Así?

—Más —sus caderas se balancean, tratando de obtener más de mí.

—Dilo —exijo.

Su mirada encuentra la mía. —Fóllame.

Oh, demonios, sí. La recompenso embistiendo contra ella, llenando su dulce coño.

—Sí… Alessandro…

Escuchar mi nombre mientras lleno su cuerpo envía de nuevo esa sensación incómoda por mi pecho. Pero la ignoro mientras la agarro por las caderas y empiezo a entrar y salir de ella, follándola sobre mi escritorio.

Se me ocurre que nunca he tenido a ninguna mujer aparte de mi hermana en este despacho. Ciertamente nunca he follado con una en mi escritorio. Y sin embargo aquí estoy, hundiéndome en ella cuando cualquiera de mis hombres —joder, Adriano— podría entrar.

Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura. Sus dedos se clavan en mis hombros. Estoy a punto de correrme, pero no quiero hacerlo hasta que ella lo haga.

—Tócate —le exijo.

Frunce el ceño como si no supiera qué le estoy pidiendo.

—Tócate el clítoris, nena.

Sus mejillas se sonrojan aún más mientras desliza lentamente la mano por su vientre.

—¿Es que no te has tocado nunca? —le pregunto.

Ella se encoge de hombros. —Bueno… quiero decir… no delante de alguien.

Empujo hacia dentro y me mantengo en su interior, con una sensación de excitación ante la idea de que se ha tocado a sí misma. —¿Pensabas en alguien cuando te hacías correr?

Se muerde el labio inferior.

Mi polla da un respingo. —¿Quién? ¿A quién te imaginabas follándote?

—A ti.

Oh, joder, sí. —Enséñame. Enséñame cómo te tocas.

Sus dedos frotan su clítoris. Su cabeza vuelve a caer hacia atrás. Sus caderas giran. Me mantengo dentro de ella, sin moverme.

—Haz que te corras, nena.

Su respiración se vuelve más agitada. Sus gemidos son cada vez más frecuentes. Su coño pulsa alrededor de mi polla y estoy a punto de explotar, pero usando cada pizca de fuerza que tengo, me contengo.

—¡Oh! ¡Oh! —Su cuerpo se tensa. Su coño aprieta mi miembro hasta que veo las estrellas. Pero de nuevo me contengo, observándola mientras el placer la inunda. Es tan jodidamente hermosa.

Solo cuando empieza a bajar de la cima comienzo a moverme. Lento, pero ganando velocidad de forma constante hasta que estoy entrando y saliendo de ella como un loco. Mi polla está dura y necesita tanto liberarse que resulta casi doloroso. La electricidad me recorre el cuerpo en anticipación.

Isabella se tumba sobre mi escritorio mientras la follo más y más fuerte, cada vez más profundo.

Desliza su mano entre nosotros, sus dedos presionando contra el lateral de mi polla mientras la penetro. La madre que me parió. Es como si hubiera metido la polla en un enchufe. Doy una estocada y mi mundo estalla. Cada célula de mi cuerpo se dispara con un calor salvaje. El placer sale disparado por mi cuerpo. Me arqueo, entrando y saliendo de ella mientras mi orgasmo me atraviesa.

—Oh… Alessandro —su coño se aprieta a mi alrededor mientras ella se corre de nuevo.

Mi semen llena su cuerpo, gotea de su coño, y sin embargo sigo corriéndome.

No tengo ni idea de cuánto tiempo sigo empujando. Cuando termino, no siento las jodidas piernas. Me las arreglo para llevarla

conmigo mientras me dejo caer en mi silla, sentándola en mi regazo.

—¿Es esto lo que planeaste cuando me interrumpiste en el trabajo? —pregunto entre respiraciones que tardan mucho tiempo en volver a la normalidad.

—Si el teddy no me ha delatado…

Me río.

—Sé que el trabajo es importante. Solo quería ayudarte a tomarte un descanso.

—Gracias —le beso el hombro, intentando una vez más ignorar los sentimientos que intentan asentarse en mi pecho.

¿Fue así para mis hermanos? Nunca entendí cómo dos hombres fuertes podían sucumbir al encanto de una mujer. Cómo arriesgarían todo el dolor potencial que conlleva ser vulnerable.

Pienso en Adriano y Eva, en cómo su historia casi lo destruye. Vi a mi hermano desmoronarse cuando pensó que Eva había muerto, lo vi reconstruirse en algo más duro, más frío, más letal. Luego fui testigo de cómo su mundo se hacía añicos de nuevo cuando descubrió que ella había estado viva todo el tiempo, que había mentido, que lo había traicionado de formas que no puedo imaginar soportar.

Sin embargo, de alguna manera, encontraron el camino de vuelta el uno al otro. Adriano la perdonó. La ama, quizá con más fiereza que antes. Tienen un hijo y un segundo en camino.

¿Podría yo hacer lo mismo? ¿Podría separar a Isabella del apellido con el que nació? El pensamiento de su traición cala hondo, una señal segura de que estoy demasiado involucrado con ella.

Nunca he sido el hermano que lleva el corazón en la mano. He visto a Adriano, a Luca, incluso a Valentina rendirse al amor mientras yo permanecía emocionalmente bajo llave.

Pero con Isabella acurrucada desnuda en mi regazo, empiezo a comprender por qué lo arriesgaron todo por momentos como este. No solo por la gratificación sexual, sino por una conexión más profunda. Por ser vistos por lo que son y seguir siendo amados.

Estudio a Isabella, preguntándome cómo surgió esto entre nosotros cuando yo me había mostrado firme en que esto sería solo negocios. Esta noche no es la única que ha venido a verme, aunque es la primera vez que viene a seducirme. Me ha traído comida cuando no llego a la cena. Café cuando necesito quedarme hasta tarde. Es una esposa perfecta. Si tan solo pudiera librarme de esa semilla de duda sobre su lealtad.

Mi teléfono vibra en el escritorio, sacándome de mis pensamientos. Isabella se mueve contra mí mientras alcanzo el móvil.

—Tienes que ponerte a trabajar —se levanta y se vuelve a poner el teddy y la bata, para mi decepción.

Reviso mi teléfono y encuentro un mensaje de Adriano con otra pista sobre los ataques a los almacenes. Esos que le encargué a Marco resolver, pero en quien no tengo fe ni confianza.

Isabella se ríe. —Creo que hemos hecho un buen desastre con tus documentos importantes, Don Dante.

Miro el caos que nos rodea. Papeles desparramados por el suelo, un bolígrafo a medio camino de la puerta, el cupcake desmoronándose bajo mi escritorio. Ver mi despacho meticulosamente organizado en tal desorden debería molestarme. En cambio, me río.

—Ha valido la pena —murmuro, dándole un beso en la sien.

—Deja que te ayude a organizar esto antes de que alguien lo vea —empieza a recoger papeles y objetos del escritorio.

Mi teléfono vibra de nuevo con un mensaje. Adriano necesita una respuesta sobre qué hacer con un testigo.

Me aparto de mi escritorio y envío un mensaje diciendo que mantengan al testigo en espera y que lo llamaré en breve.

Cuando me vuelvo, Isabella está recogiendo papeles y enderezándolos en una pila sobre mi escritorio.

—Déjalo —digo, arreglándome la ropa.

—Al menos déjame ayudar con estos contratos. Los reconozco de ayer. Son los manifiestos de embarque de Sicilia, ¿verdad?

Me muevo para quitarle los papeles de las manos. —Isabella, no hace falta que te preocupes por este lado de las cosas. No quiero que te involucres en—

—¿Por qué dejaste que Valentina lo hiciera?

—Yo no dejo que Valentina haga nada —es cierto que Valentina tuvo mucha más implicación en el negocio familiar de lo que se suele permitir en una familia como la nuestra. Pero ella se abrió camino mucho antes de que yo me convirtiera en Don. Pero ahora es problema de Cristian y Luca, no mío.

—Podría ser útil.

La estudio, preguntándome qué cree que puede hacer. Ya me ha dicho que no sabe nada de los negocios de su padre.

—Has sido útil. Me has traído un cupcake y me has trastocado el mundo.

Ella pone los ojos en blanco. —Puedo hacer más.

—Seguro que sí, pero… —no quiero herirla, pero tampoco estoy listo para dejarla entrar en el negocio. El hecho de que mencione los contratos de Sicilia ya es un poco desconcertante de por sí.

—Está bien. Lo entiendo. Trabajo de hombres —niega con la cabeza —. Supongo que esto es para lo único que sirvo.

—Te respeto, Isabella.

—Mi cuerpo.

—Y tu cerebro. Pero también me gusta el orden. La tradición. Eso podría cambiar, pero no ocurrirá de la noche a la mañana. No ahora mismo.

—Bien —se ajusta más la bata y siento que me está castigando—. Debería dejar que vuelvas al trabajo.

Cuando empieza a irse, tiro de ella hacia mí. —Mantén la cama caliente.

—¿Por qué? ¿Vas a usarla?

Le doy un sacudón amistoso. —Te gusta ser obstinada, ¿verdad?

—A veces. ¿A ti también te gusta, no?

La beso entonces, con fuerza y a conciencia, para que lo sienta hasta en los dedos de los pies y se olvide de estar molesta conmigo. Cuando me separo y veo la nube de deseo en sus ojos, sé que lo he conseguido.

—No juegas limpio —dice.

—Dice la mujer que vino a mi despacho en lencería y me chupó la polla con la puerta sin echar la llave.

Me lanza una sonrisa coqueta y luego abandona mi oficina.

Me quedo mirando el umbral vacío y me invade el impulso de seguirla. Al cuerno con el trabajo, la responsabilidad y el imperio que exige mi atención constante.

Si fuera solo yo quien sufriera... Pero no. Demasiada gente, incluida ella, necesita que esté al tanto de todo, todo el tiempo.

Así que vuelvo a mi escritorio, preguntándome cómo Isabella se ha filtrado en lugares dentro de mí donde no la quiero. Al mismo tiempo, no quiero echarla.

Había tenido una visión de cómo sería este matrimonio y está resultando diferente. Pero no es necesariamente malo. No nos veo teniendo lo que tienen mis hermanos, pero podríamos formar una sociedad sólida con amistad y pasión.

Pero para eso, necesito confiar en ella. Necesito saber que su lealtad está al ciento diez por ciento conmigo.

Reflexiono sobre nuestro tiempo juntos hasta ahora, y tengo que admitir que no ha hecho nada que justifique mi desconfianza. Sí, está el incidente del whisky, pero ella tiene razón en que probablemente fue Enrico. Incluso si él la utilizó, dudo que ella supiera lo que había en la botella. No veo a Isabella matándome a mí o a mis hombres a sabiendas.

Me paso las manos por la cara mientras intento volver a concentrarme en el trabajo. Y cuando termine, me meteré en la cama con mi mujer. Voy a tocarla y a saborearla y a hacer que me declare su lealtad. Y cuando esté satisfecho de que es verdaderamente mía, la convertiré en mi reina.

27

ISABELLA

Me despierto con la luz del sol calentándome la cara y las sábanas enredadas a mi alrededor. Los recuerdos de la noche anterior regresan de golpe. Cómo seduje a Alessandro en su despacho. Cómo, horas después, vino a la cama e hizo las cosas más deliciosas con mi cuerpo. Pero no ha sido solo el sexo. Algo ha cambiado. Estoy segura. Llevamos tres semanas casados y lo que yo creía que sería una vida de miseria se está convirtiendo poco a poco en un matrimonio de verdad.

Me giro sobre un costado y estiro el brazo por la cama hacia el lugar donde duerme Alessandro. Las sábanas están frías. Probablemente lleve horas levantado. No es ninguna sorpresa. La prioridad absoluta de Alessandro es el negocio.

Me deslizo fuera de la cama cuando una repentina oleada de náuseas me invade.

—Otra vez no —protesto, presionando mi mano contra el estómago. Es la tercera mañana consecutiva que me despierto sintiéndome mal. El desayuno de ayer, con tostadas y huevos, me provocó unas arcadas violentas que me tuvieron encorvada sobre el inodoro

durante media hora. El día anterior, incluso el olor del café de Alessandro me hizo salir corriendo del dormitorio.

Pero a mediodía ya se me ha pasado y me siento normal, así que no puede ser la gripe. Y si ocurre un día tras otro, no puede ser una intoxicación alimentaria, ¿verdad?

—¿Signora? —la voz de Elena llega a través de la puerta tras un golpe—. ¿Quiere que le traiga el desayuno ahora?

La sola idea de la comida hace que otra oleada rompa en mi interior. —Todavía no, Elena. Gracias.

Voy al baño y me echo agua fría en la cara. Alargo la mano hacia el cepillo del pelo, pero me detengo cuando me asalta una revelación.

¿Cuándo fue mi última regla?

Suelto el cepillo y cuento mentalmente hacia atrás. Siempre he sido regular, predecible al día exacto, pero, al parecer, ya no.

—Cinco semanas —le digo a mi reflejo en el espejo.

Cinco semanas desde mi última regla.

El corazón me late con fuerza ante la posibilidad. ¿Podría ser...? Y entonces pongo los ojos en blanco. Por supuesto que podría ser. Desde la noche en la terraza de la azotea hasta Capri, e incluso anoche mismo, Alessandro nunca ha usado preservativo.

Un bebé.

El pánico me invade al recordar que Alessandro dijo que no quería hijos. ¿Significa eso que esperaba que yo tomara anticonceptivos?

Me dejo caer en el borde de la bañera, sin saber qué hacer. Tanto si quiere a este bebé como si no, ya está aquí. No es como si pudiera ocultarlo. Aun así, quizá ocurra algo distinto. Necesito saberlo con certeza antes de decirle nada a Alessandro. Así podré prepararme para cualquier reacción que pueda tener.

Me ducho y me visto y, mientras lo hago, no puedo evitar que un sentimiento de alegría florezca ante la idea de un hijo. Un bebé. Una familia propia. Algo que nadie, ni mi padre, ni mi hermano, ni siquiera Alessandro, podrá arrebatarme.

Necesito hacerme una prueba, pero ¿cómo puedo conseguir una sin que todo el mundo se entere? Alessandro tiene hombres vigilándome constantemente; dice que es por seguridad, especialmente después del intento de asesinato. No es que no le crea, pero también sospecho que es porque sigue sin confiar en mí.

No puedo pedirle a nadie del personal que la compre, ya que se lo dirían a Alessandro. Y por supuesto no puedo pedírselo a Eva, aunque me he vuelto muy cercana a ella. Se vería obligada a decírselo a Adriano, quien se lo diría a Alessandro.

Tal vez pueda planear una tarde de compras. Hay un par de cosas que necesito. Mis guardias están atentos, pero no necesariamente me respiran en la nuca.

Una vez que estoy lista, bajo las escaleras. —Me gustaría ir de compras esta tarde —le anuncio a Gino, el jefe de seguridad.

Él asiente, ya hablando por su radio para organizar mi escolta.

Cuando finalmente llegamos a la boutique, convenientemente situada al lado de una farmacia, mis guardias toman sus posiciones fuera, tal como esperaba.

—Tardaré más o menos una hora —les digo.

Ellos asienten.

Dentro, saludo a la dependienta y selecciono unos cuantos vestidos para probármelos. Pero en lugar de dirigirme a los probadores, comento con naturalidad: —Acabo de recordar que tengo que comprar algo en la farmacia de al lado. ¿Puede guardarme esto? Volveré enseguida para probármelos.

—Por supuesto, señora Dante. Los dejaré en su probador habitual.

—Gracias.

Mientras ella deja los vestidos en el probador, salgo por la puerta lateral y entro deprisa en la farmacia. Recorro los pasillos y encuentro rápidamente las pruebas de embarazo. Cojo tres de marcas distintas, queriendo estar absolutamente segura, y pago en efectivo con mi asignación para evitar que quede ningún registro.

Meto la bolsa en el bolso y vuelvo a la boutique, donde me pruebo varios vestidos. Encuentro un precioso vestido de cóctel brillante y decido comprarlo, aunque es posible que pase más de un año antes de que pueda ponérmelo si estoy embarazada.

Salgo de la tienda levantando mi bolsa. —Misión cumplida.

Mis guardias me escoltan hasta el coche y me llevan de vuelta a la propiedad. Una vez en casa, me doy prisa en subir al dormitorio y me encierro en el baño. Desenvuelvo todas las pruebas, leyendo cuidadosamente las instrucciones. De tres a cinco minutos. Eso es todo lo que hace falta para saber si mi vida está a punto de cambiar para siempre. Sigo las instrucciones meticulosamente, usando las tres pruebas a la vez y colocándolas luego sobre el mármol. Pongo el temporizador en mi teléfono.

Los minutos parecen horas.

Me siento en el borde de la bañera y cierro los ojos. *Un bebé*. El pensamiento me produce un escalofrío de emoción, a pesar de que me aterra que Alessandro no se alegre.

Aparto ese pensamiento e imagino en su lugar una habitación infantil al final del pasillo. Las paredes pintadas de un amarillo suave. Una cuna tallada a mano. Me imagino sentada en una mecedora cantando nanas al pequeño cuerpo acunado en mis brazos. Un niño pequeño con los ojos grises de Alessandro, o tal vez una hija.

¿Le leería Alessandro cuentos antes de dormir? Sonrío, imaginando cómo se suavizaría su voz profunda mientras le lee a nuestro hijo.

¿Le enseñaría a nuestro hijo a atarse los zapatos? ¿Se derretiría al ver la primera sonrisa de su hija?

No me permito pensar en él como alguien distante, como mi padre. Ni imaginármelo viendo a nuestro hijo como un recurso en lugar de como una parte de sí mismo a la que amar.

Si la prueba da positivo, se lo diré esta noche. Haré que el chef prepare su cena favorita y abriré una buena botella de vino. No, espera... no puedo beber vino, y no es porque solo tenga dieciocho años. Me río de mi error mientras me adapto a la idea de la maternidad.

Encenderé velas en su lugar. Tal vez me ponga mi vestido nuevo. Esperaré a que esté relajado, entonces pondré su mano sobre mi vientre y le diré que va a ser padre. Que vamos a ser una familia.

Mi teléfono vibra. El tiempo se ha acabado.

Me pongo en pie, de repente aterrorizada. ¿Y si me equivoco? ¿Y si esto es solo un virus y me he montado esta elaborada fantasía para nada? ¿O si tengo razón, pero Alessandro se enfada? ¿Y si vuelve a distanciarse de mí?

Respirando hondo, cojo la prueba, preparada para enfrentarme a cualquier verdad que me aguarde.

EMBARAZADA

—Oh, Dios mío.

Cojo la segunda prueba, necesitando confirmación. *EMBARAZADA*.

Me giro hacia la tercera.

Me aprieto la boca con las manos, intentando contener un sollozo de alegría. Un bebé.

Por primera vez en mi vida, me siento completa, absolutamente plena. Tendré a alguien a quien amar con todo mi ser. Alguien que me amará de la misma forma.

Envuelvo las pruebas en la bolsa y las tiro a la basura, cubriéndolas con pañuelos, con la esperanza de que el personal no se dé cuenta cuando vacíen la papelera.

Luego paso al dormitorio y me acurruco en el asiento de la ventana con mi teléfono, pasando imágenes de diseños de habitaciones para bebés. Guardo los enlaces de las páginas web que me gustan en mis notas. Después empiezo una lista de lo que voy a necesitar. Bodies de algodón. Un vigilabebés de última generación. La silla para el coche más segura que el dinero pueda comprar.

Investigo nombres italianos que honren la herencia de Alessandro, y añado otros que simplemente suenan bonitos. Matteo. No, el hijo de Valentina es Matteo. Georgio. O tal vez Romeo o Niccolo para un niño. Quizá quiera ponerle a su hijo el nombre de su padre, Lorenzo.

Y una niña... Sofía. O tal vez Giuliana.

Cierro los ojos, con la mano apoyada en mi estómago, y me permito imaginar a Alessandro sosteniendo a nuestro bebé. Sería protector, no me cabe duda. Me imagino enseñando a nuestro hijo a nadar en verano, haciendo muñecos de nieve en invierno. Creando tradiciones familiares que yo nunca tuve mientras crecía.

Tendremos que contratar a una niñera, añado a mi lista. Pero no a una que se encargue de todo por completo. Quiero estar presente en cada logro. La primera sonrisa, los primeros pasos, las primeras palabras. Quiero que Alessandro también esté allí.

Un calor se extiende por mi interior. Un amor feroz, no solo por el bebé que crece dentro de mí, sino también por Alessandro. Por la familia en la que sé que podemos convertirnos. Sí, él todavía es reservado con sus sentimientos, todavía es cauteloso con su confianza. Pero este bebé cambiará eso, estoy segura. Verá que soy plenamente una Dante.

A medida que avanza el día, tengo más ganas de ver a Alessandro y compartir la noticia. He hablado con el personal diciendo que quiero

una cena especial para él.

Pero llega la hora de la cena y pasa sin comunicación alguna de Alessandro que explique por qué llega tarde o a qué hora vendrá a casa. ¿Está bien? ¿Ha pasado algo?

Cuando Adriano llega a casa, le doy un momento para saludar a Eva y Mirabella e imagino que dentro de nueve meses seremos yo, Alessandro y nuestro hijo.

Bajo las escaleras. —Había preparado una cena para Alessandro. ¿Llegará pronto a casa?

Adriano me dedica una sonrisa compasiva. —Ya lo conoces. Trabajando hasta las tantas.

Sonrío para ocultar mi decepción. —Entonces deberíais cenar vosotros, con Eva y Mirabella.

—Oh, no —Eva sacude la cabeza—. No podemos...

—Por favor. No quiero que se desperdicie.

Regreso al dormitorio y pido que me suban algo de comer para que Adriano pueda disfrutar de la cena con su familia.

—No pasa nada, pequeño —digo mientras miro por la ventana esperando ver a Alessandro regresar—. Vendrá tarde o temprano y podré decírselo entonces.

A las diez, estoy demasiado cansada para seguir despierta, así que me preparo para dormir. No estoy preocupada. Mañana encontraré el momento perfecto para compartir esta maravillosa noticia con Alessandro. Mientras me quedo dormida, mis sueños se llenan de visiones de una vida feliz y plena que nunca pensé que llegaría a tener.

28

ALESSANDRO

Pasan de las diez cuando vuelvo a casa, pero mi jornada no ha terminado. Me dirijo directamente a mi despacho con una mirada hacia las escaleras y el impulso de renunciar al resto de mi trabajo para irme a la cama con mi mujer.

Por desgracia, hay más que hacer y mi prioridad absoluta es el negocio familiar. Mantenernos prósperos y seguros. Sé que Isabella lo entiende. Es parte de lo que la convierte en una buena esposa. Y no puedo negar que, aunque la carga de la responsabilidad sigue siendo pesada, hay algo en tenerla a mi lado que la hace más llevadera.

Mientras me siento a mi escritorio, me asalta el recuerdo de ella entrando ayer en mi despacho con su lencería roja y chupándome la polla.

—Joder —murmuro, pasándome una mano por la cara. No puedo seguir dejando que me distraiga de mi deber. Mi padre seguramente se sentiría decepcionado al saber que estoy dejando que una mujer me nuble el juicio.

Aun así, no puedo arrepentirme. Por primera vez en mi vida, me estoy permitiendo tener algo propio. Algo que no tiene que ver solo

con la familia o los negocios.

Me levanto de la silla, de repente impaciente por verla. El imperio puede esperar hasta mañana. Esta noche, solo quiero ser el hombre que Isabella ve cuando me mira. No Don Dante. Solo Alessandro.

Suena el teléfono y respondo sin mirar la identificación de llamada; la hora tardía sugiere malas noticias.

—Don Dante.

—Jefe, es Adriano. Tenemos una situación en el almacén sur.

Se me encoge el estómago. —¿Qué tipo de situación?

—Allanamiento. Se han saltado el sistema de seguridad. Tiene que ver esto usted mismo.

Joder. El almacén sur alberga nuestro mayor cargamento de bienes importados, tanto legítimos como de los otros.

—¿Alguien herido?

—Tres caídos, pero no muertos. Quien haya hecho esto sabía lo que hacía.

—Voy para allá. —Cuelgo, dirigiéndome ya hacia la puerta.

La paz que sentía hace unos instantes se evapora. Esta es mi realidad, mi deber. No la felicidad doméstica con Isabella, sino la vigilancia del negocio.

Cojo mi chaqueta y mi pistola, comprobando el cargador antes de enfundarla. Al pasar por el vestíbulo principal, me detengo de nuevo al pie de la escalera, mirando hacia arriba, donde duerme Isabella. Considero despertarla para decirle que llegaré tarde, pero decido no hacerlo. Que descanse sin preocuparse por esta última crisis.

En su lugar, envío un mensaje a mi jefe de seguridad para que duplique la guardia alrededor de la propiedad. Si alguien es lo

bastante audaz como para asaltar mi almacén, lo siguiente que podría intentar es entrar en mi casa.

Mientras conduzco, no puedo evitar preguntarme si será Marco, jodiéndome de nuevo. Sigo sin tener pruebas sobre los últimos ataques. Pero Marco ha estado sospechosamente callado desde nuestro último enfrentamiento.

Cuando llego al almacén, Adriano y Dario, un capitán recién ascendido, están esperando fuera con cuatro hombres armados. El almacén parece intacto desde el exterior.

—Enseñadme —ordeno, siguiéndolos al interior.

Espero encontrar que faltan cargamentos. En su lugar, los encuentro destruidos.

—¿Las grabaciones de seguridad?

—En bucle. Un trabajo profesional. Sabían exactamente dónde estaban las cámaras.

Camino entre los destrozos, con los zapatos crujiendo sobre cristales rotos. Esto no es por dinero. Los ladrones se habrían llevado la mercancía. Esto es una represalia.

—¿Los guardias?

—Los encontramos inconscientes. Drogados, no apaleados.

Me arrodillo para examinar una caja rajada. —¿Cómo han entrado?

—Ese es el problema, jefe —Dario se remueve, incómodo—. El sistema de seguridad no indica una entrada forzada. No saltó ninguna alarma.

—¿Un trabajo interno?

—Probable —dice Adriano—. Este almacén requiere una llave.

Le miro mientras se me revuelve el estómago.

—Una llave. Todas están localizadas excepto la suya.

Meto la mano en el bolsillo, saco el llavero y localizo la llave.

—¿Qué pasa con la que tiene en su despacho? —pregunta Adriano.

Tardo un minuto en procesar lo que me está preguntando. Pero no es posible que nadie cogiera una llave de mi despacho. Nadie tiene permitido entrar allí sin mí.

—Lo comprobaré cuando llegue a casa. Ahora mismo, quiero a todos los que tuvieran conocimiento de este cargamento en mi despacho mañana por la mañana.

—La seguridad del edificio fue puenteada —empieza Adriano mientras busca algo en su teléfono—, pero parece que no sabían lo de las cámaras exteriores secundarias.

Añadí esa vigilancia adicional tras los ataques de la Bratva.

Adriano me tiende su teléfono y veo el vídeo de un todoterreno negro deteniéndose. La puerta del conductor se abre y Enrico Vitale sale junto con varios hombres más.

—Maldita sea. —La rabia y la traición hierven en mi interior mientras asimilo la perfidia de la familia de Isabella. Enrico camina directo hacia la puerta, saca algo del bolsillo y entra sin vacilación ni dificultad.

Tenía una llave.

Miro a Adriano, que me devuelve una mirada significativa. —Como he dicho, todas las llaves están localizadas...

Hago zoom, congelo el fotograma, mejoro la imagen. No hay duda. La llave de titanio especializada es claramente visible en su mano.

—Tengo que revisar mi despacho.

Pero ¿cómo habría conseguido la llave? La llave nunca sale de mi despacho. Es una de repuesto.

Los recuerdos de Isabella en mi despacho me inundan. Sobre mi escritorio. Papeles esparcidos por el suelo. Su insistencia en recoger después. ¿Le había dado la espalda por algún motivo?

La furia me quema las entrañas.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Adriano.

Me vuelvo hacia él, con una rabia apenas contenida. —Tengo que ir a casa.

—¿Y qué pasa con el almacén?

Me vuelvo hacia Dario. —Pon guardias. Que nadie toque nada hasta que yo lo diga.

Ya me dirijo a mi coche cuando Adriano se pone a mi altura. —¿Qué está pasando?

—Aún no estoy seguro. —Abro la puerta del coche y me deslizo dentro.

—Voy contigo. —Adriano corre hacia el lado del pasajero y sube justo cuando pongo la marcha.

Soy un puto imbécil.

—¿Qué se te pasa por la cabeza? —Adriano se abrocha el cinturón mientras piso el acelerador y salgo disparado hacia la casa.

—Solo hay una forma de que Enrico haya conseguido la llave —le lanzo una mirada—. A través de Isabella.

Él bufa. —Ni de coña.

—He visto las imágenes yo mismo. Enrico tenía mi llave. La única persona que ha podido dársela es Isabella.

—Ella te mira como si fueras el puto centro del universo. No creo que...

—Nos la ha jugado a todos. —El dolor en mi pecho se agudiza y me odio por mi debilidad—. Incluso a ti.

Afortunadamente, Adriano parece considerarlo. —Si eso es cierto, es una buena actriz.

—Es una Vitale.

Vuelo de regreso hacia la finca. Imágenes de Isabella desfilan ante mí. Cada vez que me traía café o comida mientras trabajaba. Su seducción de anoche. Su insistencia en ayudarme a recoger. ¿Había sido todo calculado?

Quiero negarlo. Quiero creer que ella es diferente a su familia. Pero si esa llave no está en mi escritorio, tendré que aceptar la verdad de que he sido traicionado por mi propia esposa. Guiado por la polla.

Los neumáticos chirrían cuando enfilo el largo camino de entrada que conduce a nuestra propiedad.

Adriano apoya la mano en el salpicadero mientras clavo los frenos. —Podría no ser ella...

—Si la llave no está, tiene que ser ella.

—¿Qué vas a hacer?

No respondo mientras salgo del coche y entro precipitadamente por la puerta principal.

Dentro, la casa está en silencio; la mayor parte del personal ya se ha retirado a descansar. Entro a grandes zancadas en mi despacho, rodeo el escritorio y abro el cajón, dirigiendo la mirada al pequeño recipiente donde se guarda la llave.

—¿Y bien? —dice Adriano desde la puerta de mi despacho.

—No está. —Revuelvo el cajón, rezando para que la llave se haya caído del recipiente. Me follé duramente a Isabella y el escritorio se balanceó bajo nosotros. Pero no está aquí.

Miro a Adriano. —Joder.

—¿Qué vas a hacer?

La voz de mi padre resuena en mi cabeza. *Nunca muestres piedad con los traidores, Alessandro. Solo hace falta uno para derribar un imperio.*

Respiro hondo, tratando de serenarme, pero la rabia es demasiado grande para controlarla.

—¿Alessandro? —me insta Adriano buscando una respuesta.

—Los Vitale... van a morir todos.

29

ISABELLA

La puerta se abre de golpe, despertándome sobresaltada, con el terror recorriéndome todo el cuerpo. ¿Estamos bajo ataque?

Alessandro está bajo el umbral, sus hombros llenan el marco. El aire chisporrotea con electricidad, pero no del tipo que suele saltar entre nosotros. Esto es peligroso. Letal.

—Recoge tus cosas —dice. Su voz es más fría, más airada de lo que jamás le he oído—. Vas a volver con tu familia.

Parpadeo, segura de haber oído mal. —¿Qué?

—No me voy a repetir —cruza la habitación y me saca de la cama tirando de mi brazo—. Recoge tus cosas y vete de una puta vez de mi casa antes de que...

No termina la frase, pero no hace falta. Me mira como si pudiera estrangularme hasta matarme.

Tropiezo al intentar ponerme en pie. —Alessandro, no lo entiendo...

—¿Ah, no? —Su risa me produce un escalofrío por la espalda—. Casi llego a creerte.

Estoy aterrorizada, pero también sé que, sea cual sea el motivo de su enfado, yo no tengo nada que ver. Solo puedo suponer que mi padre, mi hermano o ambos han actuado contra él. —¿Qué crees que he hecho?

—Tengo un vídeo de tu hermano destruyendo mi muelle esta noche. Usando mi llave personal para entrar. —Sus ojos se clavan en mí—. La llave que estaba en mi despacho.

La comprensión me golpea con fuerza. —¿Crees que la cogí yo? Yo nunca...

—Ahórratelo. —Se inclina hacia mí, y cualquier rastro de afecto que hubiera podido ver antes en sus ojos ha desaparecido. Ahora solo veo odio—. Vuelve con tu familia. Dile a tu padre que su plan ha fallado. Dile que la alianza se ha acabado. Si quiere guerra, ya la tiene.

—Alessandro, por favor. —Alargo la mano hacia él, pero se aparta de un tirón y me mira con repugnancia—. Soy tu mujer. Te quiero.

Sus ojos brillan con una ira aún mayor. —No quiero tus mentiras.

—No te traicioné. No lo haría.

—Esto no es una puta discusión. Recojas o no... estás fuera de mi casa ahora mismo.

Retrocedo tambaleándome, presionando la mano sobre mi vientre, sobre nuestro hijo. Un hijo del que él todavía no sabe nada. ¿Debería decírselo? ¿Serviría de algo?

No me interesa ser padre.

No, la noticia no nos salvará ni a mí ni a mi hijo.

—Está bien —la lucha me abandona—. Me iré. Pero, por favor, envíame a cualquier sitio menos con mi padre. Iré a un hotel, a otro país. A cualquier parte antes que volver con él.

—¿Por qué? —Su voz está llena de desprecio—. ¿Temes que papá no esté contento con tu trabajo? El muelle ha sido destruido, pero yo sigo respirando.

Le miro fijamente, preguntándome cómo es posible que crea que yo sería capaz de traicionarlo.

—Te mereces a tu familia —dice con frialdad—. Y ellos te merecen a ti.

—¿De verdad crees eso?

Por un momento, creo ver que su determinación flaquea. Pero entonces desaparece, y sus ojos vuelven a estar vacíos. —Tienes cuarenta y cinco minutos para recoger lo que puedas llevar. Los de seguridad te escoltarán fuera. Georgio te llevará a casa.

Observo la espalda de Alessandro mientras se aleja como si yo no fuera nada. Como si los momentos que compartimos no hubieran sido nada.

Me tiemblan las piernas, pero no puedo permitirme desmoronarme.

Dos hombres aparecen en el umbral con el rostro inexpresivo mientras me observan recoger lo poco que puedo en una pequeña maleta. Las manos me tiemblan tanto que apenas puedo cerrar la cremallera.

—Señora Dante. Ha llegado la hora.

Me escoltan fuera. No hay nadie allí para decir adiós. Por otra parte, es plena noche. Probablemente es como él desea que sea.

Durante el trayecto en coche de vuelta a la propiedad de los Vitale, miro por la ventana sabiendo que mi vida va a ser peor en casa, y mi mente trabaja para imaginar otras opciones. ¿Podría huir? ¿Empezar de nuevo en algún lugar con mi bebé? Pero no tengo dinero propio, ni ningún lugar seguro frente a los Dante o los Vitale.

El conductor se detiene ante la puerta, y uno de los soldados de Alessandro sale del asiento delantero y abre la puerta trasera donde estoy sentada. Me agarra del brazo y me saca fuera. Dejándome plantada junto al coche, vuelve al asiento del copiloto y se marchan.

Si voy a huir, este es el momento. Pero es plena noche y no tengo absolutamente ningún recurso.

Pulso el botón de la puerta y le comunico a uno de los guardias de mi padre que estoy aquí. Por un momento, me pregunto si me dejarán entrar. Instantes después, la puerta se abre y subo por el largo camino de entrada hacia la casa.

La puerta principal se abre cuando me acerco. Mi padre está allí en bata, con el rostro contraído en un ceño fruncido. Detrás de él espera mi madre, con la cabeza baja. Enrico está en el rellano inferior de las escaleras, con la irritación reflejada en los ojos.

Me pregunto si Alessandro les ha llamado.

—¿Qué significa esto? —Mi padre se aparta a un lado para que pueda entrar—. Son casi las cuatro de la mañana.

Cruzo el umbral y la puerta se cierra tras de mí. Crecí en esta casa, pero no siento que esté volviendo a mi hogar.

—Así que el gran Alessandro Dante te ha devuelto como mercancía dañada —se burla Enrico.

Mi padre le fulmina con la mirada por encima del hombro. —Espero que no te hayas escapado...

—Él me ha echado. Cree que le he traicionado.

—¿Y lo hiciste? —pregunta Enrico con voz casual.

—No. Lo hiciste tú.

Mi padre se vuelve hacia Enrico. —¿A qué se refiere con eso?

—Tal vez a Don Vitale le gustaría reunirse en su despacho —dice el señor Paolo, el mayordomo, apareciendo en bata—. Haré que la señora Benetti prepare café.

—Sí, sí. —Mi padre nos indica a Enrico y a mí que vayamos a su despacho con un gesto. A mi madre nunca se le permite entrar allí, pero espera a que nos hayamos ido antes de subir las escaleras. Al menos alguien va a poder dormir algo esta noche.

—A ver, ¿qué quieres decir con que Enrico lo sabe? —Mi padre se sirve una copa y luego se sienta tras su escritorio.

Yo permanezco de pie frente a él. —Lo tienen grabado en las cámaras de vigilancia destruyendo algo en uno de los muelles de los Dante.

—Mentiras. Todo son mentiras —Enrico sonríe con arrogancia.

—Estás en vídeo —le digo.

Él niega con la cabeza. —Imposible.

Suspiro, sintiéndome agotada. —Bueno, estoy segura de que podrás explicárselo a él cuando te enseñe las pruebas.

Mi padre entrecierra los ojos mirando a Enrico. —¿Es eso cierto?

—No hay pruebas.

Curiosamente, no ha dicho que no lo hiciera.

—¿Por qué iba Alessandro a pensar que las hay? —exige mi padre.

Enrico se encoge de hombros mientras se sirve una copa. —No lo sé. Lo único que sé es que no había vigilancia operativa.

—Oh, joder. ¿Qué has hecho? —Mi padre se pasa la mano por la cara. Es la primera vez que le veo con aspecto de viejo y cansado.

—Me faltó al respeto... a nosotros —escupe Enrico—. Estoy harto de esperar. Ahora es débil, deberíamos...

Mi padre se levanta, señalando a mi hermano con el dedo. —Una puta pena. Yo soy el Don aquí. Acabas de arruinarlo todo. Primero con esa jugarreta del whisky...

—Nos consiguió la llave. Ese muelle es el más grande que tienen...

No conozco los detalles, pero he oído lo suficiente para darme cuenta de que, de alguna manera, durante la entrega del whisky o quizás durante el alboroto por el envenenamiento, alguien cogió la llave de Alessandro. ¿Había pagado Enrico a alguien del personal de la casa o había infiltrado a alguien?

—Tú no mandas. —Mi padre se dirige hacia Enrico y lo empuja contra la pared. Los ojos de Enrico brillan con violencia, y me pregunto si está a punto de usurpar a mi padre—. Teníamos un plan.

—El mío es mejor. ¿Por qué dejar que los Dante se recuperen? ¿Por qué manchar a Isabella? Tenemos que atacar...

—Puto idiota. ¿Cuántas veces te he dicho que nunca subestimes a un Dante? —Mi padre le lanza una mirada de asco antes de soltar a mi hermano y volverse hacia mí—. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que me fuera y ha hecho que me trajeran. Cree que te estaba ayudando.

—Lo habrías hecho si tu hermano no hubiera jodido las cosas de forma monumental...

—Ella nunca nos ayudaría. —Enrico me mira con el mismo desdén que mi padre acaba de mostrarle a él—. Está enamorada de él. Ahora es una Dante. Por lo que sabemos, esto es una pantomima entre ellos dos para que ella obtenga información nuestra.

Mi padre parece considerar esa posibilidad.

—Don Dante nunca usaría a una mujer para hacer el trabajo de un hombre —digo. Los hombres Dante son demasiado protectores con sus mujeres para usarlas en sus trabajos sucios—. Eso solo lo harías tú. —Miro con furia a Enrico.

La mano de Enrico impacta en mi cara; el escozor me trae lágrimas a los ojos. —No me hables así. —Me agarra, empujándome contra la pared—. Por lo visto, los Dante tampoco hacen daño a las mujeres, pero yo no tengo ese problema. —Levanta el puño hacia atrás, y en lo único que puedo pensar es en mi bebé.

Me cubro el vientre. —No lo hagas. Estoy embarazada.

La mano de Enrico se detiene a mitad del golpe. —¿Qué?

—Enrico, suéltala. Maldita sea. Los dos sois una absoluta decepción.

Enrico se vuelve hacia mi padre mientras me mantiene inmovilizada contra la pared. —¿Has oído lo que ha dicho? Lleva al heredero de Dante.

A mi padre se le iluminan los ojos, pero sé que no es por convertirse en abuelo. —Un heredero Dante. ¡Isabella, esto es perfecto!

—¿Perfecto? Mi marido acaba de echarme a la calle. No hay nada de perfecto en esto.

Enrico suelta una carcajada. —¿No lo ves? Esto lo cambia todo. Sangre de Alessandro en un recipiente Vitale.

¿*Recipiente*? —Soy una persona. Esto es un niño. *Mi* hijo.

—Nuestra ventaja —continúa Enrico como si yo no hubiera hablado —. Padre, imagínalo. Los Dante no dañarán a la madre de su heredero. Y si algo llegara a pasarle a él...

—El niño sería el siguiente en la línea sucesoria —termina mi padre, con una lenta sonrisa extendiéndose por su rostro.

El horror me inunda. —Estáis hablando de asesinar a mi marido y usar a mi bebé para apoderaros de la familia. —Adriano nunca lo permitiría. Ninguno de los hombres de Alessandro lo haría.

—Hablo de coger lo que nos pertenece por derecho —espeta Enrico —. Si la Bratva no hubiera fallado, el territorio y los negocios de los Dante ya serían míos...

—Nuestros —gruñe mi padre.

Enrico asiente respetuosamente, pero ahora veo lo que está pasando. Enrico está harto de que lo frenen. Está listo para liderar, para ser el Don no solo de la familia Vitale, sino también de la familia Dante.

—Quieres esta guerra —le digo a Enrico.

Él se ríe. —No hay forma de que esto no acabe en guerra, Isabella. Eres lo bastante inteligente para saberlo.

—Pero tal vez solo necesitemos deshacernos de Alessandro. El hijo de Isabella es el heredero. —El rostro de mi padre muestra triunfo al imaginarse tomando los negocios de los Dante.

Ninguno parece considerar que podría tener una niña. —No dejaré que uséis a mi hijo en vuestros juegos enfermizos. —Sé que pagaré por esas palabras, pero ya no soy la obediente Isabella. Tengo un hijo que proteger—. Este hijo es mío y de Alessandro. No vuestro.

La sonrisa de Enrico desaparece, sustituida por algo feo. —Pequeña zorra estúpida. ¿Crees que tienes elección?

—Tengo elección.

—¿Te ha hecho Dante creer eso? Es más nena de lo que pensaba si te dejó creer que tenías algún poder.

—Basta. —La voz de mi padre interrumpe a Enrico—. Isabella, me decepcionas. Pensé que entendías tu deber hacia esta familia.

—¿Mi deber? ¿Por qué voy a tener un deber hacia vosotros? Me usasteis como garantía en vuestro trato con Alessandro.

—Es tu papel, hermanita.

—¡No dejaré que me uséis! —declaro, sabiendo que no ganaré esta batalla pero necesitando defenderme. Por mi hijo—. Preferiría morir antes que ayudaros a destruir a Alessandro.

Algo cambia en los ojos de Enrico. —Eso puede arreglarse. Pero no antes de que hayas cumplido tu propósito.

Mira a mi padre, que deja escapar un suspiro de resignación pero luego asiente.

Enrico abre la puerta. —Tony.

Un hombre corpulento entra en la habitación.

—Llévala al sótano.

—¿Qué? —Antes de que pueda darme la vuelta, unas manos fuertes me agarran los brazos—. ¿Qué estás haciendo? —Lucho contra su agarre—. ¡Suéltame!

Mi padre se levanta de detrás de su escritorio. —Necesitas tiempo para reconsiderar tu posición, Isabella. Unos días a solas deberían ayudarte a comprender dónde debe estar tu lealtad.

—¡No podéis hacer esto! —Me agito salvajemente—. ¡Estoy embarazada! El bebé necesita...

—El bebé estará bien —me interrumpe Enrico—. Mujeres embarazadas han soportado cosas mucho peores que un poco de disciplina.

Le escupo a la cara. Su palma impacta de nuevo contra mi mejilla, y la fuerza de la bofetada hace que mi cabeza se gire hacia un lado.

—Sácala de aquí —ordena mi padre—. Llévala a la habitación de la bodega.

La habitación de la bodega. El lugar donde encerraban a Enrico cuando se portaba mal de adolescente. Frío, húmedo y sin ventanas.

—Por favor —suplico mientras Tony me arrastra por el pasillo—. No dejéis que le hagan esto a una mujer embarazada. Por favor.

Su agarre se afloja un poco, pero su voz permanece firme. —Lo siento, señorita Isabella. Órdenes son órdenes.

La puerta de la bodega chirría al abrirse, revelando paredes de piedra y un estrecho camastro. El olor a humedad me golpea cuando me empujan dentro. La puerta se cierra de golpe. Se oye el clic del cerrojo.

Sola en la oscuridad, me hundo en el camastro. Las lágrimas me queman los ojos, pero llorar no nos servirá de nada ahora ni a mí ni a mi bebé. Tengo que encontrar una forma de salir. Pero no imagino cómo y, si lo hiciera, ¿a dónde iría? Alessandro cree que le he traicionado. Mi familia me ha encarcelado. Nunca me he sentido más sola en mi vida.

Pero no solo tengo que pensar en mí misma. Tengo una vida más allá de la mía que depende de mí. En la negrura absoluta de mi prisión, empiezo a planear mi huida.

30

ALESSANDRO

Estoy sentado a solas en mi despacho; los recuerdos de follarme a Isabella sobre mi escritorio han sido reemplazados por un odio amargo.

Las grabaciones de seguridad se reproducen en bucle. Enrico Vitale entrando en mi almacén con mi llave, la misma llave que había estado en mi escritorio la noche que Isabella vino a buscarme.

El bourbon me quema la garganta, pero no mitiga el frío que se extiende por mi pecho. Confié en ella. No había querido hacerlo. Creía haberme blindado contra ello precisamente por esta razón. Pero el dolor y la rabia ante su traición me dicen que he fracasado.

—Maldito imbécil —mascullo para mis adentros mientras me sirvo otra copa. Quiero vaciar la botella, pero no puedo permitirme emborracharme. No cuando los Vitale están llamando a mi puerta.

Unos golpes en la puerta interrumpen mis autorreproches. Adriano entra sin esperar permiso, con el rostro sombrío.

—Deberías comer algo. —Deja un plato con un bagel—. El chef ha...

—No tengo hambre.

—Me importa una mierda. Necesitas comer para...

—Dios, pareces una madre.

Se inclina sobre mi escritorio. —No quiero morir porque tú no estés centrado o no tengas fuerzas. Cómete el puto bagel.

Capullo. Le doy un bocado al bagel. —¿Contento?

—Ni por asomo. —Se sienta en la silla frente a mi escritorio.

—Tienen que desaparecer todos. La mejor forma de evitar una guerra total es eliminar a la familia.

La expresión de Adriano no cambia. Siempre ha sido el ejecutor de nuestra familia, así que hablar de eliminar gente no le inmuta. —¿A todos?

Sé que me está preguntando por Isabella y quizá por su madre. Siempre se nos ha conocido por no dañar a mujeres ni a niños. La señora Vitale es la sombra de una mujer, no merece la pena matarla. Por otra parte, es evidente que es una desgraciada. Quizá recibiría bien la muerte.

Pero Isabella...

Las grabaciones de seguridad vuelven a repetirse. Enrico deslizándose en el edificio usando la llave que Isabella tuvo que entregarle.

—La señora Vitale puede vivir, pero tiene que marcharse.

Adriano me estudia. —¿Y tu mujer?

—Han destruido un cargamento que vale millones. Se han infiltrado en nuestra operación a través de ella.

Adriano arquea una ceja. —¿Estás seguro de eso?

Le lanzo una mirada furiosa. —Has visto las grabaciones. Enrico tenía mi llave. La llave que guardaba justo aquí. —Abro y luego

cierro el cajón de un golpe—. La única persona que pudo habérsela dado fue Isabella.

—¿La misma Isabella que te miraba como si fueras el puto centro del universo? —Adriano niega con la cabeza—. No lo sé. Tienes que estar seguro, Alessandro.

—Sí, me caía bien. —La confesión de Adriano me sorprende—. Me recordaba a Eva, de hecho. Ese mismo fuego bajo toda esa fachada de corrección.

Eva también nos traicionó, aunque las circunstancias fueron un poco distintas. Y a Eva la coaccionaron, y con el tiempo intentó poner fin a su traición fingiendo su muerte. Isabella ha sido una participante voluntaria.

—Esa no es la comparación que quieres hacer ahora mismo —le advierto.

—¿No? Eva me traicionó, me mintió, y aun así acabó siendo lo mejor que me ha pasado nunca. Tal vez no sea el mejor juzgando el carácter de la gente, pero se me da bastante bien juzgar el amor.

—Esto no va de amor —escupo.

—Y una mierda. —Adriano se inclina hacia delante—. Si fuera solo por negocios, no estarías bebiendo como un idiota a las cinco de la mañana.

Bajo de nuevo la vista al vídeo, incapaz de sostener la mirada penetrante de mi hermano. —Esta alianza ha terminado. Es hora de ocuparse de los Vitale de una vez por todas.

—Pues mata a Marco y a Enrico. —Adriano se encoge de hombros—. ¿Pero a Isabella? ¿A tu mujer? ¿A la madre de tus posibles hijos?

Levanto la cabeza de golpe. —¿Qué has dicho?

—He dicho que mates a los que se lo merezcan. No a la...

—No. Lo de los hijos.

Adriano se encoge de hombros. —Nada. Solo que es tu mujer y podría ser la madre de tu heredero.

Se me revuelven las entrañas. —¿Dijo ella algo...?

Adriano pone los ojos en blanco. —No. Solo digo que... si te la has follado, existe la posibilidad. —Entorna los ojos mirándome—. A menos que usaras protección, cosa que, conociéndote, probablemente hiciste.

Pero no lo hice. Ni una sola vez.

Adriano se levanta. —Voy a ocuparme del almacén y a hablar con mis hombres. Tengo vigilados algunos de los nidos de los Vitale. Hay un club de striptease que le gusta a Enrico. No abre hasta el mediodía, pero sé que siente predilección por una de las chicas y suele aparecer antes de tiempo.

—Bien.

—Come, Alessandro. Descansa un poco. Luego acabaremos con esos hijos de puta.

Cuando se va, me quedo mirando mi vaso vacío, con el pensamiento consumido por la pregunta. ¿Podría estar Isabella embarazada? La posibilidad lo cambia todo y, al mismo tiempo, nada.

Me lo habría dicho, decido. ¿Qué mejor manera de asegurarse de que la mantuviera aquí que decirme que un hijo de los Dante crecía en su interior? Joder, considerando su traición, me sorprende que no mintiera y me dijera que estaba embarazada solo por esa razón. No. No lleva un hijo mío.

Los días siguientes transcurren recopilando información mientras trazamos un plan para eliminar a la familia Vitale. Pero Adriano sigue presionándome sobre si incluir o no a Isabella. —Nosotros no matamos mujeres —argumenta.

—No tienes pruebas directas.

—¿Y si te equivocas?

¿Pero qué otra explicación podría haber? Nadie tiene permitido entrar en mi despacho cuando yo no estoy.

Al final, decido llamar a Luca para conocer su opinión.

Responde al segundo tono. —Alessandro.

—Necesito tu perspectiva. —Me cuesta pronunciar las palabras. Alessandro Dante no pide ayuda, y mucho menos a un hermano menor que ha sido exiliado. Pero Luca ha levantado su propio negocio desde cero. Si alguien puede darme una visión externa, es él—. Se trata de Isabella.

—¿Tu mujer? No soy consejero matrimonial...

—No necesito consejos matrimoniales —le corto. Le explico la situación, remontándome a los ataques a los almacenes durante la luna de miel, el whisky envenenado y ahora la desaparición de la llave que Enrico usó para destruir mi mercancía.

—Le estás dando demasiadas vueltas —dice Luca—. Los Vitale han sido un cáncer en nuestra operación durante años. Marco ha estado esperando una oportunidad desde antes de que muriera nuestro padre.

Camino por el despacho, incapaz de quedarme quieto. —Estoy preparado para la guerra. De lo que no estoy seguro es de qué hacer con Isabella...

—Es una Vitale —su voz se endurece—. La sangre importa, Alessandro. Por eso la echaste, ¿no? Tú sabes lo que sabes.

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz, dándome cuenta de que esperaba que él me quitara de la cabeza la idea de matarla.

—Adriano sacó el tema de que pudiera estar embarazada... ella nunca dijo nada, pero... —Joder, no quiero decirle a mi hermano pequeño que no usé condón.

—A menos que pienses traerla de vuelta a la familia Dante, es una razón más para acabar con esto ahora. ¿Crees que no usarán a ese niño contra ti? ¿Que no lo entrenarán para odiarte? ¿Para que algún día te arrebate todo lo que has construido?

Me oprimo el pecho con la mano, donde crece una sensación inquietante. ¿De verdad puedo matar a mi mujer?

—Tú sabes cómo jugaría yo. Tierra quemada. Es el único lenguaje que entiende esta gente. Elimina a la familia entera. Que sirva de ejemplo para las próximas generaciones.

No respondo.

—Tu silencio me indica que no estás seguro de si está implicada.

Cierro los ojos, viendo su rostro en el momento en que la arrastré de la cama para echarla de mi casa. La confusión en sus ojos había parecido genuina.

—¿Y si me equivoco?

—Entonces te equivocas —el tono de Luca es pragmático—. Es mejor eliminar una amenaza potencial que dejarla viva para que lo destruya todo. Padre nos enseñó eso.

—Es mi mujer.

—Es tu debilidad. Y en nuestro mundo, la debilidad te mata; otra lección que nos enseñó Padre. —Hace una pausa—. Has llamado porque ya sabes lo que hay que hacer. Solo quieres que alguien te diga que está bien.

Pero no está bien. Nada de esto está bien. Y pensar en Isabella muerta por orden mía me revuelve el estómago.

—Tú fuiste quien me dijo que Isabella podría ser un activo contra su familia —le recuerdo a Luca—. Aquella primera noche tras el ensayo de la boda. Dijiste que si lo jugaba bien...

—Me equivoqué —interrumpe Luca tajante—. No era tan inocente y cándida como pensábamos.

De todas las decisiones que he tenido que tomar desde que me convertí en Don, esta es con diferencia la más difícil. Si me equivoco, la culpa me consumirá. El hecho de que sienta culpa significa que Isabella se me ha metido en el corazón. Lo mejor sería arrancarla de cuajo.

—Alessandro —dice finalmente—, ¿qué está pasando realmente aquí? ¿Es por la incertidumbre... o es por ella?

—No sé a qué te refieres.

—Mentira. Te he visto sacrificarlo todo por esta familia. Te he visto tomar decisiones imposibles sin pestañear. Y sin embargo, aquí estás, dudando antes de eliminar una amenaza clara.

—Las pruebas...

—Son condenatorias. Tú lo sabes. Yo lo sé. —Suspira—. ¿Qué hay de diferente esta vez? ¿Qué hace que Isabella Vitale sea la excepción a cada regla por la que hemos vivido, aparte de que es una mujer?

¿Qué la hace diferente? ¿La forma en que me desafió desde el principio? ¿Cómo nunca se acobardó, incluso cuando debería haberlo hecho? ¿La vulnerabilidad en sus ojos cuando confesó que se estaba enamorando de mí?

—Necesito estar seguro —consigo decir.

—Si no estás seguro, ¿por qué la enviaste de vuelta con su familia? A estas alturas la has abandonado, y su familia probablemente esté usando su rabia en su beneficio. Si antes no trabajaba con su padre, ahora seguro que sí.

Joder.

—Solo puedo suponer que tus dudas vienen de que sientes algo por ella. ¿Estás enamorado de ella, Alessandro?

¿Lo estoy? ¿Es eso este vacío que siento? ¿Y qué si lo es? Lo que yo quiera o necesite no importa.

—No importa lo que yo sienta. Se trata de la seguridad de nuestra familia.

—Importa —rebate Luca—. Porque te está nublando el juicio.

Tiene razón. Pero saberlo no hace que la respuesta sea más clara.

—Decidas lo que decidas —dice Luca—, estoy contigo. Pero Alessandro... asegúrate. Asegúrate jodidamente bien. Porque esta no es una decisión que puedas revocar.

Estoy seguro. No hay otra explicación. ¿Verdad?

—Y si me necesitas, estaré allí para ti. No me importaría matar a unos cuantos Vitale.

—Gracias, Luca.

Cuando termino la llamada, vuelvo a mirar las grabaciones de seguridad una vez más. Enrico, la llave, la destrucción. Las pruebas parecen irrefutables.

Y aun así...

Cierro los ojos, viendo el rostro de Isabella mientras la sacaba de la cama y la obligaba a marcharse. El impacto. La confusión. El dolor.

La familia Vitale debe pagar por lo que ha hecho. De eso no tengo duda. Marco y Enrico han firmado sus sentencias de muerte con su traición.

Pero Isabella...

El corazón se me contrae como si estuviera en un puto torno. Me doy cuenta de que Luca podría tener razón. Puede que quiera a mi mujer.

31

ISABELLA

La celda en la que me han encerrado en el sótano no tiene ventanas, es húmeda y fría. Una fina manta es mi único abrigo, y el pequeño catre el único lugar para sentarse o tumbarse. Las tripas me rugen, un recordatorio constante de las escasas sobras con las que me han estado alimentando.

¿Cuántos días han pasado? ¿Dos? ¿Tres? El tiempo se desdibuja cuando estás encerrada en la oscuridad con las únicas apariciones esporádicas de la criada, que trae agua y sobras de cocina pasadas. Me siento cansada y débil, y estoy segura de que no es solo el embarazo lo que me hace sentir así.

El cerrojo hace clic y me enderezo, tragando saliva con dificultad. La puerta se abre de par en par y Enrico aparece allí con una mueca de suficiencia.

—Vaya, pero mírate. La poderosa señora Dante, reducida a esto.

—Necesito más comida —digo, ignorando sus burlas—. Y agua. Por el bien del bebé, Enrico.

Él se ríe. —¿El bebé? ¿Te refieres al bastardo de Dante que llevas dentro?

Una rabia incandescente me recorre, reemplazando momentáneamente mi agotamiento. —Mi hijo no es un bastardo. Alessandro y yo estamos casados.

—¿Un matrimonio que duró cuánto antes de que te pusiera de patitas en la calle? —Enrico se planta frente a mí con los brazos cruzados—. Acéptalo, Isabella. Él no quiere saber nada de ti ni de tu engendro.

—No entiendes lo que estás haciendo. Si pierdo a este bebé por tu culpa...

—Si lo pierdes, encontraremos otro modo —dice con un gesto despectivo—. Aunque admito que un heredero Dante sería una baza muy conveniente.

—¿Una baza? Es tu sobrino o sobrina, Enrico. Tu propia sangre. —Aunque yo también soy de su sangre y es evidente que me desprecia.

—A medias sangre Dante. —Su rostro se tuerce de asco—. Impura.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué me echó Alessandro?

Una sonrisa lenta se extiende por su cara. —Digamos que me serví de algo suyo. Algo a lo que solo tú podías haberme dado acceso.

La llave del almacén. Recuerdo que mi padre mencionó el envenenamiento del whisky y que Enrico admitió que había sido él y que lo había usado para conseguir la llave.

—Me usaste. Me tendiste una trampa.

—Y Alessandro se lo tragó. Tanto hablar de amor verdadero... —Se inclina más cerca—. Elegiste el bando equivocado, hermanita.

—Por favor —le pido, tratando de alcanzarlo, con la desesperación anulando mi orgullo—. El bebé necesita nutrientes. Me estoy debilitando...

—A lo mejor deberías haber pensado en eso antes de traicionar a tu familia. —Se aparta y se dirige a la puerta—. La lealtad tiene consecuencias, Isabella. Al igual que la falta de ella.

—Yo no te traicioné. Me casé con él tal como me obligaste. Nunca me pediste que te ayudara... simplemente me utilizaste.

Él suelta un bufido. —¿Me habrías ayudado?

Bajo la mirada porque sé que no lo habría hecho.

—Exacto. No soy idiota, Isabella. He visto cómo le mirabas. ¿Crees que no sé que te escapaste con él en la gala? Eres una puta zorra y ese niño probablemente sea un bastardo engendrado antes de casaros.

—Por favor, Enrico...

—Como he dicho, nos traicionaste. Ahora pagas. —La puerta se cierra de golpe y la oscuridad me envuelve de nuevo. Me tumbo en el catre, hecha un ovillo, convencida de que voy a morir aquí.

El tiempo se desdibuja. Marco las horas por las escuetas comidas que traen. Mi cuerpo se debilita cada vez más y me aterra perder al bebé. No puedo permitir que eso ocurra. Tengo que hacer algo.

¿Pero el qué? No puedo acudir a Alessandro. Se limitará a arrojarme a cualquier prisión que tenga en su sótano.

Me burlo de mí misma por ser tan tonta como para pensar que Alessandro podría enamorarse de mí. No había ninguna posibilidad de que él se permitiera amar y confiar en una Vitale. Cada vez que surgía una sospecha, se ponía en mi contra. Esta última vez, me expulsó sin darme la oportunidad de defenderme. Su desconfianza es tan profunda como el odio entre nuestras familias.

Y aun así...

Mi hijo se merece algo mejor que esto. Algo mejor que la lenta inanición que Enrico ha planeado para nosotros. Algo mejor que ser

usado como un peón en la desesperada lucha de mi hermano por el poder.

¿Y si finjo estar de acuerdo con Enrico? ¿Si le digo que he visto el error en mi proceder, que la familia Vitale es lo primero? Quizás me saque de aquí y me mantenga en mi antiguo dormitorio, dándome la oportunidad de escapar.

¿Pero para ir adónde?

Alessandro no me creerá jamás, pero sin duda, mi hijo tiene más posibilidades con Alessandro que con mi familia. Cualesquiera que sean sus faltas, independientemente de sus sospechas, él no dejaría morir de hambre a su propio hijo.

El cerrojo se abre y me tapo los ojos ante la repentina luz. Enrico entra pavoneándose con una altanería que me revuelve el estómago. Ojalá tuviera la valentía y la fuerza para arrancarle los ojos.

—He pensado que querrías estar al tanto de los asuntos familiares —dice, dejando caer un periódico sobre mi regazo.

El titular grita noticias sobre la violencia en el territorio de los Dante. Se me cae el alma a los pies mientras leo el artículo por encima.

—El imperio de tu marido se está desmoronando —se jacta Enrico, apoyándose contra la pared—. El nuevo plan funciona a la perfección. Otros tres lugartenientes Dante murieron ayer. Para cuando hayamos terminado, no quedará nadie leal a él.

Mantengo el rostro inexpresivo, aunque el pulso se me acelera. —¿Y luego qué? ¿Crees que puedes llegar y ocupar su lugar así como así?

—Eso es exactamente lo que va a pasar.

—Alessandro no es tonto —replico, pero la duda empieza a aflorar.

—Está desesperado y solo. Sus hombres están muriendo, ¿y su mujer? —Enrico se ríe—. Bueno, estás aquí, ¿no?

Aprieto los dedos sobre el periódico. —No ganaréis.

—Ya lo hemos hecho. En tres días, atacaremos su mansión. En tres días, lo que es suyo será mío.

Tengo que aceptar que existe la posibilidad de que derrote a Alessandro. Mi primer pensamiento es que necesito advertirle.

—¿Qué pasará conmigo entonces? —pregunto.

Él se encoge de hombros. —Padre y yo estamos debatiendo eso. —Sale con paso arrogante, cerrando la puerta con llave tras de sí.

Tres días. Tengo tres días para avisar a Alessandro sobre los planes de mi familia.

Por primera vez desde que me encerraron, siento algo que no es desesperación. Brota en mí una determinación feroz.

Tengo que escapar. A la próxima oportunidad que tenga.

Esa oportunidad llega cuando una criada trae mi comida. Me la entrega y yo la dejo en el catre a mi lado. Cuando ella se gira para irse, me pongo en pie de un salto, abalanzándome hacia delante y empujándola mientras paso a su lado hacia la puerta. Salgo corriendo y cierro la puerta tras de mí para dejarla encerrada. No puedo permitirme que alerte a nadie.

Avanzo a trompicones por el pasillo en penumbra. Tengo las piernas débiles tras días de inactividad y falta de alimento.

La voz de la criada resuena por el pasillo. Rezo para que nadie la oiga mientras me apresuro hacia la pequeña ventana del sótano, mi única vía de escape. Al mirar hacia fuera, veo que es de noche y doy gracias a Dios. Será más fácil salir de la propiedad al amparo de la oscuridad nocturna.

Cojo una caja de herramientas metálica de un estante cercano y la lanzo contra la ventana. El cristal estalla. Me encaramo por el hueco, sintiendo cómo los vidrios me cortan las palmas y los antebrazos mientras me escurro por el estrecho espacio.

Un dolor agudo me atraviesa el costado cuando un trozo especialmente afilado me engancha las costillas, rasgando mi camisa y clavándose en la carne. Me muerdo el grito mientras caigo sobre la hierba mojada.

Durante un instante aterrador, no puedo moverme, no puedo respirar. Mi bebé. Por favor, que esté bien.

No tengo tiempo que perder. ¿Quién sabe cuánto tardarán en darse cuenta de que la criada ha desaparecido e ir a buscarla? Cuando la encuentren, descubrirán que me he ido y el ejército de hombres de mi padre saldrá en mi busca.

Me pongo en pie con dificultad, sujetándome el costado sangrante mientras corro hasta que me arden los pulmones. Llego al muro exterior de la finca, caminando a lo largo de él hasta alcanzar el viejo roble al que Enrico y yo solíamos subir cuando éramos unos niños despreocupados. Antes de que mi padre lo convirtiera en un sociópata.

Empiezo a trepar y resbalo, raspándome las manos. Pero no me rindo. Alcanzo una rama que se extiende sobre el muro. Me subo a este y miro hacia el otro lado. Es posible que me rompa algo al bajar, ¿pero qué otra opción tengo?

Me pongo boca abajo y me descuelgo hasta quedar suspendida de las manos por el otro lado. Finalmente, me suelto y aterrizo con fuerza en el suelo. El impacto me recorre las piernas, pero, gracias a Dios, no hay nada roto.

La finca Dante está a kilómetros de distancia, pero conozco estas calles, así que, poniendo un pie delante del otro, empiezo a caminar. Cada paso envía nuevas oleadas de dolor a mi costado. Aprieto mi camisa contra la herida para hacer presión. No detiene la hemorragia por completo, pero espero que al menos la ralentice.

Oigo que se acerca un coche e inmediatamente me aparto de la carretera para esconderme entre el follaje; las ramas de los arbustos

me arañan los brazos y la cara. Cuando pasa, espero hasta estar segura de que no pueden verme por el retrovisor y vuelvo a caminar.

Para cuando llego a los límites de la propiedad Dante, la visión se me nubla. La herida del costado late con fuerza. He pasado demasiado tiempo sin comida ni agua adecuadas. Pero mi bebé... No puedo fallar ahora.

Me obligo a seguir adelante. Las altas puertas de hierro de la finca Dante se materializan ante mí. Las cámaras siguen mi aproximación y sé que probablemente los guardias estén vigilando.

¿Me reconocerán? ¿Me dejarán entrar siquiera? ¿O habrá ordenado Alessandro que me echen? O peor, que me disparen en cuanto me vean.

Llego a trompicones al interfono, dejando huellas de sangre sobre el botón que pulso.

—Por favor —digo con voz ronca—. Necesito ver a Don Dante.

—¿Quién es?

—La señora Dante... Isabella Dante.

Hay una pausa y luego: —Tenemos órdenes estrictas sobre la familia Vitale. Sin excepciones.

Apoyo la frente contra la placa del interfono. Las piernas amenazan con fallarme. Pero no me rendiré. No después de todo lo que he soportado. No estando tan cerca.

—Por favor —suplico—. Mi hermano planea un ataque a la mansión.

—Aléjese de la puerta, señora Dante. —La voz se endurece.

—¡Necesito ver a Alessandro! —La desesperación me da un último arrebato de fuerza—. ¡Van a matarlo!

—Señora, si no abandona la propiedad...

—¡Entonces dispárenme! —grito—. Si Alessandro no quiere verme, métanme una bala en la cabeza aquí mismo, porque ya estoy muerta.

El mundo se inclina, los bordes de mi visión se oscurecen. Me desplomo sobre las rodillas, con las fuerzas abandonándome al fin. Supongo que todo termina aquí.

La puerta zumba y luego empieza a deslizarse lentamente para abrirse. Dos guardias corren hacia mí con las armas desenfundadas.

—Antes de que me maten... —comienzo, queriendo que Alessandro sepa lo del bebé. Darle la oportunidad de quererlo.

—No vamos a matarla, señora Dante.

Intento levantarme para demostrarles que puedo caminar por mi propio pie, pero mi cuerpo se niega a obedecer.

Me levantan agarrándome por las axilas y me arrastran hacia la casa.

Es el momento. Mi única oportunidad de salvar a Alessandro y a nuestro bebé.

32

ALESSANDRO

Estoy en mi despacho cuando recibo una llamada de seguridad. —Señor, Isabella Vitale está en las puertas. Le hemos dicho que se fuera, pero… bueno, no tiene buen aspecto.

Mi primer instinto es decirle que la mande a paseo. La traición aún me escuece como el ácido. Pero ¿a qué se refieren con que no tiene buen aspecto?

—Traedla. Registradla primero y estad atentos a cualquier señal de que sea una emboscada.

—Sí, señor.

Cuando la escoltan hasta mi despacho, casi no la reconozco. Es un fantasma de lo que fue. Tiene el rostro demacrado, con un hematoma en un pómulo. Su cabello, antes lustroso, cuelga en mechones sucios. Su ropa está rota y ensangrentada. Tambalea cuando mis hombres la sueltan.

—Cristo bendito. —El corazón se me cae a los pies. Yo he provocado esto al enviarla con su familia. Las pruebas de su crueldad están escritas por todo su cuerpo.

Pero incluso mientras la compasión me atenaza, la sospecha la sigue de cerca. ¿Es esto otra trampa? ¿Una estratagema para manipularme, para volver a entrar en mi casa, en mi cama, en mi corazón?

—Alessandro. —Su voz es débil, áspera, como si tuviera la boca llena de arena—. Tienes que escucharme. Mi hermano…

—Siéntate antes de que te desplomes —la interrumpo, señalando la silla frente a mi escritorio. Mis hombres vacilan en la puerta—. Dejadnos solos.

Salen e Isabella se desploma en la silla. —Mi hermano planea atacar la finca… en tres días.

Estudio su rostro, buscando algún rastro de engaño. —¿Y por qué ibas a traicionar a tu familia para contarme esto? ¿Después de lo que hiciste?

—Nunca te he traicionado. —Sus ojos, antes brillantes y desafiantes, ahora apagados por el agotamiento, se encuentran con los míos—. Enrico utilizó el incidente del whisky para conseguir la llave de alguna manera.

—Incidente. Ocho de mis hombres fueron envenenados. —Entorno los ojos mientras la observo, intentando decidir si está tan mal como parece o si se trata de una elaborada actuación.

Se frota la sien, dejando restos de sangre de sus dedos. Maldita sea… ¿qué le han hecho?

—He estado encerrada, sobreviviendo solo con sobras y agua, porque me he negado a ayudarlos. Enrico se mofaba de mí con sus éxitos. Me enseñó un periódico sobre otro ataque… —Cierra los ojos y, por un momento, me pregunto si se ha quedado dormida o si se ha desmayado.

Levanta la cabeza con esfuerzo, como si pesara una tonelada. —Escapé porque… —Empieza a arrastrar las palabras—. Porque no

podía permitir que te hicieran daño. Y porque…

Se tambalea en la silla y rodeo el escritorio en un instante, atrapándola mientras se desliza hacia el suelo.

—¿Isabella? —La estrecho contra mi pecho, sintiendo lo aterradoramente delgada que se ha quedado—. ¡Isabella!

Me mira. Levanta la mano como para acariciarme la mejilla, pero entonces se le ponen los ojos en blanco y se queda lacia en mis brazos.

—¡Carlo! —rujo para llamar la atención de mis hombres fuera de la puerta mientras lucho contra el pánico creciente—. ¡Traed al médico ahora mismo!

Mientras mis hombres se apresuran a cumplir las órdenes, levanto a Isabella y la llevo a mi dormitorio, tumbándola con suavidad en la cama donde una vez hicimos el amor. Mis manos revolotean sobre su rostro magullado, temeroso de tocarla y causarle más dolor.

He pasado semanas convencido de su culpabilidad. Pero verla así, rota, y aun así lo bastante valiente como para escapar y advertirme, rompe algo en mi interior.

El doctor Calendra llega en veinte minutos. Ha estado con la familia desde que yo era un niño y siempre está preparado para cualquier tipo de emergencia, ya sean disparos o heridas de arma blanca. No creo que Isabella tenga nada de eso, pero sin duda está herida.

—Haga lo que sea necesario para salvarla —ordeno.

—Por supuesto, Don Dante. —Calendra se acerca a la cama y empieza a examinarla—. ¿Cuánto tiempo lleva inconsciente?

—Veinticinco… treinta minutos. Ha dicho que no la alimentaban. No sé de dónde vienen las heridas.

Calendra le levanta la camisa, dejando al descubierto un largo tajo en el costado. Maldita sea. Puede que sí la hayan apuñalado.

—Hay cristales —dice, echando mano de su maletín.

—¿Cristales?

—Quizá atravesó una ventana. Déjeme a solas con ella, Don Dante. Cuando la haya examinado y tratado, le informaré. —No levanta la vista para ver si sigo sus instrucciones. Simplemente continúa palpando y examinando a Isabella.

Decido que es mejor dejarle trabajar. Miro el rostro de Isabella, pálido y demacrado. Escapó para advertirme después de que yo la enviara de vuelta para ser torturada. Me he estado preparando para matarla. ¿Qué clase de monstruo soy?

Me retiro a mi despacho. Soy Don Dante, y tengo que poner a la familia… al negocio, en primer lugar.

Adriano me encuentra mientras me sirvo una copa para calmar los nervios. —¿Qué está pasando? Corre el rumor de que Isabella ha aparecido medio muerta.

—Ha venido con información. Dice que su hermano planea un ataque a la finca en tres días.

Se cruza de brazos y entorna los ojos. —¿Y la crees?

—Ya no sé qué creer —admito. Tal vez no valga para ser un Don—. Pero estaba encerrada. Prácticamente la mataron de hambre. Arriesgó su vida para venir aquí.

—¿Has olvidado la llave que robó? ¿El almacén que fue destruido?

He estado dándole vueltas a esto desde el momento en que vi su estado. —Dice que Enrico estaba detrás del whisky envenenado… que la cogió entonces.

Adriano me mira fijamente. —Eso significa que la llave faltaba desde hace más tiempo que…

—¡Ya sé lo que significa! —No necesito que nadie me recuerde mi incompetencia.

Adriano abre los ojos de par en par. —Joder. No consideraste a ninguna otra persona. ¿Simplemente lo diste por hecho y la mandaste de vuelta con esos cabrones?

—¡Sí! La he cagado. —La confesión me quema en las entrañas—. La he estado cagando desde el principio.

Me desplomo en mi silla, de repente agotado. —Nuestro padre estaría asqueado. Diría que soy demasiado débil para ser Don. Que debería haber elegido a Luca.

Adriano pone los ojos en blanco. —Eso son chorradas. Si hubiera querido a Luca al mando, no lo habría exiliado.

—Eso no quita que me vería como una absoluta decepción. Hemos tenido traidores entre nosotros. Los Vitale nos han pillado desprevenidos más de una vez. Él nunca habría dejado que eso…

—La mayoría de esos traidores consiguieron acceso bajo su mando. Y a él le voló por los aires la Bratva. La Bratva a la que tú derrotaste.

Me froto las sienes. —No sé cómo separar lo que quiero creer de la verdad. Si es inocente, entonces la puse en peligro para nada.

—El amor lo complica todo —dice Adriano encogiéndose de hombros —. Te hace dudar de ti mismo, de tus instintos. Pero también puede aclarar las cosas. Poner tu vida en perspectiva.

—A mí no.

—Podría. Escucha, yo estaba confundido cuando encontré a Eva viva. No sabía qué pensar. Pero una vez que dejé ir mi miedo…

—¿Miedo? —Arqueo una ceja.

Adriano asiente. —Sí, miedo. Miedo a ser engañado. Miedo a que me rompieran el corazón. Una vez que dejas ir eso, el orden del mundo encaja. Yo quemaría el mundo entero por Eva y Mirabella.

—¿Y cómo lo dejaste ir? Porque si me equivoco y han soltado a Isabella con ese aspecto de mierda como parte de su plan para

matarnos…

—Prepárate para ambas posibilidades. Si la información de Isabella es buena, estaremos listos. Si es una trampa, también estaremos listos. —Adriano me estudia—. Reforzaré la seguridad alrededor de la finca.

Asiento con la cabeza. Cuando se marcha, me reclino en mi silla preguntándome cómo se ha vuelto mi vida tan jodidamente complicada.

Llaman a mi puerta.

—Adelante.

El doctor Calendra entra con semblante grave, lo que hace que se me pare el corazón.

—Está estable, pero sufre deshidratación y desnutrición graves. Le he puesto una vía. Tenía un corte profundo por el cristal de una ventana rota que he limpiado y cosido. He curado sus rasguños. En cuanto al bebé, he usado mi ecógrafo portátil y todo parece estar bien, pero debería verla un obstetra cuanto antes.

—¿Bebé? —La habitación parece dar vueltas.

—Sí. Por ahora está estable, pero corre peligro. Su cuerpo está muy debilitado. Las próximas cuarenta y ocho horas serán críticas tanto para la madre como para el niño.

—¿Ella lo sabe?

Él asiente. —Ha recuperado el conocimiento durante el examen. Su primera preocupación ha sido el bebé.

Lo sabía pero no me lo había dicho.

—He dado instrucciones para sus cuidados a su ama de llaves. Como he dicho, debería verla un obstetra. La doctora Donetta es alguien en quien puede confiar.

—Gracias.

Cuando Calendra se marcha, subo las escaleras y entro en el dormitorio. Isabella yace inmóvil en nuestra cama, con una vía goteando fluidos en su brazo.

La miro con otros ojos. Nuestro hijo crece en su interior. Un hijo que yo no sabía que existía cuando le di la espalda, cuando la entregué a las mismas personas que la mataron de hambre y la encarcelaron. Que podrían haber matado a nuestro bebé.

—Dios mío. —Me hundo en la silla junto a la cama. *¿Qué clase de hombre soy para haber hecho esto? ¿Qué clase de padre seré?*

No me extraña que pareciera tan destrozada cuando la eché. No se trataba solo de su inocencia o de mi traición. Se trataba de nuestro hijo.

¿Tenía planeado contarme lo del embarazo?

—Isabella.

Sus párpados tiemblan y luego se abren. Por un momento hay confusión, luego reconocimiento y, después, miedo.

—¿Alessandro? —Intenta incorporarse.

—No. El médico ha dicho que tienes que descansar.

Se relaja, pero la cautela no abandona sus ojos. Recuerdo el momento en que la conocí. El intercambio ingenioso. La atracción inmediata. El afecto creciente. El deseo abrumador de confiar en ella.

Pienso en todo lo que ha dicho y hecho. En lo que ha arriesgado.

Y, de repente, llega la claridad.

Amo a esta mujer. Probablemente la amo desde el primer día.

Pero ella no me creerá. ¿Por qué iba a hacerlo?

Debería empezar con una disculpa. Debería suplicar su perdón por mi impulsividad, por enviarla de vuelta con gente que le hizo daño a ella y a nuestro hijo. Maldita sea, ¿sabían ellos que estaba embarazada?

Una rabia crece en mí, pero no hacia ella. Adriano tenía razón. Con la claridad llega la perspectiva. Ahora mismo, Isabella y este bebé son mi prioridad. Y quemaré el puto mundo por ellos, empezando por Enrico y su padre.

Me doy cuenta de que ella no me ha hablado del bebé, así que puede que piense que no lo sé.

—El médico me ha hablado del bebé.

Su mano se desplaza instintivamente hacia su vientre. —¿El bebé está bien?

—Por ahora. Pero ambos estáis en riesgo. —Trago saliva con dificultad, preguntándome qué habría estado pensando al enterarse de que estaba embarazada. Preguntándome si pensó que yo sería un padre terrible—. ¿Ibas a decírmelo en algún momento?

33

ISABELLA

Por un momento, he creído ver arrepentimiento en sus ojos, pero su pregunta parece más una acusación.

Me duele todo el cuerpo. El médico me ha limpiado los cortes, me ha vendado las heridas de la ventana rota y me ha conectado a unos sueros que, poco a poco, me están devolviendo a la vida. Pero ninguna medicina puede curar la herida que tengo por dentro. La que se reabre cada vez que miro a Alessandro y recuerdo con qué rapidez creyó lo peor. Lo dispuesto que estuvo a enviarme con la gente que me torturó.

—Sí, iba a decírtelo. Simplemente no tuve oportunidad y luego me echaste.

¿Acaso importa ahora? Una vez me dijo que no necesitaba herederos. Que sus hermanos y sus hijos podrían continuar con el legado Dante. ¿Le molesta este niño que crece en mi interior? ¿Cree que lo planeé como alguna elaborada estratagema de los Vitale para infiltrarme en su linaje?

Apoyo la mano protectoramente sobre mi vientre. Ya me da igual lo que piense. Este niño es mío y me toca protegerlo, incluso de su propio padre si es necesario.

Sobreviví a la crueldad de mi familia. Escapé de una habitación cerrada, medio muerta de hambre y sangrando, para advertir al hombre que me desechó. No porque esperara que me aceptara de nuevo. Ya no soy tan ingenua. Lo hice porque era lo correcto.

Puede que Alessandro me haya dado cobijo por ahora, pero no puedo confundirlo con amor. No puedo construir otra fantasía de «felices para siempre» con un hombre que nunca confiará en mí.

Alessandro tensa la mandíbula y, de nuevo, me parece ver emociones en su mirada. Pero no volveré a engañarme. He hecho lo que vine a hacer. Ahora tengo que hacer planes para el bebé y para mí.

Estoy agotada, pero reúno el valor para decirle lo que necesito.

—Entiendo por qué te cuesta confiar en mí. Soy una Vitale. El enemigo. —Me acomodo contra las almohadas, haciendo una mueca de dolor cuando una punzada recorre mi cuerpo magullado.

—No hables ahora, Isabella. Necesitas descansar.

Niego con la cabeza. —Tengo que decir esto. Como he dicho, sé por qué nunca podrás confiar en mí. Por mucho que hubiera deseado más de nuestro matrimonio, ahora veo que es imposible, y no te culpo. Pero por favor, Alessandro, tienes que creerme sobre esto. Están planeando un ataque contra tu casa.

—No lo conseguirán. Nadie toma lo que es mío.

Estudio su rostro, preguntándome si nos incluye al bebé y a mí, antes de recordar que ya no voy a anhelar cuentos de hadas.

Asiento, sin saber quién ganará la guerra pero sabiendo que he cumplido con mi parte. —Cuando esto acabe... cuando hayas ganado, ¿me dejarás marchar? —Tendré que idear otro plan si pierde, pero por ahora, él es mi única esperanza de sobrevivir—. Podría desaparecer. Empezar de nuevo en algún lugar lejano. Criar a nuestro hijo en paz, lejos de toda la violencia.

Los ojos de Alessandro se agrandan, la sorpresa cruza sus facciones. Se echa un poco hacia atrás, estudiándome, y ante su vacilación, mi sueño de libertad y seguridad se desmorona.

—¿Es eso lo que de verdad quieres? —pregunta con voz ronca—. ¿Desaparecer con nuestro hijo? ¿No volver a verme nunca?

—Sí —digo sin dudarlo, aunque la respuesta sea no. Lo que de verdad quiero es que nos quiera a mí y a nuestro bebé. Pero no puedo cambiar la sangre que corre por mis venas. También correrá por las de nuestro hijo, junto con la sangre Dante.

La tristeza, o quizá el arrepentimiento, brilla en sus ojos, pero me obligo a no darle importancia. Me he equivocado con Alessandro demasiadas veces, viendo lo que quería ver en lugar de lo que había en realidad. No volveré a cometer ese error.

Se inclina hacia delante, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas. En esta posición, parece menos el temible Don y más un hombre agobiado por el peso de la vida.

—Te daré lo que quieres —dice despacio—. Una vez que la amenaza de los Vitale haya sido eliminada y sepa que estarás a salvo, te proporcionaré todo lo que necesites para construir una nueva vida.

Se me corta la respiración. En realidad, no esperaba que aceptara. —¿Lo dices en serio?

Él asiente, con sus ojos oscuros fijos en los míos. —Te he fallado en todo lo que importa, Isabella. Debería haber confiado en ti. Debería haberte protegido. —Su voz se vuelve áspera por la emoción—. En lugar de eso, dejé que mis sospechas lo envenenaran todo entre nosotros.

Me sorprende tomándome la mano. —Me doy cuenta de que hubo otras oportunidades para coger la llave, sobre todo porque he sido vulnerable en otras áreas. Debería haber sopesado esa posibilidad antes de condenarte.

No digo nada mientras reflexiono sobre si estoy soñando. Tal vez esté en coma o de camino al cielo.

—Mereces algo mejor de lo que te dio tu familia —continúa—. Y también mereces algo mejor de lo que yo te he dado. Si me hubiera portado mejor contigo, quizá las cosas habrían sido diferentes entre nosotros.

La sinceridad de su voz hace que me duela el pecho. Este es el Alessandro que siempre había deseado.

—¿Diferentes cómo? —pregunto, aun sabiendo que no puedo permitirme tener esperanza.

Él mira nuestras manos entrelazadas. —Tal vez podríamos haber construido algo real. Pero no te he dado ninguna razón para quedarte y todos los motivos para marcharte.

Esto es lo que pedí. Libertad para mi hijo y para mí. Entonces, ¿por qué siento que estoy perdiendo algo precioso en lugar de ganarlo?

Examino el rostro de Alessandro, intentando comprender si hay algo más en su resignación que un mero arrepentimiento. —¿Qué es lo que tú quieres?

Él me sostiene la mirada y veo la guerra entre el hombre para el que ha sido entrenado y el hombre en el que podría convertirse.

—Lo que yo quiera es irrelevante. He pasado la vida haciendo lo que debe hacerse, no lo que quiero. —Empieza a retirar la mano.

—Eso no es una respuesta. —Vuelvo a buscar su mano, negándome a dejar que se retire—. Dime la verdad. ¿Quieres que me vaya?

—No. No quiero que te vayas.

Algo cálido se despliega en mi pecho, una esperanza que no puedo detener. —Entonces, ¿por qué me dejas? ¿Por qué ofrecerme la libertad si no quieres que la tome?

—Porque te he hecho daño. No supe protegerte cuando más me necesitabas. Te envié de vuelta con personas que casi os matan a ti y a nuestro hijo. No merezco...

—Para. —Le corto—. No me digas lo que mereces o dejas de merecer. Esa no es una decisión que te corresponda a ti.

Me incorporo más, ignorando el dolor que irradia por mi cuerpo. —Estoy harta de que los hombres decidan mi destino por mí. Mi padre, mi hermano, incluso tú, todos pensando que sabéis lo que es mejor sin preguntarme nunca qué es lo que quiero yo.

—Me dijiste lo que quieres. Quieres irte.

—Solo porque dejaste claro que nunca podrías confiar en mí. Que pase lo que pase, siempre me verás como una Vitale. ¿Ha cambiado eso? ¿Quieres que las cosas sean diferentes entre nosotros?

—Sí. —La palabra parece sorprenderle tanto a él como a mí—. Lo quiero más de lo que he querido nada nunca.

Mi pulso se acelera. Tal vez esté soñando. —Entonces no es demasiado tarde. No has arruinado nada que no pueda repararse.

Su expresión sigue siendo cautelosa. —¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que he hecho? ¿Después de echarte sin dejar siquiera que te explicaras?

—Porque te quiero.

Se le entrecorta la respiración.

—No quiero irme. No quiero que nuestro hijo crezca sin conocer a su padre. Pero no puedo quedarme si solo soy una obligación para ti o alguien de quien sospecharás traición en el momento en que algo salga mal.

Alessandro se lleva mi mano a los labios, besando mi palma. —Nunca podrías ser solo una obligación para mí, Isabella. —Toma aire como si estuviera cobrando valor—. Te quiero. Jamás le he dicho

esas palabras a ninguna mujer. Nunca las había sentido. Pero las siento por ti.

En este momento, me alegro del dolor porque me indica que estoy viva, que estoy despierta. Esto es real.

—Me educaron para ver el amor como una debilidad, algo que te hace vulnerable, algo que los enemigos pueden aprovechar. Pero al verte así, sabiendo lo cerca que estuve de perderte para siempre, me doy cuenta de que la verdadera debilidad era mi miedo a confiar en ti.

—Alessandro...

—Lo siento tanto. —Se inclina hacia delante, apoyando su frente contra la mía—. Te juro que nunca volveré a dudar de ti. Pasaré el resto de mi vida enmendando esto. —Su mano se mueve para descansar protectoramente sobre mi vientre—. Tú y este bebé lo sois todo para mí.

Presiono mis labios contra los suyos. —Te quiero.

Sus brazos me rodean, con cuidado de no lastimar mis heridas. En su abrazo, finalmente siento lo que he estado buscando toda la vida. Pertenencia. Un hogar.

34

ALESSANDRO

Observo a Isabella quedarse finalmente dormida, con una mano apoyada en su vientre, comportándose ya como una madre.

La imagen me llena de una emoción que nunca antes he experimentado, un miedo primario que hace que cualquier otra amenaza a la que me haya enfrentado palidezca en comparación. El terror de perder algo más importante que mi propia vida.

Mi padre me enseñó a eliminar el miedo, a verlo como una debilidad. Pero mientras veo a mi mujer dormir, con nuestro hijo no nacido a salvo en su interior, comprendo que este miedo no me debilita. Alimenta la determinación de asegurarme de que ella y el niño tengan todo lo que quieran y necesiten. Amor. Seguridad. Felicidad. Aunque tenga que dar la vida para lograrlo.

Me acomodo en el borde de la cama, con cuidado de no molestarla. Le aparto un mechón de pelo de la cara. Su piel está todavía demasiado pálida, sus heridas demasiado rojas. Yo he causado esto. Aunque viva cien años, no será tiempo suficiente para compensarlo.

Sus ojos se abren ligeramente. —¿Te vas?

Me inclino, presionando mis labios contra los suyos y luego contra su vientre. —Voy a asegurarme de que nadie vuelva a amenazarte a ti ni a nuestro hijo nunca más.

Sus dedos se entrelazan en mi pelo, manteniéndome allí un momento. —Alessandro, por favor, ten cuidado. Si te pasara algo...

—No pasará nada —digo con la certeza que siempre he proyectado, incluso cuando no la sentía. Pero esta vez, la convicción me cala hasta los huesos—. No voy a dejar a nuestro hijo sin padre ni a ti viuda —Le acaricio la cara con las manos—. Descansa ahora. Cuando despiertes, todo habrá terminado.

El beso que deposito en sus labios es mi promesa.

Cuando me doy la vuelta para irme, siento que su mano agarra la mía. —Vuelve a mí.

—Siempre.

Entro a grandes zancadas en mi despacho, donde Adriano y mis cinco capos de mayor confianza ya esperan con rostros sombríos. Se ponen en pie cuando entro.

—Caballeros —comienzo, sin molestarme en cortesías—, la familia Vitale planea atacarnos en tres días. Creen que estamos débiles, divididos. Este es su asalto final para llevárselo todo: nuestro territorio, nuestros negocios, nuestras vidas.

Les explico la información que Isabella tiene sobre el plan.

Adriano se inclina hacia delante, con expresión preocupada. —Alessandro, ¿qué seguridad tenemos sobre esta información? La chica Vitale...

—Mi mujer —le corrijo.

—Tu mujer —admite con un asentimiento—, estaba encerrada y pasando hambre. Podría estar confundida o, lo que es peor, esto

podría estar preparado, ser una trampa para atraer a nuestras fuerzas en una dirección mientras atacan por otra.

La habitación se queda en silencio. Es una pregunta justa, algo que cualquier Don racional consideraría.

—Tú mismo has estado dividido...

—Ahora lo veo todo claro.

Él parpadea y luego sus labios se curvan ligeramente hacia arriba. —Está bien, entonces. He puesto seguridad extra a nuestro alrededor y en nuestras propiedades, pero no tanta como necesitamos.

—Jefe, su plan parece seguir el mismo patrón que cuando los rusos vulneraron nuestra seguridad para ir a por Luca y Katerina —dice—. Cuando la Bratva intentaba destruirte.

Asiento y sonrío con confianza. —Enrico está cegado por su ambición. Carece de visión.

Adriano asiente con aire sombrío. —Enrico se cree más listo y más valiente... ese pedazo de cobarde.

—Lo que lo hace predecible —continúo—. Quiere todo lo que es mío. Quiere derrotarme personalmente. Para demostrar su valía ante Marco. Por eso envenenó el regalo de Marco. Por eso atacó nuestro almacén con mi llave personal. No puedo negar que me ha pillado desprevenido, pero nunca más. En dos días, les atacaremos nosotros. Reduciremos a cenizas todo lo que tienen junto con cada bastardo traidor que haya dentro.

Mis hombres intercambian miradas.

—Don Alessandro —comienza con cautela uno de mis capos veteranos—, un asalto directo a su fortaleza... necesitaremos más hombres.

—Los conseguiré —rodeo la mesa, mirando a cada hombre a los ojos —. Caballeros, lo de esta noche no trata solo de sobrevivir. Se trata

de enviar un mensaje que resonará en cada familia de Nueva York. Sospecho que algunos tenéis dudas sobre mi capacidad para dirigir esta familia. He permitido que insultos queden sin castigo. Eso se acaba hoy.

Veo el fuego encendiéndose en sus ojos, su fe en mí creciendo.

—Cada hombre que esté a mi lado ahora será recompensado más allá de lo imaginable. Vuestra lealtad será recordada durante generaciones. En dos noches, recordaremos a Nueva York por qué nuestro nombre ha sido temido durante medio siglo.

Doy a mis hombres sus tareas y se marchan con la misma pasión ardiente por terminar este feudo con los Vitale.

Solo Adriano se queda. —¿Vas a llamar a Luca, verdad?

—Exacto.

Me saluda y sale a prepararse para la guerra.

Llamo a Luca, y aunque normalmente me sentiría como un imbécil pidiendo ayuda, me arrodillaré ante él y le suplicaré si eso es lo que hace falta para proteger a Isabella y al bebé.

—Te necesito.

—¿Cómo de grave es? —Luca ya planea venir a Nueva York. Por muy tensas que estuvieran las cosas entre nosotros, al final, somos Dantes y los Dante siempre se apoyan.

—Los Vitale harán su movimiento en tres días. Nosotros nos movemos en dos.

—¿Y Isabella?

Hago una pausa, preguntándome si verá mi cambio de parecer como una debilidad o una preocupación de que me estén engañando. —La envié a casa y la torturaron. Se escapó para avisarme.

—Qué detalle por su parte, considerando lo gilipollas que puedes llegar a ser.

—No la merezco, Luca, como tú tampoco mereces a tu mujer y a tus hijos, pero al igual que tú, destruiría el mundo para salvarlos.

—Es todo lo que necesitaba oír. Cristian y yo estaremos en un avión en unas horas. No puedo prescindir de demasiados hombres... tengo mis propias batallas, pero puedo llevar a una docena o así.

—Estaré en deuda contigo.

—Lo recordaré por si alguna vez te necesito.

Dos noches después, mi despacho es una sala de guerra; mapas de la mansión y las propiedades de los Vitale cubren cada superficie. Hay fotos de vigilancia pinchadas junto a esquemas de los edificios. Luca y Cristian llegaron ayer y se sumergieron de inmediato en la planificación.

—Tengo unos cuantos viejos contactos —dice Cristian—. Tipos mercenarios que pueden ayudar.

—Pagaré lo que sea que pidan.

—Marco está demasiado confiado —Adriano señala el mapa del recinto Vitale—. Ha retirado seguridad de estos tres puntos para reforzar su fuerza de ataque para mañana.

Luca asiente. —La entrada este está prácticamente sin vigilancia. Esa es nuestra vía de entrada.

—Los hombres están listos —confirma Adriano—. Treinta de nuestros mejores, más el equipo de Luca de Chicago. El resto están en el puerto, donde traman nuestra desaparición. Podremos acabar con un buen número de sus hombres. También tomaremos el puerto.

—Bien —reviso el mapa de la casa—. Marco estará aquí, y Enrico se queda en el ala este.

—Yo me encargo de Enrico —se ofrece Luca—. Ese mierdecilla ha sido un problema durante demasiado tiempo.

—Quiero a Marco y a Enrico vivos. Tengo planes para ellos —digo, salivando ante la idea de torturarlos como hicieron con Isabella. O tal vez no. No tengo paciencia. Simplemente le meteré una bala en la cabeza a cada uno.

—¿Qué hay de la señora Vitale? —pregunta Adriano.

—Traedla con Marco y Enrico —no he decidido qué hacer con ella. Isabella insiste en que está demasiado desconectada del mundo como para saber algo. Pero las viejas costumbres tardan en morir. Puede que confíe en Isabella, pero no sé si puedo confiar en su madre.

—Los Vitale creen que estamos fracturados —miro a mi alrededor, a mis hermanos y a nuestros hombres—. Esta noche aprenderán lo equivocados que están.

Cristian consulta su reloj. —Cuatro horas para movernos.

Asiento, sintiendo la calma familiar antes de la batalla.

Hablo con el personal de mi casa y luego subo a ver a Isabella. Ha recuperado algo de color, pero sigue débil.

—Todo habrá terminado esta noche —digo mientras tomo su mano y me siento a su lado en la cama.

Ella me dedica una sonrisa débil, dejando ver que tiene miedo. Yo hablo con firmeza, pero soy realista. He vivido en este mundo lo suficiente como para saber que mi vida podría acabar esta noche. Que mis hombres podrían fallar. Y si los Vitale ganan, Isabella y el bebé estarán en peligro.

—Elena va a venir en un rato para preparar una maleta.

Inmediatamente, Isabella se tensa. —¿Por qué?

—Es una precaución. Si las cosas no salen bien esta noche, Georgio vendrá a buscarte y te llevará al aeropuerto. Volarás a Chicago, donde uno de los hombres de Luca te esperará para ayudarte a conseguir una nueva identidad y establecerte donde quieras ir.

—Alessandro, no puedo...

—Lo harás por nuestro hijo. Prométemelo.

—No quiero irme sin ti.

—Eso solo pasará si estoy muerto o si perdemos. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella asiente. —No pierdas.

Sonrío. —El plan es ganar —y matar a su familia. Pero no digo eso. Estoy seguro de que ella sabe que ese será el resultado, así que no hay necesidad de mencionarlo.

Me acerco. —Te quiero —poniendo mi mano sobre su vientre, añado —: Y quiero a nuestro bebé.

Se aferra a mi camisa. —Más vale que vuelvas a casa con nosotros, Alessandro Dante.

La sangre se acumula y salpica el patio de la mansión Vitale. Veo caer a otro de mis hombres tras recibir una bala en la garganta. Tomasso, que había trabajado para mi padre.

El asalto inicial había ido según el plan. Habíamos irrumpido por la entrada este con una resistencia mínima, tal como Cristian predijo. Pero era casi como si Marco supiera que veníamos. O quizá lo sospechaba, ya que tenían que saber que Isabella se había escapado.

Los refuerzos que esperábamos que se estuvieran preparando para su ataque en el puerto estaban, en cambio, al acecho esperando.

—Estaban listos para recibirnos —grita Adriano por encima de los disparos, agachándose tras un árbol mientras las balas astillan la

madera a nuestro alrededor.

—Lo habrán adivinado en cuanto se dieron cuenta de que Isabella se había ido —Pero voy a ganar o a morir aquí—. Voy a entrar.

—Joder, Alessandro, espera a que lleguen más hombres.

Cuando nos dimos cuenta de que los refuerzos estaban aquí, llamamos a mis hombres del puerto, pero tardarán en llegar. Un tiempo que no tengo.

—Voy —corro como alma que lleva el diablo, esquivando balas, disparando al pomo de la puerta principal hasta que se abre de golpe.

—¡Vamos, vamos, vamos! —Adriano entra detrás de mí con varios hombres más.

Nos reciben soldados de los Vitale, y aunque logro abatir a unos cuantos, no dejan de venir.

Examino el gran vestíbulo donde nos tienen inmovilizados. Dos de mis hombres han muerto.

—Retiraos a la segunda posición —ordeno, odiando tener que retroceder.

—¿Teníamos mala información? —La pregunta viene de uno de mis hombres en el exterior—. ¿Podría la señora Dante...?

—¡Cierra la puta boca y lucha! —ordeno. Isabella no nos ha tendido una trampa. Ahora lo sé.

—Oh, joder —la voz de Luca llega desde la parte trasera de la casa —. Estamos rodeados.

Por primera vez en años, siento miedo. No por mí, sino por lo que les ocurra a Isabella y a nuestro hijo si caigo aquí. Si mueren los tres hermanos Dante y nuestro imperio se derrumba.

Un soldado Vitale carga contra mi posición. Le meto dos balas en el pecho y veo cómo se desploma.

—¡Alessandro! —la voz de Adriano corta el caos—. ¡Tenemos que retirarnos o avanzar!

Cierro los ojos solo una fracción de segundo. Aparece el rostro de Isabella. No como la vi por última vez, pálida y débil, sino vibrante y feroz mientras se mantenía firme contra mí. Contra su familia.

Abro los ojos de golpe. —A la mierda eso. Avanzad —Salgo de mi cobertura disparando a dos hombres de los Vitale en rápida sucesión.

—¡Tomad el pasillo oeste! —mando, haciendo señas a Adriano y a tres de nuestros hombres para flanquear al contingente principal de soldados Vitale—. ¡Luca, conmigo!

Una nueva ráfaga de disparos estalla fuera, y ruego a Dios que sean mis hombres y no más gente de los Vitale.

Mi hermano se coloca tras de mí mientras cargamos hacia delante, aprovechando el elemento sorpresa para atravesar el pasillo central.

Un soldado aparece en lo alto de la escalera. Lo derribo de un solo disparo antes de que pueda siquiera levantar su arma. Otro emerge de una habitación lateral. Luca se despacha con él y con el hombre que viene detrás.

—¡Yippee-ki-yay! —la voz de Cristian llega a través del comunicador —. Morid, hijos de puta. El refuerzo está aquí.

Menos mal.

El mundo explota en más disparos, dentro y fuera.

—¿Dónde están Marco y Enrico... cobardes de mierda? —grita Luca mientras dispara a la cara de uno de los hombres de Vitale.

—Hay una habitación del pánico detrás del despacho —le recuerdo a Luca mientras despejamos cada habitación sistemáticamente.

Estallan disparos desde el ala oeste, seguidos de la voz de Adriano por el comunicador. —Oeste asegurado.

—Jefe, los hombres de Vitale están soltando las armas fuera —dice Cristian por el comunicador.

Los hombres de Vitale se están rindiendo. Me permito una sonrisa sombría. La marea está cambiando.

Llegamos a la puerta del despacho y la abro de una patada, astillando la madera. La habitación está vacía, pero la estantería está entreabierta, revelando la entrada a la habitación del pánico al fondo.

—¡Alessandro! —la voz de Adriano vuelve a sonar por el comunicador, jadeante por el esfuerzo—. Tenemos a Enrico. Intentó escapar por los túneles.

—Traedlo al despacho —ordeno.

Luca y yo nos posicionamos frente a la puerta de la habitación del pánico. Marco se encerró sin darse cuenta de que se había atrapado a sí mismo sin ningún lugar al que huir.

Pulso el interfono junto a la puerta. —Marco. Tus hombres se han rendido. Tu hijo ha sido capturado. Esto se acaba ahora.

Me giro para ver a Adriano arrastrando a un Enrico ensangrentado al despacho, obligándolo a ponerse de rodillas ante mí. El mimado heredero del legado Vitale, ahora temblando a mis pies.

—Abre la puerta, Marco —ordeno mientras tres de mis hombres más se nos unen—. O te haré escuchar mientras me aseguro de que el nombre de tu familia muera contigo.

—Que te jodan, Dante.

—Muy bien. Quemaré la casa contigo dentro —me pregunto si su mujer estará con él. Me giro hacia Enrico—. ¿Dónde está tu madre?

—Que te den.

—Registrad la casa por si no está con Marco.

Luca asiente y sale de la habitación con uno de los hombres.

—Buscadme algo de papel. ¿Quién fuma? ¿Alguien tiene un mechero?

Uno de los hombres de Luca coge papel de la basura mientras uno de los míos saca un encendedor. Enrollo el papel como un tubo y le prendo fuego, poniéndolo bajo la rendija de la puerta. Quién sabe si el humo pasará, pero vale la pena intentarlo.

La alarma de incendios empieza a sonar.

—¿Listo para arder, Marco, pedazo de cobarde? No me importa cómo mueras, pero morirás por mi mano por lo que le hiciste a mi mujer.

—La mujer que tú mismo desechaste —se burla Enrico.

Le golpeo en el lateral de la cabeza con mi pistola, derribándolo.

El papel ha terminado de arder y se está apagando. —Traedme más papel y algún tipo de acelerante. Lo quemaremos todo.

—Tienes a mi hijo. Él es tu única preocupación —dice la voz de Marco por el interfono.

—¡Pero qué cojones! —grita Enrico.

Me río. —Papá te está sacrificando. Por suerte para ti, a él también lo quiero muerto —Pulso el interfono—. Última oportunidad, Marco, o arderás ahí dentro.

Pasan varios momentos antes de que la puerta se entreabra y suenen disparos. Por suerte, somos lo bastante listos como para prever que Marco estaría armado y nos cubrimos.

Disparo, acertando en la mano con la que Marco sujeta el arma. La pistola sale volando y él pega un grito, llevándose al pecho su mano ensangrentada a la que le podrían faltar un dedo o dos.

Finalmente sale. —Los negocios son los negocios. ¿Quizás podamos llegar a un acuerdo?

—Atadlos —ordeno a mis hombres—. Nos los llevamos.

—¿Qué vamos a hacer con los Vitale? —pregunta Adriano mientras los otros hombres atan a Enrico y Marco.

—Lo que me dé la gana —salimos de la casa, dejando a un pequeño ejército para encargarse de los hombres que quedan. El tiempo dirá si realmente van a rendirse y cambiar de lealtad o acabar muertos.

Cuando regresamos a la mansión Dante, hago que lleven a Enrico y Marco a las celdas del sótano mientras yo voy a mi despacho.

—Quiero a cada underboss y capo de los Vitale aquí. Pueden besar el anillo o morir con su jefe.

Salgo de mi despacho.

—Oye, ¿a dónde vas? —grita Adriano.

—A decirle a mi mujer que es libre de esos malnacidos —Mientras subo las escaleras, siento una oleada de fuerza y confianza llenándome el pecho. Lo he logrado. He derrotado a la Bratva y a los Vitale. Pero más que eso, he encontrado un propósito, una razón de existir más allá del deber que mi padre me impuso. He encontrado el amor.

35

ISABELLA

Yazgo en la cama, incapaz de dormir. No puedo evitar que mis pensamientos se aceleren. ¿Y si Alessandro fracasa? ¿Y si mi padre y Enrico sobreviven de algún modo? ¿Y si ganan?

Cada sonido que oigo en el pasillo me hace temer que sea Georgio viniendo a llevarme a toda prisa porque Alessandro ha fallado.

Cuando Elena apareció para hacerme la maleta, quise echarla. Pero le prometí a Alessandro que haría lo que él ordenara para que el bebé y yo pudiéramos vivir libres.

—Tiene lo básico, Sra. Dante —dice ella—. Y algunas cosas para el bebé. —Sostiene un bodi amarillo—. El Don Dante quería asegurarse de que el bebé tuviera algo de su parte. Y esto… —Sostiene un sobre—. Dinero y una carta.

Mi corazón se hincha y me duele al mismo tiempo al pensar en Alessandro comprando algo para nuestro bebé mientras se prepara para la guerra. Mientras se prepara para la posibilidad de su propia muerte.

La casa permanece en silencio y los minutos se me antojan una eternidad mientras espero noticias de lo que está ocurriendo en el

lugar donde crecí.

¿Se estará desangrando Alessandro? ¿Estarán mi padre y mi hermano ganando terreno de alguna manera?

Me levanto de la cama, dolorida pero sintiéndome más fuerte. Pude ducharme el otro día, lo que hizo maravillas para animarme. Pero mis heridas aún me duelen y mi cuerpo todavía está lleno de arañazos.

Voy al armario de Alessandro y saco uno de sus abrigos, inhalando su aroma. Me lo pongo, envolviéndome en él, en él mismo.

De repente, estalla un alboroto en el piso de abajo. Voces gritando, pisadas pesadas retumbando. El corazón se me acelera. O bien Giorgio viene a ponerme a salvo, o bien mi padre y mi hermano vienen a por mí.

La puerta del dormitorio se abre de golpe.

Alessandro está allí de pie, con la camisa salpicada de sangre y un corte sobre la ceja. Tiene el pelo desaliñado, pero sus ojos arden con vida y triunfo.

—¡Alessandro! —grito.

Sin pensarlo, me lanzo hacia él. Me atrapa con facilidad, rodeándome con sus brazos mientras mis piernas se enroscan en su cintura. Estoy sollozando contra su cuello, respirándolo.

—Estás vivo. Dime que se ha acabado. Dime que ha terminado.

—Se ha acabado.

Me aparto lo justo para escudriñar su rostro—. ¿Y mi padre? ¿Enrico?

Algo duro brilla en los ojos de Alessandro—. Los han traído aquí. Quería que se enfrentaran a su juicio donde todo el mundo pudiera verlo. Una advertencia para cualquiera que piense en traicionarme.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Esta noche. Y entonces habrá terminado de verdad. Podremos empezar nuestra vida sin que su sombra se cierna sobre nosotros. —Me deja en el suelo, recorriéndome con la mirada—. Llevas mi abrigo.

—Quería estar cerca de ti.

—Estoy aquí, ahora y para siempre. Solo quería ver cómo estabas, hacerte saber que ya está. Aún tengo más cosas que hacer esta noche, así que descansa un poco…

—Quiero estar allí cuando dictes sentencia.

Alessandro tensa la mandíbula—. Esto no es una represalia. Tu padre y tu hermano morirán esta noche a mis manos.

—Lo sé. —Le sostengo la mirada para que vea lo en serio que hablo —. Y quiero que me vean a tu lado cuando suceda.

—Crees que quieres eso ahora, pero después… —Niega con la cabeza—. He visto cómo la violencia cambia a la gente. No quiero que cambie la forma en que me miras.

—Sé exactamente quién eres, Alessandro Dante. —Levanto la barbilla—. Igual que tú ahora sabes quién soy yo. No soy una flor delicada que necesite protección.

Sus labios se curvan hacia arriba—. No, una flor delicada no, pero aun así…

Me aparto de él y voy al armario, sacando un sencillo vestido negro que parece apropiado para una ejecución—. Necesito que vean que te he elegido a ti. Sus hombres y los tuyos también tendrán que verlo. Tienen que saber que soy una Dante.

Alessandro me observa mientras empiezo a cambiarme—. Eres jodidamente increíble.

Sonrío—. Lo sé, ¿verdad? —Le doy la espalda—. Súbeme la cremallera, ¿quieres?

Me hace girar, rodeando mis mejillas con sus manos—. No me gusta. No quiero la fealdad de este mundo cerca de ti ni del bebé.

—No me mimes, Alessandro. Estoy hecha de una pasta más fuerte.

Se queda en silencio un largo rato y puedo ver el conflicto rugiendo en su interior—. Eres mi reina.

—Sí, lo soy. —Presiono mis labios contra los suyos. Entonces pienso en otra persona en esta ecuación—. ¿Y qué hay de mi madre?

—La encontramos en su habitación, simplemente sentada. Como si estuviera esperando a que la muerte descendiera sobre ella. La tenemos en un lugar distinto al de tu padre y tu hermano, pero sigue presa.

—¿Tiene que morir? —pregunto, con el estómago encogido al pensar que mi madre ha tenido una vida entera de miseria solo para que le arrebaten la vida. No me parece justo.

—¿Tú qué crees?

—Creo que ya no es una persona. Está perdida y no merece que la maten por culpa de mi padre.

Su mandíbula se tensa—. Es una Vitale.

—Bueno, su ADN es Scarletta. Mi padre aniquiló a su familia. Se lo quitó todo. Quizá con nuestro amor, con un nieto, pueda encontrarse a sí misma.

No parece muy convencido.

—Sé que es mucho pedir.

Él se ríe—. Deberías saber que ya he jurado darte lo que quieras.

Sonrío—. Oh, qué bien. —Entonces me pongo más seria—. Quiero que mi madre viva. A menos que dé un motivo, que no creo que lo haga.

Finalmente, asiente.

Me calzo los zapatos—. Estoy lista.

Alessandro me toma de la mano, con un apretón tranquilizador—. Recuerda, Isabella. Después de esta noche, solo miramos hacia delante. Nunca hacia atrás.

Salgo de la habitación con él y bajamos las escaleras. Una parte de mí está aterrorizada por lo que voy a presenciar. Pero sé sin ninguna duda que necesito ser testigo de ello. Saber que no pueden volver a hacerme daño. Que vean que sus planes fracasaron. Que soy una Dante.

La sala queda en silencio cuando entramos. Los hombres de Alessandro tienen a Marco y Enrico de rodillas. Mi madre también está allí, con la cabeza baja y las manos en el regazo. Alessandro tiene razón. Parece que espera pacientemente a que todo el dolor termine.

—Isabella —escupe mi padre con asco—. ¿Ahora estás de su parte? ¿Tu propia sangre no significa nada?

Respiro hondo para serenarme—. No, padre, tú eres aquel cuya sangre no significa nada.

—Juro mi lealtad al Don Dante —dice Enrico. Por primera vez en mi vida, oigo miedo en su voz.

—Puto cobarde. Estamos aquí por tu culpa —dice mi padre con desdén—. Deje que le meta una bala en el cerebro, Don Dante.

Miro a Alessandro, que frunce el ceño como si no pudiera creer lo que está viendo.

Negando con la cabeza, mira a Adriano—. Lleva a la Sra. Vitale a la habitación de invitados trasera.

Él asiente y ayuda a mi madre a levantarse. Como un autómata, ella se va con él.

—Estará bajo llave allí, pero segura y cómoda —me dice Alessandro.

Entonces Alessandro se mueve para ponerse justo delante de mi hermano—. No eres tan duro ahora, ¿verdad? —Entonces hace una mueca—. ¿Te acabas de mear encima? —Mira a sus hombres—. ¿Cómo llegó a ser tan temido siendo un puto cobarde?

—Puedo servirle…

—No.

Mi padre forcejea contra sus ataduras—. ¿Crees que te ve de forma diferente, Isabella? No eres más que una puta…

—Basta —interrumpe Alessandro—. Marco Vitale, has intentado destruir a mi familia. Conspiraste con la Bratva, envenenaste a mis hombres y torturaste a mi esposa.

Marco levanta la barbilla con aire desafiante—. Y lo haría de nuevo. Los Dante siempre han sido indignos de su poder. Tu padre era un… —Sus palabras se ven cortadas por una bala en la frente.

Doy un respingo por el ruido y la salpicadura de sangre. Pero mantengo la compostura mientras mi padre cae. Alessandro me mira y yo asiento para decirle que estoy bien.

—Joder, joder, joder… —recita mi hermano como un mantra—. No tienes por qué hacer esto. Puedo ayudarte.

Alessandro sostiene su arma a escasos centímetros de la frente de Enrico—. ¿Últimas palabras?

—Nunca será feliz contigo —gruñe Enrico—. Siempre será una Vitale.

Levanto la cabeza bien alto—. No. Ahora soy Isabella Dante.

Suena el disparo y el cuerpo de Enrico se desploma hacia delante. Siento alivio.

Soy libre.

Alessandro da órdenes para la limpieza y los asuntos del negocio, pero Alessandro está en el salón con sus hermanos y Cristian. Eva también está allí, con una expresión que muestra el mismo alivio que siento yo.

La risa profunda de Luca resuena en la sala mientras se burla de Adriano por algo, mientras que Eva apoya una mano en su vientre redondeado, sonriendo. Cristian está inmerso en una conversación con Alessandro, con las cabezas juntas en esa forma seria que tienen los hombres cuando hablan de negocios.

Pero cuando entro en la sala, Alessandro se pone rápidamente a mi lado—. ¿Estás bien? —Me besa la sien.

—Sí.

—¡Rápido! Mirad por la ventana. Creo que están volando los cerdos. A Alessandro le ha crecido un corazón —bromea Adriano.

—Ja-ja. —Él me rodea con el brazo—. Estamos aquí para celebrar una gran victoria. Una que no podría haber ocurrido sin todos nosotros.

—Incluso Luca —bromea Adriano.

—Incluso Luca. —Alessandro entrecierra los ojos hacia Luca—. Nuestro padre te jodió. Yo veía al líder que había en ti. Te odiaba por ello. Siempre supe que habrías sido el mejor heredero…

—Cierra la puta boca. —Luca niega con la cabeza—. Padre estaría orgulloso de ti, ¿pero a quién demonios le importa? Su opinión me importa una mierda cuando te das cuenta de que tú hiciste lo que él no pudo hacer. La Bratva ha desaparecido. Los Vitale han desaparecido. Eres más fuerte que nuestro padre, y sospecho que es por una mujer.

Alessandro me mira—. Sospecho que tienes razón.

—Qué asco. —Adriano hace un ruido.

—Oh, por favor —dice Alessandro—. Tuve que aguantar que fueras un amargado durante años por culpa de Eva.

—No le falta razón —admite Adriano.

—El caso es que tenemos que celebrar. Los Dante están en la cima.

—¡Bravo! —dice Luca, alzando su whisky y bebiendo.

Por un momento, espero que no esté envenenado. Cuando no cae fulminado, suelto un suspiro.

—Espero que Luca y Cristian puedan quedarse unos días, solo para ayudar a sofocar cualquier intento de represalia y hacerse cargo de la organización Vitale.

—Yo puedo quedarme —dice Luca.

—Valentina probablemente me echará una bronca de espanto, pero…

—Te encanta que te eche broncas.

—Es nuestra hermana —le dice Alessandro a Adriano.

—¿Por qué no vienen Katerina, Valentina y los niños a Nueva York? Así podrán conocer mejor a su nueva cuñada —sugiere Eva.

—Buena idea. —Alessandro me mira—. Si te ves con fuerzas.

—Siempre tengo fuerzas para la familia.

Él sonríe, y es una sonrisa que no le había visto antes. No hay ni rastro de tensión. Es simplemente felicidad pura—. Bien, entonces podremos hablarles del bebé.

La sala estalla en vítores. Eva es la primera en acercarse a mí y estrecharme en un abrazo—. Nuestros hijos crecerán juntos.

Uno a uno, nos rodean. Luca le da una palmada en la espalda a Alessandro. Adriano me besa la mejilla y promete ser el tío divertido. Cristian nos felicita, diciendo que ahora nada mantendrá alejada a Valentina.

Y durante todo el rato, Alessandro no me suelta.

Más tarde, mientras la celebración continúa a nuestro alrededor, me lleva a la terraza. El aire de la noche es fresco y limpio. Siento que puedo respirar.

—¿Eres feliz? —Su voz suena inusualmente insegura.

Lo miro—. Solía soñar con escapar. Con huir lejos de mi vida.

Su mandíbula se tensa ligeramente, pero yo calmo la tensión con las yemas de mis dedos—. He encontrado mi vida. Contigo.

Alessandro me atrae hacia sí, con una mano acariciando mi rostro mientras la otra me pega a él—. Vamos a construir una vida juntos, Isabella Dante —murmura contra mis labios.

Por primera vez en mi vida, pertenezco a un lugar. Tengo amor. Tengo una familia.

EPÍLOGO

ALESSANDRO – DOS AÑOS DESPUÉS

Salgo a la terraza de nuestra finca de Long Island tras una larga reunión con la familia Collisono. Mi familia está repartida por la piscina y jugando en el jardín.

Valentina persigue a Matteo, de tres años, mientras su marido, Cristian, se ríe.

Adriano y Eva observan cómo Mirabella persigue mariposas, mientras Eva sostiene a su hijo de casi dos años, Niccolo.

Luca está en la piscina con su hijo de nueve años, Enzo, mientras Katerina se sienta en el escalón de la piscina salpicando agua con su hija de tres años, Allessia.

Y allí, bajo la sombra del viejo roble, está mi Isabella con nuestro hijo de un año, Elio, que arranca briznas de hierba.

Estamos juntos. Los Dante estamos completos.

Han pasado dos años desde que ejecuté a Marco y Enrico Vitale.

Dos años de paz tras lo que pareció una eternidad de derramamiento de sangre.

El negocio prospera más allá de cualquier cosa que mi padre lograra; nuestros territorios están seguros, nuestros enemigos están muertos o han jurado lealtad.

Incluso Luca, que antes mantenía las distancias en Chicago, ahora nos visita con regularidad, trayendo a su familia para fortalecer los lazos de los Dante.

Admito que nunca pensé que mi vida sería así. Estaba tan concentrado en cumplir con los deberes que mi padre me legó que por poco me pierdo lo que realmente hace que la vida valga la pena.

La estabilidad que tanto luché por mantener nunca provino del miedo o la violencia, lo cual no quiere decir que el miedo y la violencia no tengan su lugar.

Pero para mí, la lealtad y el amor son de donde proviene realmente mi estabilidad.

Miro hacia Isabella y Elio, que ahora camina tambaleándose junto a su prima Mirabella y persiguiendo mariposas.

A los quince meses, ya muestra indicios del hombre en el que se convertirá.

Testarudo y curioso, con la aguda inteligencia de su madre.

Isabella suelta una carcajada mientras él suelta risitas de alegría cuando una mariposa se posa en su zapato.

Recuerdo como si fuera ayer la noche en que nació.

Fue la noche más larga de mi vida.

Soy un hombre que se ha enfrentado a enemigos cara a cara, pero quedé reducido a un manojo de nervios la noche en que Isabella se puso de parto.

Cuando el médico por fin lo puso en mis brazos, comprendí lo que era el miedo de verdad.

No el miedo a perder poder o territorio, sino el terror de fracasar al proteger algo tan preciado.

Al otro lado del jardín, la señora Vitale está sentada al borde de la piscina cerca de Katerina, riéndose de algo que ha dicho mi cuñada.

El cambio en la madre de Isabella es la transformación más sorprendente de todas.

Libre de la sombra de Marco, y con tiempo y terapia, ha florecido hasta convertirse en la abuela cariñosa y la madre comprensiva que Isabella siempre quiso.

Isabella se levanta y coge en brazos a Elio, viniendo hacia donde estoy yo supervisando mi reino. —Pareces muy serio aquí arriba. ¿Todo bien?

Le quito a Elio de los brazos, sosteniéndolo por encima de mi cabeza hasta que se ríe y me llena de babas. —Todo es perfecto.

Me inclino y le beso la sien.

—Oye, mirad quién está aquí. El mismísimo hombre malo y temible —dice Valentina cuando me ve.

—Para ti soy el Don malo y temible —bromeo.

Ella resopla. —Sí, claro. —Coge la mano de Matteo y lo guía hacia Cristian—. ¡Escuchad todos! Tenemos noticias.

La familia se queda en silencio y todos los ojos se vuelven hacia ellos.

—Matteo va a ser hermano mayor —anuncia ella, con el rostro resplandeciente—. Para diciembre.

Los vítores estallan por todo el jardín. A mi madre le habría encantado ver su casa llena de nietos. A mi padre también, aunque él se habría centrado en el legado, no en el amor. Ahí es donde me diferencio de él.

—Otro Dante —digo—. El imperio se hace más fuerte.

Adriano aparece a mi lado, ahora con Niccolo apoyado en la cadera. —Mírate —dice, dándome un codazo en el hombro—. Alessandro Dante, sonriendo. Todavía me da escalofríos a veces.

—Que te den —le digo sin voz, porque hay niños cerca. Pero estoy bromeando.

—¿Recuerdas cuando decías que nunca te casarías? ¿Que los hijos eran una carga? —Sonríe—. Ahora estás prácticamente domesticado.

—Prefiero pensar en ello como un reposicionamiento táctico.

Adriano resopla. —Sigue diciéndote eso, hermano. Mientras tanto, tu hijo tiene hierba asomando por la boca.

Miro hacia mi hijo, que efectivamente tiene una brizna de hierba pegada a la boca. —Es importante comer verduras. —Le quito la brizna de la cara.

—Sabes —dice Adriano, con voz repentinamente seria—, padre estaría orgulloso. Nos has unido de formas que él nunca pudo.

—Gracias. Pero no he sido solo yo. Tú y Luca, Valentina y Cristian. Todos hacemos que esto funcione juntos. Mejor de cómo nos criaron.

—¡Bravo! —dice Isabella.

—¿Qué tal un baño, Nic? —le pregunta Adriano a su hijo.

—¡Sí!

—El deber me llama. —Adriano esboza una sonrisa y luego lleva a Niccolo a la piscina.

Isabella se inclina cerca de mí. —Tengo algo que decirte, pero quizá solo a ti por ahora.

El pánico sigue siendo mi primera respuesta a las noticias, pero intento moderarlo. —Vale. ¿Pasa algo malo?

Suspira, intentando contener un gesto de hartazgo. Me conoce demasiado bien. —Matteo no es el único que va a tener un hermano o hermana, aunque el de Elio llegará en febrero.

Una oleada de emoción me recorre por completo. Orgullo. Alegría. Amor más allá de lo imaginable. La atraigo hacia mí. —Otro Dante. Quizá una hija esta vez. Una con tu ingenio rápido y tu lengua afilada.

—Que Dios nos pille confesados. —Isabella se ríe.

Miro a mi familia a mi alrededor. Isabella y Elio, mis razones de ser.

Mis hermanos, con sus cónyuges e hijos.

No me merezco a ninguno de ellos, pero estoy jodidamente agradecido por su amor y su paciencia.

Gracias a ellos tengo una vida, un propósito y una felicidad sin igual.

Si Alessandro e Isabella te han dejado sin aliento, el resto de la **Dinastía Dante** te está esperando.

Hermanos. Ejecutores. Herederos.
Mujeres que nunca deberían tocar.
Secretos que podrían destruirlos.
Bebés que lo cambian todo.
Enemigas que se convierten en esposas.
Y reyes de la mafia que quemarán el mundo antes de dejarla marchar.
Cada hombre Dante tiene una debilidad.
Y una vez que la encuentra…
Que Dios ayude a cualquiera que intente arrebatársela.

Lee la serie completa de la Dinastía Dante ahora.

Romance oscuro de mafia. Héroes posesivos. Bebés secretos. Traición. Venganza. Redención. Final feliz garantizado.
